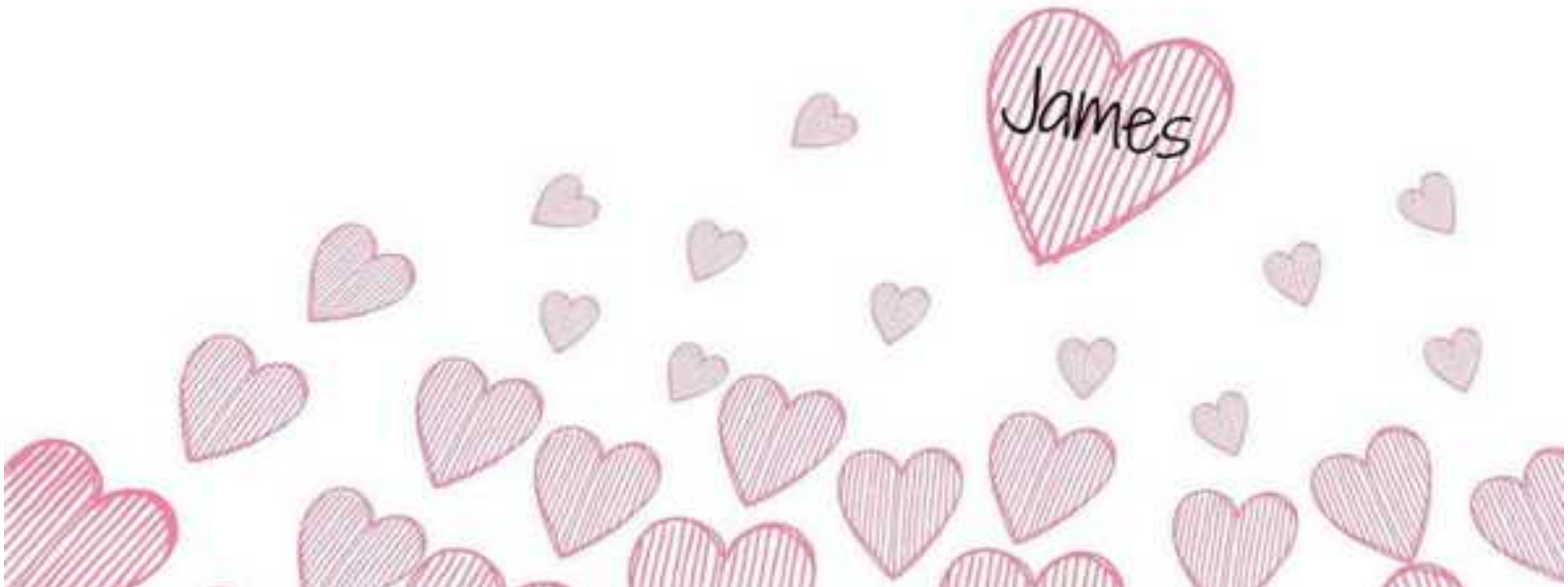


Las Chicas Sullivan 01

Mi Plan

D

ANDREA SMITH



Kenzie Sullivan hace listas de planes para todo: qué comer, qué leer, qué ropa vestir... Y, por supuesto, también tiene una lista de chicos.

PREGUNTA: ¿Qué pasaría si su lista de chicos fuese robada y repartida por todo el instituto?

RESPUESTA: Miles de situaciones incómodas y divertidas que darían para escribir una historia, esta.

¿Te animas a leerla?

A todas aquellas personas que me han acompañado mientras escribía esta historia. Gracias.

MIS PLAN-CHICO

Por Mackenzie Sullivan.

Hay muchas clases de chicos en el instituto. Si pudiese escoger, estos serían mis planes:

Plan A. Derek Anderson. Guapo, deportista, notas excelentes, amistoso. En resumen, es el chico ideal. Si al menos me atreviera a hablar con él...

Plan B. Mason Carter. Simpático, divertido, la persona que mejor me conoce en el mundo... y mi mejor amigo. Jamás pasará.

Plan C. Eric Pullman. Representa a todos los chicos del instituto con los que no me importaría salir. Es agradable y no parece mala persona.

Plan D. James Smith (o como yo prefiero llamarlo, mi Nunca En La Vida). Es todo lo que jamás buscaría en un novio: bromista, payaso, mujeriego, impresentable... Mantenerme alejada de él lo máximo posible.

CAPITULO 1

Plan A: Derek Anderson

Solté un sonoro y profundo suspiro cuando vi todos mis apuntes esparcidos en el suelo del pasillo. Después de que el profesor de historia decidiera alargar su clase quince minutos más, esa última clase del último día de la semana, no tuve reflejos suficientes para frenar la marea de folios y libretas que cayó desde mi taquilla. Solamente deseaba volver a casa tras la larga jornada y hundirme en un bol de palomitas frente al televisor. Además tendría que volver andando, estaba segura de que Mason no se habría quedado a esperarme.

Sin dejar de quejarme en un murmullo bajo me agaché de cuclillas al suelo y empecé a amontonarlo todo lo mejor que pude. Mi cabello castaño cayó suelto formando una cortina de pelo entre mis cosas y yo. Lo aparté en un rápido movimiento al tiempo que Jane Tyler soltaba una risita burlona en mi dirección, susurrando algo al oído de su amiga, que también me miraba y reía.

Perras.

No me gustaba la gente como Jane Taylor y su séquito de amigas, si acaso se podían llamar así. Eran cotillas, malas y ruines. En una ocasión consiguieron hacer llorar a una chica que se había presentado a las pruebas del equipo de animadoras y todo porque tenía un poco de sobrepeso. Esa gente apesta, pero también son insultantemente guapos y no podía evitar estar celosa por ello.

Dándome toda la prisa que pude recogí los papeles y los metí de nuevo dentro de mi taquilla. Tomé mi cuaderno de escritura creativa en el último momento y lo guardé en mi mochila. Más que un cuaderno de apuntes era mi diario personal, aunque yo nunca escribía mis memorias, solo pequeños pensamientos y listas de mis planes: qué comer cada día de la semana, qué ropa llevar a clase, cuándo hacer los deberes, a qué chicos conseguir...

Esta última lista había sido escrita recientemente durante una de esas aburridas clases de historia, en un ataque de valentía y ficción, prometiéndome a mí misma cumplirla algún día... O al menos intentarlo. En ella había puesto cuatro tipos diferentes de chicos con los que podría salir, desde el imposible al prohibido, alguien con quien jamás me juntaría, solo como recordatorio para mantenerme alejada de él.

Estaba observando mi teléfono en busca de algún mensaje de Mason cuando un chico se paró frente a mí. Levanté la mirada de mi pantalla hacia arriba y me encontré con unos preciosos y perfectos ojos azul cielo. Derek Anderson. Mi plan A.

—Perdona, ¿podrías apartarte? Necesito abrir mi taquilla.

La respiración se atoró en mi garganta dejándome incapacitada. La falta de oxígeno venía mal para el cerebro y puede que esa fuese la justificación de mi penoso comportamiento, porque no me moví.

Derek Anderson estaba frente a mí. Me había hablado. La distancia que nos separaba era apenas de un metro y eso me hacía capaz de respirar su colonia. Masculina, por supuesto.

—Oye, ¿hablas mi idioma?

Parpadeé llevando mis pensamientos de regreso al presente, donde Derek estaba mirándome con preocupación. Empezó a gesticular con sus brazos y supe que había pasado demasiado tiempo disfrutando de su belleza.

—Mi taquilla. Allí. Detrás de ti.

Articuló cada palabra señalizando detrás de mí. Realmente pensaba que yo era una estudiante extranjera. La situación era muy vergonzoso.

—Yo... Perdón. No estaba... Adiós.

Mi lengua se trababa con cada palabra que decía y rápidamente me aparté de él, comenzando

a caminar tan lejos como mis pies me permitieron. Jane Tyler y su amiga volvieron a reír cuando pasé a su lado como una flecha. Ambas habían sido espectadoras de mi penosa actuación. Esa era la razón por la que Derek Anderson era mi plan A. Me gustaba empezar las cosas con fuerza y solo para hablar con él necesitaría juntar todo el valor que, esperaba, residía dentro de mí. Él era el chico perfecto, guapo y deportista. Tampoco le iba mal con las notas y había escuchado que había sido aceptado en varias universidades. Sin embargo yo era tan invisible para él que ni siquiera me había notado... ¡Y nuestras taquillas estaban pegadas!

Ofuscada conmigo misma empujé las puertas de cristal y salí al aparcamiento. El enojo desapareció tan rápido como noté el coche azul aparcado en la fila delantera: al final Mason sí me había esperado.

CAPITULO 2

Plan B: Mason Carter

—Solamente digo, si te paras a pensarlo, no es tan loco, ¿verdad? De hecho sería genial. ¿Por qué tú no lo ves genial?

Subí el volumen de la música tratando en vano de callar la voz de Mason. Él desvió sus ojos de la carretera para lanzarme una mirada desesperada y seguidamente apagó la radio. Perfecto. Juguemos a la guerra de silencio.

—Venga, Kenzie... Ninguno de los dos tenemos pareja. Ir al baile juntos es como... ¡La mejor idea que he tenido!

—Tú nunca tienes buenas ideas.

—Mentira. Tú no las sabes apreciar.

Apreté los labios y fijé mis ojos en la carretera. Si continuaba ignorándole por unos minutos más, llegaríamos a mi casa y sería libre.

En realidad él tenía razón. Sin novio a la vista ni en el presente ni en el futuro, ir con mi mejor amigo al baile parecía una idea brillante. Tal vez para Mason lo fuera. Si iba conmigo no habría problema por combinar nuestros trajes ya que ambos teníamos gustos parecidos. Tampoco necesitaría pagarme la entrada, aunque conociéndolo seguro que lo hacía. Y lo que era aún mejor, él podría bailar con otras chicas sin preocuparse de ofender a su pareja de porque... Bueno, solo soy su amiga.

He ahí el problema de por qué no quería ir con él.

Llevo enamorada de Mason desde que el maestro nos sentó juntos en la escuela primaria. Como niños no tardamos nada en comenzar a hablar. Resultó que a ambos nos gustaban los mismos dibujos y teníamos predilección por los sándwiches de jamón con queso blando. Mientras crecimos esa afinidad continuó, volviéndonos adictos a las sitcoms y participando en el periódico del instituto.

Lo observé por el rabillo del ojo mientras doblaba la esquina hacia mi calle. Era difícil no enamorarse de alguien como Mason Carter. Tal vez no poseía la altura ideal para un chico, ya que era más bien bajo (e incluso así continuaba sacándome unos buenos centímetros de diferencia). Quizás sus ojos fueran simples castaños y su cabello arena necesitase un buen corte, pero no era feo. De hecho era muy guapo, con sus rasgos finos y su cara redonda. Tenía ese tipo de belleza que los chicos odiaban pero a mí me encantaba. ¿Cómo decirlo de otra manera? Mason Carter *eramuy mono*.

—No tolero que me sigas viendo de esa forma si continúas rechazando mi oferta.

Me sobresalté en el asiento apartando rápidamente la mirada de él, haciéndole reír. Redujo la velocidad del vehículo llegando a mi casa y aparcó frente al camino de entrada. Su cabeza se giró hacia mí antes de que pudiese desabrochar el cinturón.

—¿Has empezado a verte con un chico y no me lo has contado? —demandó repentinamente, sorprendiéndome—. ¿Por eso no quieres ir conmigo?

—¿Verme con un chico? ¿Es así como lo llamas ahora?

Esbocé una mueca divertida pero él se limitó a achicar sus ojos sobre mí. No iba a ganármelo con mi parloteo bromista.

—¿Es Derek Anderson? —insistió a la desesperada.

—Por favor Mase, no inventes estupideces —interrumpí rodando los ojos y apartando definitivamente el cinturón de seguridad de mi pecho—. Derek Anderson es... ¡Derek Anderson!

—¿Y...?

Mason alzó las cejas poniendo cara de bobo. Los chicos claramente no entendían el asunto de

las citas.

—Y resulta que él es místico popularidad. Deportista, guapo, inteligente... ¡Todo el mundo quiere salir con Derek Anderson! Chicas, profesoras, gays, heteros...

Un gesto de asco desdibujó su rostro cuando lo comprendió. Mordió su lengua con desagrado y arrugó la nariz. La idea de lo hermoso que se veía así se deslizó entre mis pensamientos.

—Yo no saldría con él —sentenció finalmente sacudiendo su cabeza como un perro—. Y soy hetero.

Como si quisiera recalcar su punto se pegó un puñetazo en el pecho al estilo rey de la selva.

—La cuestión es que podría tener a cualquiera. ¿Qué te hace pensar que pudiese “estar viéndose” conmigo? O para el caso, yo con él.

Sus ojos oscuros se clavaron en los míos durante largos segundos, inspeccionándome con expresión seria. Noté mis mejillas llenándose de calor ante su intensidad. Cuando habló sentí la temperatura elevarse dentro del coche.

—Eres preciosa Kenzie, deberías empezar a valorarte más.

Durante lo que parecieron largos y tediosos segundos ambos permanecimos en silencio, incapaces de apartar la mirada el uno del otro. Era por estas cosas que amaba a Mason, en todos y cada uno de sus sentidos.

Él fue el primero de los dos en romper el contacto visual. Subió el volumen de la música y se removió en su asiento. Luego volvió a hablar.

—Entonces... ¿Vendrás conmigo al baile?

No lo pude evitar y me eché a reír. Mason tenía una habilidad especial para hacer desaparecer la incomodidad de mí. Otra de las múltiples razones que lo hacían tan especial. Negando con la cabeza abrí la puerta del copiloto y saqué un pie fuera del coche.

—¡Es una pregunta seria! —gritó inclinando su cuerpo hacia el espacio que yo acababa de dejar vacío—. ¡Al menos prométeme que lo pensarás!

Ajustándome las correas de la mochila al hombro le mandé una última mirada. Sabía que no me dejaría ir en paz a menos que obtuviese una respuesta de mi parte.

—Está bien, lo pensaré. Y ahora... ¡Vete a casa, Mase!

Las comisuras de sus labios tiraron hacia arriba y sus ojos se arrugaron con felicidad. Traté de ignorar como pude la forma en la que mi corazón se encogió. Girando sobre mis talones comencé a caminar hacia la puerta de casa. Justo antes de girar el pomo le escuché prender el motor del coche y gritar hacia mí.

—¡Mackenzie Sullivan, no te arrepentirás si me escoges! ¡Seremos el Harry y Ginny de la fiesta! Incapaz de retener una última carcajada me volví a tiempo para verle lanzar un beso en mi dirección y salir hacia su casa. Mason siempre sabía decir las palabras exactas para hacerme reír. Y esa era otra de las grandes razones por las que le amaba.

CAPITULO 3

Plan C: Eric Pullman

La compra matutina de la mañana del sábado siempre había sido una tradición en mi casa. Había niños que veían los dibujos, otros que salían a jugar o algunos que simplemente dormían. En mi caso me despertaban horriblemente temprano para ir al supermercado. Sin embargo cuando mis padres se divorciaron dos años atrás todo se esfumó, igual que la presencia de mi padre en casa. Como Leslie era demasiado perezosa para salir de debajo de sus sábanas únicamente yo quise mantener la tradición.

Lamentablemente cuando eres una adolescente sin coche se hace un poco más pesadoso, así que cambié el supermercado por una pequeña tienda de comestibles unas calles más abajo. Cada uno hace lo que puede, ¿no?

Fue así como empecé a fijarme en Eric Pullman. La tienda pertenece a sus padres, una bonita pareja formada por una mujer japonesa y un hombre inglés. Durante muchos años estuvieron viviendo en Londres así que Eric es una perfecta combinación de caballero inglés (con su acento incluido) y rasgos suavizados por su genética japonesa. No era complicado enamorarse de él...

—Buenos días, Kenzie —me saludó con su sonrisa risueña y sus ojos oscuros curvados hacia arriba—. Hoy has madrugado más que de costumbre.

Coloqué los pocos productos que había tomado de los estantes en la caja y le devolví el saludo.

—Tenía prisa por hacer la compra y eso... ¡Pero oye! Estoy segura de que tú has madrugado más.

—Ahí me has pillado.

Escondí mis ojos tras mi cabello aprovechando que buscaba el monedero. Eric no tenía que saber la verdadera razón por mi madrugón. Mamá había salido por la noche y esta mañana me despertó cuando regresó. Ya había salido el Sol y ella continuaba bastante ebria. Tuve que salir corriendo de la cama antes de que despertara a Leslie y llevarla a su propio cuarto. La quería, pero desde la separación cambió mucho. A veces llegaba a desear vivir con papá, pero no sé qué sería de ella si mi hermana y yo la abandonásemos también.

—Serán doce con ochenta —anunció Eric metiendo el contenido de la compra en dos bolsas de papel—. Oye, ¿estás segura de poder con todo esto? Parece pesado.

Las dos botellas de zumo de naranja que mamá bebía durante la resaca eran pesadas, pero no iba a decirle eso. Formé una sonrisa tirante en mi rostro y le entregué el dinero.

—Claro, no soy ninguna blandengue, ¿sabes?

—Por supuesto que no, toro.

Me entregó el cambio y acomodó mejor el contenido en las bolsas antes de colocarlas sobre mi regazo. Había algunos clientes madrugadores como yo por la tienda, mayormente ancianos comprando leche desnatada o madres apuradas por tener la despensa de galletas vacía, pero Eric se tomó la molestia de abandonar la caja durante unos segundos para abrirme la puerta de salida.

Esa era la historia con Eric Pullman. Un chico agradable. No demasiado guapo, no demasiado sobresaliente, pero era fácil sentirte cómoda a su alrededor. Por eso es mi plan C. Él y todos los chicos que lograsen esa sensación en mí.

—Nos vemos el lunes en clase, Kenzie.

—Hasta entonces, Eric.

Los primeros cien metros alejándome de la tienda fueron soportables, los siguientes diez complicados y los dos últimos imposibles. Apenas me había alejado del lugar y sentía mis brazos

doloridos y llameantes por la tensión en los músculos. Los productos dentro de las bolsas se habían movido y un tarro de mermelada amenazaba con caer y golpear el suelo en cualquier momento.

—¿Eso que estoy viendo es una damisela en apuros?

Abrí mis ojos con sorpresa y me giré hacia la carretera.

—¡Mason! —Estaba siguiéndome con el coche en marcha y la ventanilla bajada—. ¿Qué haces aquí?

Se encogió de hombros parando el coche para que pudiera meter las bolsas en los asientos de atrás.

—Oh, ya sabes, lo típico. Regresaba de la casa de una de mis chicas de entre semana.

Cerré la puerta trasera y elevé una ceja hacia él.

—Mase, tú no tienes chicas.

Su sonrisa creció marcando unos pequeños hoyuelos en su mejilla. Él los odiaba pero a mí me parecían encantadores.

—Tocado y hundido, Sullivan.

Negué con la cabeza para sofocar la risa. Luego bordeé el coche y me senté a su lado en el asiento del copiloto. La radio sonaba en volumen bajo con viejos éxitos pop de los ochenta. Eso era raro, Mason casi nunca escuchaba música pop.

Volví el rostro hacia él y entonces caí en su pelo revuelto, como si no se hubiese molestado en peinarse. Seguí bajando a su camiseta básica verde con el logo de una serie televisiva, la que usaba para dormir en los días más frescos. También llevaba los mismos pantalones del día anterior y estaba segura de que si me inclinaba más, descubriría sus pies metidos dentro de unas chanclas de dedo.

Por el rabillo del ojo Mason me pilló mirándole.

—Abróchate el cinturón —me recordó pulsando el intermitente y metiéndose hacia nuestra calle. Era un viaje corto.

No me até el cinturón. Era una frase banal ya que prácticamente estábamos en casa. Yo lo sabía. Él lo sabía y también que le había descubierto, por eso lo dijo. Esperé a que aparcara el coche para protestar.

—¡Te acabas de levantar! ¿Por qué lo has hecho?

Meneó la cabeza y se rascó el cuello viéndose culpable. No me gustó eso, solo se estaba comportando como un buen amigo.

—Leslie me llamó —confesó finalmente, regresando su mirada hacia mí—. Dijo que tu madre había regresado tarde y que tú fuiste a hacer la compra sola. De nuevo.

No tenía idea de que mi hermana estuviese despierta. Debí de hacer más ruido con mamá del que pensé.

Sin saber muy bien qué decirle salí del coche y recogí las bolsas de papel de la parte de atrás. Él continuaba con la ventanilla abierta y el motor encendido, y yo no podía irme sin al menos agradecérselo. Haciendo equilibrista con la compra me acerqué a su lado y me agaché para quedar cara a cara a través del hueco del cristal.

—Eres un gran amigo, Mase. No sé qué podría hacer para compensártelo.

—Fácil, ven al baile conmigo.

No pude evitar reírme. Tenía que aprovechar cada maldita ocasión, y sabía que no pararía hasta que le diese la respuesta que él quería.

—Dios, eres un idiota —le solté y comencé a alejarme hacia la puerta de casa.

De nuevo, antes de arrancar el coche e irse, le escuché gritándome una última frase.

—¿Paso de ser gran amigo a ser un idiota? Me hieres, Sullivan...

CAPITULO 4

Plan D: James Smith

Balanceé mi pie de un lado al otro sobre el felpudo de la entrada de casa. Mi cuerpo temblaba del frío y trataba en vano de darme calor con mis brazos alrededor de mi cintura. Cualquiera podría aconsejarme entrar a casa y coger una chaqueta, pero estaba fuera de discusión. Había tenido una gran pelea con mi madre y me negaba a volver. Incluso dejé el desayuno a medio comer y no me molesté en ir a despertar a Leslie. Con nuestros chillidos debería haber bastado. Siendo sincera, esta vez podría decirse que la discusión fue en parte culpa mía. Había perdido una lista y no podía encontrarla por ningún lado. No una lista cualquiera. Quiero decir, podría haber sido la lista de qué ropa llevar durante la semana, la de qué comida comer, la de qué series grabar en la televisión... Pero no, tuve que perder LA lista, donde apunté los cuatro nombres de los chicos que me gustaban. Y estaba firmada con mi nombre.

Únicamente Dios sabe qué podría pasar si esa lista acababa en malas manos... Como, por ejemplo, en las de Jane Tyler y sus amigas.

Había repasado mentalmente todos los lugares en los que podría haberla perdido y desafortunadamente el único que se me ocurría era el instituto, frente a mi taquilla, el viernes por la tarde. Solamente esperaba que Mason no tardase mucho en pasar a recogerme y pudiese llegar a clase antes de que cualquier alumno la viese y decidiese cotillear a ver qué era.

Un portazo sonó proveniente de la casa de al lado. Apreté los párpados y crucé mis dedos rogando. *Por favor, él no... Él no...*

—¡Frígida! ¿Te han dejado plantada?

Mi mandíbula chirrió. Mierda. Me giré poniendo mi mejor cara de simpatía. Por supuesto, era imposible ocultar la falsedad cuando se trataba de James Smith. Incluso mi sonrisa estaba envenenada.

—No es de tu incumbencia, Salido.

En realidad yo había salido demasiado pronto y no se suponía que Mason me recogiera hasta pasados diez minutos, pero confiaba en el sentido de laprepuntualidad de mi amigo. Con suerte estaría aquí en menos de cinco. Todo eso era información extra que no le iba a dar a él.

Odiaba a James Smith por una sencilla razón: la broma.

En cada clase hay un payaso, eso es un hecho. Algunos tienen al personaje simpático y divertido, otros al que solo quiere dar la nota. Nosotros teníamos a James. Sus bromas, de divertidas, tenían poco. Y en cuanto a dar la nota... Digamos que ser visto por la población estudiantil de nuestro instituto no era algo por lo que James se tuviese que preocupar. Con sus ojos verdes, su rostro pálido y pecoso y su cabello pelirrojo, era difícil de pasar inadvertido.

El asunto sobre James eran sus bromas de mal gusto. Al principio solo eran cosas como decir frases graciosas en los momentos más oportunos. Tenía una gran facilidad de palabra y un ingenio enorme. En la secundaria lentamente empezó a progresar hacia frases sarcásticas, a menudo metiéndose con otras personas. Eso me mosqueaba sobremanera. Además a la larga consiguió construir una estela de liderazgo. Los estudiantes comenzaron a hablar de él y reírle las gracias, incluso cuando no eran divertidas, y se le subió a la cabeza. Halagar a un prepotente no estaba en mi naturaleza.

La broma ocurrió en el segundo año de secundaria. A los catorce la mayoría de chicos aún está en pleno descubrimiento sexual, comportándose como niños en las clases de educación sexual y posteriormente jugando a inflar preservativos como si fueran balones de playa. A James le pareció divertido pegar un preservativo en la espalda de una persona inocente. También pensó que su vecina de al lado sería la víctima ideal. Después de pasearme durante toda una mañana

por los pasillos del instituto con el trozo de látex pegado a mi espalda, preguntándome por qué se reía la gente de mí al pasar, finalmente me encontré con Mason en el autobús. Como mejor amigo fue el único que se dignó a contarme lo que pasaba.

Desde ese día y gracias a mi “sobre exagerada” reacción (que tampoco fue para tanto, solo aparecí en su casa con el preservativo en la mano para contárselo a sus padres y luego esparcí el rumor de él acudiendo al médico por un herpes genital), James me había apodado como señorita Frígida y yo a él como Mr. Salido. Ciertamente los apodos no hacían justicia a ninguno de los dos, pero eso no nos importaba.

—Parece que tu novio tarda en pasar a recogerte —canturreó James mientras hacía su camino hacia su coche—. Te invitaría a venir conmigo, pero no puedo dejar que la gente nos vea juntos, ya me entiendes.

Tiré de una sonrisa rebotante de ponzoña.

—Por supuesto, sería horrible que la gente supiera de mí hablando con imbéciles como tú.

Lejos de molestarse James soltó una carcajada y abrió la puerta de su automóvil. Fruncí el ceño, odiaba eso de él.

—Me alegra poder entendernos tan bien, Sullivan.

No me molesté en contestar. Detestaba a James por múltiples razones además de la broma. No se suponía que una persona se tomase tan bien un insulto. Pero claro, él era James Smith y la gente le amaba.

Afortunadamente, tal y como predije, Mason no tardó más de cinco minutos en aparecer delante de mi casa. Salté dentro de su coche y él me miró con un gesto de asombró en su cara.

—¿Estoy soñando o tardona-Sullivan ha salido a tiempo de su casa? —le pegué un puñetazo como respuesta, sin querer dar explicaciones de la pelea, y él rio—. Venga, ponte el cinturón que voy a arrancar.

—Lo que usted diga, señor seguridad.

Me mantuve todo el camino con los ojos pegados al indicador de la velocidad del coche. Cincuenta kilómetros por hora dentro de las calles peatonales se me antojaba muy lento, y cada vez que él frenaba en una esquina mi estómago se retorció. No iba a llegar a tiempo para buscar mi lista.

—Eso sí que es entusiasmo por ir a clase —bromeó Mason cuando le pedí acelerar por tercera vez—. ¿Hoy es el día en el que reparten caramelos gratis?

Hice caso omiso de su comentario. Decirle a mi mejor amigo sobre mi lista de chicos no entraba dentro de mis planes, principalmente porque su nombre estaba apuntado en ella.

Llegamos al aparcamiento diez minutos antes del comienzo de las clases. Ya había coches aparcados y algunos alumnos caminaban somnolientos hacia las puertas del edificio. Salté del coche con el motor aún en marcha y corrí hacia el edificio.

—¡Kenzie!

Mason me llamó pero no giré para verlo. Necesitaba revisar mi casillero tan rápido como pudiese. Quizás estaba dentro, tal vez en el suelo... Me colé detrás de un estudiante de primero y avancé a toda velocidad por los pasillos del instituto, apenas fijándome en mi alrededor, desesperada por llegar a mi lugar. Doblando la esquina de la clase de álgebra escuché lo que parecía la voz de Eric Pullman llamándome, pero debían de ser imaginaciones mías. Generalmente solo hablaba con Eric en la tienda.

Fue cuando llegué al pasillo de las taquillas y me detuve a mirar a mi alrededor por la lista que me di cuenta. Allí estaba. Había encontrado mi lista. O mejor dicho, *mis*. Repartida a modo de múltiples fotocopias pegadas a las paredes, juntas y en gran cantidad, como si formaran parte de ella misma.

Mi corazón se paró cayendo en picado hacia abajo por un acantilado lleno de zarzas y puntas afiladas. No podía ser cierto.

Solamente que lo era. Y mi nombre estaba allí, Mackenzie Sullivan, escrito en grande y subrayado, seguido del de Derek, Mason, Eric y James.

Mi mente empezó a trabajar acelerada y desesperada por hacer desaparecer mi lista de la pared, pero sabía que nada funcionaría. Arrancarlos no serviría de nada, estaban por todas partes, en todas las paredes. Era mi peor pesadilla convertida en realidad.

—¿Kenzie?

Oh, no.

Me giré lentamente, como si retrasando mis movimientos todo fuese a desaparecer y el miedo golpeará más flojo. Ya, no lo hizo.

—Kenzie, ¿qué es esto?

Las lágrimas comenzaron a picar en mis ojos cuando los marrones de Mason se cruzaron con los míos. En su mano sostenía un folio doblado y rasgado, pero totalmente reconocible: mi lista.

Di un paso hacia atrás, mi cuerpo por fin comenzando a reaccionar tras el shock. No podía ser. No. Mason fue a abrir la boca pero yo ya no le escuché. Me di la vuelta y salí corriendo dirección a los lavabos, dejando un camino de lágrimas detrás de mí y apartando a los curiosos a base de codazos.

Era un hecho: mi vida social había muerto el día de hoy.

CAPITULO 5

Mi suceso traumático

¿Sabes esa sensación de no estar viviendo tu propia vida? Sí, cuando te ocurre directamente un hecho traumático y sientes que tú no eres participante de la trama, sino un mero espectador observando desde un lugar en lo alto.

Bien, pues así fue como yo viví mi suceso traumático.

Sentí el dolor y la vergüenza, la forma en que las piezas de mi mundo se movían fuera de sus engranajes con un ruido tan profundo y molesto que resultaba aterrador, pero no fue hasta que llegué al servicio y me encerré dentro de un cubículo y empecé a llorar de verdad que la realidad me alcanzó.

Mi lista no solo se había perdido, había sido encontrada y la persona que lo hizo se encargó de hacerla pública de una forma tan humillante y llamativa que nadie en el instituto podría obviarla jamás. Todos leerían los nombres de los cuatro chicos y me convertiría en el hazmerreír. ¿Cómo recogería mis libros de la taquilla sin estar sufriendo por Derek Anderson yendo a la suya? ¿Cómo iría el sábado a la tienda de comestibles sin encontrarme con Eric Pullman allí? ¿Cómo podría volver a insultar a James Smith cuando su nombre también estaba escrito?

¿Y Mason? Sollocé con más fuerza al recordar su expresión sorprendida en el pasillo. Había leído la lista y había venido a pedirme explicaciones, seguramente rogando porque aquello fuese una estúpida clase de broma. Nunca le dije mis sentimientos por miedo a perderle. No sabría que hacer sin mi mejor amigo. ¿Cómo le encaraba ahora?

Mirando el lado positivo, ya no volvería a pedirme ir al baile con él.

Perdí las dos primeras horas de clase encerrada en el servicio y gastando todo el rollo de papel. Estaba llorando un río de la manera más literal posible. Diría que era incluso un océano. ¿Podía una persona morir de deshidratación a base de desperdiciar lágrimas?

En un momento dado mi mente comenzó a divagar hacia el ladrón de mi lista, la persona que la había encontrado y decidido empapelar las paredes con ella. ¿Quién podría odiarme tanto como para llevar a cabo semejante acción? Yo no era ninguna celebridad, solo una estudiante normal, como la gran mayoría. ¿Podría haber sido Jane Tyler? Desgraciadamente esa acción era demasiado ruin incluso para ella. Si se reía lo hacía a la cara.

Cerca del final del tercer período unos pasos resonaron dentro del servicio. Zapatos de tacón chocaron contra las baldosas, parándose justo frente a mi cubículo cerrado. Apreté los labios y cerré mi garganta en un fuerte intento por sofocar los sollozos que aún seguían viniendo a mí y así no ser escuchada.

No funcionó.

—¿Mackenzie Sullivan? ¿Estás aquí?

Jadeé entre sorprendida y apabullada. ¿Qué hacía la profesora Gómez en los servicios? Por supuesto, yo me había perdido su clase de dibujo a primera hora, pero no pensé que le fuese a dar mayor importancia que un punto rojo en mi expediente por una ausencia injustificada.

Tres golpes resonaron en la puerta haciéndome estremecer.

—Sé que estás aquí, Mackenzie. Vamos, sal. Quiero hablar contigo.

El Sol podría explotar en aquel momento y quemar la Tierra que no me hubiera importado menos. Ahora además de tener mi lista adornando los pasillos del instituto iba a ser amonestada por ello y por perderme una clase. ¿Cómo quedaría eso en mi expediente para la universidad?

Con un suspiro de resignación moví la manija y salí fuera para enfrentar a la profesora. Evité a

toda costa los espejos y así no tener que ver mi rostro hinchado y ojos enrojecidos, tan segura como estaba de mi mal aspecto. Tampoco quería mirarla a ella. Mis zapatillas parecían una mejor opción por el momento.

—¿Estás bien?

Me encogí de hombros. ¿Tenía una respuesta que no fuese un “no” rotundo y dramático? Lo dudaba.

—Ha llegado a mis oídos tu... Incidente.

Incidente. Qué bonita forma para decir que mi vida había sido destruida. No me sorprendía que ella lo supiera. Los papeles cubrían todas las paredes, no podía haber pasado inadvertido para nadie.

—¿Estoy castigada? —Me atreví a preguntar tras un lapso de silencio.

—¿Castigada? —La profesora Gómez sonaba asombrada por mi pregunta—. Alguien te acaba de... digamos gastar una desagradable broma de muy mal gusto... ¿Y tú preguntas si estás castigada?

Tragué y finalmente me atreví a elevar la mirada hacia arriba. Las suaves facciones acompañaban a sus ojos claros. Bueno, al menos no sería amonestada.

—¿Entonces por qué...?

—Vine para asegurarme de que estás bien —contestó a mi pregunta sin formular, dibujando una sonrisa condescendiente en sus labios—. Tal vez quieras llamar a casa y que te vengán a buscar. Puedo hablar con el resto de claustro de profesores por ti.

No era tan tonta como para pasar por alto una oferta tan necesaria en aquellos momentos. Asentí y la seguí fuera del servicio. Los pasillos estaban desiertos a pocos minutos del final del tercer período. Si me daba prisa no tendría que ver la cara de ninguna de las opciones de mi lista, lo mismo con el resto de mis compañeros.

Al doblar la esquina cerca de mi casillero comprobé cómo el conserje estaba despegando los papeles de las paredes, aunque a juzgar por los espacios en blanco varios habían sido arrancados previamente por los estudiantes. Simplemente genial.

—Señorita Gómez...

—Silvia. Llámame Silvia, por favor. Odio la forma educada de referirse a los profesores. Me hace parecer vieja.

Ella debía tener unos treinta años, pocas cosas le harían parecer vieja.

—Eh... Silvia, entonces. ¿Cómo sabías que estaba en el baño?

Aceleré mis pasos para caminar a su lado. De hecho la pregunta sería más bien cómo sabía que estaba en ese baño. El instituto no era grande, pero tampoco minúsculo. Silvia me miró a través de sus pestañas con sus músculos faciales apretados, tratando de ocultar una sonrisa.

—Mason Carter vino a hablar conmigo. Me contó sobre la lista y sobre ti huyendo al baño. Seriamente Mackenzie, ¿la opción B? No te lo tomes personal, pero Derek Anderson cumple el estereotipo de deportista idiota...

Por poco me quedo parada en el sitio. ¿Mason fue a hablar con ella? ¿Cómo se suponía que yo debía analizar esa información? ¿Significaba que él no estaba molesto por mi lista? ¿O quizás sería una forma de compensar lo mucho que se iba a distanciar de mí al saber que estaba enamorada de él? O al menos que alguna vez lo estuve...

Llegamos a una vacía secretaría unos tres minutos antes del final del tercer período. Si la cosa seguía así no conseguiría irme sin ver a ningún alumno.

—Toma asiento mientras llamo a tu madre.

Haciendo caso omiso a Silvia me apoyé contra una pared y sequé los restos de mis lágrimas húmedas con mi manga. La charla con ella había conseguido alejar mi mente del trauma de mi vida y mantenerla ocupada lejos de los sollozos. Ojalá pudiera aguantar más tiempo así, al menos hasta que llegase a mi casa. Presumiblemente sana y salva.

La puerta de la secretaría se abrió y por ella entró una persona. Obviamente.

—Vaya, ¡hola!

Sentí la sangre drenándose de mi rostro para luego regresar a él a una velocidad abismal. ¿De todas las personas que podrían haber entrado por esa puerta —véase el director, un profesor, cualquier alumno, un perro, un ladrón, un maníaco asesino serial—, tenía que ser justamente él? No pensaba saludarle, mejor hacerle el vacío y se olvidaría de mí.

—Hola, James.

No soy famosa por la fuerza de mis convicciones.

James cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la pared, a mi lado. Me moví no tan disimuladamente lejos de él. La forma en la que sus ojos verdes me inspeccionaron no me gustó nada. Saqué el teléfono del bolsillo para hacer algo, cualquier cosa. Bien, no debería haberlo hecho.

Dieciséis llamadas perdidas de Mason, más cuatro mensajes de texto.

—Lo siento Mackenzie, no he podido contactar con tu madre, ¿no hay nadie más que pueda acercarte? —anunció Silvia, volviendo oportunamente—. Oh, James, ¿qué ha sido esta vez?

—Uso indebido de la palabra en historia —recitó el chico sin apartar sus ojos de mí—. Yo puedo llevarla a casa, no tengo ningún problema.

Me giré con los ojos abiertos en señal negativa hacia la profesora. Desafortunadamente ella no me miraba a mí, sino a él.

—No sé si es buena idea, perderás clase.

—En nada es el receso, puedo salir y estar de vuelta para mi siguiente clase.

—¿Y qué hay de tu amonestación?

—Es lo rutinario. Ponlo en mi ficha y esta tarde me pasaré por el aula de castigo.

Mi cabeza botaba de uno a otro. ¿A nadie más le parecía surrealista? Mi plan D, *Nunca En La Vida*, chico al que odio a muerte y viceversa, estaba insistiendo en llevarme a casa. Solo podía significar malas noticias, tal vez alguna broma. Olvida el tal vez, era seguro.

Finalmente Silvia me miró, pero lamentablemente lo hizo cuando la expresión de horror había sido reemplazada de mi cara por la de confusión.

—¿Qué opinas Mackenzie? ¿Te parece bien?

Absolutamente no. ¿Estaba demente? Una rata de laboratorio gigante sería mejor opción.

Entonces la sirena anunciando el final del tercer período sonó. El tiempo se me acababa.

—Gracias por el transporte, James.

Iba a ser un viaje a casa... interesante.

CAPITULO 6

Un imán Sin Nombre

Salí de la secretaría con James caminando justo detrás de mí. Los estudiantes comenzaban a salir a cuentagotas al pasillo, llenando el ambiente con sus conversaciones vacías y despreocupadas. Cómo se notaba que ninguno había muerto socialmente en el día de hoy. Agaché la cabeza procurando no ser vista por nadie. Desgraciadamente eso no funcionaba con James Smith.

—¿Sabes? En realidad tengo bastante curiosidad. ¿Tu opción D?

Arrugué la nariz. Necesitaba deshacerme de él tan rápido como saliésemos de la vista de Silvia. No había manera humanamente posible en la que yo me montara en un coche con semejante ser. Menos el día de hoy.

—No sé de qué te sorprendes.

James rio ante mi comentario. Ahora iba a resultar que en momentos límite yo era divertida. Pasamos bordeando la esquina de las taquillas, acelerando el paso con la vista clavada en el suelo. Unos minutos más y podría salir de allí.

—Aun así estoy dentro de tu lista, Mackenzie. Eso quiere decir que significo algo para ti.

De verdad no podía aguantar a semejante criatura del infierno.

Me giré para encararle mientras continuaba caminando. Mi misión: salir del instituto sin ser vista. Cuando: lo antes posible.

—Algo en el mal sentido, Mr. Sa...

¿Quién me mandó no mirar por dónde caminaba? Iba tan acelerada que no pude evitar chocar contra un bloque interpuesto a posta en mi camino. Cuando me volví para pedir disculpas a mi interceptor el alma se me cayó a los pies.

Derek Anderson.

Mi mandíbula se soltó floja hacia abajo mientras mi lengua se trababa tratando de formular una disculpa. Si ya de primeras me costaba hablar con él, en aquellos momentos no sabía ni cómo mirarle. Debía de verme patética. Tampoco es que cambiase mucho de la realidad.

—Perdona, no te vi —dijo él agachándose a recoger la libreta que yo le había tirado al suelo.

Mi cerebro seguía mudo, desierto cual cartera a últimos de mes. Desgraciadamente eso no me impidió escuchar una risa a nuestro lado. Y no, no era de James.

—¿Así es como pretendes ligarte a tu plan A, Mackenzie Sullivan?

¿Acaso Jane Tyler era una especie de apéndice de Derek Anderson? Siempre que me tropezaba con esa perra era cerca de él y nunca por un motivo positivo.

Los ojos azules de Derek miraron primero a Jane y luego a mí, parándose directamente sobre mi rostro con confusión.

—¿Tú eres Mackenzie? —Luego añadió, por si no había quedado claro— ¿La de la lista?

No solo era una estudiante extranjera para él, sino que ahora también era un*Sin Nombre*. Tenía que haberlo visto venir.

Una mano me atrapó del brazo antes de poder contestar, apartándome de Derek y alejándome por el pasillo.

—La misma que viste y calza —informó James mirando al chico sobre su hombro mientras tiraba de mí hacia delante—. Lamentablemente ahora está ocupada, otro día veré si te la presto.

No cuestioné los discutibles métodos de evasión de James. Acababa de salvarme de una situación no deseada. Sin embargo no hicimos nada más que doblar dos esquinas más, antes de poder llegar al aparcamiento, cuando otra persona más nos abordó. En realidad, me abordó.

—¡Kenzie! ¡Espera!

Mis ojos se abrieron fuera de sus órbitas cuando vi correr a Eric Pullman a través del ya abarrotado pasillo hacia nosotros.

—Oh, mierda —renegué y James apretó su agarre sobre mi brazo.

Afortunadamente de nuevo Mr. Salido se encargó de salvar la situación.

—Está tomada, Pullman —le gritó de vuelta a Eric, acelerando nuestro paso hacia el aparcamiento—. En otro momento será.

Alcancé a ver cómo un contrariado Eric se frenaba en medio del pasillo antes de que las puertas exteriores del instituto nos tragasen y James y yo pudiésemos salir al aparcamiento. Me soltó una vez llegamos a su coche.

—¿Qué tienes para atraer a todos? Eres un maldito imán, nena.

Lo miré despectivamente.

—No me llames nena. Nunca. Jamás. Bajo pena de muerte.

Él rodó los ojos.

—Qué miedo... Venga, sube al coche.

Bien, habíamos llegado al momento en el que por fin me libraba de él.

—No.

—¿No?

Se veía poco convencido.

—¿Acaso pensabas que iba a dejar que tú me llevases a casa? Gómez no me hubiese dejado salir si le decía que me iría sola.

—Y andando.

—El ejercicio es bueno para la salud.

—Son al menos cinco kilómetros, Kenzie.

—Mucho ejercicio es bueno para la salud.

—Podría ponerse a llover en cualquier momento.

—Someterse a temperaturas extremas fortalece la salud.

James gruñó llevándose las manos al pelo y tirando de las puntas.

—Esto es increíble. Ni siquiera sé por qué me estoy ofreciendo de todos modos...

Mis labios tiraron en una sonrisa socarrona. No recordaba que poner a James de los nervios fuese tan divertido.

—Hablar contigo es malo para la salud.

—Demonios. Que te den, Mackenzie. Buen camino a casa.

Asentí. Por fin libre.

—Ahí es donde yo quería llegar. Adiós, Mr. Salido.

Comencé a alejarme de él pero James me alcanzó rápidamente, sujetando mi muñeca entre sus dedos y tirando de mí hacia atrás.

—Ya está bien, Kenzie. Sube en el maldito coche.

Suspiré. ¿Es que no se iba a dar por vencido nunca?

—Déjalo estar, Mr. Salido —Chasquéé la lengua, perdiendo la paciencia—. Puedo caminar perfectamente a casa, no estoy inválida.

—Son todo carreteras y estarás sola. ¿Qué pasa si alguien te lleva?

—Pobre de quien tenga que escuchar mis lamentos entonces. Déjame.

—No, tú vienes conmigo.

James comenzó a tirar de nuevo de mí hacia el coche mientras yo oponía resistencia. La situación era tan surrealista...

—Para. Suéltame.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—No

—Sí.

—Sí.

—No... Espera, ¿qué?

Sus labios se estiraron revelando unos dientes blancos y perfectos, a excepción de la pequeña pero bonita torcedura en sus paletos, apenas apreciable.

—Tú misma lo has dicho, vienes conmigo.

Parpadeé confusa. ¿Acababa de jugar conmigo y engañarme?

—En serio, déjame. Yo puedo...

Estaba volviendo a mi retahíla de protestas cuando una sombra apareció a mi espalda y habló directamente hacia James.

—Ya lo has oído, Smith. Suéltala. No quiere ir contigo.

Mi corazón se aceleró en un latido macabro.

Mason.

CAPITULO 7

La palabra mágica

James me miró detenidamente antes de encaminar sus ojos hacia Mason. Sea lo que sea que viese en mi rostro, solo lo pudo traducir a una frase: mantenme lejos de él también.

—En realidad estoy bastante seguro de que ella quiere venir conmigo, Carter —Remarcó su apellido con fuerza, intensificando el agarre sobre mi brazo y tirándome más cerca de él—. Justamente ahora estaba por decir la palabra mágica: sí.

Incapaz de girarme para enfrentar a Mason, sintiendo todo mi cuerpo hormiguear por tan solo su presencia, dejé que James me guiara más cerca del coche.

—Eso me gustaría escucharlo de ella.

Tragué saliva. O en realidad no. Mi cuerpo quedó seriamente noqueado. Él estaba esperando mi respuesta y yo no podía dársela. Era pronto para enfrentar a Mason. Demasiado pronto.

James volvió a tomar el relevo.

—¿No crees que Kenzie ya me hubiese pegado una patada si de verdad no quisiera venir conmigo? Soy su plan D, ya sabes...

O quizás no había venido exactamente en mi rescate. Comencé a fulminarlo con la mirada cuando una mano se posó en mi otro brazo, tirando de mí con intención de darme la vuelta. Dejando de lado el hecho de que me sentía como una muñeca por la que dos niñas, en este caso chicos adolescentes, se estaban peleando, de ninguna manera podía mirar a Mason a la cara. Eso sería enfrentarlo. Repito: demasiado pronto.

Bajé mis ojos al suelo al tiempo que mi cuerpo quedaba frente al suyo. Mi brazo llameaba allí donde su piel hacía contacto sobre la mía. Era increíble el cambio entre nosotros en tan pocos minutos, de estar bromeando sobre el baile a sentirme incómoda a su lado.

—Necesito hablar contigo, Kenzie.

Apreté los labios con mis dientes tan fuerte que mi boca supo a hierro. Asqueroso.

—Mierda, Kenzie. Mírame, por favor.

—Déjala, Carter. ¿No te das cuenta de que no quiere hablar contigo ahora?

¿Por qué James tenía que ser tan directo? Ese chico necesitaba con urgencia un filtro para sus pensamientos. Pero su intervención fue el impulso que necesitaba para alzar mi rostro hacia Mason.

Sus ojos estaban clavados en los míos y pude jurar que después de todo él también se sorprendió de que me volviera hacia él. Me conocía tan endemoniadamente bien...

Aguanté la mirada todo lo que pude. Me encantaba hundirme en sus ojos castaños y regocijarme en las arrugas que se formaban a su alrededor cada vez que sonreía, justo al compás de sus hoyuelos. Sin embargo, en aquel momento, cada segundo transcurriendo me mataba por dentro.

Mason fue el primero en apartar la mirada.

—Está bien, ve a casa con él —sus palabras fueron lanzadas exclusivamente hacia mí, como si James no estuviera parado justo detrás—. Pero tenemos que hablar y lo sabes.

Soltó su mano de mi brazo dejando que el frío molestase ahora la piel descubierta. Incluso en aquellas circunstancias extrañaba su toque. Vaciló antes de alejarse, volviendo otra vez a clavar sus ojos en mí, apenas unos segundos. Había algo de enfado bajo su fachada tranquila.

—Cuando estés dispuesta a hablar conmigo, ya sabes dónde encontrarme.

Finalmente se giró y regresó dentro del instituto, soltando las puertas de la entrada de un fuerte y golpe, haciendo que una estudiante de primero diese un pequeño grito de sorpresa.

—¿Ahora me dejarás llevarte a casa?

Me volví hacia James. Había abierto la puerta del copiloto para mí y estaba esperando por mi respuesta. En aquellos momentos me sería muy complicado escabullirme de él. La lamentable conversación con Mason me había dejado sin energías suficientes como para ponerme a discutir.

—¿Tengo otra opción?

Con un suspiro dramático me deslicé dentro del coche y até el cinturón de seguridad. Sentí una punzada en mi estómago. Mason siempre me recordaba ponerme el cinturón de seguridad.

James subió al coche y arrancó el motor. Estuve esperando a que iniciase una conversación, se burlase de mí o incluso bromease con dejarme tirada a mitad de camino. Cualquier cosa podría ocurrir si dejaba que él me llevase a casa. Sin embargo nada de eso ocurrió. Rozando el límite de lo irreal, James condujo en silencio los cinco kilómetros que separaban el instituto de nuestro barrio. De hecho no abrió la boca ni para respirar hasta que estuvimos aparcados delante de la puerta de mi casa.

—Tu madre no vuelve hasta la noche y tu hermana está en el colegio. ¿Estás segura de querer quedarte sola en casa?

Observé a James en silencio. Su cabello pelirrojo se curvaba en un gracioso bucle a la altura de sus orejas, prácticamente llamándome para recolocarlos.

—Deja de mirarme, no me gusta —me advirtió frunciendo el ceño al tiempo que se alejaba de mí hasta apoyar su hombro contra el cristal de su ventanilla—. No volveré a ser amable contigo. Rodé los ojos. Mr. Salido volvía al ataque.

—Bien, no será un gran problema. Gracias por traerme, de todos modos.

James se encogió de hombros y sus ojos verdes brillaron.

—No hay problema, gracias a ti me libré de pasar todo mi periodo de descanso hablando con Silvia sobre los supuestos problemas patológicos que me hacen ser tan irresponsable.

Eso tenía más sentido que él ayudándome desinteresadamente. Sonreí de medio lado aunque realmente no lo sentí. Ni siquiera llegó a mis ojos. Desabroché el cinturón y salí del coche. James bajó la ventanilla y se inclinó sobre ella antes de que me alejase del todo de él.

—¿Seguro que estarás bien? ¿No necesitas helado o mierdas de esas que tomáis las chicas deprimidas?

¿Helado? No podría volver a comprar helado a la tienda de Eric. Mi mal humor regresó de nuevo.

—Eso es solo en las películas, idiota.

Me gané un gruñido como respuesta.

—Solo pretendía ser amable.

Esta vez sí sonreí de verdad.

—Dijiste que no lo volverías a ser conmigo.

James abrió la boca para volver a rebatirme pero me alejé de él antes de que sus palabras pudiesen llegar a mis oídos. Corrí hacia la puerta de casa y me encerré dentro de las seguras paredes de mi habitación tan rápido como mis pies me lo permitieron. Una vez estuve tumbada boca abajo en la cama, mordiendo la almohada con fuerza y sacando toda la rabia que llevaba dentro, recordé los mensajes en mi teléfono.

Había cuatro, todos de Mason. Las lágrimas se habían secado hacía tiempo y era consciente de que necesitaba poner medidas sobre el asunto a menos tardar. Pude ver el enfado dentro de mi amigo y, aunque de alguna manera sabía que ya le había perdido, me negaba a darlo todo por hecho. La esperanza es lo último en abandonar. Y qué diablos, tenía curiosidad por saber qué decía.

Me incorporé sentándome sobre la colcha, desbloqueé la pantalla del teléfono y, tomando una profunda respiración, leí los mensajes de Mason.

MASON: ¡Contesta al teléfono! ¡Estoy preocupado, maldita sea!

MASON: Necesitamos hablar, Kenzie. Dime al menos que estás bien.

MASON: No te mentiré, la gente está hablando. Cosa que me parece tú yo necesitamos hacer. De verdad, estoy preocupado.

MASON: No me puedo creer que esté preguntándote esto, pero... ¿Estás enamorada de mí, Kenzie?

Y entonces hice algo que me pondría en un lío mayor. Hice algo impulsado por la adrenalina, el miedo, la histeria y... Como dice el refrán, de perdidos al río. Tomé con fuerza el teléfono entre mis manos y tecleé una simple contestación. La llamada palabra mágica, como James diría.

KENZIE: Sí.

CAPITULO 8

Tenemos que hablar

Quise borrar el mensaje nada más lo hube enviado. Mis manos comenzaron a temblar y lancé el aparato lejos, hacia la otra esquina de la cama. El pánico comenzó a crecer dentro de mí.

¿Qué había hecho?

¡Demasiado pronto! ¿Acaso mis propias palabras no tenían significado para mí? ¿Por qué lo envié?

Soy boba, idiota, demente, tonta, insensata, loca, estúpida...

El teléfono comenzó a pitar con un mensaje recibido y me lancé como fiera hacia él.

MASON: Ahora sí tenemos que hablar.

SSD. Simple, sencillo y directo. No hacían falta más palabras ni explicaciones. Mason sabía lo que sentía y ahora necesitaba hablar conmigo. Pasase lo que pasase, ya nada volvería a ser lo mismo entre nosotros.

Gemí lastimeramente hundiendo mi cabeza en la almohada. En aquellos momentos el hecho de que mi lista hubiese sido hecha pública, que Derek Anderson, Eric Pullman y James Smith supiesen sobre ella al igual que todo el instituto, me daba igual. Prácticamente la mitad de los alumnos no sabían quién era yo, igual que mi plan A, que no resultó ser tan bueno como pensaba después de todo... Podrían saber mi nombre por la lista pero no conocer mi rostro.

No, lo que realmente me importaba era Mason y qué iba a hacer ahora. Podía ponerme en modo fantasiosa y pensar que él también me amaba en secreto y a partir de ahora todo sería un perfecto cuento de hadas, pero estaba más que segura de que eso no era así. Mase no es exactamente la clase de adolescente que se vuelve loco por una chica. A él le gusta salir, divertirse, leer libros y comics, mirar los deportes aunque en ocasiones no sepa ni lo que es *untouchdown* (no es cómo si yo lo supiera tampoco). Ha salido con alguna chica pero nunca nada serio, excepto conmigo.

Desde que nos convertimos en mejores amigos hemos hecho juntos la mayoría de las cosas. Le he arrastrado de compras del mismo modo que él me ha obligado a ver vídeos tontos en internet. Nos disfrazamos de Harry y Hermione para ir a ver el estreno de la última película al cine. En mi trece cumpleaños robamos una botella de alcohol del armario de mi madre y nos servimos nuestros primeros chupitos. Luego corrimos juntos al baño a escupir con la garganta ardiendo. Supongo que el vodka fue mala elección para comenzar.

No me moví de la cama hasta que escuché la puerta abrirse abajo horas más tarde. Con la cabeza aún embotada por todo lo sucedido y mi móvil descansando en la mesita, me obligué a salir fuera de mi cuarto en busca de comida y bebida.

Leslie estaba rebuscando dentro de la nevera cuando llegué a la cocina.

—¿Sabes si sobró un trozo de la lasaña de anoche? Algo me dice que no...

—Puedo preparar unos burritos si quieres —me ofrecí acercándome por detrás y cerrando la puerta del frigorífico—. No lo dejes abierto o se irá el frío.

—Sí seño... —Leslie empezó a contestarme hasta que sus ojos azules me vieron—. ¿A qué fantasma has visto hoy?

Arrugué la nariz y la empujé hacia un lado para abrir de nuevo la nevera. Ella se recuperó situándose cerca de mí y continuando con su inspección de mi cara. No pensé que estuviese tan mal, llevaba la misma ropa y peinado de esa misma mañana. Tal vez un poco más arrugado y revuelto.

—¿Has suspendido algún examen? ¿Se rompió tu pantalón favorito? No me digas que es por lo

de esta mañana con mamá.

Saqué un par de pimientos y los coloqué junto con la salsa de tomate.

—No, no es por mamá. Y no tengo ganas de hablar de ello, Les.

—Mentira, tú siempre tienes ganas de hablar. Venga, dime...

Suspiré y volví a mirar dentro de la nevera. Maldición, no había pollo. La única tienda a la redonda para comprarlo era la de Eric Pullman. No había manera de que yo volviera allí.

—No puedo hacer burritos, no hay pollo.

—Ve a comprarlo.

—Ve tú —contraataqué más borde de lo que debería haber sido.

—Tengo once años, Kenzie. No sé dónde guarda mamá el dinero.

El cerebro me dolía como si me hubiese estallado una granada dentro de la cabeza y los sesos ensangrentados se estuviesen escurriendo por la apertura de mis oídos. Una imagen mental muy bonita.

—Si te doy el dinero, ¿vas tú a hacer el recado?

Leslie cruzó sus brazos sobre el pecho y balanceó la cabeza hacia la derecha.

—Solo si me dejas comprarme esas chocolatinas con caramelo de relleno.

Gruñí, no tenía ganas de discutir.

—Está bien.

Subí escaleras hacia mi cuarto y tomé dos billetes de mi cartera. Metí el teléfono en el bolsillo de mis pantalones antes de regresar junto a ella. Al menos ya no haría preguntas. Quería mucho a mi hermana, pero no me apetecía contarle los detalles traumáticos y morbosos de mi vida.

Cuando Leslie salió de casa ojeé mi teléfono. Tenía dos llamadas perdidas y un nuevo mensaje. No debía de haberlo oído por estar en el piso de abajo. Aunque ya imaginaba de quien se trataba, no pude evitar que mi corazón se oprimiese al ver el nombre del destinatario brillando en la pantalla.

MASON: Voy ahora a tu casa.

En ese momento el timbre sonó.

CAPITULO 9

¿Es eso un reto?

Tragué saliva deslizándome descalza por el suelo del pasillo hasta la puerta de entrada. Luego frené con mis talones antes de abrirla. ¿Qué estaba haciendo? Había prácticamente corrido hacia allí, cuando enfrentar a Mason era una de las cosas que más me aterraban. O quizás no era así. Tal vez una parte de mí tenía ganas de pasar ya ese mal trago y saber qué iba a ocurrir en adelante.

Atusé mi pelo como pude, cerré los ojos, tomé aire y abrí la puerta.

—¿Qué tal se encuentra la que me puso en último lugar?

—¿Qué haces aquí?

James y yo hablamos al mismo tiempo. Sacudí la cabeza despeinando de nuevo mi cabello y parpadeé hacia él. Me aclaré la garganta antes de repetir de nuevo mi pregunta.

—Te traigo los deberes de matemáticas. Silvia me interceptó camino al aula de castigo y me envió a por ti. Es la segunda vez en el día que me salvas de un rato de aburrimiento, Sullivan. Y todo ello a pesar de ser tu plan D.

Resoplé y tomé los dos folios impresos que sostenía en sus manos hacia mí. Luego miré por encima de su hombro en búsqueda del coche de Mason. Debería llegar en cualquier momento.

—¿Esperas a alguien? —Se interesó James, también girando hacia atrás y observando la carretera—. De camino hacia mi coche pasé cerca de Mason Carter. Estaba discutiendo algo con Eric Pullman. Parecía bastante... Interesado en poder salir de allí.

Me mordí el labio inferior regresando mis ojos hacia James. Él había dado en el clavo, pero estaba segura de que eso ya lo sabía. Me llamó más la atención el hecho de que Mason estuviese hablando con Eric. Algo me decía que el asunto de mi lista y ellos dos siendo el plan B y C tenía algo que ver.

—Así que Sullivan, ¿puedo preguntarte algo?

Me balanceé colocando todo mi peso sobre mi pie derecho. Estaba expectante. Nótese el sarcasmo.

—¿No lo estás haciendo ya?

—Qué graciosa... —James arrugó su nariz en un gesto de burla un tanto gracioso, provocando que las pecas de su rostro se juntaran más—. ¿Puedo?

—Adelante.

Iniciar una discusión solo retrasaría más su marcha de mi casa. Si le seguía la corriente se iría antes. Con suerte no tendría que aguantarle por mucho tiempo.

Alcé las cejas cuando James apoyó una mano sobre el marco de la puerta y se recostó acercándose a mí. Me contuve de retroceder un paso hacia atrás.

—¿Por qué me pusiste como tu plan D?

Si no fuera porque ya había hecho bastante el ridículo durante un día, me hubiese pegado una torta en la cara. No iba a haber manera de que James Smith olvidara el asunto con facilidad.

—Porque jamás saldría con alguien como tú. Necesitaba ponerlo en la lista para poder recordarlo. ¿Contento?

—Para nada —Se inclinó más cerca de mí, presuntuoso, y esta vez sí retrocedí—. Lo que yo quería saber era... ¿Por qué no saldrías conmigo? ¿Qué tienes en contra de mí, Mackenzie?

No lo pude evitar y me reí. Llevé mi mano a la boca tratando de sofocar la risa pero me fue imposible. ¿Cómo lo hacía James para que siempre que conversara con él acabase riéndome? Tenía que ver con su gen de payaso de la clase, estaba segura. Sacudí la cabeza y parpadeé repetidas veces en su dirección.

—Más bien qué no tengo en contra de ti, Mr. Salido. Todavía no he olvidado la broma del preservativo en mi espalda.

Sus cejas se juntaron en una fina línea de incompreensión.

—¿Cuál bro...? Oh, esa broma.

Por supuesto, él no se iba a acordar.

—Sí, esa broma. ¿Tu infantilismo afecta a tu memoria?

Quise pegarle cuando fue él quien me enseñó sus dientes blancos. No pude evitar fijarme de nuevo en la pequeña torcedura de sus paletos. No era justo que le hiciera parecer adorable.

—Ya había olvidado por qué te llamaba Frígida.

Bufé y le empujé fuera del marco de la puerta. Perdió el equilibrio por la sorpresa y se tambaleó hasta finalmente recuperarse metros más atrás. Se hubiese merecido comer el suelo.

—¿De verdad necesitas saber ahora por qué eres mi plan D, James? Jamás podría salir con alguien como tú.

Que la sonrisa volviese a tirar de sus labios no me gustó nada.

—¿Es eso un reto, Señorita Frígida?

Oh, no.

—Yo no... —comencé a negar, pero fui interrumpida drásticamente por un James caminando ágilmente de nuevo hacia mí.

Volvió a colocarse en el marco de la puerta, esta vez apoyando su hombro en él e inclinando su rostro cerca del mío. Mi cerebro se convirtió en un dictador y gritó a mi cuerpo que se moviera, pero éste no quiso obedecer. Quedé paralizada ante él. Podía contar las pecas sobre su nariz y eso me desconcentraba. Un chico no podía verse guapo con pecas en la nariz. Ni con los paletos torcidos. Ni con el cabello pelirrojo salvaje.

Sus ojos verdes me taladraron desde la nula distancia que nos separaba y su sonrisa socarrona se burló de mí.

—Reto aceptado, Mackenzie Sullivan. Antes de que te des cuenta, me habré convertido en tu nuevo plan A.

Y justo entonces acertó más la distancia que nos separaba y me dejó un beso vacilante sobre la mejilla. Sufrí un cortocircuito interno y no pude hacer nada más aparte de mirarle mientras se alejaba hacia su casa. Cuando desapareció dentro del porche el interruptor volvió a encenderse en mí.

—¡No era un reto, idiota! ¡Eres un imbécil!

—Espero que ese insulto no vaya dirigido a mí...

Me giré hacia la voz de Mason exasperada.

—No, claro que no...

Mi frase se cortó antes de que pudiera finalizarla. Mason. Aquí. Frente a mí. Lista.

Toda la conversación con James escapó de mi cabeza y se eliminó al igual que ocurría con los archivos enviados a la carpeta de reciclaje del ordenador: en cualquier momento podría recuperarla, pero ahora no interesaba.

Me sonrió incómodo y ajustó los botones de su chaqueta, solo por hacer algo. Sus ojos marrones no abandonaron los míos.

—Entonces, ¿me vas a invitar a entrar?

Asentí como una autómatas y me eché contra la puerta para dejarle paso. Mi cuerpo hormigueó cuando él pasó a mi lado y su brazo casi rozó el mío.

Iba a ser una charla un tanto intensa.

CAPITULO 10

SuperKenzie y BatMason

Mason estaba sentado en un taburete de la cocina. Sus codos estaban apoyados sobre la mesa y la barbilla descansaba en sus manos. Era imposible poder concentrarse en cortar la cebolla de esa manera, pero Leslie había llegado con el pollo poco después de que él apareciese y había exigido con ansias su cena.

—¿Necesitas ayuda? —Se ofreció él por decimoquinta vez.

—No, estoy bien —decliné la oferta también por decimoquinta vez.

Silencio incómodo.

Más silencio incómodo.

Demasiado silencio incómodo.

Uno de los dos tenía que decir algo.

—En realidad podrías ir picando el pimiento.

—¿Entonces es cierto?

O también podíamos hablar los dos al mismo tiempo.

Me mordí el labio inferior con nerviosismo, costumbre que debía comenzar a eliminar de mi lista de hábitos letales para mi cuerpo. Sí, también tenía una lista sobre ello. Comer chocolate la encabezaba. Y sinceramente, parecía que no iba a salir nunca de allí.

—Claro, no hay problema —declaró Mason sacudiendo la cabeza.

Se levantó del taburete y tomó un cuchillo del cajón. Contuve el aliento cuando se posicionó a mi lado para poder partir el pimiento. No había caído en la cuenta de que teníamos que usar la misma tabla de cortar. Que mis ojos estuviesen en lágrima viva por la cebolla no ayudaba en nada en aquellos momentos.

Tuvimos otros largos segundos de silencio incómodo hasta que él habló. O más bien repitió.

—¿Entonces es cierto? ¿Tú estás...?

Su voz fue bajando a apenas un susurro. Era incapaz de terminar la pregunta. Tragué saliva y me centré con los ojos llorosos en la cebolla y en no cortarme un dedo con el cuchillo.

¡Fuerza, Kenzie!

Fácil pensarlo, difícil decirlo. Escribir dos simples letras en un mensaje de texto no requería tanto esfuerzo. Contestar con ese mismo monosílabo en voz alta, estando en la misma habitación y con un cuchillo en la mano, ya era poner un poco más de presión sobre el asunto. Pero tenía que hacerlo. Yo era quien nos había metido en ese lío en el que estábamos y yo era quien nos iba a sacar de él. Tragué saliva antes de contestar y...

—¿No huele a quemado?

Giré mi rostro hacia Mason sin comprender. No olía a... Espera, sí que olía a quemado. ¿Pero qué...?

—¡El aceite!

Me aparté de la cebolla soltando el cuchillo con tan poca gracia que terminó rodando en círculos sobre la tabla hasta caer al suelo, rebotando contra este y saliendo disparado en mi dirección. Pegué un chillido y salté hacia arriba esquivándolo por los pelos. De nuevo mi atención regresó a la sartén echando humo. Había tanto que estaba extrañada de no ver llamas azules y naranjas saliendo de ella y quemando mi cocina.

—¡Pero apártala! —Gritó Mason a mi lado.

Tan torpe como era y al borde de un ataque de pánico, atrapé el mango de la sartén y me dispuse a llevarla lejos del foco de calor. Debí de hacerlo demasiado rápido porque el aceite hirviendo salió disparado de ella. Como única cosa afortunada de mi día, fue a parar al mármol

que bordeaba la vitrocerámica y además en poca cantidad. A mi lado Mason se acercó y retiró la sartén de mi mano llevándola a la piletta.

Leslie entró corriendo a la cocina atraída por el espectáculo que habíamos montado. Nos miró durante largos segundos y después a la comida. Finalmente suspiró.

—Supongo que después de todo habrá que volver a pedir una pizza.

Con las mismas negó con la cabeza y regresó a la sala a ver la televisión.

Miré a Mason y, de pronto, sin previo aviso, ambos rompimos a reír a carcajadas.

—Tiene razón, por mucho que te empeñes siempre fuiste y serás una horrible cocinera.

—Habló. ¿Recuerdas aquel huevo frito?

—¿Y yo por qué tenía que saber que los huevos se fríen sin cáscara?

Reí tan fuerte que las mejillas me dolieron.

—Fue el año pasado, Mase.

—Oh, cállate.

Tuvieron que pasar varios segundos hasta que finalmente mi respiración se ralentizó. Para entonces estaba tirada en el suelo de azulejos de la cocina, con mi espalda apoyada contra el lavavajillas. Mason se había sentado justo frente a mí, con nuestros pies chocando juntos. Él fue el primero en serenarse y regresar a la conversación seria.

—Si te sentías así, ¿por qué nunca me dijiste nada?

Mi sonrisa desapareció con rapidez. Me revolví incómoda, de repente notando el frío suelo muy duro contra mi trasero.

—No rehúyas mi mirada, Kenzie...

Mis ojos, los cuales había apartado de él instintivamente, regresaron forzados a encontrarse con los suyos. Abrí la boca para contestar pero nada salió de ella. Finalmente opté por encogerme de hombros y regresar a morder mi labio. Estúpido hábito.

Mason echó su cuerpo hacia delante, cruzando sus piernas y apoyando los codos sobre las rodillas.

—No sé, Kenz, es extraño. Jamás me imaginé que tú... Eres la chica que me ha visto usando unos calzoncillos de dibujos animados.

Torcí los labios en un amago de sonrisa. Eso había ocurrido años atrás.

Él había hablado mucho y estaba luchando por hacer las cosas menos incómodas para mí. Para nosotros. Le debía poner algo de mi parte y ser valiente, todo lo valiente que mi cerebro *cobardicame* dejase.

—Tenía miedo de que las cosas se pusieran raras entre nosotros —justo como ha pasado— y te alejaras de mí.

Una arruga apareció entre el hueco que había en medio de sus cejas.

—¿Alejarme de ti? ¿Tengo que volver a repetirlo? Eres la chica que me ha visto usando calzoncillos de dibujos animados. Alguien no *sedesamigatan* fácilmente de una persona que le conoce también.

Tiré más fuerte de mis labios, pero no lo suficiente. No quería perderle. Era una parte demasiado importante de mi vida. De pronto él se puso de pies de un salto, tendiéndome la mano para ayudarme a hacer lo mismo. Acepté gustosamente y mis dedos hormiguearon allá donde sentí su contacto.

—De todos modos esto nos lleva a un nuevo episodio de SuperKenzie y BatMason.

Me reí. SuperKenzie y BatMason eran dos superhéroes que inventamos de pequeños. Creábamos cada día un nuevo capítulo con diferentes aventuras extrañas que vivir. Un día llegamos a rescatar al gato de una anciana que se había subido a un árbol y no podía bajar. Cuando digo llegamos me refiero a que Mason lo hizo. Luego se cayó de la rama y se torció el tobillo. Sus padres lo castigaron por una semana.

—No pongas esa cara, Kenzie. Tenemos una nueva misión de la que no podemos escabullirnos.

—¿Y cuál es esa?

—Encontrar al cruel villano que robó la lista sagrada de SuperKenzie. De esta nos hacen película, ya verás.

Esta vez sonreí de verdad. Con esa simple declaración podía entender que seguiríamos siendo amigos, que no iba a alejarse de mí y que nada cambiaría por culpa de la lista. Pero por dentro no estaba tan feliz como aparentaba. Aunque volviésemos a la normalidad, o al menos lo intentásemos, había algo que Mason no había dicho pero de lo cual no pude evitar percatarme: él no sentía lo mismo por mí.

CAPITULO 11

Soy un atrapa golpes humano

Al día siguiente estaba agazapada en el asiento del coche, con las rodillas dobladas contra mi pecho, observando con un poco (realmente mucho) pánico la entrada del instituto. A través de las ventanillas podía apreciar a los estudiantes acercándose hacia el edificio dispuestos a vivir otro día cotidiano de clases. Para mí no era así.

—¿Cuál es el plan, comandante?

Moví la mirada hacia mi derecha y elevé una ceja.

—Fundirse con la pared y pasar lo más desapercibida posible, capitán.

Mason apretó los labios con desagrado.

—Si tú eres comandante yo no puedo ser capitán. No tiene sentido.

—Una cosa no quita lo otro. El comandante se refiere a la guerra y el capitán puede ser el de un barco.

—¿Y qué sentido tiene eso? ¿Uno del ejército juntándose con un pirata?

Esa conversación era lo que no tenía sentido.

—No tiene que ser un pi... —Empecé a contestar pero él me interrumpió.

—Sin sentido, te lo dije.

Era imposible pelear contra Mason cuando activaba el modo cabezota. En su lugar tomé una gran cantidad de aire, coloqué la mochila al hombro, me dispuse a abrir la puerta y...

Me paralicé nada más posé la mano en ella.

No podía hacerlo. Simplemente era incapaz de volver al instituto. Todos se reírían de mí, o al menos lo harían aquellos que sabían quién era yo. Jane Tyler, por ejemplo. Además, ¿y si mi lista volvía a aparecer empapelando las paredes? Sería mucho trabajo para el artista, pero siempre podría pasar. ¿Quién podía odiarme tanto?

Cerré los ojos con fuerza, apretando mis párpados de forma que al volver a abrirlos figuras negras nublaron mi visión. Mis dientes jugaban con mi labio inferior, signo inequívoco de lo nerviosa que estaba. Sin embargo sabía que, por mucho que quisiera, no podía quedarme en el coche para siempre. Tenía que llegar a clase antes de que la campana sonase, porque llegar tarde y ser el centro de todas las miradas no entraba dentro de mi lista de cosas por hacer el día después a ser humillada públicamente. De acuerdo, no tenía esa lista, pero debería escribirla.

Hinché de aire mis pulmones por última vez y luego lo solté. Mis labios vibraron como los de un niño pequeño haciendo pederretas. Hora de enfrentar la realidad.

—¿Vamos? —pregunté volviendo el rostro hacia Mason.

Él no me contestó. Sus ojos estaban mirándome, pero más bien parecía absorto en otra cosa. ¿Había dicho algo fuera de lugar? ¿Había olvidado sus deberes de geografía? ¿Tenía manchas del desayuno en mi cara? Ese último pensamiento me horrorizó y rápidamente pasé la mano por mi cara tratando de borrar los restos de comida inexistentes.

Mason reaccionó en ese momento. Sacudió la cabeza recordándome a un perro cuando lo mojan con agua y después me miró.

—¿Vamos?

—Eso mismo dije yo hace unos segundos.

—¿Qué?

Entonces fui yo quien sacudió la cabeza.

—Venga, vamos a clase.

Caminar por los pasillos del instituto llenos de alumnos requería de todo mi autocontrol para

no salir corriendo. Aunque no hubo más paredes empapeladas de fotocopias de mi lista ni personas mirándome y señalándome con el dedo, evité a toda costa mi taquilla. Desde el día anterior ir primero allí se había convertido en un acto de mala suerte.

Llegué a mi primera clase sana y salva y, lo mejor de todo, sobreviví a ella del mismo modo. Nadie hizo ningún comentario. Quizás algún par de ojos posados en exceso de tiempo sobre mí, pero siendo apartados rápidamente. Tal vez había sido demasiado melodramática, o quizás había visto demasiadas series de televisión que me animaban a pensar lo peor. En el fondo no parecía que las personas fuesen tan malas, después de todo.

Mason me estaba esperando fuera del aula durante el cambio de clase. Tomó mi mochila en su hombro sin dejarme protestar por ello y me guio hacia las taquillas. Una vez en ellas la posó en el suelo mientras yo marcaba la combinación.

—En serio, ¿qué llevas aquí? ¿Los diez mandamientos en su grabado de piedra original?

Me llevé la mano a la boca fingiendo decepción.

—¡Me atrapaste! Y yo que pretendía revenderlos en internet...

—Podrías pagar nuestras entradas para el baile con ello.

La sangre se heló dentro de mis venas al escuchar esas palabras. No, más bien diría que se petrificó y negó a seguir su camino hacia el cerebro y, por ende, este estuvo incapacitado por unos largos segundos y no pudo decirle a mi cuerpo qué extremidades mover y cuáles no. Al menos esa es la única explicación racional que encontré a por qué fue mi brazo izquierdo el que se movió en vez del derecho, pegando así un manotazo a la puerta de hierro de la taquilla y haciendo que esta impactara de pleno contra mi rostro.

Sé que en realidad suena gracioso. Otra de mis muchas habilidades es llenarme de golpes como si mi cuerpo fuese un imán, pero en vez de querer hierro anhelase dolor. ¿Fui acaso masoquista en otra vida? Pero la verdad era que el golpe dolió, haciéndome gritar y perder el equilibrio. ¿Cómo una simple puerta de taquilla podía ocasionar tanto daño?

Mason me atrapó a tiempo, aunque en realidad no creo que me hubiese llegado a caer. Me estabilizó agarrándome por el antebrazo y juntándose a mí, usando su pecho de pared.

—¿Estás bien?

Parpadeé aturdida hacia la voz que habló delante de mí. Sí, he dicho delante y no detrás, porque no pertenecía a Mason. Cuando mis ojos consiguieron enfocar a la persona cuya grave y atrayente voz me había hablado, la sangre volvió a correr por mis venas, esta vez con demasiada rapidez, anegando mi rostro con calor. ¿Quién había encendido la calefacción?

—¿Mackenzie? ¿Eres Mackenzie, verdad? ¿Estás bien?

¡Oh, Dios mío! ¡Derek Anderson! ¡Hablándome! ¡Sabiedo mi nombre!

—Yo...

La lista empapelando las paredes regresó a mi mente en el peor momento posible. Las palabras no conseguían salir de mi boca tan avergonzada como estaba. ¡Derek Anderson!

La mano alrededor de mi brazo intensificó su fuerza trayéndome de vuelta al mundo real y bajándome de mi burbuja de euforia. Mason, que había estado tan inusualmente callado desde mi torpe golpe con la taquilla, me acercó más hacia él. Prácticamente había olvidado que estaba detrás de mí. ¿Cómo demonios dejé que eso pasara?

—Está bien, Anderson. Yo me ocupo de ella.

Derek no parecía del todo convencido.

—¿Estás seguro? Está sangrando bastante.

¿Había dicho sangrando? Me giré hacia Mason, cuyo rostro se tornó en una expresión de circunstancias. Él sabía lo mucho que odiaba la sangre y lo aprensiva que era. Antes de que pudiera evitarlo me llevé una mano a la frente. Las yemas de mis dedos la notaron húmeda.

—Kenzie, no... —Comenzó a detenerme, pero fue demasiado tarde.

El color rojo oscuro condensado de mi sangre llegó a mi visión, empapando mis dedos y

filtrándose entre el hueco de las uñas. Mi estómago se revolvió al tiempo que me volvía consciente de cómo el líquido comenzaba a deslizarse por mi frente hacia abajo, en mi cara.

—Oh, no... Kenzie, no te desmayes.

Eso fue lo último que logré a escuchar antes de perder el conocimiento y caer en redondo en medio del pasillo del instituto. Genial para mi día post-trauma.

Extrañamente, lo siguiente que vi al abrir los ojos fue un rostro pelirrojo y familiar cerca, demasiado cerca de mi cara.

CAPITULO 12

Eres única

Pegué un chillido que podría haber dejado sorda a cualquier persona a un kilómetro a la redonda. Tal y como era de esperar, James se apartó de prisa con una sonrisa burlona en sus labios.

—¿Te desperté?

—¿Grité lo suficientemente fuerte como para que tengan que mandarte a un hospital interno y no volver a ver tu horrible cara en años?

Para mi consternación, en lugar de indignarse como cualquier persona normal hubiese hecho, su sonrisa se amplió. Luego se dejó caer en la camilla de al lado.

Un segundo, ¿dije camilla?

—¿Dónde estoy? —pregunté incorporándome tan rápidamente que las imágenes a mí alrededor se ennegrecieron.

—En la enfermería. Eres tan blandengue que te desmayaste al ver tu propia sangre. Todo el mundo está hablando de eso.

Pasé por inadvertida su burla hacia mi nivel de tolerancia cero. ¿Todo el mundo? Mi rostro se convirtió en la expresión propia de alguien que quiere morir en ese mismo instante.

—Tu historia con la lista empapelando la pared durará poco si continúas haciéndote notar con cosas como esas —Continuó burlándose James sin ningún reparo—. Fue divertido observar cómo Derek y Mason trataron de llevarte a la enfermería. No imaginaba que pesases tanto.

Fruncí el ceño entre desconcertada y avergonzada. ¿Derek y Mason? Me mordí el interior de la mejilla y paseé mis ojos por la pequeña sala de enfermería.

—¿Y cómo acabaste tú aquí?

La nariz de James se arrugó.

—Podría decirse que también formé parte de la pelea para llevarte hasta aquí.

—¿De la pelea...? —Repetí perdiéndome totalmente dentro de la conversación.

Achiqué mis ojos de vuelta a él. Ahora que lo miraba bien podía apreciar su pelo revuelto, con los rizos pelirrojos convertidos en un amasijo digno de reto de peluquería. De hecho, si me fijaba más de cerca...

Bajé de la camilla de un salto, lo cual no fue precisamente inteligente ya que la cabeza volvió a darme vueltas. Me sostuve como pude y finalmente me incliné hacia James. Él retrocedió con temor fingido y exagerado.

—Tienes sangre en tu camiseta.

Aquello sonó más bien a pregunta. De hecho sonó a pregunta hecha por un gato afónico a quien le están pisando la cola. Con un zapato de hierro. Un zapato de hierro gigante.

¿Hubo una pelea? ¿Estaba Mason involucrado? Oh, Dios mío, ¿pasó algo grave? Paseé la mirada desesperada de regreso por la enfermería, pero allí solo estábamos nosotros dos.

—Tranquilízate, Kenzie. Tu enamorado está sano y salvo en clase. Gracias por preocuparte por mí, de todos modos.

Sin ser capaz de ocultar mi repentina tranquilidad me volví hacia él. La sangre seca se esparcía por la parte derecha de su camiseta, casualmente blanca. Por mi cabeza se filtró la idea de que ese era un color favorecedor para James. Estaba segura de que el verde también lo sería, como sus ojos.

—En realidad es tu sangre, pero Silvia se escandalizó y me obligó a quedarme por si resultaba ser algo más grave. ¿Y quién soy yo para decir no a perderme clase con justificación? —dijo finalmente ante la perspectiva de mi silencio.

—¿Cómo ocurrió exactamente que mi sangre llegase a tu camiseta? No estabas allí cuando... me di contra la taquilla —Sonaba incluso más ridículo al decirlo en voz alta—. ¿Y qué tiene que ver Silvia con todo esto?

James se encogió de hombros.

—Ella es la enfermera suplente, el viejo Flint está de baja. Y te lo dije, Mason y Derek estaban tratando de llevarte a la enfermería cuando los vi y me uní a ellos. Entonces tu amorcito me pegó un empujón para apartarme, todo con su mano llena de sangre de tu frente. Silvia nos encontró en ese momento. En serio, ¿no tenía ningún trozo de tela a mano? ¿A quién se le ocurre intentar tapar una brecha con los dedos?

A Mason, pero no iba a contestar a su pregunta retórica. Inconscientemente me llevé mi propia mano a la frente. Escoció en cuanto mis dedos hicieron contacto con la rugosa superficie que ahora la cubría.

—Te han puesto puntos, pero son de esos de pega. En realidad sangraste demasiado para lo poco que te hiciste. ¿Has pensado en donar sangre? Opino que podrían sacarte cinco litros y aún te quedaría suficiente en el cuerpo.

Arrugué el rostro. Hablar de sangre no era precisamente mi tema de conversación favorito. Y James me daba dolor de cabeza.

—De todos modos, ¿por qué quisiste ayudar a llevarme a la enfermería? Tú no eres precisamente mi amigo...

—Derek Anderson tampoco.

Rodé los ojos y regresé de vuelta a mi camilla. ¿Dónde estaba Silvia cuando había sido ella quien me había curado? Esperaba que tuviese algún título de enfermería, no quería una cicatriz de por vida en medio de mi frente.

Entonces fue James quien se puso de pies y se acercó a mí. Me sentía intimidada sentada frente a él, mirándole desde abajo.

—Te lo dije, Mackenzie. Voy a convertirme en tu plan A, y para conseguirlo no puedo dejar que otros chicos te protejan, especialmente si uno de ellos está enamorado de ti.

Primero, debo decir que hablar con James me desconcertaba completamente. Tenía frases muy intensas y demasiado rebosantes de información.

Segundo, ¿uno qué?

—¿Qué hacen los enfermos levantados y hablando?

Pegué un bote al escuchar la voz de Silvia llenando la habitación. No la había escuchado entrar. James en cambio se volvió hacia ella sin ningún signo de perturbación aparente. Ojalá le atropellase una aeronave y acabase con su templanza.

—Ya dije que no estaba enfermo, la sangre es de ella.

Obviándolo como si de un bicho molesto se tratase, lo cual no se alejaba mucho de la realidad, Silvia se volvió hacia mí y me examinó con una sonrisa.

—Te alegrará saber que en realidad no ha sido más que el susto. Puedes volver a casa si quieres, pero habiéndote perdido las clases ayer, no sería muy recomendable. Además, la directora quiere hablar contigo.

—No me extrañaría que el psicólogo también —comentó James en un susurro—. ¿Golpearse contra una taquilla cuenta como intento de suicidio?

Me giré con brusquedad hacia él enfadada.

—No haces gracia a nadie, Smith.

—Eso duele, Sullivan.

Se llevó una mano al pecho y tiró de su cabeza hacia atrás, con la boca abierta y los ojos cerrados. Solamente le faltó el gesto de damisela desmayándose y ya tendría el lote completo. ¿Opositaba para actor acaso? Intentando con todas mis fuerzas no hacerle caso me volví hacia Silvia.

—En realidad estoy bien, puedo aguantar lo que quede de clase. Y a la directora...

—Puedes ir a verla ahora, de todos modos está a punto de terminar el tercer período —ofreció ella.

¿El tercer período? ¿Cuánto tiempo había estado inconsciente? Tal vez sí debiese regresar a casa...

James tomó mi mano sobresaltándome.

—Yo te acompañaré, no quiero que mi futura novia tenga un bajón de azúcar o pise una piel de plátano.

Tiré de mi brazo de vuelta a mí con brusquedad.

—No hay pieles de plátanos en el suelo de los pasillos.

—Viendo la suerte que tienes...

—No es mi culpa, la mala suerte es mi mejor amiga y por eso me acompaña a cualquier lugar a donde voy.

—Me lo creo. Lo mismo con la torpeza. Yo diría que es una competición bastante reñida entre ambas.

Le miré a través de mis pestañas, suspicaz.

—¿Debería sentirme insultada?

—Para nada, las chicas torpes sois muy graciosas. Y monas. Tú eres mona.

Vale... ¿Cuándo había derivado la conversación a eso? Con el rostro ardiendo me bajé de la camilla y caminé con paso decidido y tambaleante a la salida. Era una experta en huir de las situaciones incómodas.

Hasta que me comí la puerta de cristal cerrada que separaba la enfermería del pasillo.

Escuché a James riéndose detrás de mí. Me dediqué a enviarle gratuitamente cuchillos con la mirada mientras él habría la puerta para que yo pudiese pasar.

—Será mejor que le acompañes, James —Suspiró Silvia, llevándose una mano a la cabeza.

Yo sacaba de quicio a todo el mundo. O quizás fuese él.

No tuve que mirar hacia atrás por el desierto pasillo para saber que James estaba siguiendo la orden. Parecía haberse tomado en serio su amenaza de convertirse en mi plan A. Antes de dejar que eso sucediera, asistiría a clase vestida únicamente con mi ropa interior, sin depilar y con una pegatina que dijese *golpéame* pegada a mi espalda.

Realicé una pequeña parada en mi taquilla para recuperar los libros que había dejado allí. Esta vez tuve especial cuidado de no darme con la puerta. Cuando la cerré James seguía justo frente a mí. Crucé los brazos sobre el pecho y me apoyé contra las taquillas achicando los ojos en su dirección.

—Puedo ir yo sola, aquí no hay puertas de cristal —dije un poco hastiada de su constante empeño por permanecer a mi lado—. ¿No tienes condones que pegar?

Como toda respuesta James se inclinó sobre mí y enrolló un mechón de mi cabello en su dedo. Me aparté bruscamente de él, chocando mi cabeza contra el metal. ¿Qué demonios creía que estaba haciendo?

Su risa de vuelta no se hizo esperar.

—Desde luego... Eres única, Mackenzie.

Su frase sonó más como un susurro dicho para él mismo que una respuesta a mi pregunta.

—¿Eso es bueno o malo?

Rio aún más fuerte, desconcertándome totalmente. Acto seguido pasó un brazo por encima de mis hombros y me atrajo hacia él, tirando de mí en dirección hacia el despacho de la directora.

—Dejémoslo en especial.

CAPITULO 13

Ahora lo siento más

La charla con la directora no fue especialmente buena. Cuando tu peor pesadilla se convierte en realidad, lo último que esperas es tener que hacer frente a un ser inútil y estúpido (no, ahora no me estoy refiriendo a James), que tenga los ovarios de preguntarte si fuiste tú quien empapeló las paredes con tu propia lista. Por lo visto era una forma muy eficaz de llamar la atención en un mundo donde soy invisible. Sus palabras, no las mías.

Claro, y para la próxima repartiré panfletos con extractos de mi diario.

Indignada como estaba, salí del despacho con la cabeza echando humo. Me había perdido prácticamente toda la hora de la comida gracias a esa charla sin sentido. Quedarse inconsciente por horas da hambre, al menos en mi opinión, y necesitaba un sándwich de jamón y queso con urgencia.

Con mis cuadernos apretados contra mi pecho, prácticamente sobrevolé el suelo, directa a la cafetería. Se ve que el destino siempre tiene planes distintos para mí, porque Eric Pullman apareció de pleno en mi camino hacia el paraíso de la comida.

—¡Mackenzie! —Me saludó demasiado alegre teniendo en cuenta lo ocurrido el día anterior—. He estado tratando de hablar contigo desde ayer.

Me detuve forzosamente. No tenía precisamente ganas ni humor de enfrentarse a Eric, pero él siempre fue amable conmigo y se merecía el mismo trato por mi parte. Y tal vez una disculpa.

—Perdona, he estado un poco... liada.

Para mi alivio él sonrió.

—Puedo entenderlo. Ayer fue un día muy loco.

No lo jures.

Me balanceé sobre mis pies sintiendo la incomodidad apoderarse de la conversación.

—Ayer Mason habló conmigo.

Y así es cómo una sola frase podía convertir mi corazón en una ametralladora de palpitaciones. James ya lo había mencionado, pero con todas las cosas que pasaron lo olvidé completamente.

—¿Qué te dijo? —pregunté más ansiosa de lo que debería.

—Nada demasiado importante —contestó, pero sus ojos brillaron con simpatía lanzándome el mensaje contrario—. Me aconsejó hablar contigo cuando las cosas se calmasen.

Mi estómago gruñó en voz alta, protestando por la falta de alimentos. Traté de ocultarlo tosiendo. Muy buena idea Kenzie, claro que sí.

—Se ve que ya se han calmado.

—No del todo en realidad —comentó alejando la mirada de la mía. Raro—. Debería dejarte ir a comer, a juzgar por cómo te suenan las tripas.

Torcí el gesto. Por supuesto que lo había escuchado.

—Sería buena idea —asentí y luego me hinché de valor—. Oye, y lo siento.

Eric se encogió de hombros.

—No pasa nada. Me alegro de saber que hay personas a las que les gusto.

Eso era dulce.

—Ahora lo siento más.

Me miró entrecerrando los ojos. Parecía confundido.

—¿Por qué?

—Por no haberte puesto en primer lugar.

CAPITULO 14

¿Qué acababa de pasar?

—¿Nunca se os ha ocurrido pensar que necesito una dieta sana y equilibrada para poder crecer?

Mason y yo intercambiamos miradas divertidas ante el comentario de Leslie. Mi hermana pequeña se las apañaba para criticar la comida rápida que cenábamos buena parte de las noches y al mismo tiempo vaciar su plato. Sabía que ella tenía razón, el día anterior habíamos comido pizza y el de hoy hamburguesas, pero los excéntricos turnos de trabajo de nuestra madre no la dejaban cocinar, ella era muy pequeña para manejar la cocina y yo excesivamente torpe.

Pegué un gran mordisco a mi hamburguesa de pollo y volví mis ojos hacia el televisor, donde uno de esos programas basura se había adueñado de la pantalla. Ninguno de los tres éramos muy fans, pero mi hermana había escogido. Mientras Mason y yo hubiésemos preferido los dibujos, ella estaba entrando en la difícil edad de aparentar ser demasiado mayor para ellos.

Doblé mis piernas al estilo indio para acomodarme sobre la alfombra del salón.

—Me gusta cómo te quedó el flequillo, Kenzie —comentó Leslie después de tomar un sorbo de su refresco—. Pensé que no te favorecería, pero me sorprendió el resultado. No se te ve la fea brecha que te has hecho en la frente.

Le saqué la lengua y continué con mi cena. Esa misma tarde había tomado unas tijeras de la cocina y me las había apañado para recortarme un flequillo recto que pudiese tapar la línea amoratada y deformada que la taquilla me había dejado sobre la piel. Fue divertido ver cómo Mason trataba de ayudar midiendo el largo con una regla mientras Leslie sacaba fotos desde distintos ángulos para tomar perspectiva.

—Me lo dejaré únicamente hasta que el golpe desaparezca, luego lo apartaré con horquillas. Es muy incómodo.

—No estoy segura, sabes que no soy muy fan de las pinzas de pelo. ¿Tú qué opinas, Mason?

Mi hermana y yo nos giramos hacia él. Su mirada ya estaba fija sobre mí, absorbiendo en ella la totalidad de mi rostro.

—¿Mason? —Insistió Leslie.

Los ojos de mi amigo toparon con los míos y me regaló una pequeña sonrisa de complacencia. Mi corazón saltó. Yo era tan fácil de poner nerviosa...

—Opino que tienes salsa en la cara.

En el tiempo que tardé en comprender la frase a mi hermana ya le había dado tiempo a echarse a reír a carcajadas y a Mason a pasarme un puñado de servilletas de papel. Con el rostro lleno de calor las tomé y limpié la salsa de los bordes de mi boca, mejillas y barbilla. Eso era tan humillante...

La puerta de casa se abrió y segundos después mi madre apareció en la sala.

—Hoy he tenido un día agotador. Me duele la cabeza, los brazos y tengo ganas de meter los pies en un balde con hielos. ¿Creéis que pasaría algo si entrase en casa de la señora Fitzgerald y le robase su jacuzzi? Oh, Mason, no te había visto, hola. Por cierto Kenzie, me gusta tu nuevo peinado.

Cerré los ojos y apuré el movimiento de la servilleta sobre mi rostro. Mi madre era una ametralladora humana hablando, cualidad que posiblemente yo había heredado de ella, aunque en mi caso resaltaba cuando me ponía nerviosa.

—¿No vas a cenar? —preguntó Leslie mirando los restos de hamburguesas sobre la mesilla, al lado del televisor.

Como toda respuesta ella negó con la cabeza. Con sus manos recogió su cabello rubio en un moño alto. Mi hermana era la única de las dos que había heredado su color. De hecho ellas dos eran muy parecidas. Leslie también apuntaba a conseguir una altura promedio y no estancarse en mi metro sesenta.

—¿Puedes trenzarme el pelo antes de dormir? —pidió mi hermana, levantándose y limpiando sus manos contra los pantalones—. Así mañana lo tendré rizado.

Lancé una mirada a Les. Sabía que no debía molestarla al volver tarde y cansada de trabajar.

—Claro, pero hagámoslo ahora antes de que me quede dormida y ni un terremoto pueda despertarme.

Se fueron del salón sin despedirse de nosotros, subiendo al piso de arriba y dejándonos solos.

—Parece que las cosas van mejor —Señaló Mason de la que robaba una patata frita de mi bolsa—. ¿No vas a decirle nada sobre la brecha de tu frente?

De pronto la hamburguesa en mis manos dejó de ser tan apetitosa como me parecía en un principio. La deseché en la bolsa de plástico que usábamos como papelería y terminé de limpiarme con las servilletas.

—No quiero preocuparla. Tiene otros asuntos que atender .

Mason no insistió y yo tampoco quise regresar a la conversación. Cambiamos el canal a otro en el que echasen dibujos animados y pasamos la siguiente media hora riéndonos con las tonterías que aparecían en la pantalla. Cuando se hizo de noche lo suficiente como para que él tuviera que regresar a su casa le acompañé fuera.

—El próximo día podemos intentar cocinar algo. He oído que la tortilla francesa es fácil de hacer.

Me reí y apoyé mi cuerpo contra el marco de la puerta.

—¿Estás seguro? Yo escuché que había que apartar la cáscara primero.

—Qué graciosa...

En un improvisado movimiento Mason posó su mano sobre mi cabeza, pillándome por sorpresa y revolviéndome el pelo. Era un gesto que había hecho más veces antes, pero en aquel momento se sentía distinto. Desde que él sabía mis sentimientos todo sobre nosotros lo sentía distinto. Era mi culpa, Mason se esforzaba por volver las cosas a la normalidad mientras yo no podía dejar de pensar en que él era consciente de que le quería.

Tragué saliva y sus ojos se movieron a mi garganta. La mano quedó inmóvil sobre mí al tiempo que su mirada avanzaba sobre mi rostro hasta encontrar la mía. Mi boca se abrió como si quisiera hablar pero nada salió de ella. Entonces los dedos de Mason comenzaron a deslizarse a través de mi pelo, enredándose en él y perdiéndose en las puntas. Mi piel se puso de gallina ante el contacto íntimo. No era el hecho de él acariciando mi cabello, sino cómo lo hizo. Jamás me había tocado así antes.

—Tu hermana tiene razón, el flequillo te queda muy bien.

¿Por qué demonios sentía el aire pesado a mí alrededor cuando claramente la temperatura exterior era fría? Con el nerviosismo atacándome de nuevo comencé a hacer añicos con los dientes mi labio inferior. Vacilantes, los ojos de Mason miraron hacia ellos.

—¿Desde hace cuánto que te sientes así?

Prácticamente me atraganté con mi propia saliva.

—¿Qué?

Sus dedos salieron de mi cabello y se apartó un paso de mí sacudiendo su cabeza. Cuando volvió a mirarme había recompuesto una sonrisa en su rostro y se estaba revolviendo su propio pelo.

—Nada, tengo que irme a casa —Su voz sonó extraña y se aclaró la garganta antes de volver a hablar—. Mañana te pasaré a buscar, ¿vale?

—Vale...

Me quedé apoyada contra el marco de la puerta viendo cómo se alejaba y entraba en su coche. No aparté los ojos de él hasta que las luces del vehículo desaparecieron al doblar la esquina. ¿Qué acababa de pasar?

Me giré para regresar dentro y fue ahí cuando lo vi. James estaba a medio camino de su casa, con una chaqueta vaquera colgada al hombro y sus ojos clavados en mi patio delantero y, por ende, en mí. Al notarme mirándolo dio una sacudida de cabeza en mi dirección y continuó su camino hacia su casa, desapareciendo dentro de ella.

Tenía que volver a repetir la misma pregunta: ¿Qué acababa de pasar?

CAPITULO 15

Chica chicle

Usar pantalones cortos cuando el mal tiempo amenaza con aparecer no fue una de las mejores ideas que he tenido. Pero allí estaba yo, en la puerta de mi casa, saltando sobre mis botas negras tratando de ganar calor. Se supone que si te frotas los brazos con las manos también quitas el frío. Se supone.

Extrañada porque Mason llegase tarde, no hacía más que mirar el teléfono una y otra vez, controlando la hora. ¿Le habría pasado algo? Era imposible que no me preocupase por él, del mismo modo que me fue imposible dormir por la noche después de aquella despedida. Me estremecí al recordarlo. No había sido solo mi imaginación. No podía serlo al menos. Algo había pasado.

Escuché la puerta de la casa vecina abrirse y unos gritos salir de ella.

—¡Te mandaré con tu padre como sigas así! ¡Cada día te pareces más a él!

—¡Perfecto, no puede ser mucho peor que tú!

—¿Qué forma es esa de hablarle a tu madre? ¿Acaso no te enseñé...?

No alcancé a escuchar el final de la frase ya que James dio un portazo aislando los gritos. Echo una furia tiró de su cazadora vaquera sobre el hombro, tal como le había visto hacer la noche anterior, y comenzó a caminar con paso acelerado hacia su coche. O al menos lo hizo hasta que su rostro giró en dirección a mi porche y me encontró mirándolo boquiabierto. Tal y como la otra noche. La diferencia esta vez fue que, en lugar de sacudir su cabeza y olvidarse de mí, decidió acercarse.

—¿No llegas un poco tarde a clase?

Para alguien que acababa de tener lo que parecía ser la discusión del siglo con su madre, se le notaba bastante tranquilo y feliz. Eso me desconcertó. James siempre me desconcertaba. Era algo que había descubierto recientemente, desde que decidió pegarse a mí como una lapa y volverse mi plan A.

—Tú también —Recalqué—. Y sueles ser puntual.

Arrugó la nariz, gesto que empezaba a notar que hacía las mismas veces que yo el mordirme el labio inferior, lo que viene a ser muchas. ¿Tendría idea de lo adorable que le hacía lucir? Seguramente sí y por eso lo hacía. Ahora que lo pensaba, estaba segura de que se trataba de una forma de ligar subliminal, llamando la atención sobre sus ojos verdes pardos.

—¿Necesitas que te acerque al instituto? Al fin y al cabo vamos al mismo lugar.

¿Llegar a clase montada en el fabuloso y moderno coche de James Smith? Era una oferta tentadora, teniendo en cuenta que a lo largo de tantos largos años siendo vecinos jamás se había ofrecido, pero me parecía que iba a declinarla.

—Gracias, pero Mason pasará a por mí en cualquier momento.

—¿Segura? Ya se ha retrasado bastante y llegaréis tarde los dos. Solo tienes que enviarle un mensaje y listo.

Entrecerré los ojos sobre él.

—¿Por qué te importa tanto, James? Nunca antes te ofreciste.

Se encogió de hombros y de nuevo arrugó la nariz. ¿Qué podría significar ese gesto? Mi mordedura de labios era por nerviosismo, ¿pero el suyo? No podía imaginarme a James alterado por nada. Debía de ser otra cosa.

—Nunca te hizo falta, Mason jamás se retrasó y él se sacó el carnet de conducir antes que yo. Lo que me obliga a recordarte, ninguno de vosotros se ofreció a llevarme tampoco.

Tomé aire profundamente. Paciencia con James, paciencia.

—Mira, gracias por la oferta, pero puedes irte tranquilo.

—Insisto, sería un placer acercarte a clase.

Miré con impaciencia la carretera. ¿Cuándo demonios aparecería Mason? Me encontraba atascada entre los sentimientos de molestia y preocupación por su tardanza. Decidí que estaría bien descargar mi ira sobre James, por eso la siguiente parrafada salió más brusca, acusatoria y fría de lo que en realidad debería haber sido.

—¿Por qué estás poniendo tanto esfuerzo en que diga que sí? Hemos vivido el uno al lado del otro por años, hemos estado juntos en clase desde siempre y nunca, jamás de los jamases, hemos interactuado más de lo que las reglas de cordialidad vecinal exigen. Sinceramente, no lo entiendo. ¿Qué mosca te picó conmigo de repente?

Y podía decirle a esa mosca que fuese a picar a otra persona diferente. Preferí guardarme esas palabras finales para mí misma, o me desacreditarían la seriedad de la frase por completo.

Por supuesto, él no pareció inmutarse ante mi enfado.

—Te lo dije, Mackenzie. Me voy a convertir en tu plan A. ¿Cómo se supone que lo conseguiré si me mantengo alejado de ti?

Oh, él era frustrante.

—¿Pero por qué? Nunca has estado interesado en mí, y no trates de negarlo.

Las comisuras de sus labios se alzaron en una sonrisa.

—Tienes razón. Siempre has sido mi rara y extravagante vecina. Pero tú y tu lista habéis conseguido llamar mi atención. Ahora tengo que competir con otro chico para conquistarte. Además, él me lleva ventaja.

Junté las cejas en una sola línea. No había ningún competidor. Ya hubo una vez en la que James dejó entrever que no era así pero, sinceramente, no le creía. Todos mis otros planes me habían rechazado y por el momento no tenía ningún admirador. Ni público ni secreto.

James suspiró ante mi negativa.

—Qué ciega estás, Mackenzie. No me creo que vaya a ser yo quien te lo diga, pero... Estoy hablando de Mason. Está más que claro que le gustas.

Rebobina y repite, por favor.

—¿Mason? ¿El mismo Mason que me ha rechazado y ahora intenta volver todo a la normalidad?

Bufé y me aparté de su lado. A palabras idiotas, oídos sordos. Sé que el dicho no es así, pero me gusta transformarlos acorde a mis situaciones. Pasé por delante de él y caminé hacia la acera. James no tardó en correr detrás de mí.

—Estoy hablando en serio. Le gustas. Yo diría que bastante.

Me volví con los brazos en jarras y el ceño fruncido. Estaba molesta. James era un payaso, pero jugar así con los sentimientos de las personas era pasarse. Pensaba que sabía dónde estaba su límite.

—Haciéndome enfadar no conseguirás convertirme en mi plan A, Smith.

Se llevó las manos a la cabeza con algo parecido a la desesperación y tiró de las ondas de su pelo rojizo.

—¡Mierda, Mackenzie! ¿Tanto te cuesta creerlo? ¡Te estoy diciendo que le gustas a tu mejor amigo! No mentiría sobre eso, y menos cuando no me beneficia en nada.

—¿Y cómo se supone que tú, que no le conoces, sabes eso?

—¡Porque me está pasando lo mismo que a él! Antes no eras más que su amiga y para mí nada más que mi vecina. Entonces ocurrió todo el asunto de tu lista de planes y... Simplemente te empecé a ver. Él te empezó a ver.

Menuda tontería.

—¿Soy invisible acaso? Avísame para poder patear el culo a gente molesta como tú o entrar gratis al cine.

James gruñó exasperado y enterró el rostro en sus manos. Apartó los dedos lo justo para poder mirarme a través de ellos.

—No de forma literal, Mackenzie. Lo que quiero decir es que... Mira, siempre estuviste allí, pero jamás nos llamaste la atención más de lo que cualquier otra chica haría. Y de improvisto, ¡bum! Resulta que te gustamos...

—Tú no me gustas.

—... y comenzamos a replantearnos la forma en la que te vemos —Continuó él, haciendo caso omiso a mi interrupción—. De pronto soy más consciente de cómo esperas cada mañana a que te vengán a buscar, o de la forma en la que muerdes tu labio cuando estás nerviosa. Estás en todos los sitios a los que voy, incluyendo mis pensamientos. No puedo sacarte de mi cabeza y todo por esa estúpida lista. Eso mismo es lo que le está pasando también a Mason, Kenzie. Se está empezando a fijar en ti como algo más que una amiga. Yo estoy empezando a fijarme en ti como algo más que una vecina.

Me quedé en silencio, observándole conmocionada. Las palabras fueron lentamente recolocándose dentro de mi cerebro y tomando forma. Tenía sentido. De una forma loca, pero lo tenía. Mis dedos hormiguearon ante la idea.

—Entonces estás diciendo que... ¿Le estoy empezando a gustar a Mason?

Su respuesta vino acompañada de una risa floja y dejada.

—Mason, por supuesto. Seguramente ni has prestado atención a lo que te he dicho sobre mí... Sí, le gustas. Apostaría a que desde hace tiempo, pero no se ha dado cuenta hasta ahora. Eres una chica chicle, Kenzie.

—¿Chica chicle?

James usaba unas frases de lo más extrañas. Negó con la cabeza y señaló detrás de mí, a la carretera.

—Mira, ahí está tu enamorado. Vete con él ahora que te he abierto los ojos y verás cómo tengo razón.

Sin más se alejó de mí hacia su vehículo.

Mason me abordó en cuanto me senté en el asiento del copiloto.

—¿Qué quería el idiota de Smith?

¿Quién dijo tensión? Nadie dijo tensión.

—Se ofreció a llevarme a clase en su flamante coche. Dije que no.

—Bien.

Esa fue una respuesta un tanto seca. Sin mediar más palabras encendió el motor y condujo hasta el aparcamiento del instituto. Una vez llegamos allí se giró hacia mí, mirándome fijamente con una sonrisa más tranquila.

—Entonces, si su coche es flamante, ¿el mío es una basura?

Con mi cabeza habiendo montado en una montaña rusa de emociones y pensamientos gracias a la conversación con James, lo último que me apetecía era continuar con su broma.

—He decidido volver contigo, ¿no? Pues ya está.

Mason continuó mirándome mientras sonreía. Comenzaba a ponerme nerviosa.

—¿Así que me elegiste a mí sobre él?

—Eres imposible —refunfuñé y abrí la puerta—. Sí, lo hice. Y ahora, vayamos a clase.

De camino al aula pensé en lo que James había dicho sobre Mason. No tenía razón, él me seguía viendo como una amiga y nada más. Nada había cambiado... ¿Verdad?

CAPITULO 16

Proyecto J.S.

—¿Has oído hablar del Proyecto J.S.?

Dejé de escribir en mi cuaderno para levantar la vista hacia Alia. Ella era la redactora jefe del periódico digital del colegio, donde Mason y yo participábamos esporádicamente. Había huido durante una hora libre a la biblioteca en búsqueda de privacidad, pero en el instituto aquello parecía misión imposible.

—¿Proyecto qué?

Alia me sonrió complacida y se sentó en la silla frente a mí sin pedir permiso. Sacudió su largo pelo negro por encima del hombro y abrió una carpeta llena de papeles. De ella comenzó a sacar una gran cantidad de folios escritos a máquina que fue colocando frente a mí para que pudiera verlos.

—Desde hace tiempo nuestro instituto participa en actos solidarios para mandar material escolar a colegios más desfavorecidos. La empresa de recreativos J.S. se sumó hace un par de años, proporcionándonos el financiamiento necesario para enviar bolígrafos, libretas e incluso ropa. La única condición que pusieron fue la implicación de los alumnos pero... Si ni siquiera tú sabes sobre ello, imagina cuánta ayuda consiguieron.

Mordí mi lengua para no sonreír ante el puchero de Alia. Parecía un tema serio y estaba algo avergonzada de no haber sabido nada. Lo que no terminaba de entender era por qué me lo estaba contando.

—El asunto es que han organizado este fin de semana una fiesta de empresa y han pedido estudiantes voluntarios para que participen en su decoración, servicio y posterior limpieza. Si todo sale bien, J.S. Recreativos continuará financiando el proyecto.

Empecé a leer entre líneas lo que estaba pretendiendo y la respuesta iba a ser un no.

—Espero que salga bien, pero yo tengo que...

—Tienes que asistir en nombre del periódico del instituto y escribir un reportaje que consiga atraer la atención de la gente y volverla más participativa con la causa.

Genial, como si yo no tuviera otras preocupaciones en la cabeza.

—Mira Alia, sé que he participado con artículos alguna que otra vez, pero en estos momentos no tengo humor para ponerme a servir canapés y botellas de champán en una fiesta de ricos.

—¡Pero es por una buena causa, Kenzie! ¡Piensa en la cantidad de alumnos que podrías atraer con tus mágicas palabras!

Como si alguien que no fuese un profesor leyese el periódico escolar.

—Lo siento, pero no.

Alia suspiró y cerró la carpeta de un solo golpe, sin recoger los folios. No me gustó eso. Sus ojos oscuros se clavaron con seriedad sobre mí. Eso me gustó menos.

—No quería llegar a esto, Mackenzie, pero me temo que no tienes otra opción. Nuestros lectores están ansiosos por saber sobre tu lista y tu relación con los chicos. Tienes dos opciones, o derivar la atención del tema con esta oportunidad, o escribir una buena redacción sobre tu lista y cómo está afectando a tu vida. ¿Qué eliges?

Mi mandíbula cayó dejándome atónita. ¿Qué yo qué?

—Bueno, hay una tercera opción que es dejar a Jane Tyler escribir su artículo de opinión sobre la lista, pero... Supuse que preferirías ser avisada primero.

Estaba chantajeándome. Sabía que Alia era una involucrada con las causas perdidas, el medio ambiente y demás, pero jamás pensé que llegaría al punto de extorsión con tal de conseguir movilizar a las personas. Quien salía perdiendo era yo y no tenía opción.

—¿Debo llevar traje?

El rostro de Alia se contorsionó en una amplia sonrisa de victoria mientras mi interior se hundía en un círculo vicioso de desesperanza y aprensión. ¿Por qué me pasaban estas cosas a mí?

—Solo ve cómoda, la empresa te proporcionará el uniforme —se levantó de la silla y me miró con orgullo, como si yo fuese una niña pequeña que había obedecido sus órdenes sin rechistar—. Me alegra poder contar con tu participación.

—Sí, claro...

La sonrisa de Alia flaqueó. Tomó aire y se agachó colocando los codos sobre la mesa, acercándose a mí.

—Siento todo esto, Kenzie, de verdad. Me refiero al asunto de la lista... Los alumnos chismorreean, aunque no sea a tu cara pero sí a las espaldas.

Por supuesto, eso ya me lo había visto venir. Puede que nadie me dijese exactamente cosas a la cara, pero las miradas de soslayo no me habían pasado inadvertidas. Me encogí de hombros.

—Supongo que en algún momento se les pasará.

Ella tiró hacia arriba de las comisuras de sus labios, pero ambas sabíamos que posiblemente fuese un hecho que jamás se olvidaría. ¿Cuántas veces las paredes del instituto podían aparecer empapeladas con una lista como la mía? Alia se inclinó más sobre la mesa, bajando su tono de voz al hablar.

—Sé que esto no me incumbe, pero... ¿Es cierto que te gusta Mason?

La sangre acudió veloz a mis mejillas. Sacudí mi cabeza tanto como contestación como para cubrir mi rostro con mi cabello. Uno, no era de su incumbencia. Y dos, no iba a decir que sí después de haber sido rechazada por él. Necesitábamos volver las cosas a la normalidad y una forma rápida de lograrlo era haciéndome a la idea de que...

—Solo somos amigos.

No pareció muy convencida.

—¿Y por qué estaba en tu lista, entonces?

Piensa rápido, Kenzie.

—Porque él... Es muy buen chico. Cualquiera persona querría salir con él. Y debería.

En ese momento fueron las mejillas de Alia las que se sonrojaron. ¿Qué demonios...?

—Cierto, y además es muy guapo —Asintió incorporándose—. Tengo que irme o recibiré amonestación en historia... Acuérdate, el sábado la fiesta.

Comenzó a alejarse por lo que tuve que llamarla sin gritar demasiado fuerte o me echarían de la biblioteca.

—¡Espera, Alia! ¿Dónde tengo exactamente que ir y a qué hora?

—Oh, ¿no te lo dije? Habla con James Smith, él es la cabecilla del proyecto.

—¿James Smith? —Casi me atraganto diciendo su nombre.

—Sí. Lo conoces, ¿verdad? Estaba en tu lista y he escuchado que ahora os lleváis bastante bien. Oh, yo era un cotilleo andante.

CAPITULO 17

¡No me llames nena!

—Sabía que llegaría el momento en el que tú vinieses a mí. ¿Soy ya tu plan A, nena? Crucé los brazos en mi pecho y clavé la mirada sobre James, quien se recostó en el capó de su coche guardando el teléfono móvil en su bolsillo. No podía creermelo que fuera a hacer esto. ¿Sacrificar mis últimos minutos de descanso entre la última hora de clase y la llegada a casa para hablar con él? El mundo se había vuelto del revés.

—Te dije que no me llamas nena, idiota. Nunca.

Odí la forma en la que sus labios se curvaron en una sonrisa burlona mostrando sus dientes. Ojalá tuviese cerillas para hacerle arder en el infierno. ¿Me expulsarían si de paso quemaba también el instituto? El edificio no tenía la culpa, pero esa institución era la principal causante de mi mal humor. Ella y el chantaje de Alia.

—Idiota es una palabra muy fuerte para ti, nena.

De acuerdo, James también tenía la culpa. Decidí no hacer caso a su estúpida estratagema para molestarme y acabar con la conversación lo antes posible.

—¿A qué hora y exactamente dónde tengo que ir el sábado?

—¿El sábado?

Me miró empujando los ojos. Empecé a temer que Alia me hubiese tendido una trampa.

—Para lo del Proyecto J.S. o lo que sea eso.

La comprensión hizo su aparición y regresó la sonrisa al rostro de James. ¿Era normal tener tantas ganas de pegarle?

—Así que te has unido a nuestro pequeño proyecto. No sabía que estuvieses interesada en estas cosas.

Ídem.

—Yo no diría exactamente interesada, más bien utilizaría la palabra chantajeada.

—Alia te ha obligado.

Habló demasiado rápido como para tratarse de una coincidencia. Apreté mis brazos cruzados sobre mi pecho mirando cómo dejaba de recostarse en su coche y se inclinaba hacia delante.

—¿Qué sabes tú de eso?

Su nariz se arrugó. Diablos, tenía que averiguar qué significaba aquel gesto.

—Esta mañana vino a hablar conmigo preguntándome si podía meter a uno de sus reporteros en el proyecto para publicar un artículo en el periódico. Nunca creí que fuese a haber un escritor voluntario entregado a la causa. Ahora veo por qué. ¿Y qué usó para chantajearte?

—La lista.

Sus ojos verdes se clavaron en los míos, observándome a través de sus pestañas. El día era nublado y tiraban a un color marrón deslumbrante, matizando las pecas sobre su piel. Durante unos largos segundos no dijo nada, como si de pronto estuviese incómodo o, más extraño aún, sintiese pena por mí. No quería ninguna de esas dos cosas proviniendo de él.

—¿Entonces a qué hora y dónde?

—¿Qué tal va tu brecha?

Hicimos las preguntas al mismo tiempo, rompiendo parte de la tensión que se había formado. Él sonrió de nuevo y esta vez no quise carbonizarle.

—Molesta, es tirante con mi piel, pero creo que sobreviviré.

—Eso si no te pegas de nuevo contra el suelo —argumentó alargando la mano hacia mi frente y echando a un lado mi flequillo para poder observar la herida—. Eres muy patosa.

Su dedo rozó la piel alrededor de la brecha mandando un cosquilleo nada sano sobre mi

cuerpo. Me aparté un paso de él y sacudí la cabeza recolocándome el pelo. Su mano quedó suspendida en el aire con el brazo apuntando hacia mí.

—Y tú tienes muy poca memoria. Fue con una taquilla, no el suelo.

Me observó atentamente y luego rio, bajando su brazo y utilizando el movimiento para sacar las llaves del coche del bolsillo de su chaqueta vaquera. Siempre pensé que ese tipo de cazadoras hacía a los chicos parecer cowboys, pero en él se veía... bien. Simplemente se veía bien.

—Me encanta charlar contigo, Mackenzie, pero tengo que ir a casa y tu enamorado lleva un buen rato mirándonos desde el coche.

Giré el rostro hacia donde Mason había aparcado por la mañana. Efectivamente ahí estaba, con las manos en el volante y los ojos clavados en nosotros. Podía verlo incluso a través del cristal. Cuando me volví hacia James, él ya había entrado dentro de su vehículo.

—¡Oye, espera! —grité hacia él, acercándome a la ventanilla bajada—. No me has dicho ni la hora ni el lugar.

James me guiñó un ojo y algo dentro de mí se curvó llenándome de escalofríos. Esperaba que en el mal sentido.

—Estate lista a las dos del mediodía. Iremos juntos en mi coche.

Ni en sueños. Primero invertía todos mis ahorros y pagaba una nave espacial para que me llevase, que al precio de un viaje en taxi bien podría ser lo mismo.

—Pero...

—Vamos a ir al mismo sitio desde el mismo sitio, Kenzie —Su rostro se contorsionó en desaprobación—. Eso sonó redundante.

—Yo no...

—Es por el bien del planeta, no querrás contaminar más usando dos coches —Dicho eso hizo rugir el motor del suyo y me lanzó una sonrisa más antes de salir a toda velocidad del aparcamiento—. ¡Nos vemos, nena!

Me quedé mirando cómo avanzaba entre la caravana de alumnos sin poder borrar su risa burlona de mi cabeza. Aquel ser inmundito que tenía como vecino iba a conseguir acabar conmigo. En un último ataque de rabia apreté los puños y grité hacia la parte trasera de su coche.

—¡No me llames nena!

CAPITULO 18

BatMason ha regresado

Mason condujo en silencio la mitad del camino a mi casa. No entendía qué mosca le había picado y, por alguna extraña razón, era incapaz de sacar las palabras de James de mi cabeza. Era una locura. Él no podía estar empezando a sentir algo por mí.

—Últimamente hablas mucho con James Smith, ¿no crees?

Alcé las cejas hacia mi amigo. Las primeras palabras que me dirigía después de diez minutos y eran para hablar sobre mi vecino payaso. Si no le conociera tan bien podría decir que estaba celoso. Pero ese rencoroso sentimiento debería ir acompañado de amor, y el que él sentía hacia mí no pasaba del cariño de un amigo.

—Es culpa de Alia —me quejé mirando por la ventanilla hacia la carretera—. Me tendió una trampa y ahora tengo que participar con él en un proyecto, gastando todo mi sábado por la tarde haciendo de camarera.

—Alia está buena.

¿Qué demonios? Me giré hacia Mason mirándole con desagrado. Sus ojos coincidieron con los míos y la sonrisa se borró de su rostro, carraspeando incómodo. Luego la persona a la que quise pegar fui yo. Nosotros siempre habíamos hablado de chicos y chicas, contándonos quienes eran guapos o soltando comentarios como aquel. Me había sentado mal y lo había demostrado porque estaba enfadada con Alia, pero el que mi lista hubiese sido revelada y Mason supiera de mis sentimientos volvió mi reacción incómoda. Tanto esfuerzo por volver a lo normal fastidiado por una sola mirada. ¡Bravo, Kenzie!

Traté de corregirme tan pronto como las ideas retornaron a mi cerebro.

—Pues a ella la gustas, podrías intentarlo.

De nuevo quise pegarme. ¿A qué venían últimamente esos intentos suicidas contra mi persona? Seguramente era culpa de James. Estar cerca de él durante tanto tiempo podría traumatizar a cualquiera.

Para mi sorpresa Mason rio.

—¿De dónde sacas esas cosas? No le gusto.

—Claro que lo haces. Esta mañana me dijo que eras guapo.

¡Por lo que más quieras, Kenzie, cállate! No quieres juntar a tu mejor amigo, guion persona de la que estas enamorada, con la chica que te hizo chantaje para pasar un día entero con tu vecino, a quien más odias en el mundo. De acuerdo, eso de odiar tal vez fuese un poco exagerado...

—¿No se te habrá hecho a ti? Tal vez malentendiste sus palabras.

—Para nada. Dijo, y cito textualmente “y además es muy guapo”.

Mierda, Kenzie, ¿acaso no sabes lo que significa la frase *cierra el pico*?

De pronto Mason pareció muy interesado en lo que le estaba contando.

—¿Y además? ¿De qué estabais hablando?

Me revolví inquieta sobre el asiento apartando la vista de él y fijándola sobre la tela de mis pantalones. ¿Se lo decía? ¿Sí? ¿No? Demonios, no tenía ninguna margarita a mano que me ayudase a decidirlo con sus pétalos.

—¿Kenzie? —Insistió ante mi silencio.

Y por supuesto, yo no podía permanecer callada. Me salté esa clase en la que enseñan a la gente astuta cómo guardar silencio.

—Oh, nada realmente... Yo solo dije que eras un buen chico y que cualquier persona querría salir contigo.

—Vaya, gracias.

Me atreví a mirarle por el rabillo del ojo. Estaba sonriendo y negando con la cabeza. ¿Eso era bueno? Era horrible tener esa incertidumbre por dentro. La semana anterior habríamos estado bromeando sobre ello e indagando los posibles sentimientos de Alia. Ahora tenía que controlar cada palabra o frase que decía delante de él y me era difícil de soportar. No se suponía que los mejores amigos debían sentirse incómodos el uno al lado del otro.

—Entonces, ¿a dónde vas exactamente con James?

Feliz de tener una escapatoria hacia una conversación normal, comencé a relatarle todo lo que había adquirido de información sobre el proyecto J.S. hasta que llegamos a mi casa. De paso aproveché también para quejarme e idear estratagemas que me ayudasen a escapar del viaje con James. Variaban desde hacerme la enferma hasta quemar las ruedas de su coche con gasolina. Nada era demasiado cuando se trataba de Mr. Salido.

—Parece que te empiezas a llevar bien con él —comentó Mason mientras apagaba el motor frente a la puerta de mi casa—. No sabría decirte si estoy a favor de ello.

—No me estoy empezando a llevar bien con él.

Me defendí y crucé los brazos sobre mi pecho. Mala idea porque el cinturón de seguridad se clavó en mi cuello, casi ahogándome. Ni los pucheros me salían triunfales.

—No puedes negarme que habláis más de lo normal.

—¡Porque el muy estúpido se ha empeñado en convertirse en mi plan A! ¿Qué culpa tengo yo de eso?

Había chillado aquellas palabras sin darme cuenta, exasperada como estaba. Tragué saliva y mordí mi labio con los dientes. Mason me miró con sus ojos abiertos por la sorpresa.

—¿Qué?

Se veía que jamás aprendería a mantener mi gran boca cerrada. Internamente golpeé a mi cerebro.

—Me lo dijo el otro día. Supongo que es una tontería que le ha dado con todo lo de las listas y eso... Ahora quiere convertirse en mi plan A y asegura poder conseguirlo. Por eso hablamos tanto últimamente.

Los labios de Mason se apretaron hasta formar una sola línea.

—Ese tío es un imbécil —susurró finalmente, más para él que para mí—. Se merece que alguien le parta la cara. Tú no eres un juego.

Permanecí en silencio durante un largo rato sin saber qué decir. ¿Ahora sí, verdad boca idiota? ¡Ahora sí que te quedas calladita! El aire dentro del coche comenzó a volverse más y más tenso. Necesitaba acabar con aquella situación lo más rápido posible y por eso dije lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Estoy segura de que esa zorra de Jane Tyler...

Fue agradable volver a escuchar a Mason reír.

—No llames zorra a la gente, Kenzie. No está bien.

—Estoy segura de que ella ha tenido algo que ver con lo de la lista —Terminé sin hacerle caso—. O como mínimo entra en mis posibles.

—Mierda.

Junté las cejas confundida y me volví hacia él.

—¿Por?

—¿Ahora cómo se supone que le parta la cara por haberte hecho daño? Es una chica.

Sonreí.

—BatMason ha regresado.

Él me sonrió de vuelta.

—Nunca sin SuperKenzie a su lado.

CAPITULO 19

Soy tu subconsciente

Estaba caminando por los pasillos rumbo a mi taquilla cuando una voz habló detrás de mí, sobresaltándome.

—¿Qué tal lo estás llevando, Mackenzie?

—Eh... —Me giré hacia Silvia, la profesora más polivalente de mi instituto—. Voy tirando.

Ella carraspeó y reacomodó los archivadores sobre su regazo.

—Por supuesto, lo que te pasó con la lista fue horrible. Solo quería decirte que estoy trabajando en la búsqueda del culpable.

—Genial.

¿Acaso era demasiado pedir que todo el mundo se olvidara del tema? Sabía que solamente habían pasado tres días, pero en un centro escolar debían de ocurrir más cosas interesantes que mi lista de planes. O al menos, más importantes.

Silvia posó una mano sobre mi hombro, frenándome. Me sentí incómoda hablando con ella en el pasillo, lleno de alumnos caminando a ambos lados.

—Si en algún momento necesitas hablar con alguien, no dudes en buscarme.

Asentí. ¿Qué más podía hacer? Afortunadamente aquella parecía estar destinada a ser una conversación corta y Silvia se alejó dejándome sola de nuevo. Extraño, las cosas buenas generalmente no me ocurrían a mí.

Me abrí paso hacia mi taquilla, enfrascada en nuevos pensamientos que ella había colocado en mi cabeza. ¿Y si en realidad nunca se olvidaban de mi lista? La gente continuaba mirándome de reojo cuando pasaba a su lado. Había aprendido a ignorar sus miradas con el tiempo. Me salvó el hecho de que la mayoría fuesen los suficientemente educados como para no decirme nada a la cara.

Y luego estaba la persona que robó mi lista y decidió repartirla como si fuesen boletos no premiados de lotería. No sabía quién podía haber sido. No tenía enemigos declarados, no al menos que yo supiera. Sí, Jane Tyler me caía mal y yo a ella, pero eso le pasaba a más de la mitad de la población estudiantil que la conocía. Únicamente su grupo de amigas la soportaba y era porque a ellas tampoco las quería cerca nadie. No me entraba en la cabeza que alguien pudiese ser tan ruin como para hacerme eso.

Coloqué los libros de mis primeras horas de clase y cerré el casillero sin fuerza, principalmente porque desde el accidente de la cicatriz veía aquella pequeña puerta metálica como un arma de destrucción masiva. También afectaba la semana de locos que estaba teniendo.

Unos ojos azules se encontraron con los míos desde la taquilla de al lado.

—Hola Mackenzie.

Derek. Anderson. Saludándome. Y esperando un saludo de mi parte. Deja de hiperventilar, Sullivan. Cerebro, maldita sea, piensa una contestación. Divertida y despreocupada.

—Eh...

Yo era tan elocuente.

—¿Qué tal te encuentras después del golpe? —Continuó Derek, como si no se diese cuenta de que me había convertido en un muñeco tartamudo—. Sangrabas bastante, Mackenzie.

Mi estómago se revolvió con el recuerdo de la sangre. La templanza no es uno de mis puntos fuertes. Sin embargo decidí hacerme la valiente y aparté mi flequillo para mostrar la brecha oculta tras mi pelo.

—Al final no fue para tanto. En breves se deberían de caer los puntos y con suerte no me dejará marca.

Increíble. Acababa de decir una frase completa y sin trabarme delante de él. Esto era un gran avance, sí señor. Me sentía orgullosa de mí misma.

—Qué mala pinta tiene lo que llevas en la frente, Kenzie —dijo una voz chillona cerca de nosotros—. ¿No te lo parece a ti, Derek?

—Creo que el flequillo que se ha puesto le queda bien —contestó él mirando hacia Jane, quien mantenía una sonrisa coqueta en su rostro—. Nos vemos, Mackenzie.

Ahora que se había aprendido mi nombre parecía ser incapaz de no repetirlo. Si seguía así me lo iba a gastar y no estaba yo para comprarme uno nuevo. Aunque pensándolo bien, siempre me gustó Amanda.

Derek cerró su taquilla y se alejó por el pasillo, despidiéndose de nosotras con un gesto de cabeza. Mis ojos se encontraron con los de Jane, ambas evaluándonos con la mirada. Ni loca iba a pasar más tiempo del estrictamente necesario con ella. Antes de que pudiera decirme algo contra lo que no tuviera una respuesta ingeniosa que contestar, me di la vuelta y caminé dirección a la cafetería.

Mason ya estaba sentado en una mesa. A su lado había una chica. Alia.

Me acerqué a la cola para pedir la comida sin poder apartar mis ojos de ellos. Estaban hablando y riéndose juntos. Mi pecho se oprimió faltándome aire que respirar y la sensación de hambre se fugó de mi estómago. Alia estaba enrollándose un mechón de cabello en su dedo e inclinando la cabeza hacia un lado mientras le sonreía. Mis instintos homicidas amenazaban con agarrarla de los pelos y sacarla de allí.

—Necesitas calmarte.

Sí, lo necesitaba. Mason era solo mi amigo, lo había dejado claro. Yo misma le había hablado sobre Alia. Tomé una profunda y sosegada respiración.

—Si continúas mirándoles así, acabarás calcinándoles con rayos láser.

Cierto también. Sería incómodo si uno de los dos se giraba y me encontraba acosándoles con el ceño fruncido. Con mucha fuerza de voluntad aparté la mirada de ellos y me volví hacia la fila de la comida. Pegué un chillido al encontrar a James parado a mi lado.

—¿Qué haces aquí?

Me miró arrugando la frente y conteniendo la risa. Lo sé, pregunta tonta.

—Estudio aquí y pretendo comer aquí también —dijo finalmente, tirando de mi brazo para poder avanzar en la cola—. Además, llevo hablando contigo un buen rato.

—¿Sí?

Por supuesto, él era quien me había dicho aquellas cosas.

—¿Quién pensabas que era? ¿Tu subconsciente?

Apreté los labios y miré hacia otro lado, fingiendo estar interesada en los productos situados detrás de las vitrinas. James se echó a reír adivinando mi respuesta.

—Eres increíble, Mackenzie. Me gustaría averiguar qué es lo que pasa por tu cabeza.

—Bueno, no creo que lo consigas.

Él rio de nuevo y de pronto sentí una mano, su mano, sobre mi cabeza, dándome palmaditas como si fuese un animal. Lo observé tensa a través de mis pestañas.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Relájate nena, tu amorcito nos está mirando.

Me aparté de él retrocediendo un paso hacia atrás, tropezando con un chico y casi perdiendo el equilibrio. Me disculpé y al regresar junto a James una sonrisa burlona cubría su boca. Ojalá pudiese taparla de un puñetazo. Tarea difícil cuando él era notablemente más alto y más fuerte que yo. Maldita genética masculina...

—Mil veces te lo he dicho, James. Por activa y por pasiva, pero no me haces caso. ¡No me llames nena! ¡Lo odio!

Sus labios tiraron con más fuerza de las comisuras.

—Lo sé, por eso te lo llamo.

Yo iba a ser encerrada por asesinato.

—Eres idiota.

—Es parte de mi encanto. Ahora en serio, Carter nos está mirando en estos momentos. ¿Sigues sin creer mi teoría sobre él enamorándose de ti?

Aparté la mirada de James y la dirigí descaradamente a la mesa donde Mason y Alia estaban hablando. En apenas unos segundos los ojos marrones de mi amigo conectaron con los míos. Levanté la mano tímidamente en su dirección como saludo y él hizo lo mismo.

—Te equivocas, justo ayer estábamos hablando de lo buena que está Alia —Negué, volviéndome hacia James.

—No sabía que eras de esas, Kenzie.

—¿De esas?

—¿Te gustan las chicas y la lista fue una forma de despistar o es que te gustaría hacer un trío? Abrí la boca conmocionada por sus palabras y, segundos después, mi mano se estrelló contra su mejilla. James se había pasado con aquella frase y yo con mi reacción.

Y sí, resonó.

Y sí, todos a nuestro alrededor se quedaron en silencio mirándonos.

Y sí, no aguanté la tensión y salí corriendo.

CAPITULO 20

Tensión, tensión everywhere

Me escondí dentro de un aula vacía con las mejillas acaloradas tanto por la carrera como por la vergüenza. No me podía creer lo que había hecho.

Sí, James se había pasado con aquella pregunta, pero él solo pretendía ser gracioso. Yo, por el contrario, me lo había tomado tremendamente mal y mi forma de responder fue pegarle un tortazo. Había tenido una semana horrible. ¡Era comprensible! Mi estado de humor había bajado hasta llegar a la línea oscura que divide la vida de la depresión. No poseía paciencia para lidiar con alguien como él.

Me apoyé contra la pared cercana a la puerta y me dejé caer al suelo para recuperar el aliento. Era idiota. La más idiota del mundo. Siendo alguien a quien no le gustaba llamar la atención, aquella semana me había convertido en la diva de lo llamativo. Primero la lista, después me comía la puerta de la taquilla, ahora le pegaba un manotazo resonante a James en medio de la cafetería... ¿Qué sería lo siguiente? La pregunta más grande iba dirigida a mi atrofiado cerebro: ¿por qué no pude darme cuenta de que James no lo dijo con malicia antes de pegarle?

Tanto tiempo pensando en matar a alguien, necesitaba desahogar.

Escondí la cabeza entre las piernas al tiempo que la puerta de la clase se abrió bruscamente. Podía ver las zapatillas de tela de la otra persona quietas y luego moverse en mi dirección. Se puso de cuclillas frente a mí y yo elevé los ojos hacia los suyos.

—¿Puedo pegarle un puñetazo? Aunque sea uno pequeño. Romperle la nariz me aliviaría bastante.

Sonreí a Mason y negué con la cabeza. Él siempre venía a mi rescate, incluso cuando no se lo pedía.

—No sabes qué ha pasado, BatMason. Y tú no serías capaz de romperle la nariz a nadie. Eres el ser más pacifista que conozco.

Acercó su mano a mi rostro y pinchó mi nariz entre sus dedos. Mi corazón se aceleró dentro de mi pecho.

—Estabas lo suficientemente molesta como para pegarle, eso me sirve. Además, puedo hacer excepciones tratándose de Smith...

—Estoy listo para verte en acción, Carter. ¿Qué pretendes hacerme?

Me sobresalté al escuchar la voz de James. Había estado tan pendiente de Mason que no me di cuenta de él entrando a la habitación. Este se incorporó y enfrentó al chico, empujándolo los ojos en su dirección.

—Lárgate por donde viniste, Smith.

Me puse de pies prácticamente de un salto. James y Mason nunca se habían llevado bien. Más bien nunca se habían llevado, pero eso no significaba que se odiasen. En cambio, en esos momentos, no podía decir lo mismo. La forma en la que se estaban observando el uno al otro desprendía más odio del que había entre Jane Tyler y yo.

—Mason, no pasa nada —dije interponiéndome entre ambos, llena de una templanza inverosímil para ser yo.

—Sí, Mason, nada de esto te incumbe.

—Cállate James, así no ayudas —le regañé, disparándole una mirada fría—. De todos modos, ¿qué haces aquí?

Se encogió de hombros y arrugó la nariz antes de contestar. Empezaba a hacerme una idea de lo que podía significar ese gesto.

—Quería hablar contigo. Y disculparme.

Mi corazón pinchó. Era muy tierno de su parte, teniendo en cuenta que su mejilla izquierda brillaba en color rojo. Me extrañó no ver la marca de mis dedos sobre su piel. Eso debía de ocurrir solamente en las películas.

—Dilo y vete —escupió Mason hacia él, dando un paso a la derecha y esquivándome.

Los ojos de James volaron de los míos hacia los de mi amigo. No me gustó la sonrisa de prepotencia que se dibujó en su rostro. No era igual a la tranquila y burlona que usaba conmigo. Esta era más... tensa.

—No veo por qué tenga que irme. ¿Eres dueño del instituto, Carter?

Esto no estaba yendo bien. Intenté interponerme entre ellos de nuevo pero Mason me hizo a un lado. Protesté y no sirvió de nada. Comenzaron a actuar como si yo no estuviese presente.

—No, pero sí su mejor amigo.

—¿Y?

—Y no te quiero cerca de ella. Punto.

—La pregunta es, ¿ella me quiere cerca?

De pronto sí me tuvieron en cuenta, girándose ambos hacia mí. Chicos, no puedes vivir con ellos ni sin ellos.

Retrocedí un paso temerosa, lo cual no sirvió de mucho ya que la pared estaba justo detrás de mí.

—Esto es una tontería —Comencé a decir con voz insegura. ¿Cómo demonios me había metido en esa situación?—. James vino a pedirme disculpas y yo las acepto. No fue para tanto. Dilema solucionado.

El rostro de Mason se vio herido.

—¿Una tontería? —Repitió estupefacto y furioso—. ¿Y qué hay de él queriendo ser tu estúpido plan A? ¿Eso tampoco lo es?

—Mason... —Comencé a decir, pero me vi interrumpida.

—Para mí no lo es. Quiero ser su plan A y seré su plan A.

Me respiración se quedó trabada dentro de mis pulmones y garganta al escuchar hablar a James. Serio, decidido, directo y mirándome solamente a mí. No parecía ninguna clase de broma.

—Oh, perfecto. No te has interesado en ella nunca pero ahora quieres ser su plan A. Permíteme reír por mi falta de consideración.

Entonces llegó el turno de James de enfadarse. Perdió su sonrisa y endureció los músculos faciales.

—Mira quién fue a hablar. El mejor amigo, la persona que ha estado a su lado durante años y justo ahora empieza a ponerse celoso. Qué buen momento para decidir que te gusta Kenzie, Carter.

La sangre se drenó del rostro de Mason, volviéndole pálido.

—¿Qué? Yo no...

—Y una mierda —Le interrumpió James, prácticamente gritando—. Puedes engañarte a ti mismo todo lo que quieras, pero a ti te gusta ella.

Ambos chicos se miraron durante largos y apabullantes segundos llenos de tensión. El pecho de James se movía con respiraciones rápidas y agitadas. Sus mejillas estaban teñidas de rojo y sus ojos brillaban violentos. Mason en cambio... Podría pasar por un fantasma o por alguien que acababa de ver a uno, por lo que me sorprendí al escuchar su voz limpia y clara.

—No tengo por qué aguantar esto.

Y acto seguido se fue. Sin mirar hacia atrás. Sin mirar a nadie. Sin mirar a James.

Sin mirarme a mí.

CAPITULO 21

Estar contigo me hace feliz

James me tomó del brazo en cuanto hice el amago de seguir a Mason.

—No vayas todavía detrás de él.

—Pero...

Negó tirando de mí más cerca.

—Necesita un tiempo a solas, créeme.

¿A solas? ¿A solas para qué? ¡Había salido enfadado por falsas acusaciones! Además, tenía la certeza de que también lo estaba conmigo por no haberle defendido. Mi deber como mejor amiga era echar a James, mandarle lejos y quedarme con Mason. Él fue quien corrió detrás de mí después de que huyese de la cafetería.

Mr. Salido interrumpió mi autopista de pensamientos autocríticos.

—Mira, siento mucho lo que te dije antes. Fue inapropiado, fuera de lugar e idiota por mi parte. A veces me paso de bromista y no me doy cuenta. De verdad que lo siento, Mackenzie.

Suspiré. Finalmente había llegado el tiempo de las disculpas.

—No, yo lo siento también. Tú fuiste un idiota, no lo negaré... No, no me mires así, no puedo desaprovechar la oportunidad de insultarte a la cara gratuitamente. La cosa es que yo como que... Sobre exageré un poco dándote ese tortazo. He estado teniendo una semana horrible y últimamente cualquier cosa me hace explotar. Sobretudo tú.

Me lanzó una sonrisa divertida a través de sus ojos.

—Pues espero que logres tranquilizarte para el sábado, porque vas a pasar mucho tiempo conmigo.

Lo miré confundida.

—¿Por? Se supone que es una fiesta. Tendría que atender a los invitados y...

—Como reportera enviada tienes que estar con la persona que supervise todo, es decir, yo, juntando todos los datos posibles para tu reportaje. Tranquila, no te tocará trabajar mucho.

No, pero sí soportarle a él. Bufé echando la cabeza hacia atrás. James rio más fuerte.

—Vamos a pasarlo muy bien, Kenzie. Los dos juntos. Y solos.

—No vamos a estar solos.

—¿Quién dice que no?

—¡Todos los invitados de la fiesta!

Le di la espalda abrumada con su incesante coqueteo. ¿De dónde sacaba las energías? Por otro lado yo seguía preocupada por mi mejor amigo.

—Debería llamarle al menos. Mason no suele ser así, no sé qué ha pasado.

—Que está celoso, Kenzie. No terminas de creerme.

—Lo creeré cuando se lo oiga decir a él.

—Espera sentada entonces. Me parece que el chaval tiene un dilema enorme. En mi opinión está empezando a fijarse en ti como algo más que su mejor amiga y no sabe cómo tratar con ello. Y yo fui un poco hijo de...

—Vaquero —Le interrumpí con lo primero que se me ocurrió, no queriendo escuchar el final de esa frase—. Hijo de vaquero suena mejor.

James rio y negó con la cabeza, como empezaba a notar que hacía cada vez que yo decía algo extraño.

—De acuerdo, fui un poco... hijo de vaquero, al soltárselo así sin más. Supongo que ahora el tipo lo está flipando un poco. Lo lamento.

Permanecí en silencio sin saber qué decir. A pesar de lo sincero que parecía no terminaba de

creerme que Mason se estuviese sintiendo así por dentro. Él era mi mejor amigo. Lo conocía desde hacía tiempo y nunca nos habíamos ocultado nada. ¿Por qué empezar ahora? Aunque fuese un tema tan delicado para tratar entre los dos...

Está bien, habla la que se pasó años enamorada de él sin decirle nada. Al final sí nos ocultábamos cosas.

Mejor guardaba mis opiniones para mí misma.

—Soy un completo estúpido —James interrumpió mis pensamientos—. Estoy contándole a la chica con la que quiero ligar que el chico que le gusta también siente algo por ella. ¿Conoces a alguien tan idiota como yo?

Yo misma era un ejemplo, diciéndole a Mason sobre cómo a Alia le parecía guapo.

—Tú no quieres ligar conmigo de verdad, James. Nunca ha sido así y es imposible que cambie de un día a otro.

Sus ojos me miraron brillantes.

—Te equivocas, Kenzie. De un día a otro te empecé a notar. Ya te lo expliqué. Me di cuenta de cosas que hacías que... Me atraparon. Simplemente creo que eres una chica con la que cualquier chico querría estar.

Fue mi turno de reír. Yo había dicho justamente lo mismo de Mason.

—Eso es tan cliché...

Sin embargo no pude evitar sentirme halagada. James continuó hablando.

—La diferencia es que es real. Tienes algo que te hace guapa, no sé si será tu rostro redondeado o tus ojos grandes. También divertida. Me haces reír sin intentarlo y estar a tu lado no se siente incómodo. Me gusta. Tú me gustas.

Guau. Literalmente, *guau*. Aquello era muy bonito. Jamás me imaginé a James Smith diciéndome esas palabras. No es que desprendiera emoción, drama y romanticismo. Él no era así. Sencillo y directo eran dos palabras que le iban mejor. Era una de las pocas personas que podían ser románticas dejando de lado todo el tema de ser empalagosas. Eso era complicado.

Y aquí estaba Kenzie, brillando por otro de sus defectos: escepticismo selectivo. ¿Qué significa eso? El diccionario define esa palabra como duda o actitud inquisitiva hacia hechos, declaraciones, etc... Bien, si alguien me decía que el colegio estaba en llamas, aun estando yo dentro de él, era capaz de creérmelo. Si alguien me decía que Mason estaba enamorándose de mí, no me lo creía. Si, como es el caso, James Smith me decía que le pasaba lo mismo, me resultaba incluso más difícil de creer.

—No me crees —sentencio ante mi silencio.

Me mordí el labio inferior. Últimamente lo hacía demasiado y no quería pagar por una operación de restauración de mi piel.

—No es... Vamos, James. Eres tú. Mr. Salido. El señor bromista. Esto puede ser perfectamente una de tus bromas.

Los labios del chico se separaron y la sorpresa inundó su rostro. Pocas veces podía verlo atónito por algo. Solo que también parecía molesto.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Qué quiero salir contigo por... diversión?

—Nadie ha hablado de salir.

Su voz se alzó por encima de la mía.

—Yo lo hago. Mierda, Kenzie. Quiero salir contigo o eso me parece... También tengo una especie de... conflicto interno, pero lidio con él. Me apetece estar cerca de ti porque me gustas y... Simplemente me he dado cuenta de que estar contigo me hace feliz.

Me observó expectante, claramente esperando una respuesta de mi parte. ¿Y qué podía decir? ¡Se acababa prácticamente de declarar! Justo ahora, justo después de hacer que mi amigo huyese. No es que no hubiese insinuado antes que yo le gustaba, pero... Había un gran paso desde el coqueteo molesto a las declaraciones serias. Y esta contaba como eso. Al estilo James,

pero declaración al fin y al cabo.

—No sé qué decir.

Nuevo lema: cuando te hayas quedado sin palabras, simplemente di la verdad. Mejor que quedarse en silencio esperando que el otro hable, lo es.

James apartó su mirada de la mía y se recostó contra la pared. Agachó la cabeza de forma que el cabello pelirrojo ondulado tapó su frente y ojos.

—No digas nada entonces. En realidad tienes razón. Esto ha ido muy rápido. Nunca esperé que fueras como eres.

Eso no tenía sentido.

La campana sonó interrumpiéndole. A través de mechones de su cabello le vi arrugar la nariz. Estaba esperando a que yo me fuese para poder salir él. ¿Estaría avergonzado? Imposible, James Smith, alias el payaso de la clase, nunca podría sentir vergüenza.

—Nos vemos más tarde —me despedí finalmente y salí del aula vacía.

Por el pasillo me choqué con varios alumnos. Iba despistada con mis ideas bailando alrededor de todo lo sucedido. ¿Mason estaba confundido? ¿James se había declarado? Necesitaba airear mi cabeza y una clase de matemáticas no ayudaría en nada. Así, en lugar de dirigirme a la taquilla a recoger mis libros, continué caminando. Lo hice hasta topar con las puertas de cristal y atravesarlas. Lo hice hasta encontrarme en el aparcamiento y notar a Mason apoyado contra la puerta de su coche. Lo hice hasta que mis pasos me guiaron finalmente a él.

Me coloqué en frente de él pero sus ojos no me miraron. Aunque no creyese lo que dijo James, sí estaba pasando algo, y no iba a averiguarlo dejando que mi mejor amigo me evitase. De nuevo, nosotros teníamos una conversación pendiente, y no me podía creer que yo fuese la primera de los dos en enfrentar la situación.

—¿Sándwich de jamón y queso? No he comido y me muero de hambre.

CAPITULO 22

¿Existe alguien tan idiota como yo?

—Huele delicioso.

Sonreí forzosamente hacia Mason mientras olfateaba la taza de café que la camarera había puesto frente a mí. Había permanecido muy callado desde que montamos en su coche rumbo a la cafetería. Ni siquiera habló para pedir un sándwich, aunque no tuvo ningún reparo en verme comer el mío.

—Supongo.

Sí, no, supongo, tal vez, quien sabe... Esas eran el único tipo de palabras que le había conseguido sonsacar desde que llegamos. Y era mi culpa. James le había acusado falsamente y yo no había salido en su defensa. No me gustaba que estuviese enfadado conmigo. Tampoco era una persona que pudiese soportar los silencios tensos, tal y como estaba ocurriendo en ese mismo instante. Empezaba a quedarme sin ideas de cómo hacerle hablar. Me llevé la taza a los labios solo por tener algo que hacer.

Solté un quejido de dolor cuando el líquido hirviendo me quemó y posé rápidamente el café de vuelta sobre la mesa. Miré a Mason pero él tenía los ojos en sus manos enredadas. Odiaba la situación. Uno de los dos tenía que romper el hielo y hablar en serio.

Ese uno iba a ser yo.

—Siento no haber echado a James, ¿vale?

Fui demasiado lanzada, pero esperé a ver si mi atrevimiento tenía resultado y, efectivamente, así fue. Mason elevó la mirada desde sus dedos hasta mis ojos. Su rostro estaba inexpresivo. Continué.

—Tú viniste a buscarme y yo... Me comporté como una amiga horrible. No sé por qué hice eso y lo siento.

Quizás una sincera disculpa no fuese suficiente, pero era una buena forma de empezar. Sin embargo, he de admitir, no me esperaba la respuesta de Mason.

—Te está empezando a gustar James.

—¿Cómo?

Por primera vez desde que entró detrás de mí dentro de la clase, lo vi sonreír. No me estaba tomando el pelo.

—Te está empezando a gustar James —Repetió, esta vez vocalizando mejor a pesar de que yo ya lo había entendido—. Y eso me enfada.

—¿Enfada? —Repetí sin comprender. ¿Me había perdido algo?

—Solo estoy algo celoso.

—¿Celoso?

—Sí. Eres mi mejor amiga Kenzie. Y él es un gilipollas. No quiero que te haga daño y... Digamos que tengo algo de miedo de... perderte.

—¿Perderme?

¿Debería añadir “repetidora de palabras excelente” a mi currículum? Esta no era la primera vez que me pasaba.

—Tú nunca has tenido novio.

¿Cómo había derivado la conversación desde mi disculpa a eso?

—Pero he estado con algún chico —susurré, recordando a Joe. Él contaba como chico. Estaba segura de que lo hacía.

—Solo fueron un par de besos, pero nunca has tenido un novio formal. En cambio Smith... Él quiere ser algo más que un par de besos. Lo sé. Lo noto. Está demasiado encima de ti todo el

tiempo para querer ser solo tu plan A.

—¿Y qué pasa con lo que yo quiero? No me gusta. No seré su novia nunca.

Su sonrisa tomó un deje de tristeza.

—Te conozco demasiado, Kenzie. Te gusta. Él es totalmente tu tipo.

—¿Lo dices porque es guapo? Hay muchos chicos guapos en el instituto.

—No, porque es divertido. Te hace reír y enfadar a la vez. Os he visto hablando y... estáis cómodos.

Qué curioso, igual que contigo. Pero solo lo pensé y no lo dije en voz alta.

—Sigue siendo un idiota.

—Tenéis química —Añadió con una sonrisa ladeada y volviendo su mirada a sus manos—. Igual tú no lo notas pero yo sí. Me extraña que no te haya besado aún.

Abrí los ojos horrorizada. ¿Qué se había tomado Mason durante el desayuno?

—Primero me pegaba los labios con una grapadora antes que dejarme besar por él. Y no, no me repliques. No quiero hablar más sobre esto. Ni sobre James. Además, eres un idiota si piensas que me vas a perder por tener novio. Un idiota inmensamente grande. Tal vez me pierdas por eso mismo, mira.

Alzó los ojos hacia mí y yo elevé las cejas. Ambos comenzamos a reír con fuerza segundos después, incapaces de mantenernos serenos. No era buena haciéndome la indignada, mucho menos cuando mis enfados solían durar menos de diez minutos. Mason fue el primero en hablar después de que ambos nos hubiésemos calmado.

—Siento haber sido un idiota, entonces.

—Una disculpa muy poco elaborada, pero... La acepto.

Estiré mi brazo a lo largo de la mesa y Mason atrapó mi mano con la suya, dándome un gran apretón hasta el punto de hacer que mis dedos doliesen.

—Podría comprarte algo para compensar. ¿Qué te parecería un perro?

—¿Y qué tal un león, ya que estamos?

Mason volvió a reír. Mi miedo a los perros era mundialmente conocido. Una vez había participado en el periódico con un artículo titulado *Diez razones por las que no me gustan los perros*. Acababa explicando que en realidad no los odiaba, incluso me parecían monos. El problema eran los dueños y su forma de educarlos, muchas veces. O si enseñaban los dientes y gruñían en mi dirección. Sí, eso también ayudaba.

Continuamos conversando por un largo rato, olvidándonos de regresar a clase. Durante todo el tiempo traté de no pensar en James y cómo le había dejado en la clase después de su confesión. Lo que Mason me había dicho sobre él lo trajo de vuelta a mi mente. ¿De verdad le gustaba tanto?

Sonreí por un chiste de mi amigo pero mi cabeza seguía divagando. Le gustaba a James. Cada vez tenía más sentido. ¿Me gustaba él a mí? En realidad no estaba segura.

Era guapo, lo cual hacía un plus. Y divertido. Me reía mucho con él aunque a veces me sacase de quicio. De vez en cuando incluso tenía sus momentos de caballero, aunque fuesen los mínimos. Y luego estaba la forma en la que se me aceleraba el pulso cada vez que se acercaba a mí o me miraba fijamente... La misma forma en la que hacía un tiempo se me aceleraba cuando estaba con Mason.

Y aquí estoy yo, un idiota incapaz de entender sus sentimientos, haciéndole ver a la chica que me gusta que está enamorada de otro chico. ¿Existe acaso alguien tan idiota como yo?

CAPITULO 23

Un enfado irracional

Todos los libros cayeron en cascada de mi taquilla al suelo nada más abrí la puerta. Me agaché pesarosa y refunfuñando a recogerlos. Estaba teniendo un mal día, lo cual no era extraño vista mi semana de desgracias. El problema era que no sabía exactamente de dónde venía mi mal humor.

Es como cuando sientes que todo te está saliendo mal pero lo peor que te ha pasado es tener que agacharte a recoger los cuadernos del suelo. Estás enfadado y molesto por algo, pero no sabes por qué. Es una sensación frustrante.

Tomé mis libros en las manos y los empujé con fuerza dentro de la taquilla, provocando que varias hojas y tapas se doblasen. No me importaba.

Bueno, quizás un poco.

¿A quién quería engañar? ¡Mis pobres cuadernos no tenían la culpa de mi inestabilidad emocional!

—¿Alguien se levantó hoy con el pie izquierdo?

Eric me saludó apoyándose en la taquilla de al lado. Me forcé a mi misma a tomar una profunda respiración y sonreír. Mis labios se sintieron tensos por el intento. ¿Qué demonios me pasaba el día de hoy?

—Debe ser eso —respondí recolocando los libros y cerrando la puerta—. ¿Cómo te va?

—No me quejo —Se encogió de hombros, ajustándose la mochila al hombro—. Preferiría que no fuese viernes porque mañana me toca trabajar en la tienda, pero no puedo manejar el tiempo.

Suspiré.

—Te entiendo. Yo tampoco quiero que llegue el sábado.

Pero por razones totalmente distintas a las tuyas. La idea de pasar un día al completo con James era... extraña. Antes de su confesión hubiese dicho insoportable. Ahora era extraña. Ni siquiera sabía cómo reaccionar delante de él después de aquello.

—Pareces enfadada. ¿Has suspendido algún examen?

—No.

—¿Una mala nota en un trabajo?

—Tampoco.

—¿No te dio tiempo a desayunar y ahora te mueres de hambre? A mí eso siempre me pone de mal humor.

Me reí. Eric no parecía el tipo de chico que se pone de mal humor.

—Para nada, tomé un desayuno de campeonato.

—¿Tuviste que venir andando al instituto y mojándote bajo la lluvia?

—Ni de cerca.

Más bien todo lo contrario. Mason se había presentado a tiempo en mi puerta, llevando un paraguas para acercarme hasta el coche. Había galletas con trocitos de chocolate recién horneadas en mi asiento. Mis favoritas.

—Me estás dejando sin ideas, Mackenzie. Parece que todo te fue bien hoy. Entonces, ¿por qué estás tan enfadada?

Me quedé pensativa al respecto. Él tenía razón aunque no lo supiera. Todo me fue realmente bien por la mañana. Mi madre había madrugado y preparado tortitas para desayunar. Leslie no acaparó el baño y me cedió la última de las tortitas. Mason estuvo a la hora para recogerme y se pasó todo el trayecto haciéndome reír. Había olvidado hacer la tarea de biología pero no me

preguntaron. En la hora de historia el profesor faltó y el sustituto nos dejó hacer lo que quisiéramos. Entonces, ¿a qué se debía mi mal humor?

Decidí contestar a Eric con la verdad, como se estaba convirtiendo en mi lema.

—No lo sé.

El timbre del final del descanso sonó. Hora de ir a literatura creativa.

—Suerte con ello, Kenzie. Nos vemos mañana por la mañana.

Asentí y me despedí de él. Posiblemente no le fuese a ver por el estúpido proyecto J.S. Cambiaría mi visita a la tienda de Eric por un viaje en coche con James a quien, ahora que lo pensaba, no había visto en todo el día. Normalmente a estas horas ya habría aparecido con alguna broma, haciéndome reír con sus comentarios o, por el contrario, volviéndome loca. De hecho, no le había visto desde el día anterior, cuando le dejé en el aula solo.

Sacudí la cabeza. No me importaba que ocurriera con James.

Volví a abrir la taquilla. Con el incidente de los libros se me había olvidado tomar el cuaderno de literatura creativa. Los había colocado tan toscamente que este quedó al final del todo. Me tomó tanto tiempo buscarlo que cuando acabé ya no quedaba nadie en el pasillo.

Genial, llegaría tarde a clase.

Estaba pasando cerca de los servicios cuando escuché ruidos dentro del de chicos. No ruidos de... baño. Eso hubiese sido asqueroso, además de que no llamarían mi atención. Eran más bien golpes, gruñidos y jadeos. Como si dos personas estuviesen enzarzados en una pelea allí dentro. Dos chicos.

La piel de atrás de mi cuello se erizó. Miré hacia todos los lados pero no había nadie. El pasillo estaba desierto a excepción de mí y quienes se estuviesen pegando. Sonaba bastante mal.

Observé mis brazos débiles y mis músculos poco fuertes. En una pelea cuerpo a cuerpo yo saldría perdiendo, incluso si mi oponente era un niño de diez años, pero tampoco podía dejarlo pasar. Tal vez si vieses que era una chica no me pagasen.

Con esa idea me armé de valentía y entré dentro del servicio.

Me quedé de piedra nada más crucé el umbral y vi a las dos personas que pensé que se estaban peleando.

Bien, debo comenzar aclarando que no se estaban peleando... en la estricta definición de la palabra. De alguna manera eso podría pasar por lucha... Por una lucha de besos, claro. Los dos chicos estaban restregando sus cuerpos el uno contra el otro y besándose como si fuesen a desaparecer en cualquier momento. Una de las camisetas estaba desaparecida y tirada en el suelo. La otra subida por encima de los pectorales masculinos.

Ahora entendía el porqué de los jadeos. También entendí el porqué de los golpes cuando uno de ellos tomó impulso y los giró, haciendo que su espalda chocase contra los lavabos con fuerza. Estaban tan metidos en su sesión de besos y manoseo que no se dieron cuenta de mi presencia. Tampoco de que yo podía verlos.

Porque reconocí claramente a uno de ellos. Exactamente al chico sin camiseta que estaba comenzando a meter la mano por dentro del pantalón del...

Dios, no quería ver eso.

Sintiéndome como una intrusa comencé a retroceder tratando de hacer el menor ruido posible. No quería estar presente en la escena acalorada de una fogosa pareja, pero tampoco romper la magia.

Conseguí volver hacia la salida del baño sin ser notada. Una vez allí respiré hondo y me alejé rumbo a mi clase. Mientras caminaba una sonrisa empezó a crecer en mis labios, haciéndose más y más grande hasta finalmente acabar en carcajadas.

Al menos podía tachar a Derek Anderson de mi lista. Tanto ahora como en el futuro.

CAPITULO 24

Lo creo

—El domingo pasaré a por ti a primera hora. También quiero que estemos mañana en contacto durante todo el día. Y cuando vuelvas a casa me llamas.

—Sí, mamá.

Me reí por mi mala imitación de niña pequeña provocando que Mason gruñera. Se estaba tomando todo el asunto de la fiesta del sábado demasiado en serio.

—Solo me preocupo por ti, Kenz. ¿De verdad no quieres que hable con Alia para que envíe a otro? Yo mismo puedo...

—Está bien —Le interrumpí posando mis dedos sobre su boca para callarle—. Solo es un día. Sobreviviré.

Me miró fijamente sin decir nada, pero sentí sus labios moviéndose y rozando mis dedos. Con un escalofrío los aparté. Debía recordármelo si quería poner fin a mis sentimientos por Mason: él me veía solo como una amiga. James le cae mal porque tiene miedo de que me haga daño. Piensa que Alia es guapa.

—Así que... Últimamente hablas mucho con Alia, ¿no?

Sus mejillas se tiñeron de rojo bajo su piel y apartó la mirada a otro lado. Algo pinchó dentro de mi pecho como agujas de hielo. Traté de ignorar el dolor lo mejor que pude.

—Es simpática. Excepto por lo de tu chantaje.

—Defensora de las causas perdidas, más bien —Corroboré jugando con mis dedos y entrelazándolos—. Aunque, ¿cómo era lo que decías? Estaba buena.

—Está buena, de hecho —Me corrigió y luego rio negando con la cabeza—. ¿Celosa, Sullivan?

Le pegué un codazo entre las costillas, forzando una carcajada al mismo tiempo. Como siempre, dando en el centro de la diana. Si los celos tuviesen forma de gusanos alargados y escurridizos, ahora mismo mi corazón estaría siendo atravesado y convertido en miles de largos y dolorosos túneles.

Un coche frenó detrás del nuestro bruscamente, sobresaltándome con el ruido. Me giré a tiempo de ver una cabellera pelirroja saliendo del asiento del conductor. James. Sus ojos verdes miraron a través de los cristales y el metal del automóvil de Mason, encontrándose con los míos por muy difícil que pudiese parecer. Los apartó tan rápido que pudo haber sido producto de mi imaginación. Cerró la puerta dando un sonoro portazo y avanzó hacia la casa. Otro chico le siguió desde el asiento del copiloto. Era más alto y delgado, y rápidamente lo reconocí como Jack, su hermano mayor. Hacía mucho tiempo que no le veía.

Me quedé observándolos hasta que desaparecieron dentro de la puerta de la casa.

—Para no estar interesada en Smith le miras bastante, ¿no crees, Kenzie?

Sacudí la cabeza de vuelta hacia Mason y pellizqué mi labio inferior con los dientes. ¿Por qué me estaba poniendo nerviosa con esa pregunta?

—Hoy no le he visto en todo el día —Explicué volviendo a enredar los dedos de mis manos—. Es extraño, generalmente ya hubiese aparecido y me hubiese dicho algo que me hiciera irritar o...

—Generalmente no —Me interrumpió—. Más bien desde este lunes.

—Soy una chica que se adapta muy rápido a las nuevas costumbres. Solo estoy... ¿preocupada? Nuestra última conversación no fue muy amigable que digamos...

—¿Dices cuando os dejé solos en la clase?

Me removí en el asiento con nerviosismo. No estaba muy segura de poder hablar de esos temas con Mason. Días antes se había enterado de mi enamoramiento. ¿Era demasiado pronto para

volver al tema amoroso? Zarandeé mis ideas con fuerza. Él me rechazó y lo hizo de la forma más pacífica posible. Ahora quería ser mi amigo y yo debía ayudar también a conseguirlo. Contárselo sería un buen paso de vuelta a nuestra amistad.

—Él... —Allá vamos, Mackenzie—. Como que se me confesó.

—¿Cómo que se me confesó? —Repitió inseguro—. Se supone que quiere ser tu plan A. Hace tiempo que se ha confesado.

Negué. Estaba poniendo mucho empeño en hablar de esto con Mason. Por alguna razón me costaba horrores.

—No de ese modo. Ayer él... Me lo dijo muy serio. Después yo no supe que responderle. Parecía molesto. O herido.

—Lo siento, pero no soy capaz de imaginarme a James Smith herido —Alzó las cejas con escepticismo—. El tipo nació con una peluca multicolor de payaso en la cabeza.

Mis ojos se alejaron de los suyos y volaron de vuelta a mis dedos enredados. Los segundos pasaron sin que ninguno de los dos dijera nada hasta que una mano más grande se posó sobre las mías, tirando de ellas y separándolas. Sus pulgares acariciaron mis yemas.

—No juegues con tus dedos, Mackenzie. Vas a acabar por hacerte daño.

Tragué saliva ante el tono cálido y mis ojos regresaron hacia los suyos. Mi pecho se quejó comprimiéndose al ver de nuevo su sonrisa.

—Estoy preocupada. Lo siento.

Sus dedos seguían acariciando los míos.

—No te disculpes por tus sentimientos. Es estúpido.

—Siento ser estúpida, entonces.

—Mackenzie...

Una sonrisa verdadera se deslizó en mi cara y el rostro severo de Mason se relajó. Su índice y pulgar trazaron semicírculos en mi palma.

—Te lo dije. Te gusta James, pero eres tan terca que jamás lo admitirás.

Otra vez trituré mis labios con los dientes. Pensé en James y sus rizos revueltos. Las pecas cubriendo su rostro y aquellos paletos torcidos que en realidad me encantaban. Sus palabras de ayer, tan precisas, dulces y serenas. No habían logrado más que confundirme. Su forma de volverme loca y al mismo tiempo de estar a mi lado. Cómo se aceleraba mi pulso cuando le sentía cerca...

—Tal vez lo haga —susurré, y los dedos de Mason se congelaron sobre mi mano—. ¿De verdad crees que me gusta?

Noté aire frío cuando mi palma quedó desnuda y Mason agarró el volante del coche en su lugar. Tomó una profunda respiración antes de contestarme.

—Sí, lo creo.

CAPITULO 25

Necesitarás un vestido

Eran exactamente las dos y diez minutos del mediodía del sábado cuando mi dedo se posó sobre el timbre de la casa de James Smith. Había estado dando vueltas por mi habitación, la cocina, el salón, el pasillo, el jardín y, finalmente, el camino hacia su casa. Se suponía que debía de estar preparada para irnos a la fiesta e imaginé tontamente que sería él quien me pasase a buscar. Cuando pasaron cinco minutos empecé a preguntarme si yo debía ir a su casa. A los ocho me cansé de esperar y me decidí a ir a por él.

Estaba nerviosa. No tenía motivos en realidad. Solo íbamos a ir a una tonta fiesta para recaudar fondos, en la que me iban a hacer trabajar. Tampoco pasaría el día entero sola con él, habría más gente por todos lados. Pero no conseguía hacer que la inquietud me abandonase. No había visto a James desde su declaración y me preocupaba la idea de que me hubiese abandonado y se hubiese ido sin mí.

Más que eso. Me aterraba el hecho de haber herido sus sentimientos y no entendía por qué.

Mi teléfono vibró en los bolsillos de mi holgado pantalón de yoga. Sonreí al ver el nombre de mi mejor amigo brillando en la pantalla.

MASON: Mensaje de auto vigilancia número uno. ¿Se encuentra el sujeto seguro y a salvo?

KENZIE: El sujeto agradece su preocupación pero no es necesaria. Este mensaje se auto reenvía informáticamente. Por favor, no es necesario que responda.

La puerta de la casa se abrió mientras terminaba de teclear las últimas palabras.

—¡Mackenzie! ¿Qué haces aquí?

—Eh... Venía a buscar a James.

No veía muy de seguido a la madre de James. Parecía una mujer agradable. Poseía la típica imagen de ama de casa americana perfecta, con su pelo rubio claro recogido, la ropa impecable y siempre recibéndote con una sonrisa.

—¿James? Estaba en la cocina hace un momento... Pasa, voy a buscarlo. ¡James!

Me sobresalté ante su grito y observé cómo desaparecía caminando dentro de la casa. Pensaba que solo mi madre gritaba así para llamarme. Algo compungida decidí declinar su invitación a pasar y preferí esperar en la entrada. Me sentía más... Segura.

Escuché voces desde dentro, mayoritariamente gritos. Era curioso la imagen que algunas personas decidían mostrar al exterior, irradiando perfección y simpatía, para luego estar voceando dentro de su propio hogar.

Unos pasos comenzaron a acercarse con fuerza hacia mi dirección. Me enderecé y miré dentro de la casa. Admitiré que mis pulmones se quedaron sin aire cuando lo vi.

Vestido con unos pantalones de mezclilla oscuros, una camisa azulina de botones y una americana negra, James avanzaba hacia mí con paso decidido. Su cabello usualmente rizado tras las orejas había sido llenado con lo que parecía gomina, logrando un estilo despeinado y revuelto que llamaba la atención, cayendo sobre sus ardientes ojos verdes. Y digo ardientes porque esa fue la sensación que me dio cuando miró a través de ellos hacia mí.

—Perdón por hacerte esperar, he estado... Haciendo cosas.

Asentí, todavía embobada por cómo las hombreras de la chaqueta definían sus músculos y el entallado marcaba su porte.

—No tienes por qué disculparte.

Cabeceó en mi dirección y terminó de salir de la casa. Me hice a un lado mientras cerraba la puerta. No podía apartar mis ojos de él ni de sus movimientos. Por esa razón me sobresalté cuando se giró rápidamente y forcé demasiado tarde mi mirada a apartarse de él.

Estuve esperando que se burlara de mí, que me sonriera descaradamente o incluso que bromease. Nada de eso pasó. Simplemente clavó sus ojos en mí por unos largos segundos y luego los apartó, comenzando a caminar hacia fuera.

Tardé algo de tiempo en seguirle. No comprendía lo que había pasado. ¿Quién era él y qué había hecho con James Smith, el payaso? En lo más profundo de mi mente una molesta vocecita me decía que eso era por mí y por su confesión del jueves.

—Entonces —Comencé indecisa, tratando de iniciar una conversación—. ¿Qué es lo que vamos a hacer hoy?

—Yo coordinar que todo vaya bien. Tú tomar apuntes para el artículo.

Me entraron ganas de alzar una mano a la frente y gritar “capitán, sí, mi capitán”. En su lugar guardé silencio y observé confundida cómo James cambiaba la dirección de su camino y en vez de dirigirse a su coche iba hacia mi casa. Corrí unos pasos para ponerme a su lado.

—¿A dónde vas?

—No estás vestida para la ocasión. Tienes que cambiarte.

—Creía que solo tenía que ir cómoda.

—Tú no.

—Se suponía que allí iban a darme la ropa.

—No te van a dar nada.

—Pero Alia me dijo...

James frenó en seco a la altura de las escaleras de mi casa. Al estar más adelantado que yo quedó frente a mí, no sin antes provocar que me chocase contra él. Tuve que alzar la barbilla para poder mirarle.

—Alia pensaba que ibas a trabajar de camarera, como los demás. Ese no es el trabajo que tengo pensado para ti.

Junte mis cejas en una clara expresión de desconcierto.

—¿Y qué voy a hacer?

Por primera vez desde la conversación del jueves, James sonrió. Era una de esas sonrisas de suficiencia, no lo adecuadamente marcada como para resultar perturbadora, pero si lo suficientemente brillante como para darme escalofríos. La piel detrás de mi cuello se erizó cuando él inclinó su cabeza hacia abajo, acortando la distancia entre nosotros.

—Tú serás mi acompañante esta noche, Mackenzie Sullivan.

Di un paso hacia atrás, apartándome de él. ¿De qué estaba hablando?

—No puedo ser tu acompañante —Negué con la respiración espesa—. Somos voluntarios, nosotros no...

James volvió a reír y me asusté cuando mi corazón bailó ante el tono de su voz.

—Yo no soy un voluntario. ¿Todavía no te has dado cuenta de cómo se llama la empresa, Mackenzie?

Comencé a responder despacio, como si estuviera tanteando el terreno.

—Recreativos J.S. —Una idea loca brilló en mi cabeza—. ¿J.S.? ¿Estás diciéndome que es tuya?

—¿Mía? —Las carcajadas de James fueron audibles a cien metros a la redonda—. No, es de mi hermano. Jack Smith.

Oh, Dios mío. Yo era tan idiota...

Pero tenía sentido. Jack era alrededor de ocho años mayor que nosotros. Siempre fue considerado un genio. Incluso terminó sus estudios antes que los demás. Había oído que se había convertido en un exitoso empresario. Nunca indagué más en el asunto.

—Siempre fue un fanático de los videojuegos —comentó encogiéndose de hombros—. Cuando terminó de estudiar era lógico que tuviese una empresa dedicada a ello.

—¿Y cómo es que participa en la iniciativa con el instituto?

—No solo Alia es buena en el chantaje.

No entendí a qué se refirió con su respuesta, pero no pude indagar más porque se volvió de cara a mi casa y comenzó a adentrarse hacia la puerta. Paró cuando llegó a la altura del pomo.
—¿Piensas entrar a cambiarte? Si vas a ser mi acompañante necesitarás un vestido.

CAPITULO 26

No me importa si a ti tampoco

James miró con desaprobación en mi dirección antes de cambiar de marcha y acelerar para incorporarse a la autovía.

—Baja las zapatillas del asiento.

Le miré con desagrado.

—Están limpias.

—No tanto como crees. Bájalas.

Resoplé y devolví mis zapatillas de tela blancas al suelo del coche. Me senté más recta en el asiento y observé cómo las casas y árboles desaparecían por la ventanilla.

—Así que eres uno de esos maníacos de su coche.

—No soy un maníaco de mi coche —Se defendió pisando más el acelerador y adelantando a un mini rojo—. Solo me gusta mantenerlo limpio.

Lo ignoré y me volví hacia el aparato de música. Era más moderno que el de Mason. No estaba segura de poder sintonizar una emisora de radio.

—Apuesto a que tiene incluso un nombre.

—No lo tiene.

—Seguro que sí —Me burlé tocando algunos botones sin lograr resultado—. ¿Qué tal Rayo? He escuchado que es uno muy popular.

James gruñó. Bien.

—He dicho que yo no llamo a mi coche por ningún nombre.

—¿Trueno? Suena muy varonil.

—Cállate, Mackenzie. Y deja ya eso, vas a acabar por tocar algo y romperlo.

Alejé la mano del reproductor de música haciendo un puchero. No me veía capaz de soportar un viaje en coche con James Smith sin canciones para aligerarlo.

—Técnicamente no puedo romperlo a menos que lo atice con un martillo, lo cual por cierto no me cabe en el proyecto de bolso que me has escogido.

Me lanzó una mirada fugaz y divertida antes de regresar de nuevo sus ojos a la carretera. Por alguna extraña razón él sí parecía feliz con nuestra pequeña excursión. Cualquiera lo diría después de su retraso y de cómo no le vi por ningún lugar desde el jueves.

—Técnicamente te hubiese dejado escoger uno, sin embargo te empeñaste en llevar esas zapatillas con el vestido.

Abrí la boca para contestar pero él pulsó el único botón del reproductor de música que no había tocado y una melodía empezó a sonar en el coche a tal volumen que jamás me hubiese podido escuchar. Me llevé las manos a los odios mientras él giraba una ruleta y la canción volvía a un nivel normal para mis delicados oídos.

—Elegiste mi ropa, mi peinado e incluso el maquillaje. Lo mínimo era que pudiese andar sin la amenaza de torcerme el tobillo a cada paso que daba.

James se encogió de hombros y adelantó a otro coche. Un niño pequeño nos saludó con la mano desde la parte trasera del monovolumen.

—De todos modos metí los zapatos de tacón en el maletero mientras tu madre te maquillaba. Y Leslie me ayudó.

Gemí aplastando mi espalda contra el asiento. Después de presentarme en su casa James me había hecho volver a la mía para cambiarme. No le gustó ninguno de los vestidos de mi armario y acabamos pidiéndole a mi madre que me prestara alguno. En aquellos momentos llevaba una especie de camisón largo y gris, con cuello redondo y mangas francesas. Apenas tenía algo de

vuelo debajo de la cintura y, en mi opinión, hacia a mis piernas parecer gordas. Las cubrí con unas medias oscuras semitransparentes en un desesperado intento por ocultarlas.

No tuve fuerzas para contestar. Me limité a darle un golpe en el brazo, provocando que el coche diese un pequeño giro improvisado. Golpeé con mis pies el suelo. Tal vez era mejor dejar las bromas para otra ocasión.

—Vas un poco rápido —le avisé cuando el tercer coche fue adelantado—. Dudo que estés siquiera dentro del límite de velocidad permitido.

Él sonrió con ganas.

—Así que puedo añadir los coches a la lista de cosas que te asustan.

Genial.

—¿Qué más cosas hay en esa lista?

Su respuesta no tardó en llegar.

—Oscuridad, arañas, perros y sangre.

Aquello era siniestro.

—¿Tú cómo sabes eso?

De nuevo, James rio.

—La sangre por tu reacción el día que te golpeaste con la taquilla. Por cierto, tu frente está mejor. Casi no se nota la brecha.

Llevé inconscientemente una mano encima de mis cejas. Me había apartado el pelo de la cara con horquillas dejando la herida al descubierto. Mi madre me había aplicado crema de color a la cara para cubrir la línea rosada que aún desfiguraba mi piel. Ese debía de haber sido el momento en el que James metió los zapatos en el coche. Estaba loco si pensaba que los usaría.

—¿Qué hay de las otras cosas?

Lo admitiré, no me esperaba su respuesta.

—Por tus artículos.

—¿Mis artículos?

Me giré hacia él, mirándole boquiabierto.

—Los he leído.

—¿Los has leído?

—Son divertidos.

—¿Son divertidos?

Me miró intermitentemente junto con la carretera.

—¿Pensas seguir repitiendo todo lo que digo? Es un poco frustrante.

Sacudí la cabeza apartando mi mirada de la suya. Estaba confusa.

—Lo siento. Sigo sorprendida de que sepas leer.

James bufó.

—Muy graciosa. De verdad, Kenzie, me meo de la risa.

Me abstuve de decir una broma obscena.

—Ahora en serio, no sabía que leías el periódico escolar.

—Y no lo leo.

—Pero...

—Leo tus artículos. Son divertidos, como tú.

El último artículo lo había escrito hacía un mes, mucho tiempo antes de que mi lista fuese robada. Incluso antes de que la escribiese. Mis mejillas se ruborizaron al mismo tiempo que las últimas notas de la canción terminaban y comenzaba a sonar otra. Lo usé para cambiar desesperadamente de tema.

—¿*The Killers*? —le pregunté, girando la misma ruleta que él tocó y subiendo el volumen—. No sabía que te gustasen.

Otra mirada fugaz fue lanzada hacia mí a través de sus ojos verdes.

—Me parece que en realidad sabes muy pocas cosas sobre mí, Mackenzie.

Guardé silencio durante los segundos siguientes a esa frase. James tenía razón, en realidad no sabía mucho sobre él. Lo que más me asustó es que me encontré a mí misma deseando conocerlo mejor.

Tratando de alejarme de mis enmarañados pensamientos, me concentré en la letra de la canción, llegando a cantarla en alto. No me di cuenta de ese detalle hasta que la mirada de James estuvo más pendiente de mí que de la carretera. Algo extremadamente peligroso cuando vas a más de cien kilómetros hora por la autovía, si se me permite el comentario.

—No, por favor, sigue. No te calles por mí.

Su tono burlón no me dio la confianza suficiente para volver a cantar. Me revolví nerviosa en el asiento y fijé mis ojos en la carretera. Lo que James debería haber hecho también.

—Pareces un gato atropellado, pero es agradable escucharte.

—Eso no tiene sentido —repliqué con las mejillas más encendidas.

—Lo sé, pero me he acostumbrado. Nada tiene sentido cuando estoy contigo.

¿De pronto hacía demasiado calor en el coche o el Sol había explotado al fin? Resistí el impulso de abanicarme con la mano.

—Vamos, Kenzie... Lo siento, vuelve a cantar.

Hubo silencio por mi parte.

—No me hagas suplicarte.

Endurecí mi mirada sobre la carretera. Entonces dijo una palabra sin sentido que me obligó a girarme de vuelta hacia él, intrigada.

—Tormenta.

—¿Qué?

—Tenías razón. Soy uno de esos maníacos de sus coches y al mío lo llamo Tormenta.

No podía ser cierto. Pero su rostro había adquirido cierto tono rosado por debajo de sus pecas. Esa fue mi ocasión para reír.

—Lo sabía.

Subió más el volumen de la música.

—Vamos, Kenzie. Canta. Lo estás deseando.

¿Después de lo que me acababa de decir? Difícilmente...

Hasta que fue él quien cantó.

Y yo no pude resistirme a seguirle.

Ambos rompimos a reír. Cerré los ojos sintiendo como mi alma explotaba dentro de mí junto con la música. Cuando uno de los versos finales volvió a sonar canté de nuevo, con la voz de James siguiéndome a la par.

Entreabrí los ojos para mirarle y allí estaba, con las manos en el volante y la vista clavada en la carretera. Mi corazón dio un latido tan fuerte que bien podría haberse salido de mi pecho.

En ese momento lo supe. No volvería a escuchar esa canción de nuevo sin acordarme de él.

CAPITULO 27

De chantajista a chantajeada

Samantha Gómez tropezó con el dobladillo de sus pantalones de camarera largos y cayó hacia adelante, llevándose a Harry Parker consigo y provocando que una gran bandeja de canapés terminara en el suelo, cubriéndolo todo con gambas y mayonesa.

Apreté la pequeña libreta que James me había dado nada más llegar y lo busqué con la mirada en la gran sala donde se celebraría la fiesta. Todo lo que vi fue compañeros del instituto vestidos con un traje unisex de camarero oscuro y corbata negra pasada de moda. No se me pasaron por alto las miradas de odio de algunos de ellos. ¿Habría alguien más obligado a venir por chantaje?

Me sentía más que incómoda en ese ambiente, con todos trabajando menos yo, que solo miraba. Tal vez podría ayudar a preparar algo en la cocina... Siempre que no involucrara el uso de cuchillos, fuego o demás material inflamable. Estaba girándome en busca de una salida cuando alguien habló a mi lado.

—¿Mackenzie Sullivan? Eres Mackenzie, ¿verdad?

Dirigí mi mirada hacia la voz, encontrándome con unos familiares ojos verdes. Podría decir que se trataba de James, pero estos eran más claros y tirando a azulados.

Jack Smith.

—¡Jack! —Le sonreí y dejé que me abrazara en un acto de reencuentro ex vecinal—. Hacía mucho que no te veía.

Mentira. Lo había visto aquel día entrando a casa de su madre, pero no tenía por qué dar explicaciones, especialmente después de no haberle saludado.

—Han pasado al menos tres años —corroboró él—. Estás muy cambiada. Y más alta.

Fruncí el ceño y miré mis pies. Me agarré a él antes de doblar una pierna hacia arriba.

—En realidad son los tacones.

Porque sí, al final Mr. Salido logró salirse con la suya y me calcé los dolorosos zapatos. Si acababa cayéndome y torciéndome el pie sería culpa suya. Y del pudding de chocolate que me tiró en mis zapatillas blancas de tela. En aquellos momentos lo odiaba.

Jack me miró escéptico, ajustándose la chaqueta. Iba vestido muy parecido a su hermano. De no ser por su cabello rubio, podrían pasar por gemelos.

—¿Tú usando tacones? Si mal no recuerdo te gustaba jugar al cazador y el león con tu hermana. Ella se montaba sobre tu espalda mientras tú paseabas a cuatro patas por el jardín de tu casa.

Sentí mis mejillas ruborizarse. Aquella información estaba recluida incluso para Mason.

—Era pequeña.

Rio y sus ojos se iluminaron igual que los de su hermano.

—No tan pequeña.

Un aparato pequeño y parecido a un teléfono móvil comenzó a sonar dentro del bolsillo de su chaqueta con una molesta luz roja. Lo observó atentamente y luego torció el gesto.

—Problemas en la gestión. Me ha gustado verte aquí, Kenzie. Espero que escribas un buen artículo sobre esta fiesta.

No recordaba haber dicho que iba de reportera.

—¿Cómo sabes...?

—Tengo mis fuentes —me interrumpió guiñándome un ojo—. Las llamo insufrible James.

Al menos ambos pensábamos lo mismo de él.

Abandonada de nuevo a mi suerte en medio de la peliaguda decoración de la sala, volví a mi búsqueda de algo que hacer.

Estaba en una habitación grande. Una de esas salas de hotel con techos elevados por encima de lo permitido, con paredes llenas de ventanas y cuadros de artistas medio conocidos. Incluso había una escalera del estilo a las de presentación en sociedad y una lámpara más pesada que el hormigón colgando del techo. Un terremoto la derrumbaría.

Procurando no pasar debajo de la zona de la lámpara y sorteando estudiantes uniformados cargados de comida y bebida, llegué sana y salva, y sin torcerme un tobillo, a una mesa donde Melanie Stuart colocaba banderitas sobre medios trozos de sándwiches. Carraspeé para llamar su atención. Ella apenas me miró, sin abandonar su tarea.

—¿Necesitas algo?

Bajé la vista a mis pies con nerviosismo. Tal vez no hubiese sido una buena idea.

Melanie bordeó la mesa para recoger más banderas y me apartó de un golpe de cadera.

—Si no quieres nada vete, estoy ocupada.

Qué borde.

—Me preguntaba si podría ayudar en algo —dije finalmente, no dispuesta a hacer más el ridículo—. Estáis todos trabajando tanto y yo solo tomo apuntes y...

—Te mancharías el vestido.

—No pasa nada, puede lavarse.

—Todas las tareas están asignadas.

—Seguro que queda algo por hacer.

—Con esos tacones es imposible que hagas algo sin caerte.

—Puedo andar descalza.

—No.

—Pero...

Fui interrumpida antes de que mi alegato de excusas resultase perturbadoramente idiota. Melanie dejó de colocar banderitas y me miró irguiéndose y posando sus manos sobre la cintura. Era al menos una cabeza más alta que yo y eso me imponía.

—Mira, Kenzie. Esta es la cosa. Jack Smith ha ofrecido cinco puestos de trabajo en verano a los mejores voluntarios de esta noche. Muy bien pagados y con vacaciones los fines de semana.

—¿Cómo?

Estaba segura de haberme perdido algo. Ni Alia ni James me dijeron sobre oferta laboral para venir aquí. Melanie hizo un ademán con la mano, como si no tuviera importancia.

—Ya supuse que no lo sabrías. ¿Por qué vendrían tantos estudiantes en un sábado por la tarde a hacer de camareros gratis? Realmente eres muy ingenua.

La sangre hirvió bajo mis venas. No era ingenua, solo me habían ocultado información.

—Nadie me había dicho nada.

—Por supuesto que no —corroboró ella, apartando los ojos de mí y volviendo a su arduo trabajo de clavar palillos sobre el pan—. Mira, James es el hermano del jefe y todos aquí sabemos que eres algo así como su novia. Si se entera de que te hemos dejado trabajar se nos acaba el chollo.

Sentí la necesidad de defenderme.

—No soy su novia.

Melanie hizo caso omiso y comenzó a recolocar los perfectamente alineados vasos de vino.

—Tu lista y sus efectos no están pasando por alto, Mackenzie. ¿Por qué crees que Jane Tyler chantajeó a Alia para publicar un artículo difamatorio sobre ti en el periódico escolar? Eres un cotilleo andante desde tú reciente popularidad y ahora ella te odia. Y muchas más.

Los segundos pasaron antes de que pudiese decir algo con sentido.

—¿Qué?

Y eso fue lo más coherente que mi cerebro pudo crear. ¿Jane Tyler chantajeó a Alia? ¿Popularidad? ¿Era una persona odiada?

Perdiendo su paciencia Melanie posó una copa con demasiada fuerza y esta se rompió, afortunadamente en pequeñas grietas internas. Ningún trozo de cristal saltó por los aires. Sus ojos oscuros me miraron con frustración.

—Te lo diré porque me das pena y parece que nadie más se atreve a ser franco contigo. Las chicas te odian. No todas, pero sí muchas, con Jane Tyler encabezando el pelotón. Antes de tu lista eras otra estudiante más y solo se sabía de ti porque Mason Carter era tu mejor amigo. Ahora de pronto Derek Anderson, el chico *buenorroque* es demasiado bueno para estar con ninguna chica, se preocupa porque te haces una brecha en la cabeza. Si alguien dice tu nombre en el instituto automáticamente te reconocen y te ponen cara, incluso los estudiantes de primero que parecen vivir en su mundo. Prácticamente te has convertido en la futura reina de baile sin tener que esforzarte.

Me avergüenzo de decir que no pude controlar las lágrimas empañando mis ojos. Soy muy débil y tengo facilidad para llorar. Melanie suspiró y bordeó la mesa, de nuevo de vuelta a mí.

—Si te sirve de consuelo a mí me caes bien.

Sí, una entre todo el instituto. Un consuelo enorme.

—Quizás exageré cuando dije que buena parte de la población femenina te odia —Continuó Melanie, tratando de animarme—. Solo son Jane Tyler y sus amigas.

No podía creerla después de lo que me había dicho. Notaba sus brazos en tensión mientras frotaba mi espalda tratando de animarme. Entonces recordé que ella pasaba mucho tiempo con Alia.

—¿Dijiste que Tyler había chantajeado a Alia?

La mano en mi espalda se alejó y Melanie se colocó frente a mí con expresión incómoda.

—Jane y Alia son hermanas. Saben suficientes cosas de la otra como para poder jugar sucio.

¿Por qué era una aislada social de mi propio instituto? Aquella revelación me golpeó, dejándome sin habla. Ellas dos nunca hablaban y parecían estar en mundos distintos: una era una perra sin corazón y la otra la defensora de las causas perdidas.

—No mucha gente lo sabe. Las dos se avergüenzan de su parentesco —Prosiguió Melanie, regresando a la mesa y a las copas de vino—. Pero ahora corre el rumor de que Alia fue quien filtró alcohol en la fiesta de primavera y su puesto como jefa del periódico escolar está en juego. Es una tontería, pero a ella le encanta eso.

De pronto me sentí aún peor. Alia en realidad no era una chantajista en potencia, sino una persona chantajeada. Y por supuesto, Jane Tyler la mayor zorra de la historia. ¿A su propia hermana?

—Lo siento. Debería hablar con ella.

Melanie se encogió de hombros y regresó a su trabajo.

—O no. Si ella no te lo contó fue por algo.

Asentí sin saber muy bien que más hacer o decir. Que parte de las adolescentes del instituto me odiasen quedaba en el olvido en comparación con la buena acción que una chica que ni siquiera era mi amiga había hecho por mí. Y yo odiándola por cómo coqueteaba con Mason. Si es que siquiera estaba coqueteando.

—Oye, alegre esa cara. Al menos tienes a James Smith loco por ti.

Me volví hacia Melanie. Esa chica era bipolar y pasaba de estar enfadada a alegre en cero coma segundos.

—No lo está.

—Seguro. Y ahora me dirás que tú por él tampoco.

Sentí el calor crecer en mi cara y zarandeeé la cabeza para que el pelo me cubriese el rostro.

—Yo no...

—¡No hay nada de lo que avergonzarse, chica! —Me animó tomando medio sándwich con banderita incluida de la mesa y posándolo en mi mano—. Además, he oído que la tiene grande.

Entre tanta confusión no pude procesar bien sus palabras y la miré sin comprender.

—¿El qué?

¿La casa? ¿La ropa? ¿La mano?

Entonces comprendí.

Oh, Dios...

Melanie rio con ganas y palmeó mis hombros antes de regresar al trabajo.

—Al final va a ser verdad que a los chicos les gustan inocentes.

Agarré con fuerza el bocadillo en mi mano, tanta que mis uñas atravesaron el pan y se ensuciaron con la mayonesa. Necesitaba salir de allí.

Dejé a la chica con su trabajo y me apresuré hacia la primera puerta que vi abierta en el salón. Conducía a un largo pasillo del personal, lleno de cajas a todos lados. Me daba la sensación de que no debería estar allí, pero volver de nuevo a la sala se me hacía embarazosamente imposible. Continué avanzando por él, buscando una salida, hasta que detrás de una puerta encontré un patio. Parecía la parte trasera del hotel.

Salí a la calle, a un camino de guijarros y piedras sueltas, y comencé a caminar por él bordeando el edificio en busca de otra entrada o, en su defecto, un lugar donde esconderme hasta que la vergüenza saliese de mi cuerpo.

Estaba avanzando concentrada en alejar los pensamientos de mi cabeza cuando me tropecé con él. O ello. O ella. Depende de cuánto ames a los animales y sus distintas razas.

Un perro negro parecido al *Bull Terrier* estaba a unos cinco metros de distancia de mí, con su cabeza girada al completo en mi dirección y el morro fruncido enseñando los dientes. Fue su gruñido lo que más me puso en alerta.

Iba a morir.

CAPITULO 28

Soy tu número de emergencias

Retrocedí un paso, atascando los tacones entre las piedras blancas y tambaleándome. El perro agachó la cabeza hacia mí y su gruñido se intensificó. Sentía mi corazón palpitando en mi garganta y todos mis nervios a flor de piel. No había sufrido demasiadas veces en mi vida un enfrentamiento cara a cara con un perro, pero todas eran igual de terroríficas. Según las películas las personas los hablaban para tranquilizarlos, pero la única indicación que podía seguir por el momento era la de no correr. Y a duras penas.

Volví a caminar hacia atrás para alejarme de él y gruñó más fuerte. Las piernas comenzaron a flaquearme y mi visión se tornó borrosa. Era el fin. Retrocedí más y más, cada vez más rápido, y justo cuando el animal tomó impulso para echar a correr, yo hice lo mismo. Tiré el sándwich deshecho al suelo y giré sobre mis talones para escapar tan rápido como mis piernas me lo permitieran.

Lanzando un grito emprendí la marcha. No había avanzado ni tres metros cuando me di cuenta de que era imposible escapar. Él era más rápido y, gracias a los tacones de los zapatos clavándose en la grava, menos torpe que yo. Ayudarse de cuatro patas seguramente servía de ayuda.

Estaba claro. Iba a morir desangrada por sus mordeduras y con mi piel hecha pedazos entre sus garras. Quizás no todo llegase a ser tan dramático y simplemente me dejaría el cuerpo y la cara demacrados pero conservaría mi vida intacta. ¿No había acaso estudios sobre perros atacando a personas? No todas tenían por qué morir. Quizás solo estaba exagerando. Quizás el perro solo quería jugar. Quizás solo...

Lo siguiente sucedió muy rápido y apenas tuve tiempo a registrarlo con detalles.

El tacón se encasilló entre las piedras justo cuando el animal estaba a menos de un metro de mí. Mi tobillo se dobló en el impulso de sacarlo del suelo y mi cuerpo se balanceó hacia el suelo. Al final no solo iba a morir atacada por un perro, también lo haría estampándome contra el suelo.

Pero eso no pasó.

Cuando una persona tiene miedo todos sus sentidos se ponen alerta, agudizando sus capacidades y centrándose en especial en la situación que pone su vida en riesgo o, en mi caso, en la criatura que ladraba y gruñía. Fue debido a eso que al echar a correr no me percaté de si estaba realmente sola. Solo vi al perro gruñéndome y mi cuerpo avisándome de que corriese por mi vida.

—Quieto...

James me atrapó antes de caer al suelo al mismo tiempo que daba la orden y el perro dejó de ladrar, gruñir, o cualquier vocablo de idioma perruno que estuviese usando.

Es curioso cómo en las películas, cuando la chica se va a caer y es atrapada en el último momento por el hombre, siempre sucede de una forma bella, seductora e injustamente elegante. Lo único de injusto que tuvo la forma en la que James evitó que me taladrara la cara con el suelo fue la extraña posición en la que mi cuerpo quedó colgando boca abajo a centímetros de las piedras. Afortunadamente no tardó en incorporarme y fue lo suficientemente caballeroso como para no decir nada al respecto.

El perro seguía frente a nosotros, esta vez convertido en un tranquilo animal sentado sobre sus patas traseras y mirándonos mientras movía la cola de lado a lado. El diablo se viste de bueno cuando le conviene.

—¿Estás bien? —me preguntó James aún con una mano sobre mi cintura.

—No exactamente —Teniendo en cuenta la velocidad a la que corría mi corazón y el balanceo de mis tobillos, *eexactamentesobraba*—. ¿De dónde has salido? ¿Has estado aquí todo el tiempo?

James hizo un ademán hacia el perro, quien ladró de nuevo y salió corriendo lejos de nosotros. Después se volvió hacia mí con una sonrisa, tambaleándose entre la diversión y la simpatía.

Idiota.

—¿Te refieres a si he visto cómo comenzabas a correr como una histérica solo porque un perro quería jugar contigo? Entonces sí, estaba.

Repito: idiota.

Con mi libreta de notas le atesté un fuerte golpe en el brazo que solo hizo crecer su sonrisa.

Tripito: idiota.

—¿Y por qué no me has ayudado? —Prácticamente le grité, dándole un empujón y apartándole de mí—. ¡Casi me devoran!

—El animal solo quería jugar.

—Sí, a ver quién clava los dientes más profundo dentro de mi carne.

Su respuesta socarrona no se hizo esperar, y vino acompañada de unas cejas alzadas.

—Yo podría ganar.

Lo miré despectivamente y comencé a caminar de vuelta al salón, cualquiera que fuera esa dirección. Mi tobillo dolía después de la casi caída, complicando mis pasos. Echaba de menos mis zapatillas.

—¡Vamos, Kenzie! ¡Era solo una broma!

James corrió hasta situarse a mi lado. Trato de volver a agarrarme pero me zafé de él de un fuerte tirón y continué andando.

—Si me disculpas, tengo entrevistas que hacer.

Aceleré el paso y él también lo hizo.

—Podrías comenzar conmigo. Puedo decirte todo lo que quieras sobre este proyecto.

—Casi que prefiero a tu hermano.

Dios, estaba prácticamente corriendo.

—Bien, pero sabes que Jack está en el salón del hotel, ¿verdad?

—Sí, ¿y?

—Que nosotros ahora mismo estamos yendo en una dirección totalmente opuesta.

Frené en seco al comprender lo que quería decir. Maldije por lo bajo antes de girarme en silencio y dar la vuelta.

—Esa tampoco es técnicamente la dirección correcta.

Cerré los ojos y respiré profundamente. Al final no iba a morir, pero sí que acabaría matando a alguien. Por supuesto, James no tardó en reír entre dientes y de nuevo intentó tomar mi brazo, esta vez consiguiéndolo, y guiarme de vuelta hacia el edificio. Crucé los dedos de forma imaginaria en mi cabeza para no tropezarnos de nuevo con un perro. Sería muy vergonzoso si de pronto me lanzara sobre su espalda para no ser comida. No quería sonar pretenciosa, pero él sería mejor carnada que yo y nadie lo echaría de menos.

Cuando llegamos al salón los pies me ardían, mi tobillo posiblemente estuviese inflamado y James seguía sosteniendo mi brazo sin expectativas de querer soltarme.

Yo tampoco hice nada para evitarlo.

Divisé a Jack y su cabello rubio hablando con Melanie cerca de los sándwiches con banderitas. En presencia de él, ella parecía haber crecido y haberse vuelto más imponente. ¿Sería una táctica para impresionar y conseguir trabajo? Eso me trajo de vuelta a la conversación que habíamos tenido y, por ende, a James.

—¿Tú también te estás jugando un puesto de trabajo?

—¿Quién te lo contó?

Fue mi oportunidad de sonreír cuando sus ojos verdes me miraron con sorpresa.

—Una chica nunca revela sus fuentes.

James suspiró y su brazo se desenredó apenas unos centímetros del mío. Sentí un escalofrío cuando fue su mano la que se enroscó alrededor de mi codo. En realidad lo sentí más aún cuando me guiñó un ojo.

—Esa es el alma de reportera que estaba buscando esta noche. ¿Pondrás eso en tu reportaje? Cabeceé. No se me había pasado por la cabeza, pero en realidad era una información muy valiosa. Ya veía los titulares: “El verdadero interés de los estudiantes por una causa benéfica”. Al menos era mejor que “perro suelto y sin bozal trata de asesinar a periodista en tacones”.

—Podría servir para atraer más gente el año que viene.

Su mano se deslizó fuera de mi codo, hacia abajo.

—¿Tú vendrías?

Me encogí de hombros y aparté mis ojos de vuelta a Melanie y Jack. Si no la conociera mejor pensaría que estaba ligando con él. No, de hecho no la conocía así que perfectamente podía estar haciéndolo. Y era buena. La forma estratégica en que desabrochó el último botón de su blusa para atraer la mirada de su jefe... O futuro jefe, al ritmo al que iba.

Al mismo tiempo que observaba la escena la mano de James continuó moviéndose. Mi respiración se entrecortó y volvió más pesada conforme avanzaba hacia abajo por mi brazo, haciendo cosquillas en mi piel por encima de la tela del vestido. En el momento en el que superó la barrera de la manga francesa y no hubo obstáculo entre nuestra carne, mi pulso ya había iniciado un silencioso maratón.

Me mordí el labio inferior sabiendo lo que pasaría, y aun así no lo evité. Aun así no quise hacer nada para evitarlo.

Los dedos de James tantearon alrededor de mi muñeca, pasaron sobre ella jugando al despiste y finalmente traspasaron la barrera de lo inocente, juntando su mano con la mía.

Al principio sus yemas hicieron un contacto torpe y burlón, probando el terreno. Cuando no me aparté todo fluyó con la suavidad y naturalidad de una hoja cayendo al suelo: algo que sabes cómo sucede, pero igualmente resulta maravilloso. Solo era consciente de nuestras manos unidas, de su tacto, del mío. Nada más importaba fuera del pequeño mundo que habían construido nuestros dedos.

Hasta que el pitido de mi teléfono dentro del pequeño bolso que llevaba reclamó mi atención. Sin mirar a James y sin separar nuestras manos saqué el móvil y leí el mensaje de la pantalla. Todo lo sucedido hasta ese momento se esfumó. El bullicio del salón regresó a mis oídos, Melanie coqueteando con Jack volvió dentro de mi campo de visión, mis compañeros colocando alimentos y copas de cristal recuperó mi atención. Y la mano de James deslizándose fuera de la mía terminó por romper el encanto.

Apartando la mirada de la pantalla me volví hacia él. No me estaba mirando a mí sino a mi teléfono. Tampoco buscó mis ojos cuando se separó un paso y carraspeó. Por alguna extraña razón me sentí mal.

—Yo... Creo que... Iré a hablar con Jack. Necesito recuperarlo antes de que Melanie le proponga matrimonio por un trabajo de verano.

Asentí y lo observé alejarse hacia su hermano. Luego volví a mirar mi teléfono y sonreí, usando toda mi fuerza de voluntad para centrarme en el mensaje.

MASON: Sé que no quieres que me preocupe, pero es imposible cuando se trata de ti. BatMason puede ser un gran idiota pero siempre está al acecho. Recuerda, 911 no es tu número de emergencias. El mío lo es.

CAPITULO 29

Si hay que hacer el ridículo...

—¿Una copa, Mackenzie?

Desvié mi mirada de la concurrida sala, donde personas trajeadas se agrupaban en diferentes grupos y charlaban entre ellas de lo que parecían aburridas negociaciones, hacia Melanie y su bandeja con copas de champán.

—Soy menor de edad.

—Como si eso fuera un problema. En la cocina están teniendo ahora mismo un festín a licor del caro.

Sonrió y acercó más la bebida hacia mí. Como suele decirse, una noche al año no hace daño. Guardé la libreta en la que había estado tomando notas sobre la actuación de los invitados y su desprecio a los canapés con mayonesa y tomé la frágil copa de cristal que me estaba ofreciendo. Arrugué la nariz cuando la acerqué a los labios. Las burbujas explotando cerca de mi rostro hacían cosquillas.

Melanie posó la bandeja en una mesa cercana y se colocó a mi lado, mirando a los invitados.

—Ahí está Jack. Está guapísimo con ese traje.

Apreté los labios para ocultar a duras penas una sonrisa. Tanto Jack como James tenían buen porte para la ropa elegante. Quizás más el último, porque el mayor de los hermanos era más alto y delgado. Contradictoriamente el pequeño tenía músculos mejor definidos.

Sacudí la cabeza y tomé otro sorbo de mi bebida. ¿En qué estaba pensando?

—¿Te imaginas bailar con él? —Continuó hablando, mirándole prácticamente embobada—. Estoy segura de que sabe cómo moverse.

Ahí no pude ocultar la risa. Jack no sabía bailar. En su quince cumpleaños celebraron una fiesta en el jardín de su casa. Yo era solo una niña, pero nunca podré sacar de mi cabeza la imagen de él moviéndose al ritmo de *La Macarena*. Son cosas que ves una vez y nunca más podrás olvidar, aunque quieras.

—Compruébalo tú misma —Le animé, zarandeando la copa y vertiendo un poco de líquido pegajoso al suelo—. Es Jack, seguro que te dice que sí.

Melanie arrugó los labios en una mueca de disgusto.

—¿Así vestida? Si llevara vestido...

—Te puedo prestar el mío —Ofrecí como idea renovadora, pero ella negó.

—No te ofendas, pero me quedaría como una camiseta.

En lugar de ofenderme me volví a reír. Tenía razón, ella entraba dentro de la categoría de chicas altas mientras yo me quedaba más bien en el apartado de por debajo de la media.

Guardamos silencio durante unos minutos, ambas mirando a Jack. Estaba riéndose con lo que parecía un grupo de amigos de su misma edad, seguramente compañeros de empresa. Viéndole interactuar y sonreír, a pesar de su traje y peinado impoluto, parecía ser de nuevo el chico de dieciocho años que se había ido de casa para estudiar fuera. Me preguntaba cómo le sentó a James la partida de su hermano.

Sin dejar de observarlo me volví hacia Melanie.

—¿Quieres mi opinión? A Jack no le importará lo que lleves puesto. Seguro que bailará contigo.

—¿Aunque trabaje para él?

—Eso solo haría las cosas más interesantes.

Melanie me miró y sonrió. Se llevó una mano al pelo y sacó la goma que lo sostenía, dejando que su cabello claro cayera revuelto sobre sus hombros. Recolocó su camisa, desabrochó un botón y tomó aire.

—Está bien, iré a por él —sentenció, y luego bajó la voz de forma traviesa para que solo yo pudiera escucharla—. ¿Crees que también la tendrá grande?

Me sonrojé pero tuve la suficiente soltura como para darla un pequeño empujón en el brazo. Su risa salió como campanitas, al estilo niño tonta. Me guiñó un ojo antes de dirigirse hacia Jack.

—Eres divertida, Kenzie. Tenemos que quedar algún día.

Desde mi sitio estratégico, al lado de los abandonados canapés con mayonesa y una bonita pared en la que apoyarme, observé a Melanie acercarse a su presa. Tocó el hombro de Jack para llamar su atención, jugó con su pelo mirándole a los ojos, intercambiaron unas palabras y, segundos después, el chico abandonó a sus amigos. No bailó con ella, pero estuvieron hablando solos lo que quedó de noche.

—Me llegan a decir hace cinco años que mi hermano iba a tener éxito con las chicas y del ataque de risa que me entraba me quedaba sin respiración.

Me giré sobresaltada hacia James, llevándome una mano al lugar donde debería estar el corazón y tirando al suelo el resto de contenido de mi bebida.

—¿Eso es champán? —preguntó James con curiosidad, retirando la copa de mi mano y posándola en una mesa—. Los menores no deben beber.

Ignorándolo rebusqué en mi bolso por mi teléfono. En la pantalla relucían cinco llamadas perdidas de Mason y dos mensajes de textos preguntándome cómo iba la fiesta. Bloqueé el aparato y volví a guardarlo, sintiéndome mal por dentro. No estaba devolviéndole los textos a Mason, y lo más preocupante es que tampoco me apetecía hacerlo. No entendía qué me pasaba.

—¿Quieres bailar?

Me volví hacia James confundida. Su mano estaba extendida hacia mí en pura señal de invitación y sus ojos verdes relucían bajo la luz de la lámpara gigante. Mi estómago dio un vuelco. No estaba segura de lo que ocurriría si aceptara su invitación. Bailar equivalía a estar cerca el uno del otro y no sabía cómo resultaría eso para mi cuerpo.

Rechacé su oferta de la mejor manera que pude.

—Mejor que no —Miré hacia mis pies—. Los tacones me están matando.

Su sonrisa se desdibujó por unos instantes, pero rápidamente volvió a recuperarla.

—¿Ni siquiera uno?

—James, tú me obligaste a usar estos zapatos. Haberlo pensado antes. Te dije que las playeras...

Me interrumpió antes de que continuara con mi lista de excusas.

—Puedes descalzarte. Así ya no te dolerán los pies.

Lo miré como si se hubiese vuelto loco.

—Aunque admito que esa idea me resulta muy atractiva —Comencé a decir, fijándome en el resto de la sala—, no es educado andar descalza en el salón de una fiesta.

James me observó durante un largo rato, estudiando mi rostro antes de asentir.

—Tienes miedo del qué dirán.

—¿Qué?

Bajó su rostro al mío y sus ojos pardos quedaron frente a mí. Tragué saliva.

—Vamos Kenzie, tú eres como todas las chicas. Dices que no te importa lo que digan los demás pero en realidad quieres ser aceptada.

—Pensé que creías que era diferente. ¿No lo dijiste una vez?

—Porque lo eres.

Aquel chico era un mar de confusión. Entonces, para mi sorpresa, James se agachó y comenzó a desatarse los cordones de sus zapatos.

—¿Qué estás haciendo?

Me sonrió desde abajo arrugando sus ojos en un aspecto infantil.

—Descalzarme.

Ante mi atónita mirada terminó de quitarse los zapatos y los dejó a un lado, en el suelo, resguardados debajo de una mesa. Se incorporó de vuelta y me observó expectante.

—Sé que quieres. Si hay que hacer el ridículo, entonces hagámoslo juntos.

No pude evitar la sonrisa que se escabulló de mis labios, llegando hasta mis ojos. James no hacía más que sorprenderme. De alguna forma estaba resultado no ser el payaso idiota que siempre pensé que era. De alguna forma, era alguien que me gustaba.

Negué con la cabeza sin poder creer lo que estaba a punto de hacer. Posé una mano en su hombro como apoyo y doblé mi rodilla hacia atrás para quitarme los zapatos. Sentí mis pies respirar de alivio cuando se posaron en el frío suelo, sin nada punzándolos y aprisionando la piel.

—¿Ves? Estás sonriendo. Sabía que querías esto.

Sin darme tiempo a contestar, James tomó mi mano y tiró de mí hacia lo que se suponía era la pista de baile, pero donde la gente en lugar de bailar continuaba hablando. Era imposible que no llamáramos la atención, siendo las únicas dos personas bailando y además descalzas. Aun así yo solo reía como una loca. Nunca pensé que me podría divertir tanto en una fiesta con James. Cuando la fiesta estaba terminando y la mayoría de los invitados ya se habían ido, me percaté de que me había pasado más de una hora bailando y bromeando con James. Algo en mi mundo se había dado la vuelta y había escogido volver todo del revés, porque pasar momentos así con mi Nunca En La Vida jamás se me había pasado por la cabeza.

Jack se acercó a nosotros cuando estábamos recogiendo nuestros zapatos del suelo y volviendo a calzarnos.

—¿Soy solo yo, o alguien se lo ha pasado bien en esta fiesta?

Observé a Jack mirando con una sonrisa a James. Este rodó los ojos y dio un empujón a su hermano mientras se levantaba del suelo.

—Cállate.

Jack rio y luego extendió el brazo en mi dirección como ayuda para levantarme. Lo acepté gustosamente con una sonrisa.

—Espero volver a verte pronto, Kenzie. Si necesitas encontrar un trabajo para el verano, no dudes en hablar conmigo.

—No lo olvidaré.

Se despidió de nosotros revolviendo el pelo de James y regresó con el gerente del hotel. James tomó mi brazo para guiarme fuera.

—Vamos, nos espera un largo viaje de vuelta a casa.

Me dejé guiar por él hacia fuera.

—¿Puedo escoger yo la música?

—¿Y aceptar que mi hermoso coche se llene de ruidos infernales de música comercial? Primero me corto los dedos.

Doblé mi codo para insertar un golpe en su abdomen. Me sentí satisfactoriamente completa cuando él se quejó. Dulce venganza.

Algo extraño sucedió después de eso. A pesar de nuestra pelea por la música en el viaje de vuelta, de nuestros gritos infernales en medio de la autopista que pretendían ser cánticos, de mis pies sobre el asiento del coche tan solo por molestarlo, sucedió algo. Sucedió el silencio, y sucedió al bajarnos de su coche al llegar a casa.

Ninguno de los dos habló. Ninguno de los dos se alejó del vehículo una vez estuvimos fuera. Ninguno de los dos, podía apostar, quería despedirse. Y lo que ponía todo en mayor tensión y suponía un gran cambio: ninguno de los dos sabía cómo hacerlo.

James había bordeado el coche hasta situarse frente a mí al lado de la puerta del copiloto. Yo

estaba de espaldas a nuestras casas, así que su rostro quedaba a oscuras y el mío cegado por las luces. Me inquietaba no poder verlo y en cambio estar tan expuesta para él. Cuanto más pasaban los segundos más tirante e incómoda se ponía la situación.

—Ha sido divertido.

—Me gustas, Kenzie.

Hablamos los dos a la vez, pero quedó claro quien causó un mayor impacto en quién con sus palabras.

Parpadeé abrumada, apartando la mirada hacia mis pies y respirando profundamente. James carraspeó notando la tensión. Ni él ni yo éramos buenos con ese tipo de cosas.

—De todos modos, ya me fijé en cómo me comiste con la mirada esta mañana.

Desde luego él era peor que yo. ¡Menuda forma de romper el encanto! Lo miré ofendida.

—¡No lo hacía!

Sonrió con esa forma traviesa y problemática que llegaba a sus ojos. Se agachó hacia mí provocando que mi corazón se parase. Cuando habló lo hizo en un tono susurrante.

—Oh, sí, Mackenzie. Lo hacías. Como si fuese la hamburguesa preferida de tu lista. Como si fuese un menú todo incluido. Tú prácticamente me estabas devorando. Y no negaré que me gustó.

Posé una mano sobre su pecho para poner distancia entre ambos.

—Calla, o acabarás por darme hambre.

Y de nuevo más silencio incómodo. Uno de los dos tenía que dar el siguiente paso y despedirnos. Fue él quien lo hizo, pero no de la forma que esperaba.

—La verdad es que cuando me rechazaste el otro día...

—Yo no te rechacé.

Sus ojos verdes brillaron dolidos en mi dirección.

—Como si lo hubieras hecho, Kenzie. Y cuando lo hiciste me sentí... Me dolió. Te evité por todo el viernes y estuve planteándome cancelar lo del sábado. Pensé en miles de excusas pero no las llevé a cabo. Y luego tú te presentaste en mi casa... Cuando te vi supe que no podía huir de ti aunque quisiera.

Oh. Dios. Mío. Se estaba declarando. Por segunda vez. Una segunda vez mucho más intensa, he de añadir. Y a mí solo se me ocurrió decir...

—¿Por qué querrías huir de mí?

—Porque me gustas, Mackenzie. Me gustas como nunca me ha gustado una chica y eso me aterra. Me gustas no solo físicamente, también cómo eres. Loca, divertida, infantil, torpe, tonta...

—¡Oye!

James rio y enredó sus dedos en mi pelo. Mi espalda chocó contra la puerta cerrada del coche y mis ojos no podían abandonar los suyos.

—Me vuelves loco y no puedo sacarte de mi cabeza.

—No tiene sentido. Me conoces desde hace mucho tiempo. ¿Por qué ahora?

Dio un paso más cerca de mí. Las puntas de nuestros zapatos se tocaban.

—Es lo mismo que me pregunto yo. Pero simplemente pasó. Siempre has estado allí y un día te noté. Desde entonces no te he dejado de notar.

—Te refieres a la lista.

Negó.

—Esa solo fue mi oportunidad para hablar contigo. Aunque admito que me sorprendió. ¿Tú nunca en la vida?

—Me parecías un payaso prepotente.

Su rostro se acercó al mío. Podía apreciar a la perfección las pecas sobre su nariz.

—¿Y ahora?

Sacudí mi cabeza.

—No del todo.

Sus ojos verdes viajaron fuera de los míos hacia mis labios. Él no iba a besarme, ¿verdad? Yo no... Yo quería eso más que nada en el mundo en aquellos momentos. Y cuando James habló sus palabras fueron un ronco susurro atrayente.

—Voy a besarte ahora, Mackenzie Sullivan. Si no quieres que lo haga solo dilo y me detendré.

Su rostro bajó más hacia mí.

—Dilo, Mackenzie.

Y un poco más.

—Dilo ahora.

Otro poco más.

—O ahora.

Nuestras narices chocaron y noté mi respiración contenida.

—Ahora ya no.

CAPITULO 30

Yo era una completa imbécil

El primer contacto de sus labios sobre los míos fue extraño. Electrizzante, suave y efímero. Fue tan solo un roce invisible de unos segundos de duración. Como si hiciera falta hacerme sufrir más por el momento, James se separó unos centímetros de mí, con su nariz aun rozando la mía. Notaba su cercanía a mí palpable. Era capaz de sentir cada parte de su cuerpo pegado al mío, invadiendo mi espacio vital y haciendo que mi piel hormigueara.

Abrí los ojos y descubrí que él continuaba con ellos cerrados. Cuando los abrió lo hizo despacio, como si estuviera disfrutando del momento. Me miró fijamente con ardor, evaluando mi reacción. Yo no me aparté y eso se lo tomó como una señal.

Esbozó una pequeña e imperceptible sonrisa antes de que sus manos se posaran indecisas sobre mi cadera y juntara nuestros labios de nuevo.

Su cintura se pegó a la mía por debajo del ombligo. Todos mis sentidos se embotaron y dejé de escuchar, de ver, de oler... Solo el sentido del gusto seguía intacto, saboreando las curvas de su boca. Y el tacto, disfrutando de cada toque de sus manos sobre mi cadera, de la forma en la que sus labios frotaban los míos.

Tan pronto como la burbuja de embotamiento creció y se expandió a nuestro alrededor, perdí el sentido de la decencia y la vergüenza, llevando por impulso mis propios brazos alrededor de su cuello y uniendo mis manos por detrás, atrayendo la largura de su cuerpo hacia mí tanto como era posible.

No fue un beso apresurado, no fue un beso hambriento y no fue un beso desesperado, pero tampoco le faltó pasión. Cuando finalmente su rostro se separó del mío, mis brazos se soltaron de su cuello y mi cuerpo se separó unos centímetros del suyo, mi respiración estaba agitada e insegura, funcionando a la misma rapidez que el pulso dentro de mis venas. Las manos de James sobre mi cadera no se habían ido.

Siempre dicen que el momento anterior al que precede el beso es el mejor. A veces se llega a hablar del mismo instante en el que este sucede, pero jamás había escuchado sobre el post beso. Bien, la gente debería escribir libros sobre los post besos de James.

Sus ojos verdes, más oscuros que claros en la penumbra, brillaban incluso estando a contraluz, clavados en los míos intensamente. Nuestras respiraciones se entremezclaban en el pequeño espacio que nos separaba. Podía notar mis piernas temblar solo por el efecto que su mirada provocaba en mí, como si yo fuese una de las cosas más valiosas del mundo, como si el haberme besado supusiese el mejor logro en su vida... Me hacía sentir bien, deseada y apreciada.

Quedaba claro que no había estado con muchos chicos a lo largo de mi vida.

—Eso fue...

Comencé a hablar sin saber muy bien cómo poner en palabras mis sentimientos, pero James me interrumpió bajando de nuevo su rostro hacia el mío y volviendo a besarme.

Estaba teniendo un segundo beso de James. No uno, dos. En una misma noche. A la entrada de mi casa. Nuestras casas. Justo después de un baile. Yo pensaba que esas cosas solo sucedían en las películas.

Era surrealista que eso me estuviera pasando a mí, a Mackenzie Sullivan, la chica idiota que perdía su lista de chicos en el instituto, la chica tonta que no era capaz de hacer nada al derechas, la chica enamorada de su mejor amigo...

El rostro de Mason pasó fugaz como un rayo por mis ojos cerrados, fijando sus hoyuelos y su pelo siempre revuelto en mi cabeza.

Aparté a James de un empujón.

—¿Qué pasa?

James me miró confundido y noqueado por la sorpresa. Caminé un paso apartándome de él e insultándome a mí misma dentro de mi cabeza por lo que acababa de hacer. Un segundo beso fastidiado por mi culpa, justo después de un primero espectacular. Pero había pasado lo inimaginable o, por lo menos, lo último que debía ocurrir cuando te estabas besando con un chico: pensar en otro chico.

En Mason. En mi mejor amigo. En el chico del que llevaba enamorada mucho tiempo. El mismo que no me había correspondido. Y todavía con James besándome, con unos nuevos sentimientos comenzando a florecer hacia él, yo era incapaz de olvidarlo.

James tomó mi muñeca impidiéndome que siguiera con mi impulso de alejarme de él sin despedirme, con mis ideas flotando en una nebulosa de enredos y discusiones consigo mismas dentro de mi cerebro. Lo observé, con la luz de las casas iluminándole el rostro. Sus mejillas estaban encendidas y sus ojos oscuros. Tenía ganas de besarlo de nuevo, pero no podía.

—¿Hice algo mal? —me preguntó a media voz. Sonaba lastimado—. Lo siento si me pasé al besarte. Tú no te apartaste, y yo te dije que si no querías... Me lancé demasiado rápido. Lo siento. Lo siento mucho Mackenzie. No quería...

—Me encantó el beso —le interrumpí elevando una mano y callándole—. Fue el mejor que me han dado, de verdad.

No pareció del todo convencido. Su rostro aún estaba contorsionado con decepción. Yo le iba a decepcionar más.

—Pero...

—Es mi culpa, James. Me encantó el beso y... Dios, tengo ganas de repetirlo. Pero no puedo.

Dio un paso más cerca de mí. Mi sentido del olfato regresó con una oleada de su colonia golpeándome de pleno. Iba a hacer las cosas difíciles.

—¿Por qué no?

Levanté mis ojos hacia él y mordí mi labio inferior. Necesitaba decírselo. James lo sabía todo, y aunque le haría daño no podía ocultarle ahora mis sentimientos. A la larga eso lo dañaría más, y a mí no se me daba bien guardar secretos propios. No hay más que ver lo que pasó con mi lista de chicos.

Sin embargo no hizo falta que dijese nada. Empezaba a conocerme tanto y tenía unos antecedentes tan reveladores que él mismo fue capaz de decir las palabras, o más bien palabra, que me impedían continuar avanzando hacia delante.

—Mason.

Mi respuesta vino en forma de gesto, apartando mis ojos de los suyos hacia el suelo y separándome de él, trayendo mi muñeca de vuelta a mi cuerpo. James no hizo nada por perder de nuevo el espacio ganado entre ambos. Mi corazón dio un golpe dolorido.

—No puedo hacerte esto. No puedo besarte sí...

—Estás pensando en él —Completó la frase por mí—. ¿Sabes cómo le sienta eso a mi ego?

Me mordí con tanta fuerza el labio inferior que perfectamente pude haberme hecho una llaga. Estaba siendo complicado, pero yo me lo había buscado. Era mi culpa por ser una estúpida con mayúsculas y, por lo tanto, lo mínimo que debía hacer era enfrentarlo. James no se merecía una Kenzie cobarde.

Alcé mis ojos de vuelta a los suyos y la sorpresa me golpeó al no descubrirlo enfadado, molesto, o herido. Quizás esto último sí, pero lo eclipsaba con una sonrisa. No una de sus sonrisas socarronas o divertidas. Era una más suave, delicada, trazada a la perfección en su rostro. Quedaría muy cursi decir que era ternura, pero ese era el adjetivo que mejor lo definía.

No comprendía nada.

—Quiero salir contigo, Kenzie, pero no quiero que sea así. Si tengo que esperar a que Mason te

deje de gustar, entonces esperaré. Y no se te ocurra decir que no me ves como al típico chico que aguanta para conseguir a la chica, porque si te escucho llamarme mujeriego, o tan solo insinuarlo, voy a volver a besarte y entonces no dejaré que te apartes.

Parpadeé abrumada con su repentina simpatía. Sabía lo que estaba haciendo. Estaba aliviándome bromeando conmigo a su costa. Estaba aguantando estoicamente mi rechazo y al mismo tiempo consolándome.

—Gracias.

James asintió y puso una distancia final e inequívoca entre nosotros, alejándose hacia la luz de su casa.

—Esto no significa que haya renunciado a ti, Sullivan —se despidió de mí caminando hacia atrás sin dejar de mirarme—. Ya sabes que seré tu plan A, quieras o no.

Reí, aunque salió más bien en una combinación entre hipo y sollozo gracias al nerviosismo que guardaba mi cuerpo. Esperé a que él se adentrara dentro de su porche y luego caminé hacia mi casa, rezando porque mi madre y Leslie no estuvieran esperándome en la puerta, porque de ser así habrían oído perfectamente toda la conversación y no tenía ganas de charlar sobre ello con ninguna de las dos.

Mi suerte me persiguió como siempre lo hacía y cuando llegué al porche ninguna de las dos se materializó de las sombras. No lo hicieron porque la figura que lo hizo era inequívocamente masculina, conocida y la causante del no tan feliz final con James.

Mason.

CAPITULO 31

¡Por ti!

No me percaté de mi paso reduciéndose hasta que mis pies frenaron a pocos metros de distancia de Mason. Todo mi cuerpo había reaccionado a él como a un ataque, silenciándose paulatinamente y llegando al punto en el que no escuchaba mi propia respiración. Las vibraciones entre nosotros eran apreciablemente negativas.

Desde los tres metros de distancia que nos separaban sus ojos se clavaron en los míos. Estaba enfadado.

—Hola —Lo saludé precavida, tanteándole.

No recibí respuesta. Me removí intranquila, pasando el peso de un pie al otro. Odiaba los silencios incómodos. Decidí comenzar por la pregunta más obvia.

—¿Qué haces aquí?

—No respondiste a mis mensajes.

Su respuesta fue seca y carente de emoción. Incluso su voz sonó rasposa y tensa.

—Estaba ocupada —Mi tono era de disculpa, aun así agregué más—. Lo siento.

Mason se llevó los últimos metros que nos separaban, juntándose a mí. Nunca había visto su rostro tan serio.

—Sí, ya me di cuenta —se jactó, cruzando los brazos sobre su pecho—. Smith parece tenerte muy ocupada.

Mis mejillas se calentaron. Estaba claro que había visto el beso y era muy seguro que también hubiese escuchado la conversación. Sin embargo tenía que asegurarme.

—¿Has... escuchado algo?

—Sí.

Respuesta breve, concisa y capaz de poner mis pelos de punta. Cerré los ojos y aparté la mirada. No hacía más que meter la pata. Mi vida parecía haberse convertido en un currículum de malas situaciones. Después del descubrimiento de mi lista habíamos conseguido llegar a un estado medianamente estable de nuestra amistad, pero yo, por supuesto, tenía que fastidiarlo de nuevo. Esa vez era mi obligación hacer algo.

—Mason, yo...

Fui interrumpida de una forma tan brusca que no pude evitar sobresaltarme y retroceder.

—¡No contestaste a ninguno de mis mensajes! ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba?

Retrocedí asustada. ¿Por qué estaba gritándome? ¿Era porque había vuelto a poner en riesgo nuestra amistad? ¿O porque no le contesté?

Mason recuperó la distancia ganada, sorprendiéndome cuando colocó sus manos sobre mis brazos. Volvió a hablar de nuevo, esta vez usando un tono de voz más bajo. Fue la forma en la que sus ojos grandes y castaños se fijaron en los míos lo que lanzó un tirón en mi estómago. Desesperación.

—No he sabido nada de ti por horas. Se suponía que estaríamos en contacto, Kenzie. Vine a tu casa preocupado. ¿Y si habías perdido el móvil y me estaba volviendo paranoico? Soy un idiota, ¿no? Yo preocupado por si Smith te hacía pasar un mal rato y resulta que tú estabas muy ocupada besándote con él.

El ataque no tenía nada que ver con el hecho de haber reafirmado lo que sentía por Mason. ¿Era por no haber contestado a sus mensajes? Al menos entendía su punto. Nosotros teníamos un pacto no escrito, y por ende más sagrado, de estar en contacto durante el baile. Y yo lo había roto.

—Lo siento —susurré. Realmente lo hacía—. Estuve ocupada...

—¿Con Smith? Oh, sí, me he dado cuenta.

Mordí mi labio, inquieta. Aquello no estaba yendo bien, y por mucho que lo hubiese decepcionado seguía sin comprender por qué reaccionaba de aquella manera. Él era mi mejor amigo, jamás se había enfadado conmigo.

—Mason, para, no entiendo nada. Te contesté a uno de ellos y te dije que estaría bien. ¿Por qué te pones así?

—¿Por qué me pongo así? —Repitió histérico y haciendo que su voz cascara a mitad de pregunta—. ¿Por qué te besas tú con ese imbécil?

Si seguía hablando tan alto iba a acabar por despertar a los vecinos. O lo que era peor, a mi madre y a Leslie y tendría que responder a sus preguntas. O aún peor, a James, y prefería no descubrir que pasaría entonces.

—Mase, por favor, cálmate...

Alzó un dedo hacia arriba, enfatizando el enfado e indignación que corrían dentro de él.

—¿Calmarme? Yo estoy muy calmado, Mackenzie.

Su voz fue lo más irónica posible que una persona podía permitirse en situaciones de histeria. Estaba comenzando a ponerme histérica a mí también. Esa fue la razón por la que le contesté de forma borde.

—Cualquiera lo diría, Don Alzo-La-Voz-Por-Encima-De-Todos.

Sus ojos se achicaron en mi dirección. Eso era malo.

—No me repliques, Mackenzie.

Mis brazos tomaron vida propia, colocándose en jarras sobre mis caderas, justo donde James había posado sus manos minutos antes. Sentí un escalofrío que rápidamente mandé lejos.

—¿Yo no puedo replicarte pero en cambio tú si puedes gritarme? ¡No lo entiendo, Mason! ¡Te dije que estaba bien y que te escribiría si tenía algún problema! ¡Simplemente no contesté a tus mensajes, y ya pedí perdón! ¿Qué más quieres?

Respondió más directamente de lo que esperaba

—¡Que no te beses con Smith!

Mi respiración se aceleró por los gritos, la pelea y la confusión. Después de que su estúpida imagen en mi cabeza hubiese estropeado mi beso con James, él era la última persona de la que me apetecía escuchar sermones.

Así se lo dije.

—¿Y quién demonios te crees que eres tú para decidir con quién me beso o dejo de besar?

—Soy tu amigo.

Amigo, claro. No hacía falta que lo repitiera, me había quedado muy claro. Apreté los puños sintiendo mis ojos escocer. A aquellas alturas de la discusión yo me había convertido en la persona enfadada.

—¡Pues eso mismo! ¡Eres mi maldito amigo, y eso no te da derecho a decidir a quién beso!

Su rostro se ensombreció, poniendo mi piel de gallina. Nuestros gritos debían de estar siendo escuchados por todo el vecindario.

—¿Sabes qué? ¡Tienes razón! No soy nada más que un amigo. ¡Vuelve con él y sigue dejando que restrigie sus asquerosos labios sobre ti!

La sangre se congeló en mis venas y las uñas se clavaron con tanta fuerza en mi mano que dolió, pero más dolió cómo lo dijo él, como si yo fuese una zorra que se deja manosear por cualquiera. Mason me conocía mejor que eso.

Las palabras comenzaron a salir de mi boca sin que pudiera controlarlas, apenas pensando en que decía.

—Lo haría, pero no puedo.

Una sonrisa socarrona se filtró en sus labios y me miró con prepotencia.

—Ah, ¿sí? Entonces dime, Mackenzie. ¿Por qué no lo haces? ¿Por qué no vuelves con él?

Y lo siguiente ya fue pura rabia e impotencia.

—¡Por ti! ¿Está bien? ¡No he seguido besándole y no lo voy a hacer por ti! ¡Porque me gustas! Estoy enamorada de ti desde hace mucho tiempo y no consigo sacarte de mi cabeza. Lo he intentado, he tratado de verte como un amigo pero no puedo, ¿vale?

Mason me miró en silencio. Su rostro borroso para mí había quedado estupefacto, con la boca entreabierta por la sorpresa. Incluso el aire parecía haberse quedado atascado en sus pulmones. Me las arreglé para decir unas últimas y dolorosas palabras.

—Te quiero, pero solo soy tu amiga.

Sin esperar una respuesta por su parte, usé toda la fuerza de voluntad que me quedaba para ordenar a mis piernas correr a través del porche de casa y entrar dentro sin volverme. Él no me llamó y yo no regresé. No miré hacia atrás cuando le pasé y su brazo rozó contra el mío. Tampoco lo hice cuando la puerta se cerró de un fuerte golpe, ni cuando mi madre salió de su habitación y me preguntó si estaba bien al ver mis lágrimas. Lo único que hice fue dirigirme a mi cuarto y hundirme en mi cama con la almohada en la cabeza para ahogar mis sollozos. Mientras lloraba tan solo un pensamiento, frío y horrible, pasaba por mi cabeza.

Nuestra amistad estaba más que muerta.

CAPITULO 32

Eres deprimente

Daba vueltas enredada en las sábanas de mi cama sin querer levantarme de ella. Había pasado toda la noche del sábado y el día completo del domingo escondida en mi habitación, mirando viejas reposiciones de sitcoms y hartándome a helado de chocolate. Supe que James había venido a verme, pero ni mi madre ni Leslie le habían dejado entrar. Me alegré de ello. No tenía humor para recibir visitas. Lo único que quería hacer era llorar por mi amistad perdida mientras escuchaba canciones tristes de Taylor Swift y me lamentaba de mi propia existencia.

La ausencia de Mason no me pasó desapercibida.

Continué asilada del mundo hasta que mi hermana abrió la puerta de mi habitación, con su rostro adormilado reflejando enfado.

—Eres deprimente cuando estás triste. Quita esa música ya o me veré obligada a tirar tu reproductor por la ventana.

Así de bien empezó mi mañana del lunes. El temible día en el cual mi madre, por muy preocupada que estuviese por mi repentina depresión, iba a obligarme a asistir al instituto. Y ni siquiera me dejaban lamentarme sin ser reprendida por mis gustos musicales. Asco de familia.

Me levanté perezosa, con mi cuerpo moviéndose a cámara lenta. Sentía cada una de mis articulaciones quejarse a cada pequeño movimiento. Si ponía esfuerzo también era capaz de escucharlas. Con ese ánimo saqué un par de pantalones de mezclilla y un jersey del armario y me vestí. Cuando me paré frente al espejo del baño ya estaba un poco más despejada, pero eso no ayudó en nada a lo que vi en él.

Profundas ojeras azuladas, ojos hinchados de tanto llorar, rostro inflamado de no dormir, aspecto de zombi desaliñado por todos lados. Y mi pelo... Mi pelo apestaba. Mi vida apestaba. El mundo apestaba. Todo en sí apestaba.

Se nota mi buen estado de ánimo, ¿verdad?

—¿Piensas suicidarte ahí dentro o en algún momento bajarás a desayunar?

Entrecerré mis doloridos ojos hacia la puerta y maldije a mi querida y sensible hermana pequeña por lo bajo. Sin molestarme en contestarla me peiné el pelo en una coleta alta, dejando el nuevo flequillo abierto a un lado como único medio de tapar mi horrible rostro. Incluso apliqué crema de color sobre mi piel, pero nada era lo suficientemente milagroso para acabar con el desastre que había en mi cara.

Leslie esperaba enfadada en la puerta del baño cuando salí. Negó con la cabeza al verme y me dio unos golpecitos de ánimo en el brazo antes de encerrarse en el servicio. Si incluso mi irritante hermana pequeña sentía pena por mí, significaba que me veía peor que mal. Con suerte podría acercarme a la enfermería cuando llegase al instituto y...

Segundo de reseteo instantáneo. *Llegase al instituto.*

Mierda.

Un jadeo sordo escapó de mi garganta y me derrumbé en medio del pasillo. Con todas las cosas que había pensado y las vueltas que le había dado a todo durante el fin de semana, ¿cómo no había caído en la cuenta de algo tan sencillo como eso? ¿Quién demonios me llevaría al instituto? Porque dudaba bastante que Mason fuera a hacerlo.

Ojeé la hora en mi teléfono. Aún era relativamente pronto. Si no desayunaba y salía corriendo de casa podría llegar a tiempo caminando... para el final de la primera hora de clases. Mejor eso que nada. Además, gracias a los kilos de helado de chocolate había perdido el apetito para lo que quedaba de semana.

Enganché mi mochila al hombro y bajé corriendo al piso de abajo. Mi madre trató de

interceptarme en la entrada, pero mi mal humor estaba por debajo de la línea roja “charla con mamá”, y la esquivé sin contestar a ninguna de sus preguntas aludiendo a mi estado de ánimo con tal destreza que me encontré a mí misma cuestionándome si debería apuntarme al equipo de atletismo.

En eso estaba, distraendo mi cabeza con tonterías, cuando choqué contra alguien al salir por la puerta de casa, haciéndome perder el equilibrio y balancearme hacia atrás. Ese alguien agarró mi brazo estabilizándome, y cuando por fin pude recuperar el equilibrio le observé perpleja. El nerviosismo no tardó en asentarse en mí. Después de lo ocurrido la otra noche, ¿cómo se suponía que debíamos actuar?

—Hola —Me saludó.

Incapaz de pensar en algo coherente, mi cerebro volvió a jugarme una mala pasada y, como siempre, solo pudo pensar en la pregunta más absurda:

—¿Qué haces aquí?

James apretó los labios y se hizo a un lado dejándome libre. Sus ojos viajaron desde mi pelo atado, pasándose por las desventuradas ojeras y acabando en mi desaliñado jersey. Sabía que me veía horrible, pero su expresión no lo delató. Más bien parecía preocupado.

—Pensé que podrías necesitar un viaje a clase —*Que no lo hubiera escuchado, que no lo hubiera escuchado*—. Después de la conversación que tuvisteis Mason y tú el sábado....

Mierda.

La forma retórica con la que pronunció la palabra conversación lo dijo todo. Sin embargo no me extrañaba, habíamos gritado tanto que todo el vecindario nos tuvo que escuchar. Inclusive quienes vivían a varios kilómetros a la redonda.

James debió de notar algo en mi rostro porque regresó su mano a mi brazo, tomándome del codo y arrastrándome hacia su coche.

—Pareces hambrienta. Vamos, te invito a desayunar.

CAPITULO 33

Mary Pa

El olor a café y tostadas rezumaba dentro del bar donde James me llevó a desayunar. Intenté protestar para no ir, pero además de cara de muerta también debía tenerla de hambrienta, por lo que no me hizo caso y me obligó a comer algo con él.

—Solo serán diez minutos e iremos a clase.

—Llegaremos tarde—protesté, como si eso me importara.

James negó y movió un taburete de la barra para que me sentase.

—Necesitas una dosis de cafeína antes de comenzar el día.

Coloqué en mi rostro mi mejor expresión de fastidio.

—No soy muy pro café.

—Mentirosa...

Dejé que mis labios tiraran forzosamente hacia arriba para complacerlo. Tenía razón, yo amaba el café, pero no estaba demasiado acostumbrada a tomarlo. En aquellos momentos lo que en realidad me llamaba la atención era el cartel anunciando batidos de chocolate naturales. Parece ser que mi sesión de helado no fue suficiente para calmar mis ansias ante tan dulce manjar.

—¿Desean algo para tomar?

Un camarero bastante joven captó nuestra atención, acercándose a nosotros con el delantal colgado al hombro y una camisa perfectamente abotonada. Lo observé ladeando la cabeza. Me parecía haberlo visto en algún lugar antes.

—Dos cafés, por favor —respondió James. Luego me miró y añadió—. Para llevar si es posible.

—Marchando —El camarero sexy le guiñó un ojo y luego se volvió hacia mí—. ¿Algo más?

Negué y forcé una sonrisa condescendiente y educada. Cuando el chico se fue hacia la máquina de café James se volvió hacia mí y me miró fijamente.

—No lo hagas.

Junté mis cejas sin entenderlo. Él se inclinó más cerca, con el rostro serio.

—Es la segunda vez que sonríes de forma falsa. No tienes que hacerlo si no quieres. No es saludable. Si te sientes mal simplemente déjalo salir.

Mordí mi labio inferior. No era que no quisiera... exactamente. Que yo estuviese molesta, enfadada y triste no significaba que el resto del mundo lo tuviera que pagar por mi culpa. Sonreír era solo una forma de ser educada.

La mano de James tomando la mía me hizo dar un respingo.

—No le debes nada a nadie, Mackenzie. Cuando te vea sonreír, que sea porque de verdad lo sientes.

Aparté los ojos y mi mano con el corazón latiendo en mi garganta. No podía hacerme esto. Simplemente no podía. Después de lo que pasó con nosotros el sábado, del beso, de cómo lo rechacé y cómo peleé con Mason después, él no podía comportarse así. James Smith, Mr. Salido, el payaso de mi vecino, no podía ser así conmigo. Simplemente no valía porque mi atolondrado corazón no soportaría más ataques contra su armadura cuando esta estaba en guerra de luto.

—Eso tampoco tienes que hacerlo.

Levanté mi mirada de vuelta a él. Su ceño estaba fruncido.

—¿El qué?

—Esto, apartarte de mí —Su mano volvió a atrapar la mía y acercarla contra su pecho, de forma que mi cuerpo se movió junto al suyo—. Apresuré demasiado las cosas el sábado y no quiero

que todo se vuelva tenso entre nosotros. Te daré todo el espacio y tiempo que necesites, Mackenzie. Tan solo no me apartes de ti, ¿vale?

Me quedé sin respiración observando a James, sin ser capaz de reaccionar. Mi cerebro había sufrido un paro cardíaco y se encontraba mal sintonizado. Era como si alguien hubiese agarrado mi vida y la hubiese colocado en el cuerpo de otra persona. Y si no era la mía, la de James, porque nunca se me habría ocurrido ni soñar que mi vecino payaso me hablase así.

James no era precisamente el tipo de chicos románticos, pero era dulce a su manera. Sentía que encajaba con él porque ambos éramos torpes en todo lo que se refiere al ámbito de las parejas y la intimidad. No es que él no haya estado con más chicas antes, o yo con otros chicos, pero notas cuando una persona está nerviosa. Y lo admitiría, me gustaba ver que era yo quien le ponía nervioso. Estaba bien, para variar.

—Es de locos —solté de pronto, apenas sin pensar y dejando que el popurrí de palabras se liberase de mis labios—. Tú, yo... Siempre me caíste mal.

Sonrió de forma traviesa hacia mí y adoptó una postura ridícula en la silla, apoyando el codo en la barra y la cabeza sobre su mano. Solo le faltó fruncir los labios como si estuviera lanzando un beso.

—Pero admitirás que siempre te parecí atractivo.

Estúpido y sensual James. Tenía razón.

Me encontré a mí misma riéndome de su prepotencia y asintiendo. Sería una mentirosa compulsiva si decía que no era guapo. James Smith siempre fue, y probablemente será, guapo. En su forma peculiar, con ese pelo rojo de rizos rebeldes y sus ojos verdes parduzcos.

Me devolvió una sonrisa de vuelta.

—Esa me gusta más. Ahora sé que te ríes de verdad.

Por un instante nuestros ojos se encontraron y un extraño calor creció dentro de mí, saliendo desde mi centro e inundando el resto de mi cuerpo hacia mis extremidades. Sentí mis mejillas calentándose y aun así no podía apartar la mirada.

—Aquí están los cafés. ¿Queréis algo de comer con ellos?

Pegué un bote en el taburete, sobresaltada por el camarero, quien regresó a nosotros tan silencioso como una pluma. ¿Se había materializado de la nada delante de la barra? Pero lo peor no fue eso, sino la ridícula forma en que mi sentido del equilibrio volvió a hacer de las suyas y fui lanzada hacia el suelo desde el asiento. James me sujetó antes de que terminara de caer.

—No, eso será todo —respondió al chico y luego me miró a mí—. ¿Estás bien? Demonios Mackenzie, voy a acabar por apodarte como Mary Pa.

Me adcenté como pude, situándome de pies a su lado mientras él sacaba la cartera para pagar y le observé con curiosidad.

—¿Mary Pa?

James pagó al chico quien, ahora que me fijaba mejor, había aparecido con una mochila al hombro en lugar del delantal. Cuanto más lo miraba más me sonaba haberlo visto antes. ¿Pero dónde? El único lugar que se me ocurría era en el instituto, pero no era capaz de localizarle dentro de su fauna y flora.

—Sí, de Mary Patosa. Eres una Mary Patosa en potencia.

Abrí la boca para contestarle pero fui acallada por sus carcajadas. El camarero le devolvió el cambio con otro guiño de ojo y James se volvió hacia mí. Ambos agarramos un café y caminamos hacia la salida. Entonces sucedió lo imprevisible, y mientras esperaba que su mano viajara a su bolsillo o a algún lugar entre las moléculas de aire a nuestro alrededor, lo hizo hacia la mía. Sus dedos se enredaron entre los míos y tiró de ellos junto con mi cuerpo fuera del bar.

Dejé que me guiara gracias al estado de shock en el que quedé, pero en cuando llegamos a la puerta de salida fui lo suficientemente consciente de la situación como para frenar y devolver

mi mano de vuelta a mi propio bolsillo. Él me había prometido tiempo y esto para mí se parecía más a apremiar las cosas.

James suspiró parándose también a mi lado.

—Entiendo que no pueda besarte, ni abrazarte, ni decirte bobadas cursis, pero... ¿Tampoco puedo cogerte de la mano?

Era bien sabido que todos tenemos un tope y Mackenzie Sullivan había conseguido encontrar el del paciente James Smith. Tomé un sorbo de café solo para disimular y lo que conseguí fue toser y quemarme la lengua. Aquello no era café sino lava hirviendo. Algún día crearía mi propia cadena de desayunos y sería una donde las bebidas se sirviesen en su punto justo de temperatura, no a cien grados centígrados. Me haría famosa con una idea tan innovadora.

—¿Mackenzie? —Insistió James, buscando captar mi atención de nuevo. Volaba tan fácil como una mosca.

Sin embargo el camarero volvió a salvarme, porque justo mientras mi plan D esperaba mi respuesta él salió del local, abriendo la puerta con tan mala suerte que esta golpeó la espalda de James y lo lanzó hacia delante. ¿Quién era el Mary Pa ahora?

—Dios mío, lo siento mucho, ¿estás bien?

Parpadeé abrumada por el giro de acontecimientos. Especialmente por el tono afeminado del camarero, quien mientras atendía la barra no había dado señal alguna de ello.

—Sí, sí, estoy bien —contestó distraído James, clavando sus ojos de vuelta en mí y sin hacer caso al chico—. ¿Vamos a clase?

Asentí y le lancé una mirada de despedida al camarero. Yo lo había visto. Sabía que lo conocía de algún lugar. Él hizo un ademán con la mano y guiñó de nuevo el ojo a James, pero este no se dio por aludido. Me reí por dentro aliviando la tensión. ¿Estaría ligando con James? Y entonces me di cuenta de por qué me sonaba tanto. Yo lo había visto antes, solo que había una pequeña diferencia: medio desvestido, en el baño de hombres y besándose con otro chico.

—Es el ligue de Derek —susurré sin poder contenerme una vez me senté dentro del coche de James—. El camarero es el ligue.

Acto seguido comencé a romper en carcajadas ante lo absurdo de la situación. Días atrás yo había estado tan enamorada —más bien obsesionada—, con Derek Anderson que apenas podía hablarle sin tartamudear, y ahora me encontraba con el chico con el que se había pegado el lote en los servicios del instituto. Era increíble como la vida puede cambiar tanto en apenas una semana.

Y hablando de vidas cambiantes...

James entró en el coche, sentándose en el asiento del conductor y cerrando la puerta con demasiada fuerza detrás de él. El malestar y la culpa volvieron a asentarse de nuevo en mí al verlo así. Por mi culpa. ¿Quién me hubiese dicho hacía una semana que iba a querer matarme por molestar a mi vecino?

—Lo siento —Me arriesgué a decir una vez el coche comenzó a moverse hacia el instituto—. Es solo que...

—Sí, lo sé, es solo Mason —me interrumpió más osco de lo que me gustaría admitir—. Siempre es Mason.

A pesar del ruido del motor del vehículo y las ruedas sobre el asfalto, su costosa respiración era perceptible para mis oídos. Necesitaba arreglar eso. Dije lo único que me pareció sensato en aquellos momentos en los que mi cabeza no terminaba de funcionar bien.

—No tienes que esperarme, James. Quiero decir... Soy yo, es culpa mía, tengo un lío horrible en la cabeza y no puedo salir contigo aunque me gustes. No hasta que olvide a Mason...

El coche pegó una especie de frenazo, seguido de un volantazo y, finalmente, volvió a asentarse en la carretera. Giré mi cabeza lentamente hacia James, asustada de lo que acababa de pasar. Yo era una persona muy impresionable, y si a eso añadíamos mi miedo a los accidentes de

coche, lo ocurrido había revuelto mi estómago y acelerado mi pulso.

—¿Te das cuenta que ya no me queda otra opción que esperarte? —Escupió James entre dientes, mirado alternativamente de la carretera a mí. Sus manos estaban apretadas con fuerza en el volante—. ¡Acabas de confesar que te gusto, Mackenzie!

¿Lo había hecho? Hice una revisión mental de mis palabras y... Mierda, lo había hecho. Mordí mi labio y le observé de reojo. Él estaba arrugando su nariz. Ese condenado gesto que hacía, según mis sospechas, cada vez que algo le molestaba o le resultaba sorprendente.

—Supongo que lo hice —Admití enterrando el café ya más templado en mis labios y fijándome en la carretera.

James soltó una carcajada liberadora de tensión.

—¿Supones? Eres increíble, Mackenzie. Lo juro, parece imposible pero nunca dejas de sorprenderme.

—Supongo que gracias.

James volvió a reír, gracias a Dios sin apartar la mirada del camino. Si tenía que ir al instituto, al menos quería llegar de una sola pieza. No volvimos a reanudar la conversación hasta poco antes de entrar al aparcamiento. Yo estaba distraída porque según el reloj del coche ya llegábamos con más de cinco minutos de retraso a clase. Sin embargo cuando él habló cualquier falta que pudieran ponerme desapareció de mis pensamientos.

—La culpa no es exactamente tuya. Es de Carter.

Giré mi rostro con violencia hacia él. ¿De Mason?

—No me mires así. Tengo razón. ¿No te has dado cuenta? Yo te gusto, tú misma lo has dicho. Si estás hecha un lío no es porque te guste el idiota de tu mejor amigo. Es porque en el fondo sabes que yo tengo razón y tú a él también le gustas, pero es lo suficientemente gilipollas como para no decirte nada. Directamente, claro... Es imposible ocultarle a la chica que te gusta que te gusta. Mierda, eso sonó redundante.

Viva el resentimiento.

Hice trizas de nuevo mi labio inferior. A ese paso lo destrozaría antes de que llegara de nuevo a casa, pero estaba más ocupada poniendo sentido a las palabras de James. Era horrible cuando una persona te decía algo que creías tener superado y eso te ponía a pensar y dar vueltas sobre el asunto.

Yo ya había llegado a la conclusión de que no le gustaba a Mason. Él mismo me lo había dicho. Pero también sabía que James tenía razón y había muchas cosas que solo eran explicables bajo la sospecha de unos posibles sentimientos amorosos de mi mejor amigo hacia mí. Por ejemplo, por qué Mason me había chillado de esa manera y se había puesto tan furioso por ver aquel beso entre James y yo. Si era solo mi amigo, como me había afirmado, ¿por qué no se alegraba por mí?

Estaba inmersa dentro de ese debate mental conmigo misma cuando por fin llegamos al aparcamiento completamente lleno. Estábamos a punto de entrar, pero un coche llegó segundos antes y pasó delante de nosotros. Podía reconocer aquel vehículo en cualquier parte. Hablando del Rey de Roma... Allí estaba Mason.

Por supuesto el destino seguía empeñado en jugar conmigo y los pocos espacios libres que quedaban, muy alejados del edificio principal, estaban en el mismo cuadrante. Que ambos coches aparcaran en intervalos de tiempo parecidos y en los mismos metros cuadrados era algo obligatorio a suceder.

Sabía que James se había dado cuenta, pero tuvo el detalle de no decir nada. Aunque pensándolo bien, tal vez se estaba conteniendo por él mismo. Era un secreto a voces que él y Mason no se caían bien. *Mea culpa.*

Quizás cuando bajé del coche de James, admito que algo contrariara por ver a Mason llegando tarde cuando él era puntual por naturaleza, no debería haber estado mirando en su dirección,

pero la atracción era demasiado grande como para obviarla. ¿No dicen que la curiosidad mató al gato?

Quizás tampoco debería haber mantenido mis ojos clavados en los suyos en el momento en el que ambos encontramos el mismo camino entre nuestras miradas.

Quizás debería haber obviado los latidos austeros y potentes de mi corazón y haber hecho caso a James y cómo me estaba llamando.

Quizás al ver los dos batidos de chocolate con leche condensada que Mason cargaba, mis favoritos, los que necesitaba y devoraba siempre que estaba triste por algo, no debería haberme sentido tan mal.

Quizás la forma en la que Mason los tiró a la basura después de que James tomara mi mano y me guiara hacia el edificio, tampoco debería haber estrujado mis órganos hasta dejarme agonizando.

Y quizás, solo quizás, mis ojos no tendrían que haberse humedecido después de la mirada que Mason me lanzó antes de desaparecer dentro del edificio. Porque algo en ella me decía que yo le había hecho daño. Algo en ella me rompió por dentro de una forma que no debería.

CAPITULO 34

Maldita masoquista

Toda mi mañana pasó en una nube de confusión. Apenas estuve atenta en las clases y no me importó que me pusieran una falta por haber llegado tarde. Mi cabeza se encontraba eclipsada en una sola idea o, más bien, en una sola persona.

En Mason.

Teniendo en cuenta todo lo sucedido con James, nuestro beso y lo agradable que estaba siendo conmigo, era injusto que en aquellos momentos mi mundo estuviese girando única y completamente alrededor de Mason. Mi mejor amigo, el chico que me había rechazado, el chico que se había enfadado cuando me vio besando a otro, el chico con el que había discutido, el chico en el que no podía dejar de pensar...

Tal vez James tuviese razón. Quizás yo le gustase a Mason y por eso actuaba así. Era una posible razón, pero no terminaba de creerla. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que él y yo éramos mejores amigos, había confianza entre nosotros y yo ya me había declarado. Si de verdad sintiera algo por mí más allá de una profunda amistad, ya lo hubiese dicho. ¿Qué podría perder, si fui yo quien dio el primer paso? Forzadamente, lo sé, pero la cuestión es que lo di.

Cuando el timbre que anunciaba el descanso para el almuerzo sonó me levanté de golpe en medio de la clase, a pesar de que todos los alumnos continuaban sentados. No me importó. Tomé mis cosas y salí apresurada de la clase. Había tomado una decisión: hablaría con Mason y resolvería todo. No podía seguir huyendo, temiendo a las consecuencias.

Mientras avanzaba por el pasillo mi velocidad fue disminuyendo y el miedo creciendo. Traté de tranquilizarme con pensamientos coherentes: en realidad me quedaba mucha vida por delante. ¿Qué importaba si salía con James, con Mason o incluso con Eric? Nadie acaba casándose con su novio del instituto. Y la vida no se rige enteramente en torno a los chicos, hay cosas más importantes. Como por ejemplo la amistad.

Solo que Mason era mi único y mejor amigo. Había mucho más que perder en este caso.

En el momento en el que crucé la entrada del vacío comedor toda mi confianza se había esfumado. Esto iba a ser difícil. Atacada por un repentino miedo me decidí a dar la vuelta y huir a esconderme a los baños, pero en mi trayecto hacia la salida choqué con alguien. Parecía que el destino no quería que me convirtiera en cobarde-Kenzie de nuevo.

—¡Kenzie! —Chilló Melanie con una gran sonrisa—. ¿Qué tal estás?

Apreté los labios y torcí el gesto sin contestar. Melanie asintió comprendiendo.

—Por lo que veo mal, tienes un aspecto horrible. ¿Ocurrió algo con James en la fiesta?

¿Qué si ocurrió algo? ¡Qué no pasó, más bien! Pero no estaba en posición de relatarle a ella todos mis problemas Mason-Kenzie-James. No la conocía lo suficiente como para bombardearla con tanta información, aunque admito que una amiga como ella me vendría bien. Me refiero a una amiga chica, alguien a quien poder llorar en el hombro y que me consolara como Mason no podía hacer en esos momentos. ¿Qué ilógico si fuese así, verdad? Que la persona que te esté causando tanto sufrimiento en realidad sea la única capaz de calmarte.

—Venga, comamos juntas y me lo cuentas todo.

Antes de que pudiera resistirme, Melanie me había atrapado del brazo y me arrastraba a una de las mesas del comedor. Me hubiese gustado negarme, pero ella era mucho más alta y mucho más fuerte que yo. Probablemente hubiese montado un espectáculo para nada. En su lugar acabé sentada con ella, hablando durante largos minutos de la fiesta, de Jack y de cuándo podría verle de nuevo. Al final Melanie era quien quería conversar conmigo y descargar. No fue hasta tiempo después que se dio cuenta de que no tenía comida y la fila para comprar el

almuerzo había aumentado considerablemente.

—Oh, mierda —Se lamentó, mirando con aprensión a todos los estudiantes que estaban esperando—. Vigila la mesa, yo voy a pedir. ¿Quieres algo?

Negué con la cabeza. Pensar en comer me era imposible en aquellos momentos. Sentía un nudo calloso y en movimiento en mi estómago, rechazando cualquier alimento sólido. Malditos nervios.

—No tengo hambre, pero ve tú a por algo.

Melanie me miró dudosa.

—¿Segura?

Forcé una sonrisa, recordando con una punzada en mi pecho a James enfadándose por eso mismo.

—Ve.

Ella se alejó corriendo, sorteando a unos cuantos compañeros y colocándose en la fila antes de que un grupo de chicas de primero llegasen. Melanie tenía que ser atleta. Volví de nuevo mi atención a la mesa y mis manos unidas sobre ella. Tenía las uñas carcomidas de tanto chupar las puntas de los dedos por los nervios. Nunca las mordía, pero cuando me encontraba en situaciones de presión solí *desestresarme* de esa manera. Asqueroso, lo sé.

Notando que aquella podía ser mi única ocasión de poder huir y motivada por el pánico, tensé los músculos de mis piernas dispuesta a ponerme en pie. Sin embargo una bandeja con dos tabletas de chocolate abiertas cayó en la mesa frente a mí y mi cuerpo se quedó tendido en la silla.

Tragué saliva moviendo mis ojos hacia la figura que en aquellos momentos se estaba sentando a mi lado.

—No me niegues el chocolate, Kenzie. Sé que lo quieres.

Contuve la respiración mirando cómo Mason movía la silla para quedar cara a cara conmigo. Por lo visto ambos habíamos tenido la misma idea de hablar, solo que uno de ellos tuvo el valor para seguir adelante. El otro, es decir, yo, fue obligado por circunstancias del destino.

Sentí todas y cada una de las partes de mi cuerpo hormigueando. Él estaba observándome en silencio y aquello era inquietante. Solo por hacer algo asentí y tomé una de las chocolatinas. Jugué con el papel entre mis temblorosos dedos, observándolo como si fuera lo más impresionante de toda la cafetería. Parecía un terremoto, en cualquier momento se me caería.

—Lo siento.

Dos palabras. Tan solo dos sencillas palabras y mi rostro giró por voluntad propia hacia él, buscando sus ojos. Lo que vi fue un rostro arrugado en arrepentimiento, profundas ojeras como las mías bajo aquella hermosa mirada dorada, ropa desaliñada, barba de varios días sin afeitar... No había sido la única pasando una pesadilla de fin de semana.

—Lo siento de verdad, Mackenzie. Soy un idiota. Merezco que me pegues, me grites y me dejes de hablar. No debí haberte dicho esas cosas. Estaba molesto. Tenía la ridícula idea en mi cabeza de que me habías cambiado por Smith. Me sentía estúpido después de haberme pasado la tarde preocupado de lo que pudiera pasar entre tú y él.

Sentí el chocolate deshacerse bajo el calor de mis dedos, pero no le di importancia.

—¿Preocupado por qué? —pregunté en un susurro, poniendo en orden mis ideas—. Es James, no es ningún desconocido.

Las comisuras de sus labios se elevaron mientras negaba.

—Precisamente por eso. Le conozco y sé cómo es, y tú también. Es un idiota y un cerdo. No quería que te hiciera daño.

Achiqué los ojos en su dirección. Él no podía hablar de esa manera de James, diciendo que le conocía cuando no era así. Yo sí que sabía cómo era, al menos mejor que Mason, y resultaba todo lo contrario a un idiota.

—No hables así de él, no le conoces tanto.

Mason se mostró sorprendido. Supongo que lo último que esperaba era que yo defendiese a James. Sin embargo no dijo nada, simplemente se limitó a asentir y tomar un trozo de chocolate. Miré por encima de mi hombro hacia la cola de la comida. ¿Dónde se había metido Melanie?

—¿Me vas a perdonar, Mackenzie?

Elevé mi mirada de vuelta a Mason. Sus ojos dorados se clavaban en los míos con aprensión. Había verdadera preocupación en ellos. Él no quería estar a malas conmigo. Los mejores amigos debían estar allí para las buenas y para las malas. Había dicho que reaccionó así porque estaba preocupado por mí y le creía.

Igualmente era doloroso, mirar cómo me pedía perdón e intentaba arreglar todo. Lo estaba haciendo para no herirme, porque me había declarado y claramente me volvía a rechazar. Él se preocupaba por mí porque era mi mejor amigo, solo eso. James estaba completamente equivocado.

—Claro —contesté finalmente, apartando la mirada y limpiando el chocolate deshecho de mis dedos con los labios—. En realidad no hay nada que perdonar.

Parecía que después de eso un nuevo silencio se iba a instaurar, pero entonces la mano de Mason tocó mi brazo reclamando mi atención y obligándome a volverme hacia él. Cuando lo hice lo vi cerca, demasiado cerca de mí para estar sentado en la silla de al lado. Contuve el aliento por lo que su cercanía significaba.

—En cuanto a lo que me dijiste la otra noche... Kenzie, hay algo que...

Estaba preparada para escuchar su rechazo. Me había hecho a la idea desde el mismo momento en el que salí corriendo, dejándole solo en el porche. Sin embargo no llegué a oírlo porque Melanie eligió ese preciso momento para volver a la mesa. Y con ella llegaba otra persona.

James.

—¡Mira a quien encontré tratando de huir de la cafetería! —Me sonrió sentándose frente a mí y tirando de James para obligarle a tomar asiento a mi otro lado—. Deberíais todos vosotros saber que el almuerzo es una de las comidas más importantes del día.

James, quien mostraba una expresión de querer estar en cualquier otro lugar menos en esa mesa, hizo acto de su carácter bromista al que nada le importaba y se concentró en Melanie.

—En realidad es el desayuno. Y no estaba huyendo de la cafetería, sino de ti.

La chica le miró ofendida. Yo en cambio estaba más concentrada al detalle de James no queriendo estar en la cafetería. No pude evitar preguntarme si era debido a mí hablando con Mason.

—No pongas esa cara, Melanie. En lo que vamos de día ya me has abordado dos veces preguntándome sobre mi hermano. ¿Qué más quieres saber? ¡Ya tienes su número!

Sonreí por el tono de fingido irritamiento de James. Era fácil de creer que ella lo hubiese estado molestando, pero al mismo tiempo era tierno.

Melanie comenzó a soltar un aligerado sermón acerca de su posible futura relación con Jack y cómo él tenía el deber de ayudarla, pero acertaría si dijera que nadie la estaba prestando atención. Mientras ella nos bombardeaba a palabras ocurrió algo extraño y tenso.

Mi mirada se trabó con la de James cuando aún mantenía mi sonrisa por su queja sobre Jack. La sostuvo durante unos segundos y luego me la devolvió. Recordando que Mason también se encontraba allí la aparté rápidamente, encontrándome también con la suya mirándonos seriamente. Queriendo esconderme debajo de la mesa también la alejé de él, pero mi amigo fue más rápido y la desvió primero, y no a cualquier sitio, sino hacia James.

Los ojos de ambos chicos se encontraron y no había nada de amor, paz o tranquilidad en la forma en la que se examinaron el uno al otro. Algo dentro de mi cabeza me advertía de que

cualquier movimiento extraño podría ser tomado como amenaza y una guerra comenzaría.
Diablos, odiaba la tensión.

Un trozo de corteza de pizza golpeó mi cabeza.

—¡Kenzie! —protestó Melanie con enfado—. Te estaba hablando, ¿no me escuchaste?

Saliendo de mi trance personal regresé al mundo donde ella estaba.

—No, perdona, estaba pensando en mis cosas.

—Ya lo noto... Pero da igual, resulta que he tenido una idea brillante. ¿Verdad, James?

James, quien sí debía de haber estado escuchándola, gimió y puso cara de pánico. Oh, no. No me esperaba nada bueno de lo que Melanie tenía que decirme.

—Verás, como necesito una excusa para poder ver a Jack de nuevo... Había pensado que podríamos tener una cita grupal. Ya sabes, algo informal para no meter mucha presión. No quiero asustarle, parece un chico tímido.

Una alarma roja se encendió dentro de mi cerebro.

—¿Cita grupal? —repetí, esta vez siendo yo la que tenía pánico.

—¡Sí! Casi una salida de amigos. Yo podría ir con Jack, tú con James y estoy segura de que a Alia le gustaría salir con Mason —Miró directamente al chico, que tenía los ojos abiertos. El pánico se había contagiado como un virus también en su dirección—. Se supone que es un secreto, pero ha estado hablando mucho de ti.

Mordí el interior de mi mejilla para no gritar por los celos. Por supuesto que había estado hablando de él, a ella le gustaba. Unas horribles ganas homicidas se instalaron en mí. Quería agarrar a Alia de los pelos y pegarla chicle para que no tuviera más remedio que cortar su melena. Pero entonces recordé cómo ella había dado la cara por mí frente a Jane y me había salvado sin ser mi amiga. Era una buena chica y además guapa. Si estaba condenada a ser para siempre solo la mejor amiga de Mason, ella no era una mala candidata para ocupar el puesto novia después de todo.

Miré a James: su rostro arrugado decía claramente que no. Miré a Mason: su mirada huidiza e incómoda chillaba un gran no. Miré mi reflejo en la pantalla del teléfono: directamente se dibuja el más grande de los No.

Extrañamente no fue eso lo que salió de mi boca.

—Claro, estaría bien.

Tal vez una cita grupal ayudaría a aliviar tensiones.

Diablos, ¿a quién quería engañar? Era una maldita sadomasoquista.

CAPITULO 35

No estás cachas

—Tienes que llevar el jersey gris. Es una orden.

Mason alzó una ceja desde la silla de mi escritorio. Envidiaba que él pudiera hacer eso. Conocía a muy pocas personas que poseyeran el don, casi tan pocas como el de mover las orejas.

—Veamos si lo he entendido bien —repitió despacio, levantando la mano para pedir vez—. Pantalones vaqueros claros, las zapatillas que me regaló mi abuela la Navidad pasada y el jersey gris que por alguna razón te gusta.

Asentí enérgicamente y recogí mis piernas al estilo indio, sentada en la esquina de mi cama.

—Exacto. Chico listo, sabía que lo entenderías.

—Bien, entonces a ver si entiendo esto. ¿Por qué estoy dejando que tú escojas la ropa que voy a llevar yo en la mierda rara de cita grupal?

Le saqué la lengua en un gesto totalmente meditado e infantil. Él rodó los ojos.

Aquello se sentía bien. Se sentía como hacía dos semanas, antes de que todo el asunto de la lista empezara, antes de que él supiera de mis sentimientos, antes de que James me besara, antes de nuestra discusión.

—Porque tengo mejor gusto que tú. Lo que me recuerda... No intentes peinarte, solo consigues estropearlo más. Usa agua y un peine. Ni gomina, ni laca, ni...

—¿Laca? —Me interrumpió frunciendo el ceño—. Yo no uso de eso, es de chicas.

Fue mi turno de rodar los ojos. Qué típico.

—No vamos a discutir sobre eso, Mason. Tú solo haz lo que yo te diga y punto.

Gruñó, pero sabía que no iba a negarse. En realidad le gustaba que yo le ayudase a escoger la ropa. Tantos años de amistad era lo que tenía.

—Sí, señora —admitió finalmente, tomando un cuaderno azul de mi escritorio y ojeándolo perezosamente—. ¿Sabes que sé lo que estás tramando, verdad?

Clavé mis ojos en él. No, no lo sabía. De hecho era imposible que él tuviese la menor idea de que quería juntarle con Alia. Melanie fue quien tuvo la idea, no yo. Y Mason podía ser muy inteligente, pero decididamente aún no había aprendido a leer mentes.

—Ilumíname, oh, gran maestro —Ironicé observando también el cuaderno de tapas azules. Escribía tantas cosas que no tenía idea de qué podría haber allí.

Sin apartar la vista de las páginas Mason habló. Y me dejó impresionada.

—Pretendes que me enamore de Alia para que así mágicamente James me guste para ti —El aire se quedó a medio camino entre mis pulmones y mi nariz—. Bueno, deberías saber que eso no va a pasar.

Tragué saliva nerviosa y me concentré en mantener mi tono de voz estable.

—¿Qué parte no va a pasar? ¿Enamorarte de Alia o que James te guste?

—Ninguna de las dos cosas.

Bueno era saberlo. O quizás no. ¿Cómo estaba tan seguro de ello? Alia era una chica muy agradable, simpática y guapa. Si me gustasen las mujeres probablemente bien podría enamorarme de ella. ¿Por qué demonios Mason no podía? Y eso mismo iba a preguntarle cuando él volvió a hablar, más bien leer.

—Lunes estudiar tema cinco de literatura, martes acabar el esquema de química y resumir matemáticas, miércoles leer las lecturas obligatorias, jueves idear nuevo esquema... —Alzó los ojos del cuaderno para mirarme atónito—. Diablos Kenzie, ¿consigues seguir esta cosa a rajatabla?

Me levanté de la cama rápidamente y arrebaté el cuaderno de sus manos, cerrándolo de un

solo golpe. Acababa de recordar lo que era: mi agenda de listas. Todas y cada una de las listas que necesitaba para organizarme, listas que había dejado de escribir desde el incidente. Tal vez por eso mi vida fuese un desastre últimamente.

—No al pie de la letra, pero me ayuda a organizarme —respondí secamente, buscando un sitio donde esconderlo—. De todos modos, ¿qué te importa?

Mason se revolvió en la silla.

—Vale, está bien, lo he entendido. Siento haber mirado entre tus cosas sin permiso.

Encontré el sitio perfecto en lo alto del armario. Solo necesitaba saber cómo subirlo hasta allí arriba. Usaría una silla.

—No estoy enfadada. Y no ha sido sin permiso. Por si no lo recuerdas yo estaba allí, contigo, y he visto cómo le leías —contesté escudriñando el armario y luego me volví hacia él—. Levántate de ahí.

Pareció dudar.

—Depende. ¿Piensas romperme la silla en la espalda o esto es solo una forma maleducada de echarme de tu casa?

Suspiré. Maldito Mason. No me juzguéis, me encantaba volver a estar bien con él, pero cuando se empeñaba en molestarme realmente lo conseguía.

—Solo levanta —le dije malhumorada.

Increíblemente él accedió. No queriendo desaprovechar mi suerte tomé la silla y la arrastré hasta el armario. Haciendo equilibrios logré subirme sobre ella de pies. Yo era muy patosa y cualquier distracción podría lograr que me cayera, sobretodo porque la silla que estaba usando era de escritorio, giratoria con ruedas. Por eso perdí el equilibrio cuando Mason volvió a hablar.

—¿Sabes? En realidad no he accedido a ir.

Conseguí agarrarme a la puerta del mueble y mantenerme lo más estable posible sin caer al suelo. Con un impulso de mi cadera giré el asiento donde estaba de pies para poder encararle.

—No digas tonterías. Todos lo hemos hecho.

—Yo no dije nada.

—Y tampoco te negaste —Contraataqué irritada—. El silencio te delató, Mase.

Se apoyó en la mesa, cruzando los brazos sobre el pecho. La camiseta que llevaba se ajustó en la zona de los músculos. Tuve que resistir la tentación de caer en mi tic nervioso y morderme el labio porque él lo notaría.

—Igualmente puedo echarme atrás.

Suspiré. Sabía que todo eso nos iba a llevar a un solo lugar.

—Está bien, escupe. ¿Qué quieres?

Sonrió socarrón. Por supuesto, estaba intentando sacarme algo a cambio de ir a la cita. Tenía que haberlo visto venir antes. Aunque lo que tampoco no vi llegar fue su respuesta.

—Después de la cita tienes que venir conmigo.

Otra vez volví a tambalearme sobre la silla. Si continuábamos así acabaría por romperme la cabeza cayendo desde las alturas. Porque sí, un metro para mí era lo más parecido a un acantilado. ¿Había olvidado mencionar también mi miedo a las alturas? No importa, piensa en cualquier cosa que alguien pueda temer, y yo también lo temeré. Todo vale: arañas, payasos, perros, oscuridad, monstruos invisibles...

—Sin problema.

Me recompuse de nuevo tan rápido como pude y regresé a mi labor de esconder el cuaderno. Mason ya lo había visto, y a ser posible prefería que ni Leslie ni mi madre lo encontraran.

—¿Por qué ese jersey? —Me preguntó una vez lo conseguí colar entre el hueco que dejaba la parte de arriba con el techo.

Admitiré que contesté sin pensar.

—Porque entre otras cosas, ese jersey te hace parecer más cachas.

Me mordí la lengua, quedando de espaldas a él sin girarme. ¿Por qué tuve que decir eso? Hábilmente Mason se lo tomó a broma.

—¿Estás insinuando que no estoy cachas?

Coloqué una gran sonrisa burlona en mi rostro antes de volver a usar el impulso de mi cadera para girar la silla y encararle. Era fácil hacerlo cuando lo estaba mirando desde las alturas.

—No lo estoy insinuando. Lo estoy afirmando.

Su cara de reto fue la contestación que estaba esperando.

—Con que esas tenemos, ¿eh?

Lo que no estaba esperando fue su reacción.

Tomándome por sorpresa Mason se alejó del escritorio directo hacia donde yo estaba. Solté un agudo grito cuando sus brazos rodearon mis piernas acercándome contra su pecho y tirándome fuera de la silla. Íbamos a perder el equilibrio y morir. ¿Se había vuelto loco?

Con un ágil movimiento sacó mis pies completamente del asiento. Quedé suspendida en el aire con sus brazos apretándome contra su pecho como único apoyo. Los aflojó lo suficiente para dejarme bajar lentamente hasta que pude posar mis manos en su pecho, pero en ningún momento tocar el suelo con la tela de mis calcetines.

Podría mentir y decir que no sentí nada mientras eso sucedía, pero la sensación fue demasiado intensa como para negarlo. Mientras Mason me bajaba los segundos parecieron ralentizarse. Cada parte de mi cuerpo rozaba el suyo, siendo este mi única sujeción. Sus brazos moldearon la forma de mis piernas, abriéndose y cerrándose. Mi cuerpo hormigueó y se encendió al notar como mi trasero pasaba por el cierre. Después apretó con más fuerza, evitando que cayera rápido al llegar la disminución en la cintura, y frenó.

Mi camiseta se había levantado y la piel desnuda de mi estómago rozaba la cinturilla de sus pantalones. Mi respiración se había convertido en un inapreciable y lento jadeo. Sus ojos dorados no habían abandonado los míos en ningún momento.

Mantuve los labios entreabiertos y húmedos sin dejar de mirarlo. Mi rostro quedaba más alto que el suyo, inclinado hacia abajo para poder mirarle mejor. Mason tiró de una de las comisuras de su boca en una sonrisa ladeada.

—¿Quién decía que no estaba cachas?

Sin poder evitarlo fije mis ojos en sus labios. En cuanto me di cuenta de mi error volví a subirlos de nuevo, pero fue demasiado tarde, él se lo había notado. En un momento de distracción sus músculos perdieron fuerza alrededor de mi cintura y mi cuerpo terminó de deslizarse hasta el suelo. Mis pies se colocaron entre los suyos, pisándolos. Era una posición incómoda, puesto que nos dejaba muy pegados el uno al otro.

Con mis manos aún sobre sus hombros intenté apartarme para romper la incomodidad. Sin embargo él aún me tenía rodeada por la cintura, y lo único que conseguí con mi movimiento fue que ambos perdiéramos el equilibrio. Noté como Mason se tambaleaba a la vez que yo, y demasiado tarde me di cuenta de que íbamos a caer.

En un último giro de los acontecimientos Mason soltó uno de los brazos de mi cintura y trató de sujetarse a la puerta del armario. Lo único que consiguió fue que esta se abriera y girara el ángulo de trayectoria de la caída. Cerré los ojos cuando escuché el sonido de su espalda contra el suelo, el mío siendo amortiguado por su pecho. Cuando los volví a abrir tuve su rostro a escasos centímetros del mío, mucho más cerca que antes.

Mason había quedado tendido sobre el suelo, frenando el golpe con un brazo y sujetándome contra él con el otro. Mis manos seguían pegadas a sus hombros, creando artificialmente la única distancia que había entre nosotros. Pecho contra pecho, estómago contra estómago, piernas enredadas entre piernas.

El aire se espesó a nuestro alrededor y ya no pude evitar morder mi labio cuando lo miré. Solo que sus ojos no estaban en los míos. Esta vez fui yo quien lo atrapó viendo mi boca. Dejé que

mis dientes soltaran mi labio y su mirada regresó a la mía. Segundos pasaron sin que ninguno de los dos nos moviésemos, hasta que yo hablé.

—Yo lo decía.

CAPITULO 36

Malas noticias

—Kenzie, mamá quiere que bajes para...

La voz de mi hermana fue silenciándose progresivamente desde el momento en el que abrió la puerta y vio la situación. Tanto Mason como yo giramos nuestros rostros hacia ella desde el suelo. Sabía lo que estaba viendo. Mierda, yo formaba parte de lo que estaba viendo y no era precisamente para todos los públicos. Mi cuerpo tapaba el de Mason, con mi camisa levantada sobre el estómago y mis manos sobre su pecho. Eso sin olvidar la cercanía de nuestras caras o su brazo rodeando mi cintura.

Leslie dio un paso hacia atrás muy lentamente, casi a cámara lenta, cerrando la puerta a medida que se alejaba.

—Está bien... —Murmuró sin apartar la mirada de nosotros. Yo era incapaz de moverme—. Ahora bajaré abajo, con mamá, y esperaré hasta que vuelvas...

Mierda. Mierda. Mierda. Mierda. ¿Dije ya mierda? ¡Mierda!

Comencé a moverme de encima de Mason pero eso solo sirvió para que mi brazos temblorosos se resbalaran y cayese más sobre él.

—Les, espera.

—No, no quiero saber nada —Me interrumpió rápidamente—. No diré nada, lo prometo.

Lo siguiente que supe es que terminó de cerrar la puerta y corrió escaleras abajo, a juzgar por el sonido de sus pasos. Resoplé derrotada y terminé por dejarme caer sobre Mason. Apoyé mi mejilla contra su pecho y cerré los ojos, notando el cansancio debido a mi falta de sueño acudir a mi cuerpo.

Estaba tan cómoda en esa posición... Solo notaba el movimiento de su pecho subiendo y bajando lentamente, el calor que emanaba su cuerpo bajo el mío, una de sus manos trazando semicírculos en la parte baja de mi espalda, la otra jugando con los mechones de pelo de mi coleta...

—¡Mackenzie Audrey Sullivan! ¡Baja aquí ahora mismo!

Sí, había escuchado bien. Mi segundo nombre era Audrey, pero lo que a mí me alteró fue el grito de mi madre pronunciando mi nombre completo seguido de mi apellido a tal decibelio que era capaz de escucharlo desde el suelo de mi cuarto.

Conocía a mi hermana. En aquellos momentos ya le habría relatado la situación a nuestra madre con pelos y señales, eso si no había añadido detalles más morbosos y jugosos que una niña de su edad no debería saber. Y lo peor de todo, es que no sería cierto, porque entre Mason y yo no había pasado nada.

Suspirando abrí los ojos y rodé fuera de su cuerpo hasta que fui parar sobre el duro suelo. En realidad no había hecho nada y todo fueron imaginaciones de Leslie, por lo que no tenía que temer ningún castigo. Me molestaba más el hecho de que interrumpieran mi momento de paz.

Molesta recurrí a mis últimos ahorros de energía y me puse de pies. Tiré del borde de mi camisa hacia abajo estirándola y sacudí mis pantalones a pesar de que no se habían ensuciado. Retiré la goma de mi pelo y volví a rehacerme la coleta antes de mirar hacia Mason, quien continuaba tendido en el suelo.

—Venga, bajemos antes de que ella suba a buscarnos o será peor.

Él me miró. No pude evitar fijarme en cómo su camiseta también se había arrugado y revelaba la parte baja de su estómago. Sentí mis mejillas sonrosarse mientras apartaba la vista de esa zona y regresaba a sus ahora oscuros ojos dorados. Mi piel hormigueó ante la intensidad de ellos.

—Dame unos segundos —Pidió y luego apartó sus ojos de los míos para dejar caer la cabeza con un suspiro.

¿Ahora qué le ocurría?

No tardó mucho tiempo en incorporarse y ambos bajamos al salón, donde mi madre nos esperaba con un pequeño tic en el ojo y mi hermana me miraba curiosa desde el sofá, relamiendo un helado de chocolate. Pensaba que había terminado con las reservas durante el fin de semana, pero se veía que no.

—Hola Mason, me alegra volver a verte por aquí —saludó mi madre con una sonrisa que nunca me dedicaría a mí—. ¿Qué tal fue tu fin de semana?

Oh, ella era malvada. Estaba perfectamente enterada de todo lo sucedido respecto a la lista, James, el beso y nuestra pelea. No tuve la elección de ocultarla las cosas después de que el sábado regresara echa un mar de lágrimas a casa. De alguna manera notaba como eso nos había unido más, aunque nunca habíamos sido lejanas, solo que ella y Leslie siempre se entendían mejor porque se parecían más. Sí, ambas eran malvadas.

—Eh... Bien, muchas gracias.

Pobre Mason. Parecía tan cortado como incómodo.

—Me alegro, por aquí todo fue un poco ajetreado por así decirlo —Oh, yo mataría a mi madre. Eso se llamaba venganza. Después de su mala suerte con los hombres tenía una norma base clara: no toques a mis hijas si no quieres amanecer con imposibilidad de tener descendencia al día siguiente.

—Hubo incluso lágrimas —Añadió mi hermana.

Lancé una mirada llena de enfado a Leslie. Una cosa era intimidar a Mason y otra contarle lo mal que lo pasé durante el fin de semana. Ella calló al instante y yo regresé mis ojos hacia mi amigo. Estos se encontraron con los míos. La incomodidad que mi madre había generado en él parecía haber desaparecido y ser sustituida por preocupación. Perfecto, ahora le daría pena. Como si no tuviera suficiente con ser rechazada.

—Y por muy agradable que sea esta conversación, Mason, me temo que tengo que pedirte que vayas a casa —Interrumpió mi madre llamando nuestra atención—. Kenzie, Leslie y yo tenemos que hablar.

Fruncí el ceño en su dirección. ¿No estaría haciendo esto por lo que Les la había contado?

—Teníamos planes, mamá —me quejé cruzando los brazos sobre el pecho—. Íbamos a...

—Es sobre tu padre.

Tocada y hundida. Mi boca se abrió pero nada salió de ella. Miré a Leslie pero mi hermana tenía la misma expresión de sorpresa y confusión que yo. Nunca hablábamos de nuestro padre, era un tema parecido a cocinar comida casera y el sexo sin protección en nuestra casa. Es decir, tabú. Al menos desde que se mudó a una ciudad a dos horas de distancia de casa con su nueva novia.

Me recuperé tan rápido como pude y di un paso para situarme más cerca de Mason.

—Entonces más razón para que se quede.

Si íbamos a hablar sobre mi padre seguramente sería algo malo, y entonces necesitaría a mi mejor amigo cerca.

Mi madre soltó aire sonoramente y se dejó caer en uno de los sofás de la sala. Leslie había abandonado el helado y mantenía sus ojos abiertos como los de un búho sobre ella.

—Está bien, seré rápida, tampoco es algo muy importante.

Traducción: era un asunto tan sumamente horrible e importante que quería decirlo ya y quitárselo de encima.

Gemí interiormente. Mason sintió mi nerviosismo y se juntó más a mí, brazo contra brazo. Tomó mi mano entrelazándola con la suya y escondiéndola detrás de nuestros cuerpos. Funcionó porque consiguió tranquilizarme.

Pero la tranquilidad duró poco tiempo porque mamá volvió a hablar y, tal como había previsto, lo que dijo no me gustó nada.

—El abogado de vuestro padre se puso en contacto ayer conmigo. Quiere pelear por la custodia.

De nuevo, en menos de diez minutos, debía decir...

Mierda.

Mierda.

Jodida y grandísima mierda.

CAPITULO 37

Lo necesitaba a él

¿Alguien recuerda cuando dije que había cosas más importantes en la vida de una adolescente que los chicos?

Bien, aparte de amistad, añadámosle familia. Y en mi caso, añadámosle también el término familia rota. Ahora a todo eso adjuntémosle el que mi padre, quien vivía a dos horas en coche, pretendía pelear por nuestra custodia. Y de paso que él era un hombre con trabajo estable, novia y piso, y mi madre un ama de casa a media jornada con un historial médico de espanto entre las migrañas ocasionales y los ahogamientos en alcohol no tan ocasionales que tuvo al principio del divorcio.

Mi día no podía haber sido peor.

—No —Me negué retrocediendo. Mason apretó su agarre sobre mi mano impidiéndome ir más lejos—. ¿Por qué ahora? Prácticamente no ha dado señales en dos años, ¿por qué de repente quiere?

Estaba chillando y no era justo para mi madre. Ella no tenía la culpa. Todo lo contrario, era una sufridora más. Pero no podía controlar la respiración y mucho menos mi tono de voz. Simplemente no podía creer lo que estaba diciendo.

Valoré el esfuerzo que ella hizo para mantener la calma y hablarme en voz baja, especialmente teniendo en cuenta lo que iba a decirme.

—Él y Anna van a casarse. Quiere formar una familia.

¿Qué familia ni que ocho cuartos? ¿Pretendía jugar a la familia feliz después de casi dieciocho años haciendo infeliz a nuestra madre?

—Pero tú eres nuestra familia... Kenzie, tú y yo somos nuestra familia.

Leslie había permanecido en un completo silencio, encogida en el sofá con sus ojos grandes abiertos, mirando huidiza. Y así estaba cuando hablé, apenas en un susurro tímido. Con miedo. Tenía que hablar con ella, pero no ahora. Yo era la mayor y por lo tanto la responsable de las dos, pero en aquellos momentos estaba tan exaltada que era incapaz de tranquilizarla. No, lo que necesitaba era salir de allí, y a poder ser lo antes posible.

—Tengo que tomar el aire.

Solté la mano de Mason con fuerza, moviéndome y dejando que mi madre se percatara de cómo había estado sujetándome. Sus ojos se desviaron pero no dijo nada sobre ello.

—Kenzie, espera —me llamó con tono cansado. Tenía que estar sufriendo casi tanto como yo—. No he terminado.

Apreté los dientes en un gruñido.

—¿Es que hay más?

—Ha pedido pasar el fin de semana con vosotras. El viernes vendrá a buscaros.

Leslie gimió. Sabía que estaba pensando en los *horrigemes*, los hijos hiperactivos y maleducados de Anna, la novia de nuestro padre. Solo habíamos tenido una ocasión para conocerlos, hacía casi dos años, y en la primera media hora de visita decidimos que no nos agradaban. Claro, eso fue después de que pegasen un chicle en el pelo de Leslie, arrancasen la cabeza a su oso de peluche y tiraran un batido de fresa sobre su vestido blanco. La habían tramado con mi hermana por ser un año menor que ellos.

Sin embargo había otra cosa por la que Leslie protestó.

—Pero es mi cumpleaños...

Mamá se levantó del sofá y caminó hacia donde estaba ella, sentándose en el brazo del sillón. La rodeó los hombros y la acercó en un abrazo, posando un beso suave sobre su cabello. No me

quedé a escuchar lo que tenía que decirle. Simplemente me giré y salí fuera de la habitación, no deteniéndome hasta estar fuera de casa, en el jardín delantero, frente al coche de Mason.

—Llévame lejos —le dije sin mirarlo cuando me alcanzó.

Mase arrancó el coche sin protestar. Sentada en el asiento del copiloto permanecí en silencio mientras él conducía, inmersa en mis pensamientos. Él tampoco dijo nada. Me conocía y sabía que necesitaba tomarme mi tiempo para asimilar la situación.

Mi padre quería nuestra custodia. Movería cielo y tierra por ella, nos metería en juicios, tendríamos que hablar con abogados... Todo nuestro tiempo se monopolizaría en torno a un asunto que Leslie y yo detestábamos. Y si ganaba, nos llevaría lejos.

Miremos la parte positiva: adiós cita grupal del fin de semana.

Yo podía negarme. Tenía diecisiete años y edad suficiente para decidir por mí misma. ¿Pero qué pasaba con Leslie? Apenas iba a cumplir doce años y tendría que acatar lo que el juez dijese. No podía dejarla sola en una casa en la que estaría incómoda, pero tampoco podía dejar sola a mamá después de todo lo que había pasado.

Reconocí el camino a la casa de Mason cuando pasamos una de las últimas casas del pueblo. Su familia vivía prácticamente en la periferia, a un largo viaje en coche. Me gustaba mucho su casa pero no solía visitarla. La razón de por qué llegó a mis oídos en forma de ladridos en cuanto el coche pasó la portilla de madera abierta de la entrada. Sí, Mason tenía perros. Concretamente cuatro grandes, rápidos y atléticos perros. Toda una alegría para mí.

La razón por la que amaba la casa de Mason comenzaba con su nombre y terminaba con los habitantes. Sus padres, quienes parecían haber escapado de una comuna hippy, eran las personas más abiertas y relajadas que conocía. Habían bautizado a su casa como *Happyland*, y Henry, su padre, había pintado un letrero a la entrada. A mí, por otro lado, me gustaba llamarla *Hippyland*, por razones obvias.

Paró el coche frente al edificio de piedra de una sola planta. Los cuatro animales se reunieron a nuestro alrededor saltando y ladrando, esperando a que saliésemos. Mandé una mirada angustiada a Mason, pidiéndole ayuda. Él lo comprendió en seguida. Me guiñó un ojo antes de salir y comenzar a llamar a gritos a su padre para que recogiera a los perros.

El hombre no tardó en llegar, acercándose con una sonrisa de oreja a oreja. Llevaba unos raídos pantalones claros, con el pecho al descubierto y el pelo castaño atado en una coleta. Tenía los mismos ojos que su hijo.

—Sabía que habías llegado. El horror de vehículo al que tú llamas coche suelta tanto humo que pude olerlo a la distancia. Hola Kenzie, hacía tiempo que no te veía por aquí.

Los padres de Mason odiaban que él tuviese un coche. No era responsable con el medio ambiente, pero tampoco querían obligarlo a ser como ellos. Preferían que él escogiese su propio camino. Todo, por supuesto, sin dejar de mandarle insinuaciones sobre cómo debería actuar en realidad.

—Hola, señor Stuart.

Mason y su padre no compartían apellido. Su madre y él no estaban casados. No creían en el matrimonio. Pensaban sobre él como un tonto trozo de papel sin sentido. Era gracioso ver cómo mi amigo se avergonzaba cuando ellos decían ser compañeros de vida. Janice fue quien decidió poner a su hijo su apellido. Era algo a lo que estaba acostumbrada, yo también llevaba el apellido de mi madre en lugar del de mi padre.

—¿Sabes? Ellos tienen más miedo de ti que tú de ellos.

Sonreí con desgana. Estaba harta de escuchar esa frase. No iba a dejar de temerlos aunque la escuchara cientos de veces.

—Sabes que no funcionará de nada que le digas eso, papá —le regañó Mason acariciando a Patch, el perro más joven de todos—. Venga, sácalos de aquí o no saldrá nunca del coche.

Henry gruñó pero dio un silbido hacia los animales, quienes se alejaron de ellos y corrieron lejos

de la casa. Al menos eran obedientes.

—Muchas gracias, señor Stuart —respondí saliendo del coche.

—Lo hemos hablado muchas veces Kenzie. Soy Henry. Henry para todos menos para Mason. Asentí y dejé que él también se alejara hacia donde ahora estaban los perros. Temerosa de que regresaran seguí rápidamente a Mason hacia la casa. No respiré tranquila hasta que estuve dentro con la puerta cerrada.

Siguiendo con las razones por las cuales amaba ese lugar, estaban los llamativos colores de las paredes, los curiosos adornos hechos a mano y su peculiar olor a vainilla. Mi amigo, por otro lado, estaba más que harto de todo ello. Se notaba en cuanto ponías un pie en su habitación. Sencilla, paredes azul blanquecino y apenas un poster de un grupo de música.

—Vaya, eso es nuevo.

Mase cerró la puerta detrás de él mientras yo me acercaba al ordenador portátil que había sobre su escritorio. Hasta donde yo sabía el coche era una cosa, porque vivían alejados, pero dejar aparatos electrónicos que iban más allá de un teléfono móvil ya era pisar terreno desconocido. Parecía que Janice y Henry estaban aflojando su perspectiva hippy.

—Regalo de los abuelos. Se sentían mal por mí.

Apreté los labios pensativa. Era chico de pocas palabras en lo referente a todo lo que sus padres desaprobaban. Habíamos pasado tanto tiempo juntos... Por eso ninguna de nuestras familias se mostraba reacia a que ambos nos quedásemos solos en la habitación del otro. Desde niños siempre fue así, no iba a cambiar ahora. Era triste que se fiasen tanto de nosotros.

Mason comenzó a moverse por el cuarto, bordeándome y agachándose al lado de la cama. Sacó de debajo una caja de madera y de ella un sobre marrón. Papel ecológico, por supuesto. Cuando se incorporó se volvió hacia mí con media sonrisa. Eso no hizo más que confundirme.

—Te traje aquí por algo, Kenz. Quería que vinieras conmigo después de la cita para darte esto, pero como te vas a ir con tu padre... Tómalo ahora.

Estiró el brazo hacia mí con el sobre en su mano. Lo atrapé despacio. Estaba curiosa pero también cohibida. No me lo esperaba. Apreté mis dedos con fuerza alrededor del papel. Era una hoja doblada a la mitad, pero al abrirla descubrí uno de los mejores regalos que podría haberme dado.

Una foto.

Tan sencillo como eso. Una foto decolorada a tonos sepia. Una foto de hacía nueve años. Una foto en la que un niño y una niña con capas de superhéroes sonreían sentados en la rama de un árbol.

—Dale la vuelta.

Mi piel hormigueó al sentir al aliento de Mason sobre mi cuello. No lo había notado acercarse tanto a mí. Si me echaba unos centímetros hacia atrás mi espalda chocaría contra su pecho. Mis manos temblaron al girar la hoja. Condenadas hormonas.

Siempre estaré detrás de ti. Lo siento.

Una mezcla entre risa y llanto salió de mis labios. La foto se deslizó de mis manos, cayendo suavemente hasta frenar sobre el escritorio. Acabó volteada, con nuestros rostros sonrientes mirándonos. No me lo podía creer.

Aquel día fue mi octavo cumpleaños y Mason fue la única persona a la que invité. Nos habíamos disfrazado de SuperKenzie y BatMason, pasando la mayor parte del tiempo discutiendo quién era el líder del grupo. Al final él me dijo aquella frase, enfadado y dándose por vencido, haciendo referencia a dejarme ser la cabeza de mando. Ahora tenía otro significado completamente diferente.

Su pecho se pegó contra mi espalda y su nariz rozó mi oreja. Su voz apenas fue audible.

—Perdona por haberme comportado como un completo idiota el otro día. Siempre estaré a tu lado, detrás de ti, apoyándote y protegiéndote, como ahora.

Giré sobre mis talones hasta quedar frente a él. Se apartó unos centímetros para que nuestros rostros no se juntaran. Ahora lo tenía allí, cerca de mí, a apenas un palmo de distancia. Todo en mí pedía a gritos que terminara con la poca distancia que nos separaba. En lugar de eso un sollozo escapó de lo más profundo de mi garganta.

Era un cúmulo de cosas. Nuestra pelea, nuestra reconciliación, mi padre queriendo alejarnos de mi madre, la foto, los recuerdos...

—Ven aquí...

Mason terminó de romper la distancia envolviendo sus brazos alrededor de mi cuerpo, atrayéndome contra su pecho y dejando que su cabeza descansara sobre la mía. Tan sencillo como eso, me rompí y comencé a llorar con fuerza. Las lágrimas cayeron rodando por mis mejillas, perdiéndose en mi barbilla y empapando su camiseta. Pero estaba bien con eso. Era justo lo que necesitaba.

Necesitaba el abrazo. Necesitaba el consuelo. Necesitaba a mi mejor amigo.

Lo necesitaba a él.

CAPITULO 38

POV MASON

Es raro cómo no nos damos cuenta de lo que tenemos hasta que lo hemos perdido. El ser humano es extraño, tonto e idiota.

Kenzie siempre estuvo a mi lado en calidad de mejor amiga. Recuerdo, de hecho, cuando eso sucedió. Tenía seis años y estaba esperando en la fila para entrar a clase tras el período de vacaciones. Era el primer año en la escuela primaria y, como todos, estaba algo asustado. Centro nuevo, compañeros nuevos... Estaba sentado en las escaleras de piedra con mi mochila de tela descolorida mirando a los niños jugar con sus nuevas consolas. Mis padres opinaban que la tecnología significaría el fin del mundo así que jamás me dejaron tener una. Me sentía discriminado.

Entonces apareció ella. Llegaba caminando de la mano de su madre, sonriendo feliz con su cabello recogido en dos coletas, como si no le importase que fuese el primer día de clase. Estuvo todo el rato de espera hasta que el profesor nos mandó entrar jugando con su hermana, un bebé medio dormido en un carricoche. Y en el último momento, cuando nos alistamos en la fila para entrar, una de sus sonrisas fue para mí.

Ella piensa que nos hicimos amigos gracias a que el profesor nos sentó juntos. ¿La verdad? Yo ya había decidido que sería amigo de esa niña desde antes, y que todas y cada una de las sonrisas que regalara fuesen para mí.

Un pensamiento egoísta, lo sé, pero solo tenía seis años.

Es curioso también cómo te trata la vida. Pasé todos los años de la escuela primaria con mi atención puesta en Kenzie. Mis padres se burlaban de mí llamándola “mi amiguita” aunque ella nunca se diese cuenta. A medida que fui creciendo me resigné a admitir que ella era más mi mejor amiga que una chica que me gustase. Finalmente, en el instituto, empecé a fijarme en otras chicas hasta que mi enamoramiento infantil pasó a segundo lugar.

Y ahora descubría que ella era quien estaba enamorada de mí.

Bravo, Mason Carter. Te luciste.

Frené el coche frente a su casa y la miré. Tenía la vista clavada en su regazo, en la foto de aquel cumpleaños, la primera vez que nos disfrazamos de SuperKenzie y BatMason. Su cabello castaño ya no estaba recogido en dos coletas, ni tampoco en una goma como lo había llevado por la mañana. Después del mal rato que pasó llorando y desahogándose en mi habitación se lo había dejado suelto y le caía rozando sus hombros encorvados. Necesitaba contener las ganas de abrazarla como fuese.

—Llegamos —le avisé, aunque sabía que ya lo había notado.

Tardó unos segundos, pero cuando elevó el rostro hacia mí había una sonrisa en su rostro. No era como las de siempre, no llegaba a sus ojos ni le iluminaba el rostro. Estaba haciendo el esfuerzo para que no me preocupase, por ser educada, porque así era Mackenzie.

—Gracias de nuevo Mase —me dijo sacudiendo la foto delante de mi cara—. La enmarcaré en cuanto llegue.

Le sonreí de vuelta y asentí. Lo que necesitaba en esos momentos era descansar y tranquilizarse. Aguanté su mirada durante mucho tiempo hasta que ella tuvo que morderse el labio, como hacía siempre que algo le ponía nerviosa. En este caso yo. Y al igual que ocurrió horas antes en su habitación, mis ojos hicieron un camino silencioso hacia su boca.

¿Qué ocurriría si la besara? ¿Estropearía nuestra amistad? La estaba perdiendo. No era tan ciego como para no darme cuenta de cómo miraba a James... Tal como me miraba a mí antes, solo a mí. Pero tampoco podía decirle lo que sentía, no después de haberla rechazado, no

después de haberla gritado injustamente porque James la besara. No se lo merecía.

Era un maldito y jodido idiota andante.

Quería estar con ella cuando estaba feliz y seguir viendo esas sonrisas que no habían cambiado con el tiempo.

Quería estar con ella y consolarla cada vez que algo la entristeciera.

Quería saber quién la hacía llorar y partirle la cara al susodicho, aunque fuese yo mismo.

Quería tantas cosas que no podía ponerlo en palabras.

Pero, especialmente, la quería a ella. Porque si de algo estaba seguro, era de que yo también estaba enamorado de mi mejor amiga.

CAPITULO 39

POV JAMES

—¿Hola?

Me dejé caer sobre el marco de la puerta mirando extrañado a Kenzie. Acababa de llamar al timbre, a las siete de la tarde, llevando la misma expresión de cansancio que había lucido por la mañana. La única diferencia era su cabello suelto.

—No es que no me guste recibir visitas de chicas guapas en mi puerta, pero esto es, cuando menos, inesperado. ¿Qué haces aquí?

Sus mejillas se sonrosaron y eso me pareció encantador. Ella era una de esas chicas tímidas a las que es divertido molestar por sus reacciones. Aunque debía admitir, había tomado con mucho aplome todo el asunto de la lista. Incluso su personalidad huidiza había cambiado desde aquel día.

—No voy a poder ir a la cita del sábado. Me ha surgido algo.

Fruncí el ceño, enderezándome y mirándola con curiosidad. No fue su frase, sino la entonación que usó para decirla lo que me preocupó. No sonaban a buenas noticias.

—¿Estás bien?

Se encogió de hombros y escondió sus ojos de mí. Estaba a punto de mentirme con su respuesta.

—Sí, no es nada en realidad. Leslie y yo pasaremos el fin de semana con unos familiares, así que... Eso...

Unos familiares. Tenía una idea de quienes podían ser esos familiares. Nunca fuimos muy amigos, pero habíamos sido vecinos toda la vida. Estuve allí dos años atrás cuando su madre lanzó una maleta abierta llena de ropa al jardín desde la ventana del piso de arriba de su casa. Y también durante la semana siguiente, cuando regresaba tambaleándose por las noches y era Mackenzie quien la ayudaba a subir las escaleras.

—Avisaré a Jack, no te preocupes —Le sonreí llevando mi mano a su brazo y deslizándola por la línea de su codo. Eran inquietantes las ganas que tenía de estar tocándola todo el tiempo, y excepcional la fuerza de voluntad que me llevaba a no hacerlo—. ¿Segura que estás bien?

—Segura.

Su voz sonó firme pero fue interrumpida por un bostezo. Sus ojeras amoratadas adornaban la piel bajo sus ojos. Me sentía mal por verla así. Era mi culpa. Se había peleado con el idiota de Mason Carter porque yo la había besado. Y lo que era peor, fue premeditado.

Cuando Kenzie bajó del coche aquella noche apenas se fijó en la figura que estaba de pies esperando impaciente en su porche. Yo, por otro lado, si lo hice. Lo reconocí y tuve ganas de enseñarle mi dedo medio, pero en lugar de eso me decanté por ir más allá y besarla. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que había estado toda una semana deseándolo. Porque Kenzie me gustaba y yo le gustaba a ella. Y porque si Carter no terminaba de decidirse no iba a esperar más por llevar a cabo mi jugada. Yo también estaba interesado en ella y tenía que hacérselo saber.

Después los escuché discutir desde la ventana de mi casa. Con su reacción quedó más que confirmado que yo estaba en lo cierto acerca de los sentimientos de él.

—Te veo mañana, entonces —Me despedí, y antes de que la diese tiempo a apartarse bajé mi rostro al suyo para darle un beso en la mejilla.

Se vio sorprendida y complacida cuando me aparté.

Me gustó eso.

Me gustaba ella.

Me gustaba Mackenzie.

CAPITULO 40

Vayamos por puntos

El resto de la semana pasó más rápido de lo que hubiese deseado. Mason me recogía puntual por las mañanas en casa, me traía el desayuno e incluso se ofrecía a acercar a Leslie al colegio en caso de que ella madrugara. Nuestras comidas juntos volvieron a reaparecer, pero además acompañadas de la presencia de Alia y Melanie, quienes parecían estar más volcadas en el baile de fin de curso que en nuestros propios exámenes. Por una vez sentí lo que era tener amigas chicas y no saberlo solo por las películas. Era mejor de lo esperado, y Alia no hacía más que felicitarme por mi excelente redacción sobre la fiesta.

Por otro lado apenas vi a James. Coincidimos en la biblioteca, en las taquillas e inclusive una vez en el despacho de la directora.

Él estaba allí por haber cambiado el tono de sirena que sonaba entre clase y clase por una canción de un grupo de música rock. Yo iba a ver a Silvia en una de mis ahora obligatorias sesiones semanales con ella, sesiones a las que fui obligada a asistir tras todo el asunto de la lista. Por alguna extraña razón tenía la loca idea de que trataría de suicidarme o cometer alguna locura por aquel suceso traumático. Sí, traumático fue, pero no hasta tal punto. Era cierto que cambió mi vida, pero continuaba conservando a mi mejor amigo e inclusive gané nuevas amistades. No salió tan mal después de todo.

A quien no volví a ver fue a Eric. Corría el rumor de que había sido trasladado a un instituto en Tokio, pero eso debían ser las malas lenguas por su ascendencia japonesa. En mi opinión, simplemente desapareció y se lo tragó el mundo.

Tampoco pude librarme del todo de la cita grupal. Melanie no pensaba resignarse con facilidad y al final consiguió que todos accediésemos a quedar un día para salir, solo que en lugar de cita lo planteó como una quedada de amigos. La idea me pareció más agradable una vez que Alia, ella y yo congeniamos. Incluso estaban convenciéndome para ir al baile las tres juntas.

Pero todo eso no importó en el momento en el que mi padre apareció el viernes por la tarde en mi casa, conduciendo un monovolumen negro y con una petulante sonrisa en la cara. Hubo muchas razones por las que quise crear un muñeco vudú de él y clavarle alfileres envenenados. De hecho enumeraré las principales:

Punto número uno. Mi padre nunca tuvo un monovolumen. Él siempre condujo una moto.

Punto número dos. No merecía sonreír, no cuando Leslie y yo queríamos partirle la cara por lo que nos estaba haciendo.

Punto número tres. Quiso ser agradable con nosotras haciendo un par de bromas de mal gusto sobre nuestra altura y corte de pelo.

Punto número cuatro. Llevaba traje en lugar de cazadora de cuero. ¿Quién era ese extraño y que había hecho con el idiota de mi progenitor?

Punto número cinco. Pretendió comprar a Leslie con una caja llena de tabletas de chocolate de diferentes sabores.

Punto número seis. No hubo caja llena de tabletas de chocolate de diferentes sabores para mí.

Punto número siete. Aún no entendía que a mí no me gustaban los caramelos de limón.

Punto número ocho. En realidad me encantaban y lo odié por hacerme decir semejante barbaridad.

Punto número nueve. Mamá tuvo que despedirse de nosotras dentro de casa porque no quería verlo.

Punto número diez. Hizo que ella llorara. No ahora, sino hace tiempo atrás, y esas cosas no se olvidan.

Punto número once. Me hizo apagar el teléfono móvil durante todo el viaje para poder “mantener una conversación civilizada”. Sus palabras, no las mías.

Punto número doce. Realmente nos obligó a Leslie y a mí a hablar con él durante las dos largas horas de trayecto.

Punto número trece. A una hora sonó la canción que escuché aquel día con James y me hizo recordarlo.

Punto número catorce. Recordar a James me hizo acordarme de Mason y me puse más nostálgica.

Punto número quince. Me preguntó si tenía novio. Y cuando dije que no me preguntó si tenía novia.

Punto número dieciséis. Su novia Anna Banana y los *horrigemes* estaban esperándonos cuando llegamos a la casa.

Punto número diecisiete. Los *horrigemes* eran más altos que Leslie y no tardaron en apodarla como *Enanaa* los pocos minutos de llegar.

Punto número dieciocho. Acabé tan harta de él que consiguió que escriba esta estúpida lista por puntos.

Punto número diecinueve. Le odio.

Punto número veinte. Realmente le odio.

—... y dice que vamos a ir a cenar a un restaurante el sábado por la noche para celebrar mi cumpleaños. ¿No sabía que quería una fiesta con globos y muchas velas? Ya sé que ahora que tengo la regla soy mayor, ¡pero no puede quitarme mi infancia!

Sonreí con disimulo por el enfado de mi hermana. Estaba hablando con mamá por teléfono mientras yo terminaba de colocar las pocas cosas que nos habíamos traído con nosotras como equipaje. El teléfono móvil y su cargador ocupaban el primer lugar de mi lista.

Me acerqué a la ventana para observar las vistas de la habitación que Leslie y yo compartiríamos durante el fin de semana y, si las cosas salían mal, durante más tiempo. Nos encontrábamos en el quinto piso de un lujoso edificio en el centro de la ciudad. Desde mi posición podía ver los coches y taxis amarillos metidos dentro del abundante tráfico, las personas caminando con sus teléfonos pegados a la oreja, las poluciones de humo que contaminaban el cielo, pájaros arriesgando sus vida y volando cerca de mi ventana, el loco del edificio de enfrente paseando en calzoncillos rojos por su salón con un gorro de Papá Noel en la cabeza, más pájaros estre...

Un segundo.

Volví mis ojos al hombre que vivía en el bloque de apartamentos de enfrente y cuya sala de estar iluminada era perfectamente visible para mí ahora que sus ventanas estaban abiertas. Tendría unos cincuenta años, cabello negro largo poblado de canas y un montón de pelo en el pecho y piernas. Su único parecido con Papá Noel residía en el gorro de punta rojo con una bolita de algodón blanca en el extremo y en el color de su ropa interior.

Sin embargo lo que consiguió dejarme con la vista clavada en él no fue eso, ya que gente extraña había en todas partes, sino que más que caminando estaba bailando por la habitación, dando saltos de un sitio a otro, restregándose por el suelo y sacando la lengua mientras movía el culo.

Quería borrar esa imagen de mi cabeza pero mis ojos se negaban a moverse. Era tan perturbadora como atrapante.

—Va a tener que pagarnos más que un psicólogo solo por esto.

Pegué un bote al notar a Leslie a mi lado, con sus ojos también clavados en el edificio de enfrente. Extendió mi teléfono con la pantalla bloqueada hacia mí y cruzó los brazos sobre su pecho. En aquel momento el hombre estaba restregando el trasero contra la ventana como si

fuese una bailarina de stripper.

—Prométeme que al menos tú intentarás salvarte. Eres joven, aún puedes resetear tu memoria.

Papa Noel en versión porno se sacó el gorro de la cabeza y lo comenzó a usar a modo de micrófono, golpeándose la nariz con el algodoncillo blanco.

—Tarde, hermana —contestó ella con fingido pesar—. El daño ya ha sido hecho.

En ese momento el hombre se giró, metido en su papel de cantante con su rostro contorsionado en la más pura expresión de placer, y quedó cara a cara con nosotras. El tiempo pareció detenerse por un momento. Su expresión se volvió perpleja y su cuerpo adquirió una posición normal. Lentamente elevó un brazo y nos hizo un saludo silencioso con la mano. Se veía avergonzado. Mordiéndonos la lengua Leslie y yo hicimos lo mismo, completamente sincronizadas.

Finalmente, como si todo se tratase de una prueba perfectamente elaborada, asintió con la cabeza y comenzó a retirarse lentamente caminando hacia atrás sin dejar de mirar a nuestra ventana. Cuando la luz de su piso se apagó ambas rompimos en sonoras carcajadas. Reímos tan fuerte que acabamos dobladas por el estómago y tiradas en el suelo de madera de la habitación.

—Él tenía... Él estaba... Calzoncillos rojos... ¡No me lo puedo creer!

Leslie se retorció en el suelo apenas pudiendo pronunciar una frase coherentemente. Yo no estaba muy lejos en cuanto a ataque de risa se refiere. Había valido la pena ver aquello, aunque quedásemos traumatizadas de por vida.

Fue tal el escándalo que armamos que la puerta del cuarto se abrió de golpe. Anna Banana nos observaba con las cejas unidas por la confusión. Su cabello negro había sido recogido en una cola de caballo alta y había cambiado su ropa de casa por un par de pantalones ajustados y una camisa blanca que resaltaba el tono bronceado de su piel. Maldición. Era sexy para su edad.

—¿Ocurre algo? —Logró preguntar entre nuestros gritos de risa—. ¿Estáis bien, chicas?

Mi hermana y yo nos miramos durante un segundo y acto seguido volvimos a estallar en carcajadas. Lo sentía por ella, pero aquello era lo único divertido que habíamos vivido desde que llegamos con nuestro padre.

Anna esperó pacientemente hasta que dejamos de reír y pudimos tranquilizarnos para volver a hablar. Trataba de hacer todo lo posible porque estuviésemos cómodas y nos sintiésemos bienvenidas. Hubiese sido fácil quererla si mi padre no hubiese dejado a mi madre por ella.

—Vamos a salir en un rato fuera, a cenar, así aprovechamos y podemos enseñaros la ciudad. ¿Qué os parece, chicas?

Cenar con el proyecto de familia feliz que mi padre se había montado en la cabeza no era una idea realmente apetecible, pero ya que estaba allí, ¿qué menos que intentar divertirme?

Leslie me ayudó a maquillarme y a cambio yo le arreglé el cabello. Una de las cosas buenas de esta excursión era el poder pasar más horas juntas. En casa, entre las clases y nuestros amigos, apenas teníamos tiempo. Cuando salimos al salón media hora después estábamos perfectamente arregladas. Ella se había vestido con unos pantalones ajustados y unas botas de caña alta. Le presté mi jersey amarillo, que caía holgado y brillante dejando un hombro al aire. Con su pelo recogido en una trenza lateral y una bufanda a juego parecía más mayor de lo que en realidad era.

Por supuesto, eso no fue lo que los *horrigemes* dijeron al verla.

—¿Qué llevas puesto, *enana*, una piel de elefante? —preguntó uno de ellos.

—¿Has querido disfrazarte de mayor y no te salió bien? —inquirió el otro.

Quería meterles mi puño por la garganta a esos niñatos. Algún día Leslie sería una chica preciosa, alta, rubia e inteligente, y ellos solo querrían matarse por no haberse dado cuenta de eso antes.

Blake y Hunter, los macabros *horrígemesque*, por locas ideas del destino, parecían llevar camino de convertirse en nuestros hermanastros. Me costaba horrores diferenciarlos de lo idénticos que eran. Ambos ojos oscuros, mismo pelo castaño despeinado, iguales camisas a cuadros sobre camisetas blancas, exactamente la misma actitud petarda... Por otro lado Leslie no parecía tener complicaciones con ello.

Primero se dirigió al que la llamó enana.

—Copia barata número uno pretende que voy a responderle.

Luego se volvió hacia el otro.

—¿Y tú, eso es lo mejor que tienes, Hunter? ¿De verdad?

Ambos fruncieron el ceño ofendidos, justo al mismo tiempo, dispuestos a replicar e iniciar una pelea épica en la que no tendría ningún reparo en participar del lado de las chicas Sullivan, pero Anna Banana y mi padre hicieron acto de presencia en el salón dispuestos a apaciguar las cosas y la discusión no llegó a más. Una pena, necesitaba desquitarme con alguien y pegarle un par de bofetones a esos niñatos no parecía mala idea.

—¿Cómo consigues diferenciarlos? —le pregunté con curiosidad a Leslie mientras bajábamos las escaleras del portal—. Son exactamente iguales.

Los gemelos caminaban detrás de nosotras absortos en una conversación sobre videojuegos. Ella simplemente les echó una ojeada sobre sus hombros y torció el gesto en un ademán de restar importancia.

—Blake es copia barata número uno y Hunter copia barata número dos. En realidad no son tan parecidos.

Yo también me volví para mirarles y justo atrapé a uno de ellos mirándonos, no sabría decir a cual. Leslie se dio cuenta y me regañó, tomándome del brazo y obligándome a volver el rostro hacia adelante. Podía jurar que sus mejillas se habían teñido de rojo. La niña estaba loca, esos dos eran como gotas de agua.

La noche no fue tan mala como en un inicio pensé. Anna y mi padre nos llevaron a comer a un restaurante de comida rápida y pudimos atiborrarnos a hamburguesas de queso y pollo. Luego visitamos rincones conocidos y Les y yo gastamos la memoria de mi teléfono en fotos de nosotras mismas, bien haciendo el tonto, bien posando como modelos, bien haciendo un corte de mangas a los gemelos que trataban de bombardearnos con pipas, bien a Les vaciando el contenido de su batido de chocolate en la cabeza de uno de ellos...

A las doce en punto de la noche me levanté a oscuras de la cama para escurrirme dentro de la suya, despertándola con un sonoro beso en la mejilla y un abrazo de oso. Se quejó, pero no dejó de sonreír con los ojos cerrados mientras me acurrucaba a su lado bajo las sábanas y le cantaba cumpleaños feliz. Al fin y al cabo solo tenía una hermana pequeña, y debía cuidarla.

CAPITULO 41

Sorpresa

- No tienes que venir.
- Pero es tu cumpleaños.
- Y por eso lamentablemente estoy obligada a hacer acto de presencia. Tú no.
- Te aburrirás sin mí.
- Y tú te pondrás celosa por todos los regalos que me den.
- ¿Cómo soportaras a los *horrigemessin* mí?
- Por favor, Kenzie, me subestimas...
- Pero...
- Qué no. Es mi cumpleaños y te prohíbo venir a aburrirte. Hoy te quedas aquí *ysan se acabó*. Punto pelota. *C'est fini. Arrivederci*.
- Está bien, vale.
- Genial.

Con una conversación tan escueta y autoritaria como esa, Leslie me dejó plantada la tarde del sábado, el día de su cumpleaños, sin dejarme acompañarlos a la fiesta. Nuestro padre le había regalado un teléfono móvil y el aparato parecía darle la suficiente autoridad para mandar sobre mí. Ella tenía razón, lo último que quería era seguir con el juego de familia feliz y guardar la compostura frente a mi padre, Anna Banana y los *horrigemes*, pero se lo debía a ella. No lo entendía, tampoco los soportaba. ¿Qué bicho le había picado?

—¡Lista! —Le escuché gritar desde el salón.

—¿Y Kenzie? —preguntó Anna, siempre atenta a todo—. ¿No va a venir?

Me acerqué a la puerta para escuchar mejor, poniendo mi oreja contra la madera. ¿Qué excusa se inventaría mi hermana pequeña para salvarme de tal tortura?

—Se encuentra mal. Cosas de chicas, ya sabes.

Dios, ella tenía tan poco imaginación... Afortunadamente esa excusa tan trillada hizo su conocido efecto sobre los hombres, quienes no lo discutieron. Lo siguiente que escuché fue a uno de los gemelos metiéndose con Leslie y la forma en que su pelo se rizaba en las puntas. Mi sorpresa llegó cuando no fue ella quien le contestó, sino su propio hermano. O al menos me pienso que fue el otro. Sus voces eran tan parecidas que me costaba diferenciarlas.

—Cállate idiota.

—¿La estás defendiendo? —Su hermano no pudo ocultar el tono de decepción y asombro—. ¿A ella? ¿Eres gilipollas?

—Es su cumpleaños, imbécil. El verdadero gilipollas lo tengo delante.

De nuevo Anna y mi padre intervinieron previniendo que llegara a más. Yo, por mi parte, me quedé *alufliando*. Una mezcla entre alucinando y flipando. ¿Desde cuándo uno de los *horrigemes* defendía a mi hermana? Y lo más intrigante, ¿cuál de ellos era?

La casa quedó en completo silencio en el momento en que la puerta se cerró, dejándome sola en la habitación. Por primera vez desde que llegué allí, me sentí totalmente libre.

Era una adolescente de diecisiete años con una casa entera sola para mí por lo que probablemente iban a ser largas horas. Era mi momento para hacer lo que me diese la real gana, volverme loca, armar jaleo, lograr que la policía llamase al timbre... ¡Fiesta, fiesta!

Pero cuando media hora más tarde el timbre sonó no fue para que bajase la música o escondiese las botellas de alcohol. Lo único que logró fue que la cuchara con helado de limón que se dirigía a mi boca temblase en mis manos y se estrellase contra la bonita alfombra que adornaba el salón de mi padre y Anna Banana. Miré el estropicio pensando en no contestar al

timbre, pero este insistió de nuevo. Y de nuevo. Y de nuevo.

Bien, tendría que levantarme.

Silencié el televisor y llevé la comida a la cocina antes de ir a la puerta que no dejaba de sonar, molestándome. De camino pasé por un espejo de cuerpo completo que adornaba la pared del pasillo. Me distraje momentáneamente viéndome en él. Llevaba puesto un jersey rojo amplio con el emblema de una universidad, el cabello suelto y enredado en rizos indefinidos, unos calcetines gordos que me llegaban hasta las rodillas y los pantalones de pijama de Les.

Todo esto era una mezcla de aburrimiento, estilos y los *horrigemes* llenando de pastel de cumpleaños los bolsillos de mi propio pijama.

El timbre incesante estaba taladrando mi cabeza de lado a lado y tenía la sensación de que abrir la puerta era un requisito indispensable para que parase de sonar. Bien, el vecino molesto que tanto reclamaba mi atención se llevaría una grata sorpresa cuando una medio desnuda y molesta Mackenzie Sullivan abriese la puerta.

Un pensamiento aterrador pasó por mi cabeza mientras giraba el pomo. ¿Y si se trataba del Papa Noel pornográfico? Yo solo era una chica de diecisiete años que se había quedado en casa. ¿Cómo podría defenderme? Pero el daño ya estaba hecho y la puerta se estaba abriendo muy lentamente, hasta finalmente solo dejar un espacio vacío de aire entre el desconocido y yo.

Que resultó no ser un desconocido.

Mi corazón se paró en mitad de un latido, literalmente, cuando lo vi parado delante de mí. Estaba apoyado contra la pared en una pose desafiante. Mis ojos vagaron desde sus manos escondidas en los bolsillos de la cazadora de cuero marrón hasta sus piernas cruzadas una frente a la otra.

Imposible.

—¿Qué haces tú aquí? —Logré preguntar consternada.

Él sonrió y mi estúpido e idiota corazón volvió a pararse con un pinchazo de dolor, pero era dolor del bueno. Sus ojos hicieron lo mismo que los míos, bajando lentamente desde mi jersey rojo hasta mis calcetines a juego, parándose excesivamente en mis piernas desnudas. Y no me importó. Cuando regresaron de vuelta a mí yo también estaba sonriendo.

Su respuesta consiguió que mi respiración también se parase.

—Te echaba de menos.

CAPITULO 42

Tu Plan

Seguía quieta en la entrada, observando estupefacta al chico que tenía frente a mí. Mis ojos me estaban traicionando, eso era lo que pasaba. Simplemente no podía ser cierto. Simplemente era imposible. Simplemente...

Simplemente Mason estaba parado frente a la puerta del piso de mi padre.

Y de Anna Banana, claro.

Él era consciente de la sorpresa que había causado en mí, sorpresa que me impedía hablar, moverme e incluso respirar, manteniéndome petrificada en una posición que solo me permitía mirarle desconcertada. Se apartó de la pared dando un paso hacia mí sin perder su sonrisa.

—Vamos, Kenzie... ¿Ese es el recibimiento que pretendes darme? ¿Ni siquiera me vas a invitar a entrar?

Como un soldado que recibe una orden me aparté de la puerta para dejarle pasar, casi rezando porque mis piernas respondieran. Él traspasó el umbral y entró dentro del piso, llenando el silencio con las pisadas de sus fuertes botas. Inspeccionó con curiosidad la entrada y todo lo que desde allí se podía apreciar mientras yo no dejaba de mirarlo. ¿Qué demonios hacía en Washington?

—Mason...

Pronuncié su nombre más para asegurarme a mí misma que aquello no era ninguna alucinación y que de verdad se encontraba a mi lado. Dejó de investigar las paredes para volverse hacia mí.

—Dime.

Dios Santo. Realmente estaba aquí.

—Me preguntaba... ¿Cómo supiste dónde estaba? Quiero decir, no te dije la dirección del piso.

La sonrisa creció en sus labios.

—Leslie me llamó. ¿Así que teléfono móvil por su cumpleaños? ¿Y qué opina tu madre de eso?

Según yo, iba a ser confiscado nada más pusiera un pie en casa, pero esa era una discusión que no me incumbía. ¿Leslie, mi inocente hermana pequeña, me había tendido una emboscada? Ahora lo entendía todo. No quería que me quedara sola en casa disfrutando de una noche libre en lugar de aguantar a los *horrígenes*, Anna Banana y a papá. Ella sabía que Mason vendría y quería que estuviera con él.

Y él accedió a venir.

Pero... ¿Por qué?

—Tengo hambre y tú llevas puesta ropa de estar pegándote un atracón. ¿Hay helado por algún lado?

Me conocía demasiado bien...

—De limón. Lo acabo de guardar en el congelador.

Alzó una ceja de ese modo que solo él sabe hacer y los hoyuelos aparecieron en sus mejillas.

—Hora de sacar el helado del congelado.

Mi cuerpo vibró cuando la risa me sacudió. Mason y su raro sentido del humor.

—¿Sabes que eso es muy malo, verdad? —Pregunté adelantándome a él y caminando hacia la cocina para rescatar los restos del dulce.

—Es parte de mi encanto.

No pude negárselo.

Saqué el helado del frigorífico y rebusqué dos cucharas limpias en el cajón de los cubiertos, todo bajo la atenta mirada de Mason sobre mí. Me sentía extraña teniéndolo allí, en casa de mi padre, los dos solos. Ni siquiera podía terminar de hacerme a la idea. Había venido, dos horas

de trayecto conduciendo, y todo para verme. En un sábado por la noche, cuando podía haber salido, ver un maratón de *Star Wars* buscar nuevas películas independientes que luego me obligaría a ver con él.

¿Por qué estaba aquí?

Mi cabeza trabajaba en una mezcla de emoción, alegría, sorpresa y confusión. Él era mi mejor amigo. Me quería y se preocupaba por mí, pero eso no explicaba por qué se había tomado la molestia de desperdiciar la noche de un sábado conduciendo durante tantas horas hasta aquí, solo para verme. Aunque estuviese preocupado, aunque me echase de menos como había dicho. Existían las llamadas telefónicas y los mensajes.

Por todo lo más sagrado, los amigos no hacían eso. Los amigos no se tomaban molestias tan exageradas.

Pero de nuevo, los amigos no gritaban a sus amigos por haberse besado con otro chico. Los amigos tampoco te pedían disculpas susurrando palabras en tu oído. Los amigos no te acariciaban el cabello, ni te tomaban de la cintura, ni miraban tus labios o te dejaban hacerlo a ti.

Solo una respuesta, naufraga, solitaria, pero cargada con todas las fuerzas y razones del mundo, saltaba a la superficie en mi océano de pensamientos. Con dureza, inquebrantable. Y quería esa respuesta, pero sentía que solo serviría para complicarlo más.

Estaba colocando el helado sobre una bandeja sobre la encimera, con mi cabeza perdida en todos esos pensamientos, cuando sentí la cercanía de su cuerpo detrás del mío. La piel de mi nuca hormigueó con calor recordando el momento en su habitación y cómo me había entregado la fotografía.

—No vine aquí para comer helado, Mackenzie —susurró, acariciándome la mandíbula con su aliento—. Necesito decirte algo, algo que debí haberte dicho hace mucho tiempo.

El nerviosismo llegó a mis manos, provocando que las cucharas que sostenía cayeran con un fuerte ruido a la bandeja. Mi corazón latía acelerado por la premeditación. Una parte de mí sabía lo que iba a pasar, y otra se debatía entre el deseo de escucharlo o la necesidad de pararlo.

—Kenzie, mírame...

Su mano tomó la mía y tiró de ella obligándome a girar, despacio, sin forzar. Cuando quedé finalmente frente a él sus ojos estaban puestos en los míos. Me asustó la decisión que pude ver en ellos.

Me asustó tanto que por un momento deseé que no lo dijera.

—Mason...

—No —me interrumpió, soltando mi mano y agachando el rostro para observarme más de cerca—. Sabes lo que voy a decirte y necesito que lo escuches porque ya no puedo más.

Asentí. Era horrible y masoquista la forma en la que anhelaba escuchar sus palabras y al mismo tiempo quería meterle un calcetín en la boca. Todo este tiempo, en realidad, lo había sabido. Interiormente había creído a James cuando me habló de sus sospechas, había peleado contra mí misma tratando de cancelar esa clase de pensamientos, pero no funcionó. Porque lo sabía. Lo conocía y lo sabía.

James tenía razón. Si no podía llegar a más con él era por Mason. Porque sabía lo que estaba a punto de decirme y eso me retenía a olvidarme de él.

Su mano rozó mi mejilla con suavidad, una caricia íntima que mandó escalofríos a mis piernas y me obligó a sujetarme a la encimera. Sus dedos se deslizaron en un delicado paseo desde mi pómulo hasta mi barbilla, perdiéndose en la curvatura del cuello y cayendo al aire al apartarse de mí.

Nuestros ojos estaban conectados cuando él habló.

—Estoy enamorado de ti, Mackenzie.

Y ahí estaban. Esas palabras. Esas hermosas y malditas palabras que había soñado tantas veces escuchar. Mis ojos se humedecieron y perdí la noción de respirar. Sentí mi estómago encogiéndose y unas molestas ganas de vomitar. Era cierto, lo complicaba. Esto hacía las cosas más difíciles, pero no podía luchar contra la creciente masa de energía que comenzaba a crecer dentro de mí y hacerse más grande por cada segundo que pasaba. Emoción.

Quería gritar, saltar, encogerme en una bola y rodar por el suelo. Demasiadas emociones gigantes dentro de un cuerpo tan pequeño.

Él se inclinó sobre mí en un claro gesto de atracción. Apenas era capaz de pestañear.

—En realidad creo que siempre lo he estado.

Tomé la suficiente fuerza de voluntad para recuperar mi aliento y llenar mis pulmones de aire antes de preguntar:

—No lo entiendo. ¿Por qué no dijiste nada antes?

—Porque eres mi mejor amiga y no quería perderte.

Lo entendía. Ese mismo problema tenía yo. Lo entendía pero no podía apartar de mi cabeza la idea de que todo se había complicado.

—Vale, tú también eres mi mejor amigo y tampoco quería perderte.

Las palabras que podían haber seguido a esa frase quedaron colgadas en el aire, pero era capaz de escucharlas resonar perfectamente en mis oídos. Mason también se percató de ello. La misma idea estaba pasando por nuestra cabeza.

Me lanzó una sonrisa triste que logró hundir mi pecho.

—Al final James lo consiguió. Tendría que haber hecho lo mismo que él.

Ahora sí que estaba perdida.

—¿Convertirte en mi plan A?

Negó y su cuerpo se acercó aún más al mío.

—No, Kenzie. Yo no quiero ser tu Plan A.

Todo se calentó dentro de mí cuando su cintura chocó contra la parte baja de mi estómago haciendo que mi espalda golpeará la encimera, apresándome tan cerca de él que daba miedo. Sus ojos atraparon los míos, dejándome fascinada por la intensidad de su mirada.

—Yo quiero ser tu único plan.

CAPITULO 43

No es justo

No podía respirar. Literalmente no podía respirar, ni moverme, ni apartar la mirada de otra cosa que no fuesen los ojos de Mason sobre los míos, clavados con fuerza y seguridad. Traté de mover los labios y hablar pero ningún sonido salió de ellos. Petrificada, congelada y atrapada en el momento en el que las palabras *único plan* fueron liberadas de su boca, así me encontraba yo.

Había deseado escuchar eso por tanto tiempo... No exactamente esa frase, pero sí lo que venía a significar, sí lo que me había dicho primero. Que estaba enamorado de mí.

Y si hubiese sido un mes antes, incluso hace dos semanas, todo hubiese sido perfecto. Sin embargo ahora... No era que James lo consiguiese, como dijo él, sino que James... Era difícil de explicar. Él se portó bien conmigo en todo momento desde que salió el asunto de la lista, a pesar de mis malas palabras hacia él. Me apoyó, me ayudó y, en algún momento en nuestro juego de enemistad, consiguió despertar sentimientos dentro de mí.

Necesitaba salir de esa situación. La tensión y la emoción crecían en mí a partes iguales, sabiendo que Mason esperaba una respuesta a su declaración. Pero no podía. ¿Qué le iba a decir? En su lugar me aventuré a cambiar de tema.

Me moví hacia un lado saliendo de la cárcel de su cuerpo y buscando mi propia burbuja de libertad personal. Apenas le miré antes de preguntar.

—¿A qué te referías con haber hecho lo mismo que él?

Su respuesta consiguió el efecto contrario a lo que yo quería.

—A besarte, Mackenzie. Tendría que haberte besado como hizo él.

Los escalofríos me recorrieron de arriba abajo. Mis ojos volvieron a trabarse en los suyos y millones de sentimientos pasaron de uno a otro, enlazados en una corriente de electricidad que hacía doler mi pecho.

No, no, no. No podía decirme esto, no ahora, no así, no cuando James...

—No puedes llegar ahora y decirme que te gusto, Mason —Negué rehuendo su mirada de nuevo y cerrando los ojos—. No es justo.

Él dio un paso hacia mí, acercándose. Hice lo mismo hacia atrás, saliendo de la cocina al pasillo.

—¿Por James, verdad? Lo siento Mackenzie, pero no podía aguantarlo más. Te quiero.

Llevé las manos a mi cabello y las enterré en él dando tirones de rabia. Cualquiera que haya tenido alguna emoción intensa en algún momento de su vida puede saber que a veces estas nos juegan una mala pasada y pueden cambiar a otra diferente, pero siempre en el mismo estado de intensidad. En mi caso de la alegría inmensa y confusión a una rabia que me quemaba por dentro.

—¡No! Cállate, ¿vale? ¡No lo digas! ¡No quiero escucharlo!

Negándome a escucharlo y tapándome los oídos con las manos estaba comportándome de una forma muy infantil, pero no me importaba. No tenía que fingir ser la persona adulta y madura, que en realidad no era, delante de Mason. Me estaba volviendo loca y necesitaba hacérselo saber.

Sin embargo yo no era la única que estaba comenzando con su propio ataque de rabia. La mandíbula de Mason estaba apretada con fuerza cuando me tomó de las muñecas y apartó las manos de mis oídos, obligándome a mirarle de nuevo.

—¡Mierda, Kenzie! Joder, lo siento, pero es la verdad. ¡Te quiero! Te quiero como más que a una amiga. Te quiero como te quise el primer día que te vi. Te quiero tanto que me duele.

Mis ojos picaron en exceso. Sentí las lágrimas hacer más que arremolinarse en ellos,

deslizándose a través de mis pestañas y perdiéndose en la piel de mis mejillas. Mason maldijo.

—No es justo —susurré sin poder contener un sollozo.

Sus manos soltaron las mías y se retiró un paso hacia atrás. Sin embargo todo eso estaba muy lejos de acabar.

—¿Sabes lo que no es justo? —preguntó de pronto, con sus puños apretados en un esfuerzo de contenerse a sí mismo—. ¡Darte cuenta demasiado tarde de que estás enamorado de tu mejor amiga!

Tomé una profunda respiración. Esto se estaba poniendo feo. Pero él aún tenía más que decir.

—¿Sabes qué más no es justo? Tener que aguantar cómo ella de pronto parece que solo tiene ojos para el payaso de su vecino...

—Mason, eso no es...

—¿Sabes qué otra cosa tampoco es justa? Tener que contener las ganas de besarla porque eso rompería vuestra amistad.

Había estado subiendo el tono de voz cada vez más alto a medida que las preguntas salían de su boca. Se quedó quieto respirando agitado delante de mí, mirándome con esa maldita y caliente intensidad en sus ojos dorados, esa que hacía a mi cuerpo pedir a gritos el lanzarse a sus brazos. Mi cerebro era el combatiente rebelde en ese juego, ya que mi corazón estaba a favor del contacto físico.

Tuvieron que pasar minutos, mirándonos en el oscuro y solitario pasillo de la casa, hasta que ambos llegamos a un punto clave en la discusión. Me atreví a ser quien terminara con ese silencio.

—Sabes que nada rompería nuestra amistad.

Alzó las cejas en mi dirección con incredulidad.

—¿Estás segura?

—No podría vivir sin ti. Por supuesto que lo estoy.

Algo extraño relampagueó en su mirada. Cuando lo comprendí fue demasiado tarde.

—Bien, entonces más nos vale recordarlo...

Y acto seguido mi espalda fue estampada contra la pared al tiempo que las manos de Mason atrapaban mi cintura y su cuerpo se juntaba al mío.

Giré el rostro en el momento justo en el que sus labios iban a parar a los míos. Cuando volví a mirarlo su rostro seguía cerca, tan cerca que nuestras narices podían tocarse. Tragué saliva y una mirada furtiva se escapó hacia sus labios.

—No debemos... Esto se está volviendo muy complicado.

La punta de su nariz rozó la mía antes de contestarme.

—Bien, entonces no pasará nada por complicarlo todo un poco más.

Y en ese momento me besó.

CAPITULO 44

Lo superaremos

Me besó despacio, saboreando cada parte del momento y de mi piel como si fuera el instante más valioso, como si cada movimiento mereciese ser grabado y guardado bajo llave en las profundidades de sus recuerdos, de su pensamiento, de su ser.

Una mano descansaba sobre mi mejilla, acariciando con su pulgar la base de mi mandíbula en pequeños círculos que mandaban corrientes de electricidad a mi corazón. La otra sujetaba con firmeza mi cintura, acercándome más a él. Su respiración se mezclaba con la mía, lenta y pesada. Sus labios escribían sobre los míos, rozándolos con una dulzura que solo en mis sueños más románticos había deseado conseguir.

Tomé entre mis dedos su camisa, estrujando la tela y tirando de ella. Mi pecho rugía por dentro y mi cabeza bailaba drogada. Aquello estaba sucediendo de verdad. Mason me estaba besando. Y no había ninguna razón en el mundo por la que yo fuese a apartarlo. ¿Por qué quise impedir esto en primer lugar, cuando estaba tan claro que lo deseaba? Quizás era por ese extraño y feo sentimiento que me decía que estaba haciendo algo malo, algo que no debía, algo complicado... James.

Rompí el beso en un instante de lucidez, empujándolo con las mismas manos que agarraban su camiseta. Sin embargo, por alguna extraña razón, éstas no fueron capaces de desenredarse de ella. Y por alguna otra extraña razón, él tampoco fue capaz de alejarse de mí. Mis codos se doblaron cediendo y su cuerpo quedó junto al mío. Nuestras frentes se tocaron, apoyándose la una en la otra.

—No puedo —susurré, sintiéndolo por dentro y haciendo resurgir mis lágrimas—. Tienes razón con James.

Sus ojos se cerraron con dolor, pero igualmente siguió pegado a mí. Incluso la pared detrás de mi espalda se sentía caliente.

—Me gusta James —confesé manteniendo mi tono apenas audible, vaciando lágrimas por lo duro que me estaba resultando decir aquello—. No puedo hacerlos esto, a ninguno. No puedo estar con uno si voy a pensar en el otro.

Tampoco podía hacerles esperar por mí, ni esconderles la situación porque sería injusto, pero eso no se lo dije.

Aparté mi frente de la suya y nuestras miradas se encontraron. No me reprochó nada, ni siquiera me miró con enfado. En su lugar llevó una mano de vuelta a mi rostro y con suma delicadeza pasó su dedo pulgar a lo largo de él, llevándose consigo todo rastro de humedad, borrando mi llanto.

No apartó la mano cuando todas las lágrimas hubieron desaparecido. En vez de eso llevó la otra a mi mejilla izquierda, tomando mi cara entre ellas. Después de todo lo que había pasado seguía conservando la intensidad de su mirada y la suavidad de sus gestos.

—Lo superaremos, ¿de acuerdo?

Tomé una bocanada de aire al escuchar esas palabras. Él me dejó libre y se apartó de mí mientras yo seguía perdida en ellas. Podría ser una frase plana, pero para mí había más significado del que aparentaba. Estaba diciéndome que no me presionaría. Aún más. Estaba cumpliendo su parte del trato de seguir siendo amigos pasase lo que pasase.

Todavía más.

Estaba admitiendo indirectamente que olvidaría lo que había pasado. Que lucharía por esos sentimientos para poder volver a ser amigos de nuevo. Que se olvidaría de mí.

Y de algún modo eso me dolió.

Llamadme loca. Llamadme indecisa. Llamadme idiota. Me daba igual. Todo me dio igual en el momento en el que mandé al mundo al carajo y atrapé la muñeca de Mason antes de que me diese la espalda, tirara de él hacia mí y envolviese mis brazos alrededor de su cuello al tiempo que llevaba mis labios a los suyos, besándolo con un entusiasmo totalmente diferente y mayor al que él uso tiempo antes.

Los segundos en los que él tardó en reaccionar no fueron perdidos. Mi boca aprisionó la suya con euforia, negándose a soltarle y mis uñas se clavaron sobre su piel por encima de su camiseta.

Gemí involuntariamente cuando el beso me fue devuelto. Mi respiración se aceleró cuando sus manos se clavaron de nuevo en mi cintura, con fuerza. La sangre comenzó a bombear a contrarreloj cuando todo se profundizó.

Nuestras bocas estaban enzarzadas en una lucha encarnizada y desesperada.

No quería pensar. No quería llorar. Solo quería sentir, tomarme un momento de respiro y ser feliz. Permitir a mi corazón explotar dentro del pecho por algo que podía causarme tanta felicidad como el amor.

Los besos siguieron y mentiría si negase que todo se caldeó. Hubo manos recorriendo cuerpos, mis dedos pasando por lugares más allá de la zona de amigos, cabello revuelto y tirones innecesarios llevados por la pasión. Aún conservaba mi jersey cuando Mason me cogió en brazos y pasé las piernas alrededor de su cintura, todo ello sin que nuestros labios dejaran de tocarse.

En el momento en el que cruzamos el umbral de mi habitación, con su cuerpo como único pilar de apoyo para los dos, el jersey había salido de mi cuerpo y dejado de lado en un rincón del suelo.

La puerta se cerró de un solo golpe, apenas importunándonos. Nos balanceamos en un camino de besos y respiraciones incontroladas a través de la habitación hasta llegar a la altura de la cama. Mi espalda fue lo primero en tomar contacto con la colcha. Su cuerpo sobre el mío vino después.

Asfixiada por su peso sobre mí, mis respiraciones se habían vuelto jadeosas y costosas. Sabía que debíamos parar, que había que poner freno a eso que estábamos haciendo, pero también había algo inexplicablemente atrayente en ello. Quizás fueran sus manos recorriendo mis piernas desnudas, acercándose más a él con cada caricia. O tal vez fuesen mis dedos clavándose en su espalda y tirando más cerca. O a lo mejor se trataba de su boca devorando la mía. No, probablemente era la mía devorando la suya.

El asunto se definía en que éramos incapaces de parar, y aunque eso me asustaba tampoco me importaba. Apenas separamos nuestras bocas el tiempo suficiente para sacar la camiseta de Mason por la cabeza y volver al ataque. Nuestro pulso estaba acelerado y respirábamos como si hubiésemos corrido una maratón.

Ahora entendía por qué el sexo quemaba tantas calorías.

Con su mano agarrando el dobladillo de mi camiseta de tirantes estaba a punto de deshacerme de ella cuando un ruido estruendoso se llevó consigo todo el ambiente. Mi teléfono móvil, vibrando y sonando desde el pequeño bolsillo del pantalón corto que llevaba puesto.

—No lo cojas —susurró Mason contra mis labios, pero yo no podía hacer eso.

Una vez que mi estado de incoherencia fue roto y me di cuenta de lo que acababa de hacer no pude sino quitarlo de encima de mí. Él lo aceptó y rodó hacia el otro lado de la cama, casi cayendo al suelo. Tomé el aparato y lo acerqué a mi oreja. Jadeante, molesta por la interrupción y extasiada, no pude más que gritar hacia el otro lado de la línea.

—¿Qué?

Alguien se rio y todo se detuvo a mi alrededor.

—Vaya, tú sí que sabes cómo contestar a una llamada, nena.

James.

CAPITULO 45

La ley de Murphy en todo su esplendor

Tardé mucho tiempo en contestar. No, de hecho no contesté. La risa al otro lado de la línea se cortó instantáneamente.

—¿Kenzie? ¿Estás bien?

Me incorporé sentándome. Mordí el labio y miré a Mason, quien tenía sus ojos puestos en mí. Todo rastro de la pasión había desaparecido en su mirada, de repente seria y clavada en mí. Recé porque no pudiera escuchar la voz de James saliendo del auricular del teléfono, pero de algún modo entendía que él ya sabía quién era.

El karma me odiaba.

—¿Hola? —Volvió a repetir James al otro lado del teléfono.

No podía dejarlo en espera por toda la eternidad.

—Hola.

Yo era la reina de la elocuencia. Por supuesto, James continuó notando que algo iba mal. Ni siquiera necesitaba estar presente para darse cuenta. Mason tampoco no se quedaba atrás. Su ceño ahora estaba fruncido con una marcada arruga.

—¿Estás bien? —repitió desde el otro lado de la línea con tono preocupado—. Te noto extraña.

Tragué saliva. Quería salir de la habitación o, como mínimo, echar a Mason, quien aún seguía sin camiseta. Pero no podía hacer ninguna de las dos cosas sin resultar sospechosa.

—Perfectamente —mentí, incluso formé una sonrisa retorcida en mis labios.

—Mentirosa... Apostaría a que estás forzando una sonrisa y sabes que lo odio, así que deja de hacerlo ahora mismo.

Mis labios perdieron fuerza y volvieron a su posición relajada y decaída. James era extraño. Me conocía bien a pesar de que nunca habíamos sido realmente amigos. Se había fijado en mí durante los últimos días, conociéndome. En cambio yo no había hecho el mismo esfuerzo. Todavía quedaban secretos que desconocía de él, y no arreglaba las cosas que me besuqueara con Mason.

—¿Sabes cómo me he dado cuenta? —preguntó James, sacándome de mi lapsus mental.

—No tengo ni la menor idea.

De nuevo su risa volvió a mis oídos y me encontré a mí misma sonriendo sin quererlo. Mason se removió a mi lado, levantándose de la cama y comenzando a pasearse por la habitación, esencialmente para colocarse de nuevo su camiseta.

—Porque no me has insultado por llamarte nena. A estas alturas ya hubiese recibido como mínimo una amenaza.

Mis labios tiraron por la sonrisa que adornó mi rostro. Tenía razón. Diablos, tenía razón en todo.

—No te pases. Solo te hubiese deseado la muerte. Y gonorrea.

Las carcajadas al otro lado de la línea no se hicieron esperar. Mi mente alocada se imaginó a James doblándose de la risa, sentado en su cama, con sus ojos verdes cerrados y su nariz arrugada. Todo eso después de haberme besado con Mason. Incluso de casi haber hecho más que besarnos. ¿Qué estaba mal conmigo?

James volvió a hablar cuando las risas pararon.

—En el último caso lo pasarías tú peor que yo, nena. ¿Cómo podrías tener tu ración de James si me contagiara de una ETS?

Mis mejillas se sonrojaron y traté como pude de ignorarlo.

—Si vuelves a llamarme nena... —Comencé a decir pero no sabía realmente cómo terminar la

frase.

—Esa es la Kenzie que esperaba que respondiera a mi llamada. Pero por favor, gonorrea no. Traté de sofocar la risa con la mano pero me fue imposible. Mason me lanzó una mirada llena de lo que pude distinguir como enfado y luego se volvió hacia la ventana, dándome la espalda. Ahora estaba más que segura de que sabía que estaba hablando con James.

—Oye, ha sido muy amable por tu parte llamarme, pero ahora mismo no puedo hablar...

—Está bien, puedo ser paciente si hace falta. Ya te secuestraré mañana cuando vuelvas.

¿Secuestrarme? ¿Por qué mis mejillas estaban volviendo a sonrosarse? Lancé una mirada fugaz a Mason. Seguía de espaldas a mí, mirando por la ventana.

—Ya veremos.

—Por supuesto que lo haremos, nena.

Oh, señor. Él quería volverme roja como un tomate.

—Hasta mañana entonces.

—¿Es eso un sí?

Medio suspiré, medio reí. Nunca se daba por vencido.

—*Bye, bye...*

Llevé el pulgar a la tecla de colgar. Antes de que la llamada se cortase tuve tiempo de escuchar una frase final.

—Buenas noches, Mackenzie.

Sentí la piel de mi nuca ponerse de gallina. ¿Era normal que mi nombre sonase tan bien pronunciado por él?

Dejé el teléfono en la cama y comencé a acercarme a Mason. Ese era el momento en el que una de las peores conversaciones de mi vida empezaría. Justo después de una intensa sesión de besos. Justo después de fastidiar nuestra amistad. Y todo por mi culpa.

Me coloqué detrás de él, buscando sus ojos en el reflejo del cristal. Fuera estaba oscuro y la luz se encontraba encendida dentro de la habitación por lo que el cuarto se reflejaba perfectamente, pero sus ojos rehuían los míos incluso a través del reflejo. Esto no comenzaba bien.

Por pura inercia me fijé en dónde estaba mirando él. No me sorprendió descubrir al señor que el día anterior Leslie y yo habíamos visto disfrazado de Papá Noel. Ahora llevaba una peluca tipo Elvis y una chaqueta de vestir blanca mientras cantaba con un micrófono delante del televisor. Ese hombre estaba muy mal.

—Tienes unos vecinos un tanto extraños —declaró Mason de repente, sobresaltándome.

No me esperaba que fuese a hablarme. Tuve que aclarar la garganta antes de contestar.

—No lo viste ayer. Era aún peor, bailando medio desnudo con un gorro rojo de Pa...

—Era James, ¿verdad? —Me interrumpió bruscamente sin apartar los ojos del hombre.

Pensé en mentirle, pero no tendría sentido. Él era mi mejor amigo, o al menos esperaba que pudiésemos continuar siendo algo después de lo que había pasado. Mi silencio fue tomado como una afirmación.

—Soy un completo idiota.

Tres frases seguidas en las que conseguía sorprenderme. Aquello debía de ser un récord.

—No, la idiota en tal caso soy yo.

Entonces giró quedando cara a cara conmigo. Di un paso hacia atrás pero él no me lo permitió, tomando mi mano y obligándome a acercarme de nuevo. Sus ojos continuaban resplandeciendo con enfado, pero la tristeza se abría cada vez más paso en ellos.

—¿Por qué? ¿Por dejarme besarte?

Apreté los labios. No era del todo cierto.

—Bueno, técnicamente yo te besé a ti.

Dios, ¿sonaba tan extraño decir aquello cómo me lo estaba pareciendo a mí? Una de las

comisuras de sus labios se alzó en una sonrisa dulce, revelando uno de sus hoyuelos que tanto me gustaban.

—Hazme un favor, recuerda eso en el futuro, ¿vale?

—Mason, ¿qué...?

De nuevo fui interrumpida. Alzó los dedos corazón e índice y los colocó sobre mis labios, sellándolos. Cuando tuvo claro que estaría callada habló.

—Soy idiota, Kenzie, porque no me di cuenta de cuán enamorada estás enamorada de James. Fui idiota por haber tardado tanto tiempo en darme cuenta de que yo lo estaba de ti. Continué siendo idiota pensando en que podría seguir teniendo una oportunidad y presentándome aquí de improviso. Y desde luego sobrepasé cualquier nivel de idiotez besándote cuando claramente estás confundida porque tú, repito, quieres a James.

Eso no tenía sentido. Yo no quería a James. Me gustaba, puede que me preocupara por él, pero, ¿quererle?

—A ti también...

Parecía que Mason dominaba a la perfección el arte de interrumpir porque volvió a hacerlo.

—Sí, lo sé. También me quieres a mí. Solo... No lo digas, ¿vale?

Sonó muy triste y desgarrador. Yo tenía la culpa. Quería matarme a mí misma en aquel momento.

—Mason...

—No lo digas, Mackenzie. No lo digas porque duele, ¿de acuerdo?

Si tan solo tuviera un cuchillo a mano... ¿A quién quería engañar? No haría nada, era demasiado cobarde. Disfrutaba de vivir, los pensamientos suicidas por el momento quedaban solo para mis fantasías. Sin embargo haber hecho daño a mi mejor amigo sería algo que jamás me perdonaría.

Mason retiró su mano de la mía, la cual había estado agarrando durante toda la conversación, y apartó la mirada de vuelta a la ventana. El señor seguía cantando delante del televisor. Había comenzado a bailar.

—Es mejor que hagamos como que aquí no pasó nada.

Mi pecho dolió. ¿Podía el día torcerse más?

Ese fue el momento en el que la ley de Murphy actuó en todo su esplendor y pude escuchar perfectamente a mi padre, Leslie, Anna Banana y los *horriges* entrando en casa. Con Mason aún en mi habitación.

Me quedé en shock sin saber qué hacer. Necesitaba esconderlo. Donde fuese. ¿Debajo de la cama? ¿Dentro del armario? ¿En una maleta? ¿Bajo la pila de ropa? ¿Por la ventana?

Tarde.

La puerta del cuarto se abrió antes de que pudiese comenzar a empujarlo.

CAPITULO 46

Misión suicida

Leslie se quedó quieta con el pomo de la puerta en la mano y la boca abierta como si estuviese a punto de hablar, pero no dijo nada. En su lugar paseó sus ojos azules de Mason, quien continuaba en medio de la habitación, hacia mí. De nuevo volvió a Mason y finalmente a mí.

—¿Por qué él sigue aún aquí?

Fui a contestar pero entonces escuchamos unos pasos caminando por el pasillo, directos al cuarto. Leslie cerró la puerta y se coló dentro de la habitación antes de que alguien llegara y pudiese descubrir a Mason. Al menos tenía una hermana inteligente y rápida de reflejos. Sabía que él no debería estar allí, a solas conmigo en un cuarto.

—Se nos pasó la hora —me limité a explicar.

Ella se paseó hacia mí, rodeando en su huida a Mason sin dejar de observarle. No pude evitar pensar en su parecido con un inspector criminal. Mason y yo éramos los sospechosos de asesinato.

Hasta que de pronto alguien llamó a la puerta y todas las ideas graciosas e inapropiadas dejaron de existir en mi cabeza.

—¿Kenzie? ¿Leslie? ¿Puedo pasar?

Mierda. Mi padre.

Mi hermana y yo intercambiamos una rápida mirada y segundos después ella estaba tirando de Mason para esconderle al tiempo que yo respondía a nuestro padre.

—Un segundo, estamos... cambiándonos.

Leslie gesticuló hacia mí con los ojos muy abiertos mientras trataba de meter a la fuerza a Mason en el armario con penosos resultados: no entraba.

—¿En serio, Kenzie? —me susurró apresurada sacando a mi amigo y empujándolo hacia la cama—. ¿Cambiándonos?

Nuestro padre se aclaró la garganta desde el otro lado de la puerta.

—Está bien, esperaré aquí —Comenzó a decir, hasta que Mason se chocó contra una pata de la cama y cayó sobre ella—. ¿Va todo bien ahí dentro?

Mierda. Mierda. Esto no iba bien. Piensa rápido, Kenzie...

—Sí, es solo que... ¡Ay! Me di contra la cama.

Mi hermana volvió a lanzarme una mirada desconcertada. Incluso mis quejidos llegaban con atraso. No soy buena trabajando bajo presión, ¿vale? ¡Dejadme tranquila!

—¿Qué pretendes hacer? —Escuché que preguntó Mason en voz baja y asustada.

Me giré a tiempo de ver a Les subida en una cama y tirándose encima de mi amigo, primero aplastándolo y luego empujándolo fuera.

—Trato de que salgas y te escondas debajo, zopenco —rutó ella como respuesta.

Y efectivamente, eso consiguió... Solo que Mason cayó de la cama aterrizando sobre el suelo con un duro y sonoro golpe.

Nuestro padre volvió a hablar, esta vez más inquieto.

—¿Leslie? ¿Kenzie?

Ninguna de las dos respondió, no sabiendo que hacer mientras Mason cerraba los ojos con aprensión y se frotaba su adolorido cuerpo.

—Se acabó, voy a entrar.

Mi hermana, siempre más rápida de reflejos que yo, tuvo el tiempo suficiente para echar ropa y almohadas encima de Mason y colocarse tumbada sobre la cama, extendiendo su cuerpo de forma que tapase el de él, antes de que la puerta finalmente se abriera.

—Hola papá, te dije que estábamos bien —Le sonrió forzosamente apoyándose sobre su codo—. ¿Querías algo?

No contestó. Nos observó detenidamente con expresión de confusión. Era de entender, después de mi sesión de besos con Mason más el apuro del momento no quería ni imaginar qué pintas tenía, y Leslie se había despeinado durante el paripé de esconderle. Finalmente volvió a aclararse la garganta y clavó sus ojos en mí.

—Pensé que os estabais cambiando.

Miré mi ropa. Seguía usando los pantalones de pijama de mi hermana y la camiseta de tirantes.

—Sí, pero... A nuestros pijamas.

—Leslie no lleva pijama.

Mierda. Mierda. Mierda.

Miré a mi hermana sin saber qué contestar a eso. Ella seguía tirada sobre la cama tratando de esconder a Mason. Apretó los labios, igual que lo hacía yo cuando estaba nerviosa, solo que en ella era además una señal de estar pensando. Y entonces habló.

—Oye papá, ¿te mencioné que ya tengo la regla?

Brillante. Simplemente genial y brillante. Era por este tipo de cosas carentes de vergüenza y llenas de picardía que amaba a mi hermana pequeña. Ambas volvimos a mirar a nuestro padre. Su rostro se había vuelto rojo y estaba retrocediendo fuera del cuarto. Lo dije, brillante.

—Eh... —Comenzó tartamudeando—. Voy a ver qué están haciendo los gemelos en el salón...

Y dicho y hecho, salió de la habitación cerrando la puerta tras de él dejándonos a los tres solos. Leslie esperó exactamente cuatro segundos para soltar un sonoro suspiro y rodar sobre la cama, quedando boca abajo con el colchón en la cara.

—¿Sabes que eres un pésimo ejemplo como hermana mayor, verdad?

Su pregunta se escuchó amortiguada por la tela pero igualmente me reí. La tensión de ser descubiertos había pasado y sentía como un peso se me quitaba de encima. Claro, que el mayor de los pesos seguía aún en mí. James.

—Pensé que me ahogaría aquí abajo —saltó Mason, apartando la almohada y saliendo de debajo de la ropa y sábanas que Leslie le había echado encima—. ¿Y ahora qué hacemos?

Mi hermana sacó su cabeza del colchón y le lanzó una mirada llena de indignación, levantándose de la cama.

—Y me parece poco pago para lo que he tenido que hacer por salvaros el culo a los dos —le espetó caminando hacia la puerta con los brazos cruzados—. No quiero saber nada de líos de adolescentes, así que si me volvéis a necesitar estaré en el salón.

—En cuanto se acuesten lo sacaré en silencio —Le prometí antes de que se fuera—. Y a cambio prometo contarte la actuación de Elvis que hemos visto esta noche.

Leslie entrecerró los ojos hacia mí y luego miró a la ventana, buscando el piso del hombre loco. Asintió y salió dejándome sola con Mason.

Le miré.

Me miró.

Nadie dijo nada.

Continuamos sin decir nada...

Pasaron los minutos con los dos en el cuarto, en silencio, sin saber qué decir, cómo hablar, qué hacer. Me senté en la cama mientras él continuó en el suelo, mirando su teléfono o por la ventana. Todo menos a mí. Era extraño tener a mi mejor amigo en la misma habitación y comportarnos como extraños.

Lo había jodido todo hasta el fondo.

Mi padre se acercó a desearme las buenas noches al cuarto. Esta vez salí yo fuera. Después esperamos quince minutos, de nuevo en completo silencio, antes de decidir que era hora de sacar a Mason fuera.

—Yo iré primero —di las instrucciones—. Si te hago cualquier señal extraña significa que te vuelvas corriendo.

Asintió y la misión suicida *Sacar a Mason De Casa Sin Ser Descubierta, o SMDCCSSD*, comenzó. Las precauciones iniciales fueron innecesarias. Todo estaba oscuro y en completo silencio excepto por la televisión encendida y a bajo volumen en el salón. Pudimos atravesar el piso sin ningún problema. El mayor obstáculo fue abrir la puerta sin hacer ruido, pero incluso eso fue posible.

—Te veré el lunes—se despidió Mason apenas mirándome, más concentrado en la puntera de sus zapatos.

Mi corazón se apretó. No quería eso. Quería a mi mejor amigo, aunque no me lo mereciera.

—¿Me lo prometes?

Supongo que él no se esperaba esa pregunta, porque elevó la mirada hacia mí y sus ojos castaños finalmente se encontraron con los míos. Me observó detenidamente, provocando que mi rostro se volviera caliente y hormigueara. ¿Por qué reaccionaba así?

Finalmente sus labios tiraron de una media sonrisa. Eso me gustó más.

—Te lo prometo. Pero tú también tienes que prometerme una cosa.

Le observé confundida.

—¿El qué?

—Los viajes en coche al instituto son míos, ¿de acuerdo?

Eso me confundió aún más. ¿De quién iban a ser? Asentí y comencé a cerrar la puerta para ir a por Leslie y tratar de recuperarme de la experiencia vivida, cuando inesperadamente él dio un paso hacia adelante, juntó sus pies con los míos y me besó.

Juntó sus labios con los míos, rodeó mi cintura con un brazo atrayéndome hacia él y me besó. Fue tan rápido como espontáneo, y cuando se separó aún tenía mis ojos cerrados. Al abrirlos volví a encontrarle sonriendo.

Liberó mi cintura y se alejó. Agachó su cabeza lo justo para poder mirarme seductoramente a través de sus pestañas.

—Pensándolo mejor... No voy a dejarle el camino libre a James tan fácilmente.

Y entonces me guiñó un ojo y desapareció por el portal.

Cerré la puerta de casa y me apoyé contra ella. Mis labios picaban y mi cerebro estaba en coma. James. No lo había llamado Smith. ¿Por qué demonios estaba pensando en eso y no en que Mason me acababa de besar?

Tardé mis largos minutos en poder procesar lo que había ocurrido y en mandar a mis piernas trabajar. Cuando finalmente lo conseguí me dirigí como una autómatas a la habitación a buscar a mi hermana. Necesitaba hablar con alguien y ella era la mejor candidata en aquellos momentos.

Sin embargo cuando pisé el salón otra escena más perturbadora dio de pleno en mis ojos.

Aquí estaba Les. Con alguien. Un chico. *Un horrigeme*. En el sofá. Besándose.

¿Hunter? ¿Blake? No tenía ni idea, era incapaz de diferenciarlos.

CAPITULO 47

Por qué

—Ya llegamos.

Me giré para ver a Leslie en los asientos de atrás apartando los ojos de la pantalla de su nuevo teléfono móvil y mirando hacia la casa, esperando que nuestra madre saliese en cualquier momento. Sabía lo que pasaba por su mente: adiós a su nuevo Smartphone.

—Iré sacando las mochilas del maletero —Refunfuñó guardando el teléfono en el bolsillo de sus pantalones—. Tengo ganas de ver qué me va a regalar mamá.

¿Algo mejor que un beso con un*horrigeme*? Seguro que sí. Arrugué la nariz recordando la despreciable escena que había vivido el día anterior, cuando la encontré en el salón de noche dejando que uno de los idiotas de los hijos gemelos de Anna Banana la besara. Tenía que haberlo visto venir, ¡ella podía diferenciarlos! Ni siquiera estaba segura de que su madre tuviera tal poder.

De todos modos no supe de que*horrigemese* trataba, y me parece que nunca lo sabré. Cuando quise alejarme silenciosamente me estampé con la puerta, como parece que suele ocurrirme muy a menudo. Consecuencia: interrupción del beso, Leslie molesta conmigo y datos ocultos bajo llave. ¡Tampoco era tan complicado darme un nombre! ¿Hunter o Blake?

—¿Te lo has pasado bien, Kenzie?

Apreté los labios y paseé la mirada por el rostro esperanzado de mi padre. ¿Me lo había pasado bien? Veamos... Si quitamos la parte en la que fui obligada a ir a pasar el fin de semana a su casa, mi mejor amigo me había besado confundiendo mis sentimientos del todo y mi hermana había decidido ocultarme el nombre del chico que la besó...

La respuesta era un sonoro y redondo no.

—Estuvo bien —dije sin embargo, encogiéndome de hombros.

Leslie golpeó el cristal de la puerta señalando mi mochila en su mano y dirigiéndose después hacia casa. Extraño, pensaba que estaba enfadada conmigo. O quizás solo intentaba hacer pasar el teléfono a escondidas fingiendo que era mío.

Llevé la mano a la puerta para abrirla y salir detrás de ella cuando mi padre me interrumpió.

—¿Qué piensas de todo esto?

Me quedé quieta con mis dedos aún atrapados alrededor de la manilla. Tenía que haber visto venir el interrogatorio. Procurando dejar mi rostro lo más neutro posible me giré hacia él y tomé aire. Pero, por supuesto, comencé a irme por las ramas.

—Son simpáticos.

¡Mentirosa!

—Kenzie, sabes de lo que hablo.

Me quedé callada sin saber exactamente cómo contestar. Podía decirle todo lo que pensaba pero eso heriría sus sentimientos y él continuaba siendo mi padre. Mordí mi labio inferior con fuerza hasta que dolió y mi rostro se arrugó con malestar. Ese fue el momento en el que él suspiró y volvió los ojos al frente.

—Está bien, no tienes que decirme nada.

Oh, genial, ahora lo había hecho entristecerse, incluso cuando eso era lo que pretendía evitar. ¿Por qué nada me salía bien? Pareciendo oír la pregunta en mi cabeza mi padre continuó hablando.

—¿Sabes? Solo quiero intentar hacer las cosas bien. Sé que la jodí con vuestra madre, pero vosotras seguis siendo mis hijas.

Joderla es quedarse corto, pero mamá nos enseñó que lo que pasó entre ellos no debería

interferir en nuestra relación.

De nuevo más silencio. Esa era mi señal para escapar o para decir algo.

¿Por qué no podía simplemente escapar?

—Está bien que quieras pasar tiempo con nosotras, Leslie y yo también queremos.

Alzó las cejas forzándome a hablar más.

—¿Entonces?

Froté mi frente con cansancio, esto no iba a acabar bien.

—No nos hace ilusión ir a vivir contigo y tu nueva familia. Tenemos nuestra vida aquí, con nuestra madre y nuestros amigos. Y meternos ahora con problemas de custodia... Si quieres que te sea sincera, así solo vas a conseguir que te odiamos.

—¿Más? —preguntó formando una sonrisa triste.

—Más —Confirmé devolviéndole la sonrisa.

Entonces hice algo que no había hecho en mucho tiempo. Me incliné sobre el asiento y pasé los brazos alrededor del cuello de mi padre en un abrazo. Él pareció sorprendido, razón por la que tardó unos segundos en reaccionar y acercarme a él. Era reconfortante sentir sus brazos alrededor de nuevo. Por fin estábamos en buenos términos.

¿Por qué había tardado tanto? Todos los hombres de mi vida eran unos lentos.

—Llamaré —Prometió.

—Eso espero —contesté de vuelta antes de salir del coche.

Esperé en el césped hasta que puso el motor en marcha y desapareció por la carretera. En el fondo debía aceptar que esperaba que cumpliera su promesa y volviera a por nosotras, aunque fuese para pasar otro fin de semana. Un fin de semana en el que debería vigilar a Leslie en todo momento.

Demonios, necesitaba saber de quién se trataba. Haber enfrentado a mi padre me había inspirado valentía. Iba a interrogar a mi hermana, amordazarla y hacerla suplicar hasta que me dijera el nombre del *horrigeme*. ¡Ella no podía estar ocultándome información! Y en eso estaba cuando nada más poner un pie en la casa comencé a escuchar los gritos...

—...derecho a quitármelo —vociferaba Leslie.

—¡Soy tu madre! —gritaban en respuesta—. ¡Tengo todo el derecho del mundo!

—¿Y eso es una justificación? Soy una persona, puedo decidir por mí misma.

—¡Tienes doce años!

—¿Insinúas que mi edad me convierte en alguien incapaz de pensar? ¿Qué me hace tonta?

—Por Dios, Leslie, sabes que no dije eso.

—No con esas palabras exactas.

—Calla y dame el teléfono.

—Es mío, nada te da derecho a quitármelo.

—¡Soy tu madre!

—¿Volvemos con eso?

Comencé a alejarme lentamente antes de ser descubierta, esta vez procurando no chocarme contra ninguna puerta. Mi hermana era toda una guerrera. Mejor dejar el interrogatorio para otro momento. Pensándolo mejor, ella era más receptiva cuando la sobornabas.

Y puestos a estar viviendo un día en el que enfrentaba las situaciones, había otra situación importante que también debía resolver.

Salí por la puerta de casa dirigiéndome con decisión hacia la de James. Tenía que hablar con él y sabía que si lo dejaba para más tarde al final no le contaría nada, y las cosas siempre se complican en el momento en el que se empiezan a guardar secretos.

Hasta que alguien me sujetó por detrás tapándome los ojos con una mano y la boca con otra.

CAPITULO 48

Secuestro exprés

Mi respiración se atascó de camino a los pulmones mientras sentía mi espalda presionada contra un pecho duro y firme. Mi corazón se paró con aprensión y estuve a punto de morder la mano que rodeaba mi boca pero el perfume que se filtró por mis sentidos me frenó. Era familiar. Conocía ese olor. Conocía a esa persona.

De hecho, si prestaba más atención, podía darme cuenta de la suavidad de su mano acunando mis labios, o incluso de la delicada presión con la que mis ojos eran tapados, apenas rozando mis pestañas y dejando que la luz se filtrara entre sus dedos.

Mi espalda se pegó más contra el pecho de la persona situada detrás de mí y sentí su rostro bajando hasta que su boca rozó mi oreja mandándome escalofríos. Ya sabía quién era antes de que hablase.

—¿Qué te parece un pequeño secuestro exprés?

No debería hacerlo. Diablos, no debería sentirme tan relajada cuando James me tenía atrapada contra él, con el sentido de la vista inhibido y la boca tapada, pero sonreí. Él lo sintió por el movimiento de mis labios estirándose y rio de forma áspera y seca, erizando mi piel cuando el aire cálido golpeó mi nuca.

—Voy a tomarme eso como un sí.

Mordí mi labio inferior tratando de borrar la sonrisa, pero era realmente difícil. Intenté hablar pero mi voz sonó difusa y amortiguada por su mano. Notándolo la apartó dejándome libre la boca, pero no mejoró mis nervios cuando en su lugar fue a parar a mi cintura, rodeándome por delante y atrayéndome hacia él todo lo físicamente posible. Necesité tragar saliva antes de volver a probar suerte y hablar.

—No es un secuestro si la otra persona se deja.

James volvió a reír mandándome escalofríos que atravesaron mi piel. Tenía que empezar a aprender a controlar mi propio cuerpo.

—Podemos arreglar eso.

—¿Qué...? —Comencé a preguntar, pero no pude terminar la frase.

Ahugué un grito cuando James apartó la mano de mis ojos mientras me giraba, obligándome a encararlo. Ni siquiera tuve tiempo de ponerme nerviosa por su cercanía antes de que se agachara y pasara un brazo por encima de mis rodillas, tirándome sobre su hombro y levantándome como si fuese un saco de patatas.

—¡James, bájame de aquí! —chillé pateando y golpeando su espalda.

Lejos de hacerme caso palmeó mi trasero sin ninguna clase de vergüenza y comenzó a caminar alejándose de mi casa hacia la suya. Chillé de nuevo.

—Bien, ahora podemos llamarlo secuestro.

Gritar no fue verdaderamente una buena idea. Con mi estómago aplastado contra su hombro me costaba respirar y necesitaba todo el aire que pudiera conseguir para continuar golpeando mi puño en su espalda. No es que hiciera mucho efecto, pero al menos conseguía descargar mi ira. No me sentía ni segura ni confiada dependiendo totalmente de él. No tenía el control de lo que hacía con mi cuerpo ni a dónde me llevaba y eso no me gustaba.

Pensé que se pararía al llegar a su casa, pero no fue así. Abrió la puerta conmigo pateando y para mi sorpresa se adentró al interior sin ningún miramiento. Mientras atravesábamos la limpia y ordenada sala de estar hacia las escaleras del piso superior me di cuenta de que no había nadie en la casa. Estábamos solos y James me estaba conduciendo indudablemente hacia su habitación. ¿Debería eso ponerme nerviosa? Bien, porque lo hacía.

Sin embargo no calculó bien mi peso junto con su fuerza en la ecuación de subir las escaleras, porque a mitad de camino frenó, apoyándose en la barandilla y retirando lentamente mi cuerpo del suyo. Mi camiseta se levantó por encima del ombligo mientras me deslizaba desde su hombro. La puntera de mis pies tocó el escalón situado un nivel más arriba del que James estaba parado. Nuestros rostros se nivelaron quedando a la misma altura. Era demasiado triste que fuese exactamente un escalón más alto que yo.

Nuestros ojos quedaron alineados, nuestras narices prácticamente chocando. Aunque quisiera apartar la mirada no podría, el verde de sus ojos era tan adictivo como atrapante. Que su rostro estuviese repentinamente serio no hizo nada para calmar mis nervios o la velocidad a la que trabajaba mi corazón.

Una de mis manos estaba posada sobre su hombro. Comencé a alejarla antes de que él me lo impidiese, colocando su palma sobre ella y manteniéndola allí. Guio su otra mano hacia la que tenía colgando al lado de mi cadera y la rodeó con los dedos, alzándola y dirigiéndola a su otro hombro. Cuando ambas estuvieron aseguradas las soltó. Lejos de dejar la situación así las movió hacia mi cintura. Las posó a ambos lados y de seguido comenzó a moverlas rodeando mi cuerpo y enlazando sus brazos alrededor.

Oh. Dios. Mío.

—¿Sonaría cursi si dijera que te he echado de menos?

La saliva quedó atascada en mi garganta mientras mi mente procesaba lo que acababa de escuchar. Este chico quería provocarme un infarto.

Ante mi ausencia de respuesta él se limitó a sonreír y a apretar sus brazos a mí alrededor.

—Bien, quizás estoy volviéndome un poco cursi a tu lado.

¿Era eso una declaración? De alguna forma tenía que serlo, porque si no, no tenía sentido que sus ojos se dirigiesen a mis labios por unos largos y palpables segundos. Comenzó a acercarse a mí, muy lentamente, dándome el tiempo a apartarlo.

Eso fue exactamente lo que hice.

Con mis manos sujetas a sus hombros lo frené. Sus ojos mostraron una sombra de dolor por el rechazo, siempre oculta bajo una máscara de neutralidad. Tomé una profunda respiración antes de hablar. Había querido ir a casa de James por una buena razón.

—Estaba yendo a tu casa antes de que me secuestraras.

Una pequeña arruga se formó en su frente al tiempo que su nariz se arrugaba en esa mueca suya. Sin embargo se las ingenió para sonreír.

—¿Me echabas de menos?

Cuando yo no respondí ni seguí la broma toda arruga y sonrisa desapareció de su rostro. Abrí la boca para decir algo pero nada salió. Paseé la mirada por la desnuda pared de las escaleras y a lo largo de la limpia barandilla antes de regresarla de nuevo a sus ojos, fijos en los míos sin moverse.

—Suéltalo, Mackenzie.

Me conocía tan bien que era aterrador. Esta vez no me molesté en tomar aire ni prepararme mentalmente. Abrí la boca de nuevo y simplemente solté lo que había querido decirle cuando salí por la puerta de casa minutos antes.

—Mason vino por sorpresa al piso de mi padre este fin de semana. Nos besamos.

Lo siguiente que supe era que me encontraba relatándole con pelos y señales la visita de Mason y la encerrona que Leslie me había hecho. Era la peor persona del mundo a la hora de dar noticias, especialmente las que podían resultar particularmente desagradables. Supe que estas lo fueron cuando James colocó sus manos sobre mis muñecas y las apartó de sus hombros.

—Lo siento —susurré.

A pesar de todo, sus ojos seguían clavados sobre los míos y eso era lo que más me

impresionaba. No se había ido aunque la crudeza de su mirada estaba volviéndome loca por dentro.

—¿Por qué me pides perdón?

Carraspeé buscando una razón mientras me sentía taladrada por la profundidad de sus ojos verdes.

—Yo no... Esto... Supongo que... Porque lo siento.

James alzó las cejas pelirrojas con incredulidad.

—Vamos Mackenzie, sé que puedes hacerlo mejor —susurró dejando su voz libre de sarcasmo.

Incapaz de concentrarme con su mirada atrapando la mía rompí la conexión, bajando los ojos al suelo y rebuscando entre la madera de las escaleras en busca de la respuesta adecuada.

Unos dedos gentiles atraparon mi barbilla y tiraron de ella hacia arriba obligándome a volver a situar mis ojos sobre los suyos. De pronto James volvía a estar cerca de mí.

—No lo sé. No eres mi novio, no te he prometido fidelidad ni amor eterno...

—Pero... —Me animó él con su mano sosteniendo todavía mi mentón.

—Pero me sentía culpable —Completé, sorprendiéndome por la verdad bajo mis palabras.

Finalmente James rompió el contacto y me miró con su rostro serio.

—Deberías preguntarte por qué.

Aspiré una ruidosa bocanada de aire delatando lo mucho que aquella frase significó para mí. No era tan lenta de reflejos como para no darme cuenta de lo que James quería decir.

Me removí inquieta y bajé un escalón situándome a su lado, esta vez dejando que los centímetros de altura que nos separaban estuviesen presentes. Tenía que inclinar la cabeza hacia arriba para poder verle.

—¿No estás enfadado conmigo? —pregunté antes de que pudiera arrepentirme, lo que sucedió exactamente milésimas de segundos después de haber hablado.

Ladeó la cabeza, como siempre con los ojos fijos en mí.

—Me gustan las personas que saben perdonar, todos cometemos errores.

Asentí sin saber muy bien qué más hacer, confusa con su respuesta. Pero le creía, no estaba enfadado conmigo más allá de lo que los celos le permitían. Supongo que eso era bueno, aunque esperaba un poco más de drama y maldiciones por su parte. Vamos, se suponía que el chico estaba loco por mí, ¿y ni siquiera obtenía una palabrota?

No, lo que obtuve fue una maldita e indeseada pregunta.

—¿Sigues estando enamorada de él?

Ni siquiera abrí la boca para contestar. Me quedé allí de pies, mirándole embobada con mi cerebro en modo cortocircuito. Había digerido sus palabras, analizado y procesado y me encontraba en trámites de formular una respuesta. Allí estaba lo que producía una interrupción en mi sistema cerebral.

James bufó y tomó mis hombros con sus manos, acercando el rostro al mío.

—Demonios Mackenzie, solo contesta a la maldita pregunta. ¿Le quieres?

Y finalmente dije lo que pasaba por mi atolondrada cabeza, sorprendiéndome a mí más que a nadie.

—No lo sé.

—No lo sé —repitió pensativo con una sonrisa iluminándose lentamente en su cara—. Eso me es más que suficiente.

Me dio el tiempo justo a respirar una bocanada de aire antes de que mi espalda diese contra la pared, su rostro bajara hasta el mío y nuestros labios se juntasen. Fue un beso crudo y agresivo, dejándome parcialmente noqueada por la rudeza con la que su boca devoraba la mía. Cuando se apartó mi respiración estaba agitada, prácticamente jadeando. James alcanzó un mechón de mi pelo y lo escondió detrás de la oreja. Luego me guiñó un ojo.

—Si Carter quiere guerra, tendrá guerra.

CAPITULO 49

Suspense

Suspense.

Esa era la palabra con la que comenzó mi día y la palabra que seguramente rondaría por mi cabeza por el resto de él. Un suspense en historia. Sabía que había descuidado mis estudios últimamente, ¿pero alguien podía culparme después de todas las cosas que me habían pasado? En las películas o libros de adolescentes siempre les ocurren dramones, pero a pesar de todo ellos siguen aprobando y sin siquiera tocar un libro. Bien, parece que esa regla no se aplicaba a mí.

La mirada decepcionada del profesor no fue tan mala como la sensación que se estableció en mí por el resto del día. A pocos meses de terminar el último curso del instituto, de los exámenes SAT y del acceso a la universidad, suspender un examen era lo último que podía permitirme. A menos que sacara la idea de estudiar una carrera de mi mente.

Enfurrugada guardé la hoja del examen en mi mochila, arrugándola sin ningún cuidado por las esquinas. Debía tomármelo como un aviso: o me ponía las pilas con los estudios o echaría mi vida a perder. Fácil decir, difícil hacer. ¿Cómo podía concentrarme cuando James y Mason parecían haber iniciado una guerra de “a ver quién se queda con la chica”? Era tan surrealista como idiota. Me hacía sentir como un objeto, el premio de algún juego.

No, decididamente lo que tenía que hacer era alejarme de los chicos y poner un botón de apagado a mis estúpidas y descontroladas hormonas hasta que los exámenes pasaran y tuviese una carta de aceptación de una universidad, la que fuese, en mi buzón.

Qué fácil era decirlo.

—Ánimo Kenz, si quieres podemos estudiar juntas.

Sonreí a Alia con agradecimiento. Una de las cosas buenas de todo el asunto de la lista, el que por cierto ya parecía haber quedado en el pasado, era haberme hecho amiga de Alia y Melanie. La segunda colocó una mano en mi hombro como apoyo moral.

—Yo no valgo para estas cosas, pero siempre contarás con mis apuntes... Si es que puedes sacar algo de ellos.

Las tres reímos y salimos del aula, ya un poco más animada. Decidimos hacer una tarde de estudio el jueves en casa de Alia y aprovechar para hablar de cómo nos prepararíamos para la quedada grupal del viernes. Porque sí, por mucho que intenté huir de ello, especialmente teniendo en cuenta cómo estaban las cosas, me fue imposible huir. Melanie iba a hacer todo lo posible por ver a Jack de nuevo y yo no era quién para interponerme entre ellos.

Consideré la posibilidad de contarlas sobre el triángulo James-Kenzie-Mason que estaba formándose, pero la rechazaba cada vez que abría la boca y terminaba comentando lo mucho que me gustaba el chocolate. Empezaba a pensar que ellas creían que tenía un serio problema con el dulce. Además, tampoco teníamos una amistad tan sólida como para confesar aquello y sospechaba que a Alia le gustaba Mason.

Maldita adolescencia.

Estábamos caminando por el pasillo cuando mis ojos se encontraron con unos oscuros inclinados en los lados de una forma suave y delicada. Invasión por la sorpresa no pude evitar pararme en medio del pasillo y quedarme mirando a Eric como una completa idiota. Afortunadamente él era lo suficientemente amable como para no hacer ningún comentario y lo suficientemente correcto para saludar.

—Hola Kenzie, ¿cómo estás?

Por otro lado, yo no era lo suficientemente nada como para callar mi gran boca.

—¿No estabas en un internado en Tokio?

Eric ladeó el rostro confundido. Ahí fue cuando Melanie intervino.

—Yo escuché que la mafia te había reclutado por vender droga en la tienda de tus padres.

—Eso no tiene sentido —le regañó Alia, quien tampoco se quedó atrás—. Te han contratado para hacer de doble en una película de artes marciales, ¿a qué sí?

Por lo visto ninguna de las tres razones era la acertada.

—Vaya, soy más popular de lo que pensaba —musitó él, comenzando a reírse por los cotilleos en lugar de enfadarse como muchos hubiesen hecho—. Lo cierto es que he pasado un catarro bastante fuerte. Tuve que internarme por unos días en el hospital y todo.

Inmediatamente me sentí mal. Había hecho justamente lo que siempre criticaba, que era dejarme llevar por los cotilleos del instituto. Siempre eran mentira. Nadie había dicho nada de que él estuviese enfermo. Lamenté haberme saltado los dos últimos sábados de compra. De haber ido a la tienda podría haber preguntado a sus padres.

Aclaré mi garganta antes de hablar.

—Espero que estés mejor.

Él sonrió y sus ojos se cerraron completamente.

—Completamente curado, gracias.

La campana sonó anunciando el inicio del siguiente período de clases. Me reacomodé la mochila al hombro y me despedí de Eric para caminar hacia inglés, donde esperaba encontrarme con una mejor nota.

—Espero vernos pronto, Kenzie —dijo él alejándose—. Y por cierto... No tengo ni la más mínima idea de hablar japonés.

Melanie comenzó a reír a carcajadas mientras él se iba sin preocupándose de ocultar el sonido de su risa. Tuve que darla un codazo para hacerla callar, sintiendo mis mejillas arder.

—Qué vergüenza —susurré escondiendo el rostro entre mis manos.

—A mí me ha parecido muy mono —comentó Alia enlazando su brazo con el mío—. ¿Crees que aceptaría un puesto en la redacción de la revista?

Tuve que unirme a las risas de Mel cuando Alia alzó las cejas de forma sugestiva. A su lado los problemas parecían desaparecer.

Claro, parecían. Hasta que de repente te encontrabas a Mason y James, ambos apoyados en la puerta de tu siguiente clase como si te estuviesen esperando.

Porque claramente me estaban esperando.

CAPITULO 50

Primer confrontamiento

—¡Hola James! —Saludó Melanie acercándose al chico animadamente.

—¡Hola Mason! —Saludó Alia sonriendo hacia él.

Hola nadie, pensé yo con ganas de huir de allí en aquel mismo instante. Realmente casi lo hago, pero teniendo en cuenta que ninguna de las dos chicas tenía idea de nuestro extraño triángulo amoroso y atendiendo al hecho de que pretendía que continuara así, escaparme corriendo hacia los lavabos iba a quedar fuera de mi cabeza por el momento.

Una pena, porque cuando tanto Mason como James me miraron directamente sin hacer caso a las dos chicas que les estaban hablando, mis piernas retrocedieron por sí solas un paso hacia atrás. Piernas inteligentes.

—¿Tienes inglés ahora? —preguntó con curiosidad Alia a Mason mientras él continuaba mirándome.

—En realidad buscaba a Kenzie —La forma en que sus ojos se abalanzaron sobre los míos hizo que mi corazón diese un vuelco—. Olvidó la chaqueta en el coche esta mañana.

Parpadeé permaneciendo con los pies clavados en el suelo y apartando la mirada de él hacia mi chaqueta verde colgando de su brazo. Ni siquiera recordaba haberla dejado. El viaje hacia clase había sido tan sumamente extraño, con él comportándose como si nada hubiese pasado entre nosotros y yo retorciendo mis dedos de forma nerviosa y mordiendo mi labio inferior hasta casi despedazarlo, que apenas pude estar atenta a otra cosa.

Me obligué a mantener la mirada clavada de vuelta en Mason en lugar de apartarla y largarme corriendo, que era lo que realmente quería hacer. Otra cosa que me obligué a hacer fue a caminar hacia él, con paso lento pero decidido, y a tomar la chaqueta de sus manos. Nuestros dedos se rozaron al tocar el material y su mirada se profundizó en la mía.

Tragué saliva, esperando que nadie más lo hubiese notado.

—Gracias —susurré demasiado bajo, temiendo que mi voz fallase, y acercando la prenda a mi pecho.

Mason sonrió y me guiñó un ojo de una forma que podía parecer despreocupada, pero que de alguna manera yo sabía que todo estaba calculado.

—BatMason siempre a tu servicio.

Entonces hizo algo que no esperaba. Se inclinó unos centímetros y me dio un pequeño y casto beso en la mejilla. Cuando se separó continuó sonriéndome.

—Nos vemos más tarde.

Giró sobre sus talones, pero su mirada titubeó por unos segundos, casi sin pretenderlo, posándose en alguien detrás de mí. Una mano descansó repentinamente sobre mis hombros y percibí el rostro de Mason ensombreciéndose, pero él no dijo nada. Terminó de darse la vuelta y continuó caminando por el pasillo hasta desaparecer de mi vista.

Me giré tomando una fuerte respiración y preparándome para encarar a James, quien no parecía nada feliz.

—Hola —Saludé sin saber qué decir mientras mentalmente me llamaba tonta.

Pasaron largos segundos de silencio, con sus ojos verdes clavados en los míos y su expresión estandarizada en cara de póker antes de que él dijera algo.

—Hola.

Con las mismas apartó su mano de mi hombro y se alejó de mí, manteniendo su mirada fija en la mía mientras me rodeaba.

Eso fue muy intenso.

Cuando James también hubo desaparecido y los latidos de mi repentinamente acelerado corazón parecieron volver a la normalidad, mis brazos fueron atrapados a cada lado por dos pares de manos vigorosas. Miré a Alia y a Melanie mientras me arrastraban dentro del aula.

—Oye Kenzie... —susurró Alia—. ¿No crees que tienes algo que decirnos?

CAPITULO 51

La cosa va de mensajes

Noté mi teléfono móvil vibrar en el bolsillo. Miré extrañada la pantalla ocultándolo debajo del pupitre, procurando que la profesora de inglés no se diese cuenta...

JAMES: Hola.

KENZIE: Hola.

JAMES: ¿Has ido alguna vez a un concierto?

KENZIE: No, ¿por?

JAMES: ¿Prefieres el color rosa o el verde?

KENZIE: Me gusta el azul, ¿por qué lo preguntas?

JAMES: ¿Vegetariana o carnívora?

KENZIE: Todo bien a menos que sean insectos. ¿A qué viene esto?

JAMES: ¿Fresa o chocolate?

KENZIE: Chocolate.

JAMES: ¿Comedia romántica, cine de terror o películas de acción?

KENZIE: ¿Vas a decirme a qué vienen estos mensajes?

JAMES: Depende, ¿vas a contestarme?

KENZIE: Comedia romántica. Eres imposible.

JAMES: Lo sé, pero te gusto igualmente. ¿Dulce o salado?

KENZIE: Dulce. ¿Me gustas igualmente? Yo nunca dije tal cosa.

JAMES: No directamente. ¿Campo o ciudad?

KENZIE: Ciudad. Ni directamente ni indirectamente. Jamás lo dije.

JAMES: Lo insinuaste y eso me sirve. Ahora solo te falta admitirlo. ¿Libro o película?

KENZIE: Videojuego. ¿Cuándo lo insinué?

JAMES: ¿Videojuego? Vamos nena, ambos sabemos que no sabes cómo manejar un mando de consola.

KENZIE: ¡No me llames nena!

JAMES: Te gusta que te llame nena. ¿Libro o película entonces?

KENZIE: Vete a la mierda.

KENZIE: Libro.

JAMES: Lo sabía. ¿Deportes?

KENZIE: *Soffing*. ¿No van a acabar nunca las preguntas?

JAMES: Vaga. ¿Futura carrera?

KENZIE: ¿Millonaria?

JAMES: No me obligues a presentarme en tu clase.

KENZIE: Solo porque te veo capaz, te diré que aún no lo sé.

JAMES: ¿Futuros planes?

KENZIE: Ir a casa de Alia esta tarde.

JAMES: ¿Alguna vez te has enamorado? ¿Enamorado de verdad?

KENZIE: No voy a responder a eso.

JAMES: Venga nena, estamos en confianza.

KENZIE: No me llames nena.

JAMES: Dime de quién.

KENZIE: Dime tú a qué vienen todas estas preguntas.

JAMES: He ido a tres conciertos, verde, de todo menos insectos, fresa, thriller, salado, campo, libro, fútbol, economía, ordenar mi habitación... Tú.

JAMES: Quería conocerte mejor. Y que tú me conocieras mejor.

KENZIE: Objetivo logrado.

CAPITULO 52

Charlas reflexivas

KENZIE: Voy a casa de Alia esta tarde. Melanie nos lleva. Lo siento por dejarte plantado...

MASON: No te preocupes. Llámame si necesitas que te vaya a buscar más tarde.

—Bienvenida a mi humilde morada.

Aparté el rostro de la pantalla del teléfono y luego lo giré, observando las paredes llenas de fotografías para poder ocultarle la cara a Alia. Eso de humilde podría sobrar, especialmente teniendo en cuenta que su casa era el doble de la mía. Tampoco es que fuese complicado si tenemos en cuenta que mi madre era la única que ganaba dinero para pagar el alquiler.

—Mi habitación está arriba —anunció señalando hacia las escaleras que coronaban el amplio recibidor—. ¿Queréis algo de beber o comer?

Melanie entrelazó su brazo con el mío y tiró de mí mientras contestaba a Alia.

—Refresco de cola, galletitas saladas y ese chocolate tan extraño que le gusta a Jane —Bajó el tono de voz mientras comenzaba a guiarme escalón a escalón—. Esa perra se pondrá como loca cuando vea que se lo terminé.

La sonrisa se filtró por mis labios sin que pudiera pararla. Melanie me recordaba demasiado a Leslie: con carácter, sin miedo a nada y muy poca vergüenza.

Mientras pasábamos por el luminoso pasillo que llevaba a las habitaciones mi mirada no pudo evitar pararse en las fotografías de la pared. No porque fuesen extrañas o porque hubiese muchas (realmente había muchas), sino porque en ellas solo había mujeres. Cuatro en total: Alia, Jane, una mujer adulta rubia con aspecto de modelo y otra más bajita con un cabello negro envidiable. Melanie se dio cuenta de mi curiosidad y prácticamente me leyó la mente.

—Son las madres de Jane y Alia. A estas horas suelen estar trabajando. Supongo que podrás deducir por ti misma que la morena es la madre biológica de Alia y la rubia la de la perra. Y que son lesbianas, claro.

La vida de Alia era toda una caja de sorpresas.

—Ahora entiendo por qué Jane y Alia no se parecen en nada.

Melanie entornó los ojos con fingido sobresalto y se llevó una mano a la cabeza al tiempo que abría una puerta con la otra.

—Menos mal que no lo hacen. ¡No soportaría tener dos Janes en clase!

La habitación de Alia era tal como me la había imaginado. No es que alguna vez me hubiese quedado pensando cómo sería, pero ahora que la conocía mejor podía decir que su habitación estaba decorada acorde con su estilo.

Primero de todo, meticulosamente ordenada. Con una personalidad tan controladora era algo que no me extrañaba. Incluso los dos pósteres a tonos grises que decoraban sus paredes encajaban perfectamente en color y perpendicularidad. Y ambos eran ciudades cosmopolitas.

Segundo, su cama era pequeña y perfectamente colocada contra una esquina, decorada con un cojín a juego con las paredes blancas y sábanas oscuras.

Tercero, una estantería llena de libros de autores que ni siquiera podía reconocer. Había tantos que parecían estar metidos a presión.

Cuarto, su escritorio, y posiblemente el único lugar levemente desordenado de la habitación. Había folios impresos, escritos a mano o sin escribir, repartidos en pequeños montones y sobre el ordenador portátil. Libretas abiertas al medio y un bolígrafo con la tapa perdida.

Me había quedado tan absorta cotilleando la habitación que no noté a Alia entrando. Fue Melanie quien me advirtió de su presencia al preguntar indignada:

—¿No has traído el chocolate?

—¿Y luego tener que ser yo quien la soporte? —contestó de vuelta posando una bandeja con refrescos y galletas sobre una alfombra en suelo—. Gracias, pero no.

—Aburrida —replicó Mel arrugando la nariz, pero igualmente se acercó a ella y se sentó en el suelo tomando una galleta de la bandeja—. Estaba dejando que Kenzie curioseara un poco.

Mis mejillas ardieron cuando sentí los ojos de Alia mirándome, pero no parecía enfadada. En su lugar me hizo un guiño para que también me acercara y me pasó una lata de refresco una vez me hube sentado en el suelo a su lado, con las piernas cruzadas al estilo indio.

—Perdona el desorden, ayer estuve escribiendo hasta tarde y no pude recoger.

Casi me atraganté con el primer sorbo de la bebida burbujeante. ¿Desorden? Allá donde miraba todo estaba impoluto. No quería ni imaginar lo que la pobre pensaría si entraba en mi habitación, donde en ocasiones no se podía apreciar el suelo de toda la ropa que había tirada en él. Y si, este último mes había sido una de esas ocasiones.

—No te preocupes, a todos nos pasa —¡Ja! Contesté descaradamente mientras me hacía una nota mental de recoger mi habitación al llegar a casa.

Noté cómo Melanie se mordía la lengua para no reír. Estaba claro que ella sabía lo que estaba pensando, o como mínimo lo intuía. Estiró la mano para coger un puñado de galletas y se recostó en la alfombra mirándome.

—Así que... ¿No tienes nada que contarnos, Kenzie?

Lo bueno no podía durar mucho. Pensé que podría olvidar la razón por la cual había tenido que mandar un mensaje a Mason avisándole de que me iría con ellas esa tarde, pero allí estaba la buena de Mel para recordármelo.

—No la presiones —le regañó Alia dándole un codazo. Sus ojos oscuros se posaron sobre mí—. No tienes que contarnos nada si no quieres...

—... pero eso crearía una brecha irreparable en nuestra amistad —Interrumpió Melanie, chillando en protesta cuando la otra chica volvió a pegarla—. Está bien, está bien, todo depende de ti... Y de las posibles malas deducciones que nosotras saquemos solas.

Alcé las cejas hacia ella, sintiendo como la tensión se aligeraba gracias a sus bromas. Me estaba relajando a su lado.

—¿Deducciones como cuáles?

Fue Alia quien respondió.

—Como haberte montado un trío con los dos.

Si hubiese estado bebiendo estaría atragantada entre burbujas. Gracias, pero la poligamia, por el momento, no me parecía una buena idea.

—Mason y James no se soportan, no sé cómo ves eso factible —contesté mirándola anonadada, tal como me había quedado.

Había un millón de razones más por las que aquella idea no era factible, pero no me pareció necesario tener que enumerarlas. Ella rio y una galletita salió volando por el aire hacia Melanie. Ésta la atrapó con rápidos reflejos y se la comió.

—También podría tener algo que ver con la lista y ambos chicos persiguiéndote —Agregó Mel tragando y tomándose un tiempo para dar un sorbo a su refresco—. Si no estaba segura antes tu expresión me lo confirma.

Yo como siempre tan reveladora como un libro abierto. Debería asistir a clases sobre cómo poner cara de póker.

Ambas chicas me miraron, repentinamente interesadas. Mordí nerviosamente mi labio y entrelacé las manos sobre mi regazo retorciendo los dedos. Alia se movió hacia mí y colocó su mano entre las mías en señal tranquilizadora.

—No tienes que decirnos nada, Kenzie. Está bien para nosotras, pero somos tus amigas. ¿No se supone que para eso estamos? ¿Para ser tu apoyo y consejeras en estos momentos?

—Yo soy una gran consejera —Añadió Melanie en un tono que venía a significar todo lo

contrario.

Las observé todavía con mi labio inferior atrapado entre mis paletos. Por un lado quería hablar con ellas y poder desahogarme con alguien, pero por otro lado... ¿No fue Alia la que me dijo que Mason le gustaba?

—Vais a pensar que soy una zorra —susurré finalmente, hundiéndome hacia delante con los hombros encorvados.

Ambas se miraron y se volvieron hacia mí al mismo tiempo.

—Pruébanos —dijeron al unísono.

Y eso es lo que hice.

Les conté todo desde el principio, de cómo mi lista un día desapareció y el horror que me causó encontrarla. De cómo le confesé mis sentimientos a mi mejor amigo y luego él me rechazó. Cómo James estuvo a mi lado animándome y ayudándome sin pedir nada a cambio... Y cómo acabé jugando con dos chicos al mismo tiempo.

—¿Y por eso crees que eres una zorra? —preguntó Melanie una vez hube terminado con toda la historia—. Tú no estás jugando a dos bandas, Kenzie. Solo estás confusa.

Sin embargo yo no me sentía así. Al contrario, según mi opinión solo faltaba Jane Tyler con un cartel luminoso en el que me llamase perra y gritara a los cuatro vientos que estaba jugando con dos chicos.

Alia me pasó un brazo por los hombros de forma amistosa, acercándose a ella.

—Estamos en pleno siglo veintiuno. Las mujeres no tienen que reservarse hasta el matrimonio ni tener un solo novio durante toda su vida. Piénsalo de este modo: si un chico tuviese sentimientos por dos chicas y fuese incapaz de decidirse, ¿sería un aprovechado? Espera, que no he terminado. Tenemos que tener en cuenta que ese chico, aunque haya besado a las dos también se lo ha contado y ahora son ellas quienes están peleando por conseguirle.

—Oh, no —Negó Melanie tomando la última de las galletas—. En ese caso las perras serían las chicas.

Junté mis cejas de forma que una arruga se formó en mi frente, notándolo especialmente sobre la pequeña marca que la brecha me había dejado.

—¿Estás insinuando que Mason y James son los perros aquí?

—Unos completos y jodidos perros —Estalló en carcajadas respondiéndome, haciendo que la galleta le pasase por mal camino y se atragantara.

Alia negó mientras le daba pequeños golpes en la espalda y me miraba.

—Lo que queremos decir es que tú no tienes la culpa. No del todo, al menos. Ellos dos saben dónde se están metiendo y cómo te sientes. Nadie puede obligarte a escoger cuando claramente no quieres hacer daño a ninguno.

Asentí. Tenía razón, no quería hacer daño a nadie. Y eso la incluía a ella.

—¿Tú no estás enfadada?

Pareció sorprendida por mi pregunta.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Bueno... Pensé que te gustaba Mason...

—Me parece guapo. Eso no quiere decir que esté enamorada de él. Soy muy joven para atarme a una relación.

Añadió eso último pasándose la mano por el pelo y apartándolo a un lateral como si estuviese posando para una foto. Me guiñó un ojo para remarcar su afirmación.

Melanie estrujó la lata vacía de su refresco haciendo un ruido ensordecedor y la lanzó sobre la bandeja. Después volvió su cuerpo completamente hacia mí y me miró con seriedad. Dando una palmada colocó sus manos juntas por debajo de su barbilla como si fuese a rezar, y habló.

—Esto es lo que hay Kenzie. No te vuelvas loca por ellos. Deja que se monten su propia película en la que tú eres un objeto que pueden ganar. Los chicos no son el centro del mundo por

mucho que se lo puedan llegar a creer. Céntrate en tus exámenes y no les hagas caso. De un momento a otro cambiamos de tema a los exámenes SAT, programando días de nuestra semana para estudiar juntas y prepararnos. Mientras tanto sus palabras continuaron masticándose en mi mente hasta que finalmente me hice una promesa a mi misma. Desde ese día, Mackenzie Sullivan iba a pasar del género masculino. Lamentablemente James y Mason me lo pusieran tan fácil...

CAPITULO 53

Buenas noches

Odio los niños.

Está bien, realmente no lo hago. Solo odio los niños llorones incapaces de decirte qué es lo que quieren, aunque la razón sea que aún no saben hablar propiamente.

En una situación así me encontraba actualmente.

—¿Quieres ver la televisión?

Como respuesta obtuve llantos.

—¿Y una galleta? De chocolate...

De nuevo más lloros. Podía jurar que incrementaron.

—¿Te duele algo, Haley?

La niña pequeña que tenía en mis brazos se paró momentáneamente, mirándome con sus grandes ojos de bebé acuosos. ¿Finalmente había conseguido llamar su atención? ¡Pues no! Porque entonces su labio inferior hizo esa cosa tan bonita pero a la vez horrible de colocarse sobre el superior: un puchero.

Y los lloros volvieron.

Comencé a zarandearla contra mí mientras internamente maldecía a mi madre por haberme conseguido ese trabajo como canguro. Una compañera de su trabajo necesitaba que alguien cuidase de su hija durante la tarde pero no se fiaba de los desconocidos. Entonces se acordó de haberme visto una vez con mi madre y Leslie, actuando de forma muy responsable cuidando de mi hermana, y decidió que yo podría servir para hacer de niñera. Mi madre aceptó sin siquiera consultármelo y el resultado era este: un bebe llorando y yo desesperada sin saber qué hacer.

No había mejor charla sobre el uso de anticonceptivos que una tarde con una niña pequeña. ¿Sería esa la idea de mi madre cuando aceptó?

Del otro lado de la casa se oyó un gruñido furioso seguido de pasos acercándose. Leslie hizo su aparición en la cocina mirándome con el ceño fruncido, los brazos cruzados y su teléfono móvil en la mano.

—Sacá esa cosa llorosa de casa, ¡estoy intentando ver la televisión!

Le devolví una mirada envenenada.

—¿Por qué no ayudas y preparas un biberón? Tal vez tenga hambre.

Por unos segundos mi hermana paseó la mirada de la niña rubia que se revolvió entre mis brazos a mí. Algo en mi expresión de desesperación debió de convencerla porque posó el teléfono y el mando de la televisión en la encimera y se acercó a la bolsa que la madre de Haley había traído en busca de los polvos para el biberón.

—No sé a quién se le ocurrió la estúpida idea de pedirte hacer de canguro —Refunfuñó mientras se movía por la cocina.

No podía culparla. Yo pensaba lo mismo.

Estaba zarandeano a la niña en mis brazos, tratando en vano de calmarla, cuando el timbre sonó. Lo último que necesitaba era una visita de algún vecino quejándose por los llantos. Quise pasar de contestar pero volvieron a llamar de nuevo de forma más exigente.

—A mí no me mires, estoy haciendo el biberón —Se defendió Leslie metiendo la leche al microondas—. ¿Crees que ponerle un bozal serviría?

—Es una niña de dos años, no un perro —le regañé alejándome de ella y llevando a la máquina de lágrimas conmigo hacia la puerta.

Volvieron a llamar justo antes de que abriese. Quien fuera la persona pesada que estuviese detrás de la puerta ya podía haber venido por algo importante...

Era James.

—Hola —Saludó con simpleza, mostrándome una sonrisa divertida.

Sin esperar a que respondiera me hizo a un lado y entró en mi casa como si fuese la suya propia, cerrando la puerta detrás de él y parándose en el descansillo para observar a Haley con curiosidad.

—Estaba en mi habitación tranquilamente cuando me pareció escuchar a alguien siendo maltratado en esta casa —Se burló bajando el rostro hacia la niña, quien le observaba con los ojos hinchados y llorosos—. ¿Te está haciendo daño esta nena mala?

¿Nena mala? Lo siento, pero no tenía humor de aguantar a James en aquellos momentos.

—Si vienes a quejarte al menos haz algo y ayuda —le espeté al tiempo que le pasaba al bebe, empujándolo en sus brazos con resolución—. Haley, este es el idiota de James Smith.

El idiota de James Smith atrapó a la niña con facilidad, acercándola contra él y colocándola apoyada sobre su cintura. Lo miré ensimismada. ¿Cómo lograba que aquello pareciera natural? Pero no solo por eso...

—¿Cómo has hecho que deje de llorar? —le pregunté incrédula, perdiendo el aire de mis pulmones a causa del estupor—. Acabo de pasártela y... y te la pasé ahora mismo y ya no... no llora, pero yo...

La sonrisa tiró con más fuerza de los labios de James, siendo invadida de pronto por las manos diminutas de Haley, quien había dejado de llorar para investigar meticulosamente su rostro y tirar de las puntas de su cabello.

—No te lo tomes a mal, nena, los niños me aman —Me guiñó un ojo sacudiendo a Haley más cerca—. Es por mi pelo.

Oh, sí, porque el naranja rojizo era un color llamativo. Podría haber seguido con mi incredulidad, pero estaba demasiado aliviada de haber dejado de escuchar los lloros como para desaprovechar el momento. Le hice un gesto con la cabeza para que me siguiera hacia la cocina donde Leslie había terminado con el biberón.

—Bueno, esto ya está —dijo una vez nos vio entrar alejándose a toda prisa de la encimera hacia la sala—. ¡Hola vecino!

—¡Hola vecina! —chilló él de vuelta, pero ella ya había desaparecido por la puerta.

Alcancé el biberón que Leslie había dejado cerca de su teléfono y el mando de la televisión. Había salido huyendo tan rápido que se olvidó de cogerlos y yo no iba a recordárselo. Suspiré queriendo acabar con todo el asunto de hacer de niñera lo más rápido posible y tomé el biberón acercandoselo a Haley.

James volvió a sorprenderme apartando a la niña antes de que pudiera poner el biberón en su boca.

—¿Qué haces? No sabes si esa cosa quema o está fría.

Arrugué la frente entornando los ojos sin comprender. Fue su turno de suspirar. Sin mediar palabra tomó el biberón de mis manos y me pasó a Haley, quien inmediatamente comenzó a llorar.

¿Era una clase de broma pesada? ¡Los niños me odiaban!

—Antes de darle la leche tienes que comprobar que no se pase de caliente ni se quede fría

—Me informó James mientras giraba el biberón y dejaba caer una gota del líquido sobre su muñeca—. Esta zona del cuerpo es mejor que los dedos para comprobarlo porque suele permanecer a una temperatura estable.

¿Y cómo demonios sabía él tanto sobre niños? Decidí que no importaba. Lo único que quería era el maldito biberón en la boca de Haley, echarla a dormir la siesta y olvidarme de ella hasta que su madre volviese a buscarla.

—Hay que esperar un poco, esto parece lava hirviendo.

James sacudió su muñeca limpiándose la leche con la manga y dejó el biberón de nuevo sobre

la encimera. Tomó de vuelta a Haley de mis brazos y la condenada niña dejó de llorar en cuanto él la acunó. Me sentía dentro de una mala película sobre padres adolescentes.

Espera, voy a borrar eso de mi mente. ¡Reseteo, por favor! ¿Padres adolescentes? ¿Con James? El estrés debido a un largo periodo de tiempo sometida a llantos innecesarios había afectado a mi cerebro.

—¿De verdad la escuchaste llorar desde tu cuarto? —pregunté sentándome en un taburete frente a James, viendo como Haley volvía a poner sus manos sobre su rostro.

—Tenía la ventana abierta —Asintió—. Te vi paseándola por toda la casa a través de los cristales y pensé que podrías necesitar ayuda. Ya ves que se me dan bien los niños.

Mi corazón pinchó involuntariamente. Aquello era un gesto muy bonito. Me ablandé los segundos necesarios para agradecerse.

—Gracias, sí que necesitaba ayuda.

James me sonrió y yo le sonreí también. Él no apartó la mirada y yo tampoco lo hice. El centro de mi estómago se retorció y supe que estábamos teniendo un momento.

Intenté apartar la mirada pero no podía. Sabía que no debía hacerlo pero era superior a lo que realmente quería. ¡Maldición! Me había prometido a mí misma pasar de los chicos, centrarme en mis exámenes y no hacer caso de James y Mason, pero...

El teléfono de mi hermana comenzó a vibrar sobre la mesa con una llamada entrante. Fue justo la distracción que necesitaba. Salté de la banqueta y aparté la mirada de James. De alguna manera esa acción se sintió forzada. Tomé el teléfono en mis manos y fruncí el ceño nada más leer el nombre de quien llamaba en la pantalla.

¿Mr. Petulante?

Igualmente contesté. Con mi hermana no se sabía, podía tratarse de nuestro padre.

—¿Hola?

El silencio fue la única respuesta al otro lado de la línea. Extraño.

—¿Hola, quién es? —Repetí de nuevo—. Si no es nadie colgaré.

Alguien carraspeó al otro lado con nerviosismo. Más extraño aún.

—Yo... Esto... ¿Está Leslie?

Aumentando el nivel de extrañeza a la décima potencia. Conocía esa voz.

—Sí, un segundo. Se ha dejado el teléfono en la cocina. Soy su hermana.

La voz volvió a hablar y esta vez sí reconocí a su dueño.

—¿Mackenzie?

Diablos.

—¿Blake? No, espera, ¿Hunter?

—Eh...

La carcajada se escapó de mis labios sin que pudiera contenerla. James me lanzó una mirada curiosa mientras agarraba el biberón y volvía a tomar la temperatura.

—¡Eres uno de los *horrígenes*!

El chico pareció comenzar a ponerse incómodo.

—Oye, ¿está Les por ahí? Yo quería...

—No, espera, dime quién eres. ¿Blake o Hunter? Dios, soy incapaz de diferenciarlos.

—Yo...

—¡Kenzie! ¡Dame mi teléfono!

Pillándome desprevenida mi hermana entró en la cocina atraída por mis gritos, ya que el tono de mi voz se había incrementado por la emoción de descubrir que era uno de los *horrígenes*.

—Dime primero quien es —Me burlé apartándome antes de que pudiera tomar el aparato de mis manos—. En la pantalla solo ponía Mr. Petulante.

—¿Mr. Petulante? —Escuché quejarse al chico al otro lado de la línea—. ¿En serio me tiene como Mr. Petulante?

Reí más fuerte.

—Supéralo chico —Comencé a decir, pero mi hermana se abalanzó sobre mi arrebatándome finalmente su teléfono y marchándose corriendo al salón—. ¡No me dijiste qué gemelo era! Negué con la cabeza con la sonrisa aun colgando en mis labios y me volví hacia James, quien me observaba con curiosidad. Estaba dándole el biberón a Haley. La temperatura ya debía de haber bajado de lava hirviendo.

—¿Debo preguntar?

—¿Tienes tiempo para escuchar?

Mientras la niña comía le conté a James toda la historia de Leslie durante el fin de semana con nuestro padre, omitiendo los detalles que él ya sabía sobre Mason. No era por nada en especial, pero quería evitar momentos de tensión innecesarios entre nosotros.

Al final él se quedó durante el resto de la tarde, ayudándome con Haley e incluso durmiéndola. Literalmente durmiéndola, porque ella se quedó inmóvil en sus brazos sin querer meterse dentro de la silla y a él no pareció importarle.

Cuando mi madre y la de Haley llegaron a casa nos encontraron a todos en el salón. Leslie viendo la televisión sentada en el suelo mientras tecleaba en su teléfono. James con Haley dormida en su regazo, sentado a mi lado, inclinado sobre un libro de trigonometría e intentando explicarme un problema imposible de comprender.

—Hola James —Saludó mi madre mandándome una mirada de cejas alzadas—. ¿Qué haces aquí?

—Me ha estado ayudando —contesté por él, intentando evitar una conversación de madre cotilla—. Se le dan bien los niños.

—Tengo muchos primos pequeños —Admitió él entregando a Haley a su madre, que se había acercado a ellos silenciosamente—. Mi hermano y yo somos los mayores y nos ha tocado cuidarlos en todas las reuniones familiares.

Miré hacia mi madre y la descubrí con expresión de querer hacer más preguntas. No iba a permitir eso. No era una de esas adolescentes que escondían su vida entera a sus padres, pero tampoco quería que se inmiscuyera en mis asuntos. Con Haley en los brazos de su madre me puse de pies de un salto y sacudí mis manos.

—Bien, él ya se iba. Venga James, te acompaño a la puerta.

—Pero no he terminado de explicarte el ejercicio...

Dios, él era lento cuando quería. O tal vez no, porque cuando lo miré con los ojos entornados una pequeña sonrisa apareció elevando la comisura derecha de sus labios. Se estaba riendo de mí. Peor aún, sabía lo que ocurría entre mi madre y yo y solo quería hacerme pasar un mal rato. Oh, él era malvado.

Gruñí cruzando mis brazos.

—Fuera. Ya.

—¡Kenzie! —me riñó mi madre—. ¿Así tratas a tus invitados cuando te han estado ayudando?

Lancé odio a través de mis ojos hacia James mientras él se levantaba y lo empujé fuera del salón ante la atónita mirada de la madre de Haley. Después de eso y con un poco de suerte nunca volvería a dejarme cuidar de su hija.

—Él no es un invitado mamá. Es una lapa.

Cuando salimos del salón y estuvimos fuera de su vista y oído James inclinó la cabeza para susurrarme.

—Pero tendrás que admitir, una lapa muy sexy.

No lo admití pero sí reí.

Le empujé con más fuerza hasta sacarlo fuera de casa. La noche ya había comenzado y se veían sombras de nubes oscuras en el camino, iluminado por alguna estrella. James se paró frente a mí en la entrada y nuestros ojos volvieron a trabarse.

—Si alguna vez necesitas mi ayuda no tienes que esperar a que yo venga solo, Mackenzie. Siempre puedes llamarme, estoy a unos pasos.

Asentí.

—Gracias, lo tendré en cuenta.

Balanceó la cabeza hacia un lado sopesando mi respuesta.

—¿Gracias? ¿Me paso una tarde entera haciendo de niño y explicándote trigonometría y eso es todo lo que me gano? ¿Gracias? Venga nena, creo que me merezco más.

—No te lo pedí. ¿Qué quieres? ¿Un caramelo? Y no me llames nena.

Su rostro bajó unas pulgadas hacia el mío y las puntas de nuestros zapatos chocaron. Até la respiración dentro de mi garganta. Sus ojos verdes brillaban en una sonrisa.

—Te encanta que te llame nena.

Tragué.

—No.

—Mientes.

Por una milésima de segundo pensé que me besaría. Y por una milésima de segundo también pensé en dejarme besar. Sin embargo eso no paso, y mostrando una fuerza de voluntad mayor a la mía, James se apartó de mí dando un paso hacia atrás. Cuando la distancia volvió a interponerse entre nuestros cuerpos maldije en silencio. ¡Yo iba a pasar de los chicos!

—Nunca te expliqué por qué te llamo chica chicle.

Junte las cejas.

—¿Me lo vas a decir ahora?

—No —Lo imaginaba—. El misterio es lo que me hace atractivo.

No lo pude evitar y reí.

—¿En serio? Pensaba que ser un idiota era lo que te hacía atractivo.

En un visto y no visto James volvía a estar pegado a mí, sorteando la distancia en un rápido paso y bajando de nuevo el rostro hacia el mío, coronado con una sonrisa ganadora.

—Así que por fin lo admites, nena. Tú me encuentras atractivo.

Remarcó cada palabra desde “tú”, enfatizando este con un pequeño golpe en mi hombro.

—Nunca dije lo contrario.

La sonrisa en su rostro no se perdió sino que se transformó en otra, una que no fui capaz de identificar. Su mirada bajó por un momento a mis labios, parándose el tiempo justo para que pudiera notarlo. Luego volvió a mis ojos.

—Buenas noches, Mackenzie.

Acercándose un poco más dejó un beso sobre mi piel, posando sus labios en mi frente. Cerré los ojos con el corazón latiendo a mil ante su repentino e inesperado gesto.

El aire se sintió frío cuando él se apartó.

—Buenas noches, James.

CAPITULO 54

El abrazo

—¿Qué haces aquí?

Mason sonrió recostándose contra mi pupitre, mirando como guardaba los libros en la mochila. El cabello claro caía sobre sus ojos cubriendo las cejas y obligándole a pestañear exageradamente.

Sonriendo de medio lado se inclinó sobre mí. Atrapó la mochila y posándola sobre su hombro comenzó a imitar mi voz agudizando la suya.

—Hola Mason, ¿cómo estás? ¡Me alegra tanto verte en mi clase!

Le saqué la lengua riéndome y comencé a seguirle fuera del aula.

—Tal vez no lo recuerdes, pero nos hemos visto esta mañana —Comencé a decir resueltamente—. Y nos íbamos a ver ahora mismo, cuando nos encontrásemos de vuelta en tu coche para volver a casa.

Mason abrió la puerta del aula para mí, dejándome pasar primero de forma caballerosa. Reajusto las correas de mi mochila sobre su hombro izquierdo, llevando la suya colgada del derecho. Era una proeza divertida de ver ya que ambas mochilas se resbalaban continuamente y él hacía todo lo posible por colocarlas en su lugar. Hubiese pedido tener la mía de vuelta pero la situación era muy cómica y, para qué negarlo, me gustaban esa clase de gestos.

—Me pareció que había pasado demasiado tiempo desde esta mañana y pensé, ¿qué demonios? Al fin y al cabo vamos a pasar nuestro único momento juntos de la semana estudiando. Mejor aprovecharlo al máximo.

Detecté cierto tono de tristeza mal disimulado en Mason, pero en cierto sentido tenía razón. Desde que me había hecho amiga de Melanie y Alia, y especialmente desde el asunto de la carta y dos chicos compitiendo por mí, apenas había pasado tiempo con mi mejor amigo. Tiempo a solas, quiero decir. Exceptuando nuestros viajes en coche, por supuesto. Durante la comida estábamos con Alia y Melanie. Había quedado con ella por las tardes y además me había tocado hacer de canguro. Podríamos quedar el viernes para salir, pero estábamos encerrados en la cita grupal con todos y Jack, así que no había escapatoria.

—¿Qué vamos a estudiar esta tarde, cerebritito? ¿Matemáticas? ¿Inglés?

—Biología. Aún no domino del todo el último tema.

Alcé las cejas acelerando mi paso para poder seguir su ritmo rápido por los pasillos mientras esquivaba a nuestros compañeros.

—Supongo que *conno domino del todo*quieres decir que no sabes situar cada punto y coma. ¡Eres un maldito genio de la biología!

No pudo suprimir la sonrisa a tiempo para que no la viera.

—Se me da bien. Punto.

—Eres un cerebritito. Punto.

—Envidiosa...

—No te imaginas cuánto —Le di la razón arrugando la nariz. A mí se me daban mal absolutamente todas las asignaturas, sin excepción—. Cuando seas un médico famoso podrás auxiliar a la pobre de tu amiga vagabunda que no fue capaz de terminar ni el instituto.

Salimos del edificio y de nuevo Mason abrió la puerta para mí, dejándome pasar primero.

—No sé, no me veo como médico. Me gusta más el trato con las personas. Ya sabes, ser más cercano. Y no seas tan pesimista, por Dios. Seguro que acabas el instituto y entras en la universidad.

—Recuerda tus palabras dentro de cinco años, futuro millonario.

Mason rodó los ojos y terminamos de recorrer el espacio hasta el coche. Dejé nuestras mochilas en los asientos de atrás y nos subimos en los delanteros. Continuamos hablando por el camino sobre los exámenes, que cada vez estaban más cerca, las universidades, el futuro... Siempre supe que Mason conseguiría entrar en la universidad que quisiera mientras yo quizás no entrara en ninguna, pero ahora que lo veía tan cercano era más difícil de asimilar. Imaginarme mi vida sin él en ella... No podía.

Estaba tan absorta en mis pensamientos que lo vi venir tarde.

—Pensé que estudiaríamos en mi casa —dije mirando por la ventana como nos acercábamos a la suya—. No creo poder soportar otra charla de tu padre sobre el mal uso de las nuevas tecnologías mientras tus perros intentan comerme.

—Los perros no comen personas, Mackenzie —Se rio girando hacia el camino de entrada—. Además, mis padres no están en casa.

Se suponía que eso debía tranquilizarme, pero muy lejos de ello solo consiguió ponerme más nerviosa. No tenía sentido, Mason y yo habíamos estado solos en mi casa muchas veces desde que éramos pequeños, pero después de todo el asunto de la lista y los sentimientos la situación se notaba diferente.

Él fue el primero en bajar del coche.

—Vamos, los perros están correteando lejos —Me animó a salir gesticulando con su cabeza—. Baja antes de que me huelan y quieran venir a saludar.

Como si hubiese dicho que había una bomba bajo el coche, salté fuera del asiento del copiloto, tomé mi mochila de la parte de atrás y le seguí dentro de la casa.

Me quedé embobada mirando las nuevas obras de cerámica de su madre, como sucedía siempre que estaba allí, acaramelada con el dulce aroma de la casa y los brillantes colores.

—Vete preparando las cosas en el salón, voy a por algo de comer.

Caminé sola hasta la sala de estar, donde unos sofás mullidos de tela con cojines de ganchillo hacían esquina frente a una chimenea decorativa. Ni televisión, ni teléfono, ni ordenador. A veces me preguntaba cómo Mason pudo sobrevivir en una casa así. Ya sabía la respuesta: quedándose conmigo a ver las series de televisión.

Me dejé caer en uno de los sofás, que resultaban más cómodos de lo que parecían. Tiré mi mochila al suelo sacando el libro de biología. Lo abrí por el último tema y lo dejé a mi lado. También me quité las botas para poder andar descalza sobre la alfombra mullida del suelo y eché mi cazadora a un lado. Estaba volviendo a por el libro cuando la música llegó a mis oídos.

—¿Música para estudiar?

Miré a Mason como si le hubiesen salido dos cabezas. Había aparecido en el salón, pero en lugar de llevar consigo comida como había dicho traía su teléfono móvil con una de esas conocidas canciones de amor. ¿Qué demonios...?

—¿Recuerdas cuando te pedí ir al baile y me dijiste que no?

Oh. Dios. Mío.

Empezaba a sospechar de qué iba todo.

—Más o menos...

Mason avanzó hacia mí quedándose en el centro de la sala.

—¿Y recuerdas cómo me rechazaste?

Tragué saliva.

—¿Más o menos?

—Quiero mostrarte que sé bailar y tal vez así consiga hacerte cambiar de opinión.

Que él supiese bailar o no era lo último que me importaba y ambos lo sabíamos, lo cual me llevaba a preguntarme el porqué de aquella pantomima. Mason lanzó el teléfono sobre el sofá, dejando que la música sonara, y se inclinó sobre su cintura ofreciéndome una mano.

—¿No recuerdas la última vez que bailaste, cuando Leslie se estuvo riendo de ti por una semana? —Intenté hacerle desistir con un recuerdo traumático, pero él no se movió—. Vamos Mase, no hace falta que hagas esto.

Levanto la cabeza, todavía en la misma postura, pidiéndome bailar. Sus ojos dorados encontraron los míos.

—Por favor.

No había forma humanamente posible en la que yo me resistiera a aquel ruego.

Tomando una fuerte respiración traté de asentar la piedra dentro de mi estómago y posé mi mano sobre la suya. Una sonrisa se dibujó en su rostro y sus dedos se envolvieron sobre los míos. Con una fuerza que no concordaba con la música me tiró hacia él, levantándome del sofá con el impulso y haciendo que mi pecho chocara contra el suyo.

Y de paso le pisara un pie.

—Lo siento —susurré mientras dejaba que él manejase mis manos hasta enlazarlas detrás de su cuello—. Soy la cosa más torpe del mundo.

Se trataba de una canción lenta, no íbamos a menear nuestros cuerpos a ritmo de Rock and Roll. Tenía que haberlo pensado antes de dejarme conmovido por sus ruegos y aceptar bailar con él.

Tras dejar mis brazos sujetos sobre sus hombros movió sus manos hasta mis caderas, dejándolas allí por largo tiempo. Comenzó a movernos balanceándonos al compás de la melodía, lenta y tranquilamente.

—Te dije que sabía bailar —habló en voz baja, pero estábamos tan cerca que no me costó trabajo escucharle—. Aquella vez solo estaba intentando hacerte sonreír.

—Sí, porque el idiota de Matt Sanders me había pegado un chicle en el pelo y al día siguiente iba a ir con un peinado horrible a clase —Sonreí al recordar aquello—. Pensé que todos se reirían de mí porque mi madre me cortó el mechón entero.

Mason nos hizo girar en una vuelta de ciento noventa grados y mi agarre se ajustó más sobre su cuello.

—Eso daba igual, estabas guapa llevases el peinado que llevases.

Sentí mis mejillas calentarse y a Mason dándose cuenta de ello, pero ninguno dijo nada. Sus ojos pasaron por mi rostro encendido, mi nariz, mis labios... y de nuevo volvieron a enredarse en mi mirada, sin abandonarla en ningún momento mientras girábamos y nos balanceábamos por la habitación.

Y fue entonces, antes de que la canción acabase, cuando sus labios se acercaron tentativamente a mi oreja y susurró:

—¿Puedo abrazarte?

Contuve el aliento. Mason nunca me había pedido permiso para establecer contacto físico. No, porque él había sido el niño que me hizo cosquillas en el sofá hasta que terminé llorando de la risa el día que mi padre se fue de casa. También fue el niño que cocinó con su madre cuarenta magdalenas de chocolate el día de mi décimo cumpleaños, el niño que me tiraba del pelo cuando algo que hacía le molestaba, el niño que esposó mi muñeca a la suya porque no quería dejarme ir a clase de natación cuando a mí me daba miedo...

Mason siempre estuvo allí para mí sin pedir nada a cambio. Siempre fue mi mejor amigo y sentía que estaba perdiendo incluso aquello.

Por eso finalmente asentí.

El aire escapó de mis pulmones cuando envolvió sus brazos a mí alrededor, posando sus manos arriba en mi espalda, acercándose a él tanto como fue posible. Mi corazón se paró, atascado en el cúmulo de emociones que empezó a estallar dentro de mi pecho. Conmocionada y mareada escondí el rostro en su cuello, apretando mis manos sobre sus hombros hasta atrapar la tela de su camisa entre mis dedos.

Le escuché respirar con fuerza y lentitud y luego sus manos comenzaron a bajar, muy lentamente, desde mis omoplatos a la parte baja de mi espalda. Sentí cada uno de sus dedos plegándose sobre mi piel, acariciando cada milímetro sobre mi ropa y apretándose contra él. Recordé el beso en casa de mi padre, el tacto de sus labios sobre los míos y la sensación de su pelo entre mis dedos.

Sentí las lágrimas picando detrás de mis párpados. Porque era verdad. Porque de alguna manera estaba perdiendo a mi mejor amigo y, fuese para mejor o para peor, no era algo que quisiera ver suceder.

CAPITULO 55

Ya sabes quién te gusta

Pasé el cuello del jersey blanco por mi cabeza y lo dejé caer tapando la cintura de mi falda negra. Aparté los mechones de cabello suelto de la cara y me miré en el espejo. Fruncí el ceño. Me había dejado el flequillo suelto y me molestaba al caer sobre mis ojos de forma incómoda. Tampoco estaba segura de la falda. No las usaba muy a menudo y tenía miedo de ir enseñando el trasero a cada paso que diese.

En mi defensa diré que fue idea de Melanie, no mía. Y creerme, nadie quiere contradecir a una chica que le saca cabeza y media.

—Estás perfecta, deja de gastar el espejo.

Me volví hacia Leslie no demasiado convencida. Ella estaba tirada bocabajo en mi cama jugueteando con su teléfono móvil. Empezaba a considerarlo como una extensión de sus manos.

—¿Y qué hay del flequillo?

—No te preocupes pero eso, a él le encantará.

Caminé hacia el armario con mi ceño todavía fruncido.

—¿A él? —pregunté mientras sacaba unas medias negras transparentes.

—Sí, al chico que te gusta, al que quieres impresionar con esa ropa.

—Yo no quiero impresionar a nadie. Melanie me obligó a usarla.

—Seguro...

Leslie se hizo a un lado para dejarme sitio en la cama y que pudiese colocarme las medias. Cruzó sus piernas al estilo indio y me miró dejando de lado su teléfono por unos segundos. Increíble.

—Es cierto. Ella es la que está emocionada con la cita que en realidad no es una cita sino una salida de amigos. Espero que no acabe asustando a Jack o seremos Alia y yo quienes tendremos que consolarla...

Mi hermana rio y yo me distraje estando a punto de rasgar las medias. Aquella tela era un peligro público número uno. Si no conseguía romperlas antes de terminar de ponérmelas merecería un premio.

—¿Sabes que no soy ni tonta, ni ciega, ni sorda, Kenzie? —comentó Leslie volviendo la mirada vacilante a su teléfono—. Sé que te pasa algo con Mason y con James.

De nuevo casi rompo las medias. Giré el rostro hacia ella a tal velocidad que mi pelo suelto voló conmigo y me dio de pleno en la cara.

—¿Qué sabes tú?

—¿Hola? —Alzó las cejas como si la hubiese insultado—. No sé si lo recuerdas, pero estaba presente cuando os encontré a Mason y a ti en el cuarto después de lo que, apostarí mi ordenador, no era una conversación amistosa...

—¡Leslie!

—... y también he estado el otro día en casa cuando James te ayudó a cuidar de Haley —terminó de hablar pasando completamente de mí—. He visto las miraditas que os echáis el uno al otro.

Me guiñó un ojo sacándome la lengua y codeándome sugestivamente. Mi hermana era un monstruo. ¿Cuándo había dejado de ser una niña para convertirse en una adolescente?

Salté de la cama terminando de colocarme las medias a tiempo de escuchar el timbre de la puerta sonar.

—Ese debe de ser Mason, baja a abrirle por favor —la pedí calzándome las botas a toda prisa.

Leslie lanzó un sonoro suspiro de pereza pero igualmente se levantó.

—Sé que no quieres mi opinión, pero deberías terminar con todo esto cuanto antes. Ya sabes quién te gusta. Se os nota cuando estáis juntos.

Con las mismas mi hermana desapareció fuera de mi habitación para recibir a Mason, dejándome sola y pensativa. ¿Sabía realmente quién me gustaba? ¿A qué chico quería como mi chico?

Mason me miró incrédulo cuando aparecí en salón. Fui tan inocente de creer que Leslie le daría conversación... Pero no, ella estaba demasiado ocupada tecleando en su teléfono móvil. ¡Y ni siquiera me había dicho si el chico era Blake o Hunter!

—¿Estoy soñando o estás usando de verdad una falda? —exclamó alzando las cejas el verme.

Le di un golpe al llegar a su lado.

—Oh, cállate.

—La última vez que te vi así tenías once años y era tu cumpleaños... No, espera, déjame verte mejor. A ver, gira...

Atrapó mi mano con la suya sin que pudiera evitarlo, obligándome a dar una vuelta completa hasta quedar de nuevo cara a cara con él. Sonrió dulcemente y eso me hizo sonreír a mí también.

—Estás muy guapa.

—Gracias.

Tomé mi abrigo y le seguí hacia el coche. El porche de los vecinos estaba iluminado y pude ver perfectamente a James apoyado contra la pared esperando a Jack. Él también me vio e hizo un vago gesto de saludo con la mano. Mordí mi labio inferior antes de devolvérselo y apartar la mirada.

Mason me estaba esperando con la puerta del copiloto abierta para mí.

Sonreí y entré en el coche. Sin embargo por dentro no sonreía. Mi cabeza estaba dando vueltas y más vueltas y sentía mi pecho apretado con angustia.

Leslie tenía razón. Tenía que acabar con todo esto. Tenía que dejar de jugar.

Tenía que hacerlo porque ya sabía de quién estaba realmente enamorada.

CAPITULO 56

Confesiones

—Pensaba que íbamos a salir a cenar, o a tomar algo, o al cine...

Melanie me miró como si fuese la persona más tonta e ingenua del universo. Luego rodeó mis hombros con su brazo atrayéndome hacia ella y me guiñó un ojo.

—¿Te hubiese insistido tanto en usar ropa más decente de haber ido al cine?

—¡Pero es una discoteca! —Me quejé, mirando con miedo hacia la puerta del pub desde la ventanilla del coche—. ¡Ni siquiera llevo zapatos altos!

Alia, que había estado escuchando nuestra conversación mientras tecleaba rápidamente en su teléfono, se giró en el asiento delantero hacia nosotras con los brazos cruzados. A diferencia de mí ellas dos sí iban arregladas. Alia llevaba un vestido oscuro y unos zapatos de vértigo con su cabello negro ondeando en rizos oscuros envidiables. Melanie usaba un pantalón ajustado y una blusa de brillos. No llevaba tacones pero con su altura tampoco le hacían falta.

—Generalmente te diría que las chicas no somos ningún juguete y que tanto con ropa bonita como con chándal estamos preciosas, pero aquí tengo que apoyarte —Se volvió hacia Melanie con sus labios apretados—. Ni siquiera se ha maquillado y todas somos menores de dieciocho. ¿Cómo piensas hacer que entremos en el local?

Mel nos sonrió y no me gustó nada la diversión que había bajo sus ojos.

—Todo tiene solución.

Haciendo caso omiso a mis protestas tiró su bolso sobre mi regazo y encendió la luz del interior del coche de Alia, que estaba aparcado en fila delante del de Mason y detrás del de James. Si alguien se pregunta dónde estaban los chicos, aclararé que mi mejor amigo había ido a sacar dinero al cajero al enterarse de cuál sería el destino de nuestra cita mientras que mi vecino y su hermano entraron a comer algo a un bar ya que Jack no había tenido tiempo de almorzar si quería llegar a tiempo. Nosotras preferimos quedarnos hablando en el coche y escuchando música.

—¿Marrón o negro? —preguntó sacando en un rápido movimiento dos lápices de ojos.

—Eh...

—Marrón —Intervino Alia girando el rostro—. Le va con su color de ojos.

—Marrón será —Asintió ella—. Cierra los ojos K.

—¿K?

Melanie se impacientó, sacudiendo el lapicero delante de mí como una aguja en tic tac.

—K de Kenzie. Y ahora, ojos cerrados.

En un visto y no visto Melanie hizo su magia sobre mí. Sacando maquillaje de su bolso como si este no tuviera fondo, pintó mis labios, retocó mis pestañas, ahumó mi mirada y me convirtió en una Kenzie que podría pasar por una estudiante de universidad en lugar de instituto.

—No se puede hacer nada con los zapatos, pero al menos esto ya está mejor —Sonrió satisfecha pasándome un pañuelo para que retirara el exceso de labial rojo—. Bésalo como si fuera James.

—O Mason —Intervino divertida Alia—. O Brad Pitt, aunque en mi opinión ya se está quedando un poco mayor para nosotras.

Rodé los ojos y tomé el pañuelo, aunque en lugar de besar el papel lo puse entre mis labios y apreté. Me gustaba más esa manera de eliminar parte del pintalabios que la de dar un beso. Luego me volví hacia ellas insegura de nuestra noche.

—Todo esto está muy bien, pero... ¿Qué pasa si nos piden el carnet? ¿Cómo pensáis que nos colaremos dentro del bar?

Alia miró instintivamente a Melanie y esta bajó la mirada a su regazo, comenzando a recoger los productos de belleza con demasiada vehemencia.

—Podemos decir que... Jack es muy buen amigo del dueño —dijo finalmente Mel— Y nos van a colar—añadió por si no había captado el mensaje.

—No lo entiendo —Negué con la cabeza, haciendo una bola al pañuelo de papel entre mis dedos—. Se suponía que necesitabas esta cita para poder conocer mejor a Jack. ¿Cómo es posible que sepas eso?

—¿Él me lo dijo?

Melanie puso su mejor cara de inocencia. No funcionó.

—Está bien, lo admito, he estado hablando con él desde nuestra primera cita.

Si hubiese estado comiendo me hubiese atragantado.

—¿Qué primera cita?

—La que tuvimos el fin de semana pasado, cuando tú te fuiste a casa de tu padre... Resulta que yo también le gusté... Bueno, no exactamente. En realidad estuve molestando tanto a James que aceptó hacer de celestina con su hermano y quedé con Jack el fin de semana. Congeniamos, seguimos hablando y los dos planeamos esto.

Mientras hablaba continuaba con la mirada fija en su regazo y sus mejillas se habían teñido de rosa. Parecía avergonzada por su comportamiento, pero yo estaba demasiado ocupada tratando de unir las piezas sueltas del rompecabezas.

—¿Y para qué hemos quedado hoy? ¡Se supone que era, repito, para que tú y Jack pudieseis conoceros mejor!

Sin embargo fue Alia quien contestó.

—Primero de todo, yo me enteré de esto ayer y también me cabré bastante porque me lo hubiese estado ocultando. Segundo de todo, resulta que esta sí es una especie de cita trampa.

Para el poco tiempo que llevábamos juntas desde que comenzó la noche, había muchas cosas que no me gustaban. Como la palabra cita trampa. Extrañamente sonaba a querer juntar a dos personas. Y extrañamente empezaba a pensar que esas dos personas éramos...

—Digamos que Jack quiere ayudar a su hermanito —Suspiró Melanie, rindiéndose y buscando mi mirada—. Quiere que James tenga una oportunidad final contigo.

Mi boca se abrió en una perfecta "o". ¿Desde cuándo mi vida amorosa se había convertido en una telenovela en la que múltiples personas participaban? ¿Qué era lo siguiente? ¿Alguien convirtiendo mi vida y mi desgraciada situación con la lista en una novela para que personas alrededor del mundo pudiesen leerla?

Alia sintió mi sopor y bajó el volumen de la radio del coche, que en aquellos momentos reproducía una sintonía marchosa. Melanie tomó mis manos entre las suyas y apretó.

—No te enfades. James no sabe nada de esto. A él realmente le gustas, tanto que ha hablado de ti con su hermano. Y Jack sabe que somos amigas así que cuando le dije de cancelar la cita grupal me pidió que no os dijera nada para que siguiera en pie y poder utilizarla como excusa para daros a James y a ti más tiempo de estar juntos. Ya sabes, en una discoteca, con la música, el calor, los bailes sugerentes...

¿Bailes sugerentes? Necesitaba salir del coche y tomar aire fresco.

Abrí la puerta y salí a la calle, donde el aire frío de la noche me dio la bienvenida haciéndome estremecer y agitando el cabello a mi alrededor. Alia y Melanie salieron detrás de mí bordeándome. Me miraban temerosas, lo cual era normal ya que tenía mis ojos fijos en algún punto en el suelo mientras me abrazaba a mí misma rodeándome con los brazos y apretando mis labios en señal de furia.

Oh, sí. Yo estaba enfadada. ¡Aquello era una emboscada en toda regla!

—¿Kenzie? —me llamó Alia con timidez.

No contesté.

—Kenzie, lo siento, debí pensarlo mejor —Empezó a disculparse Mel pero me giré hacia ella callándola.

—¡Sí, debiste pensarlo mejor y habérmelo dicho! ¿No te das cuenta? Esto es una cita arreglada entre James y yo, ¡con Mason delante! ¿Qué se supone que voy a hacer ahora? ¿No estaban las cosas bastante complicadas ya?

Una vez acabé de desahogarme me dejé caer al suelo, sentándome sobre el frío asfalto. Melanie y Alia se agacharon a mi lado. En realidad no estaba enfadada con ellas sino conmigo misma, pero me gustaba tener a alguien que se preocupara por mí y me escuchara, aunque eso ocurriese después de haber metido la pata.

—Nunca quise verme envuelta entre dos chicos... —Me lamenté, hundiendo el rostro entre mis manos.

Alia acarició mi hombro.

—Siempre podemos ir a otro sitio. Seguro que hay alguna película buena en el cine.

Negué. El problema en realidad no eran ellas, el plan o la cita, sino yo. Mason, yo y James. Un triángulo amoroso no congeniaba, nunca lo hacía y nunca lo haría. Estaba en mi mano ponerle fin. Alia me miró confusa, sin entender mi negación.

—Está bien, o podemos seguir adelante con el plan y entrar a la discoteca.

Casi reí por su tono exagerado de desconcierto. *Casi*.

—No es eso chicas, es que... —Saqué la cabeza de mis manos y las miré. A ambas. Tomé aire y cerré los ojos antes de soltarlo—. Me gusta James.

Melanie ladeó la cabeza.

—Sabemos eso, pero... ¿Gustar como gustar, o gustar como...?

—¿Cómo estar enamorada de él? —Le interrumpí forzando una sonrisa, regañándome acto seguido al recordar cómo James odiaba que hiciera eso—. Exactamente como eso.

Los siguientes segundos pasaron en un silencio tenso y calculador. Empezaba realmente a ver mi vida como una novela escrita. O una película. No, borrar eso, no era tan importante. ¡Viva la prepotencia en momentos de pánico! Fue Alia quien rompió el silencio.

—¿Y qué pasa con Mason?

He ahí lo más duro de todo. Suspiré profundamente.

—He estado enamorada de Mason por muchos años y nunca pasó nada. Lo sé, mi culpa, nunca se lo dije, pero desde que pasó todo esto de la lista él tampoco dijo nada. Llegué a gritarle lo que sentía y no obtuve respuesta. Sin embargo ahora, justo cuando empezaba a parecer que podría tener algo con James, se presenta en casa de mi padre a decirme que está enamorado de mí y me besa.

—Y tú le correspondiste —Recuerda Melanie, como si hiciera falta hacerme sentir más culpable.

—¡Pasé media vida enamorada de él! Era como si un sueño se hiciera realidad. Tarde, sí, ¿pero quién puede rechazar un sueño hecho realidad después de tanto tiempo deseándolo? Dios, aún le quiero, pero es mi mejor amigo. Si acabásemos saliendo y luego no funciona, ¿qué? Lo perdería para siempre. Al menos ahora tenemos la oportunidad de arreglar las cosas.

Gruñí cuando acabé y nadie me contestó. Todo esto era tan frustrante... Por eso no podía decidirme. Hiciera lo que hiciera, dijera lo que dijese, alguien acabaría mal. ¿No podía vivir en el mundo arcoíris y que todo fuese felicidad y alegría?

Melanie se incorporó y me tendió una mano para hacer lo mismo. Me dio una sonrisa de compasión antes de hablar.

—Creo que estás dando vueltas y excusándote de por qué vas a rechazar a Mason, olvidándote de la razón más obvia de todas.

Pinchazo en el estómago. Ella tenía razón.

—Rechazo a Mason porque ya no siento por él lo mismo que hace tiempo —dije a

regañadientes con la cabeza gacha.

Melanie no se dio por satisfecha.

—¿Y...? —Presionó.

—Y porque lo que siento por James es mucho más intenso.

Eso sí pareció bastarla porque puso una sonrisa socarrona en su rostro, llena de picardía. Ojalá pudiera sentirme así también. Se agachó para codearme, obligándome a dar un salto lejos de ella.

—¿Y bien? —preguntó alzando las cejas con pillería—. ¿A qué estás esperando para lanzarte a los brazos de tu bombón pelirrojo?

Esa respuesta era fácil, pero dura.

—Porque antes de decirle nada a James, primero tengo que hablar con Mason.

CAPITULO 57

Las cosas se complican más

Entrar en la discoteca fue tan fácil como Melanie lo había planteado. Lo único que hizo falta fue que Jack se acercara al portero y dijese unas pocas palabras. Segundos después estábamos dentro del local.

Desde este momento declaro que quiero un Jack en miniatura que poder meterme en el bolsillo para llevarlo conmigo a todos lados y sacarlo cuando no me dejen entrar en los bares.

El interior del local era grande, con una gran barra ovalada en el centro y la pista de baile rodeándola por todo el lateral, de forma que las personas podían moverse y contonearse a apenas dos metros del lugar donde saciar su sed. La luz tampoco era mala. Oscura, pero con tonos blancos, rosas y verdes que congeniaban, acompañado todo con una puntero láser. Tenían incluso máquina de humo, que dispensaba aquella neblina cada pocos minutos.

—¿Queréis algo de beber? —preguntó guiándonos a la barra.

Mason y yo negamos con la cabeza pero el resto rápidamente asintió. Formamos un grupo de seis personas alrededor de la barra en busca de nuestro espacio. Jack fue el que consiguió captar la atención de uno de los camareros, quien después de intercambiar unas palabras y unos billetes con él colocó sobre la mesa seis vasos de chupitos y dos cervezas.

Rechacé la invitación cuando Melanie me pasó uno de los pequeños vasos de chupito.

—Dije que no bebo —grité a través del gentío.

—¡Vamos K! ¡Uno no te matará!

Rodé los ojos y tomé el vaso. Mason hizo lo mismo. No era que me rindiese pronto, sino que tenía razón: uno no me haría daño. Además, si quería que no me molestasen por el resto de la noche para que bebiese más alcohol lo mejor era aceptar este y dejarlo correr, porque esta noche lo último que necesitaba era estar intoxicada.

Formamos un redondel apretujados, con un círculo invisible mal dibujado en medio. Jack dio la premisa para el brindis y todos levantamos los vasos hacia arriba para luego llevarlos de golpe a la boca.

Debería haber tomado el líquido con más templanza, porque aunque el color se asemejaba al agua, no era agua.

Me puse a toser como una loca.

—¡Es vodka! —chillé entre tos y tos, aclarándome la quemazón de la garganta.

Alia, que se encontraba en circunstancias parecidas a mí, tomó el vaso de mi mano y me miró inquisitiva.

—¿Cómo lo supiste? Pensaba que no bebías.

Busqué con mis ojos a Mason y nuestras miradas se encontraron. Él había escuchado lo que Alia me había preguntado y sin poder aguantarnos rompimos a reír, compartiendo una broma privada y ganándonos miradas curiosas de los presentes. Vodka fue la primera bebida alcohólica que probé, más bien probamos, él y yo en uno de mis cumpleaños.

Mi vida estaba llena de momentos vividos con Mason. Primeras veces que habíamos pasado juntos como esa con el vodka. Era mi mejor amigo y no quería perderle. Haría lo que fuese por conservarle, aunque eso significase dejarlo a él dentro de la zona de amigos... Y a mí.

—¡Hora de bailar!

Con una cerveza en la mano Melanie tiró de mi muñeca hacia la pista de baile, que estaba a apenas medio metro de nosotras. Empezó a moverse contra mí al ritmo de la música sugestiva, subiendo y bajando, insinuándose cómicamente y haciéndome reír. Esa chica no necesitaba alcohol para perder la vergüenza porque carecía de ella. De nuevo, me recordaba tanto a

Leslie...

Tomando un giro repentino mi muñeca fui apresada por una mano, haciéndome girar y quedar de cara a otra persona mientras Alia sustituía mi lugar.

—Enséñame todo lo que tienes, SuperKenzie —susurró Mason cerca de mi oído.

Me aparté de él sonriendo, dejando que sus manos atraparan las mías y me balanceasen. Bailar con Mason era más fácil que con Melanie. Le conocía y no me avergonzaba hacer ninguna tontería delante de él. Se las apañaba para guiarme a través del ritmo y evitar que mis pies pisasen los suyos.

A su lado yo noapestaba tanto bailando.

En el transcurso de la hora siguiente estuve bailando con Alia, con Melanie de nuevo e incluso un poco con Jack. Tal como esperaba, él estaba fuera de su elemento y aunque intentaba hacer todo lo posible por no desanimarnos apenas se limitaba a mover la cabeza hacia los lados y balancear su cuerpo. Realmente triste. Su mayor movimiento era producido por las personas a nuestro alrededor apretujándose entre sí y chocando los unos con los otros. El único que no bailaba era James, quien observaba desde la barra mientras bebía una cerveza.

La discoteca se fue llenando desde que habíamos entrado hasta el punto en el que sabías que el aire que estabas respirando había sido respirado segundos antes por otra persona. Ya, era algo en lo que prefería no pensar mucho.

Sin embargo fue justo gracias a una de esas personas que chocó contra mí que perdí el equilibrio, guiándome fuera de Jack para acabar cayendo en los brazos de Mason de nuevo. Me atrapó por los antebrazos, soltándome solo cuando fui capaz de estabilizarme sola.

—Tu sentido del equilibrio sigue tan perdido como siempre —Se burló acercándose a mí para que pudiera escucharle por encima de la música.

Le propiné un golpe flojo en el brazo como respuesta y eso le hizo reír más. Creí oler alcohol en su aliento, pero tal vez lo había imaginado. No habíamos bebido tanto. Observé sus hoyuelos, que siempre me habían gustado, y la forma en la que sus ojos dorados se achicaban con su sonrisa. Tenía el pelo claro revuelto y pegado a la frente por el sudor, incitándome a colocar una mano sobre él y peinárselo.

Pero eso hubiera quedado fuera de lugar.

Necesitaba hablar con él. Había tomado mi decisión y tenía que decírselo, porque no podía bailar con él durante toda la noche dándole falsas esperanzas. No se suponía que los amigos hicieran eso.

—Mason, tengo que decirte una cosa —Comencé a decir, callándome a mitad de frase al ver su rostro.

Aquella era la peor frase para empezar la conversación.

Mason, tenemos que hablar.

Mason, tengo que decirte una cosa.

Mason, quiero hablar contigo.

¿Qué era lo siguiente? ¿Soltarle de pleno “lo siento, pero me voy con James, seamos amigos”? Lo mínimo era intentar tener un poco de tacto.

Eso estaba pensando cuando él me tomó la delantera leyendo mis pensamientos. Acercó su rostro al mío y sus labios rozaron mi oreja al hablar.

—No quiero escucharlo.

Sentí mi estómago encogerse, pero lo único que se cerró en aquel momento fueron mis ojos. Solo iba a hacer todo más difícil.

Tomé aire separándome de él unos centímetros para poder mirarlo a los ojos. Era mi mejor amigo, la persona que mejor me conocía. Podía hacer esto.

—Mason, no. De verdad que necesito decírtelo.

Giró el rostro hacia un lado.

—Y necesito que me escuches —Añadí posando mis dedos sobre su mejilla obligándolo a girarse de nuevo a mí—. Eres mi mejor amigo.

Una ceja rubia se alzó. No, no me lo iba a poner fácil.

—Pero no quiero ser solo tu mejor amigo, Kenzie. Lo sabes.

El olor a alcohol volvió de nuevo. Definitivamente había bebido. Gemí internamente. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué a mí?

—No me lo hagas más difícil, Mase. Por favor...

Comenzaba a marearme entre la música, el tiempo que llevábamos allí metidos, el calor, toda la gente a nuestro alrededor y los cuerpos chocando unos contra otros. Incluso Melanie se estrelló contra mí mientras giraba en los brazos de Jack.

De un solo movimiento Mason atrapó mi cintura juntándome contra él. Sus labios pasaron lentamente a lo largo de mi mejilla hacia mi oreja, parándose sobre el lóbulo de ésta y logrando que me estremeciera cuando habló. Con él las cosas siempre eran demasiado intensas.

—Quiero que seas mi novia, Kenzie.

Me aparté de su lado prácticamente de un empujón, aunque gracias al revuelo de gente apenas conseguí que fueran unos centímetros y su rostro quedó lo suficientemente cerca del mío para que pudiese escucharme sobre la música. Mis nervios también se habían colmado y aunque en un principio intenté tener tacto, ya no podía. Él lo había querido. Iba a ser directa.

—Me gusta James. Mucho. Creo que estoy enamorada de él.

Así sin más se lo solté.

Su respuesta me descolocó totalmente.

—No.

Abrí los ojos impactada. Tenía que haber escuchado mal., pero no. La seriedad en su mirada y la forma en la que sus dientes se apretaban me decía que estaba en lo correcto. Acababa de decirme que no.

—¿Perdona? —Le exigí apretando mis puños con enfado.

Él no podía decidir sobre mis sentimientos.

—No voy a dejar que Smith te gane tan fácilmente.

Y lo siguiente que supe fue que Mason me besó.

CAPITULO 58

Idiota

Fue un beso rápido. Se limitó a posar sus labios sobre los míos, cerrados con fuerza, sosteniéndome contra él y dejándome noqueada de la impresión. Cuando por fin pude reaccionar coloqué mis manos sobre sus hombros y le di un empujón, alejándole de mí con todas mis fuerzas.

—¿Qué mierdas estás haciendo? —le grité más que enfadada, aunque gracias a la música alta apenas se me escuchó—. ¿No has oído nada de lo que te acabo de decir?

Sin esperar a que contestara aparté los ojos de él para buscar unos que segundos antes habían estado en la barra tomando una cerveza y mirándonos. Como dije, segundos antes, porque ya no estaban. Con el corazón latiendo a mil mientras se hundía dentro de mi pecho comencé a buscar con desesperación entre la multitud, hasta encontrarme con una cabeza pelirroja abriéndose paso bruscamente.

Mierda.

Me volví de nuevo hacia Mason sintiendo las lágrimas de desesperación picar en mis ojos.

—¡Lo has arruinado todo! —le grité desde la rabia sin pararme a pensar en mis palabras. Más tarde habría tiempo de arrepentimientos.

Detrás de Mason todos, Alia, Melanie y Jack, me miraron dejando de bailar y parpadeando hacia nosotros, pero yo estaba lo suficientemente molesta y rabiosa para dejar que mi querido mejor amigo les explicase lo que había sucedido.

Tal vez Mason me llamase. Tal vez Alia, Melanie o Jack lo hicieran, pero yo no les escuché. Sacudí mi pelo en un fuerte golpe al girarme y, del mismo modo que había hecho James, me abrí paso entre la multitud siguiéndole fuera de la discoteca.

Era mi momento de hablar con él.

Fui zarandeándome y cayéndome por el camino hacia la puerta, chocándome con todas las personas que ocupaban el espacio y prácticamente estando a punto de besar el suelo en unas cuantas ocasiones. Cuando llegué a la salida divisé a James entrando en su coche.

Con el corazón acelerado y la respiración agitada por el esfuerzo y el calor que hacía en la discoteca atravesé la calle de una sola carrerilla, directa hacia él. De hecho, fui tan lanzada, sin pararme a pensar en lo que hacía, que no vi llegar al coche. El conductor, muy diferente a mí, frenó a tiempo provocando que las ruedas chirriaran contra el asfalto haciendo un ruido ensordecedor, pero afortunadamente dejándome ilesa.

—¡Mira por donde caminas! —Me gritó con enfado, sacudiendo el puño por la ventanilla.

Dejándome helada de la impresión apenas me moví unos pasos más hacia adelante y dejé espacio para que el coche pasara.

Casi muero.

Por correr detrás de un chico.

Yo era idiota.

James tomó mi brazo y tiró de mí hacia su coche, apartándome definitivamente de la carretera. Buena idea, más vehículos podrían pasar.

—¿Qué mierda, Kenzie? —Me recriminó con notable enfado—. ¡Casi haces que te atropellen! Junté mis labios en una fina línea y aparté la mirada de sus penetrantes ojos avellana. Tomé aire.

—Tenía que hablar contigo.

—¿Sobre qué? Creo que todo quedó bastante... mostrado allí dentro.

Fuerza, Kenzie. Alcé los ojos de vuelta hacia él. No podía mantener esta conversación sin

mirarle.

—De hecho no lo hizo. No hubiese salido corriendo detrás de ti de no ser así.

James me evaluó intensamente, tomándose su tiempo. Finalmente suspiró y se recostó contra su coche con derrota.

—Agradezco que te hayas tomado la molestia de perseguirme para poder rechazarme a la cara, pero no hace falta, Mackenzie. Puedes volver dentro con Carter y...

—¿Eso es lo que piensas? —Le interrumpí repentinamente sorprendida—. ¿Qué te he perseguido y he arriesgado mi vida solo para rechazarte?

Los ojos de James se achicaron sobre los míos. De acuerdo, tal vez *arriesgado mi vida* fuese demasiado.

—¿Por qué otra cosa lo harías? Te vi besándolo.

Dios, él era lento.

—¡Él me besó!

Sin esperar respuesta rodeé el vehículo hacia la puerta del copiloto y me colé dentro esperando por James. Si íbamos a tener esa discusión, no sería en la calle, en frente de todo el mundo y con la posibilidad de que nuestros amigos y su hermano saliesen a contemplar la escena. Gracias, pero no.

—Conduce a algún sitio —Le pedí cuando se subió en el asiento del conductor—. No importa dónde, solo conduce.

Me miró dudoso y con un deje de enfado aun perdurando en su rostro.

—¿Por qué debería hacerlo?

—¿Quieres no ser un idiota, por favor? —Le reclamé rechinando entre dientes y arrancando las llaves de sus manos para encender yo misma el motor—. Ya he tenido suficientes idiotas por un día, gracias.

Frunció el ceño pero finalmente me hizo caso.

Durante la primera parte del trayecto condujo en un completo silencio y yo no hice nada para evitarlo. Me dediqué exclusivamente a navegar entre mis pensamientos y en el horror de lo que acababa de pasar con Mason y cómo solucionarlo mientras mis ojos estudiaban detalladamente a James. Ni siquiera era consciente de en qué dirección íbamos o qué camino tomábamos.

Él fue quien rompió el silencio.

—¿Pretendes desgastarme de tanto mirarme? En serio, me pones nervioso.

Eso era una novedad.

—¿Desde cuándo te molesta ser observado? —comenté con una sonrisa suspicaz y burlona.

No contestó. Continuó conduciendo y eso me hizo volverme a la ventanilla para poder observar el paisaje, pero todo estaba tan oscuro que apenas podía reconocerlo. O tal vez sí...

—¿A dónde vamos?

Esperé que no confirmara mis sospechas.

—A casa —contestó secamente y mi estómago se hundió—. La noche se ha acabado ya, nena.

Si estaba lo suficientemente apacible como para llamarme *nena*, tal vez aún tenía una oportunidad.

—No quiero ir a casa —Renegué como si fuese una niña pequeña.

—Tarde —replicó con un tono que no daba lugar a réplicas—. He tenido bastante por hoy, mirando como tu amiguito y tú bailabais todo el tiempo.

Fue mi turno de fruncir el ceño.

—No bailamos todo el tiempo, también estuve con los demás. Si te has aburrido, que es lo que parece, ha sido culpa tuya por ser tan idiota de quedarte en la barra en lugar de venir con nosotros. ¡Nadie te obligó a auto marginarte!

Me di cuenta demasiado tarde de que estaba gritando. La rabia que había acumulado durante la conversación con Mason seguía dentro de mí y necesitaba ser desfogada de alguna forma.

Los dedos de James se apretaron sobre el volante hasta volverse blanquecinos.

—¿Crees que fue agradable quedarme mirando? Piensa, Kenzie. ¿Qué hubiese pasado si me hubiese acercado a vosotros? ¿Hubieses bailado conmigo estando Mason al lado? ¿O con él estando yo? Has estado incómoda todo el tiempo respecto a esta cita, no quería hacerte las cosas más difíciles.

Apreté los dientes con la boca cerrada, casi chirriando. Maldición, no podía estar molesta con él cuando de pronto soltaba perlas como esa y solo conseguía hacerme quererle más.

Tomé una respiración profunda, tratando de calmarme antes de volver a hablar para no complicar más las cosas, pero cuando fui a hacerlo James redujo drásticamente la velocidad.

Habíamos llegado.

Miré el reloj del coche. Apenas eran las doce de la noche pero no se veía ninguna luz ni en su casa ni en la mía. Necesitaba hablar con él ya.

—James, te seguí porque...

No pude acabar la frase ya que él me dejó con la palabra en la boca, saliendo del coche sin esperar a escuchar lo que tenía que decir. Apreté los puños molesta. ¿A qué venía semejante numerito? Imitándole también salí del coche y le perseguí corriendo detrás de él hacia la puerta de su casa. Le alcancé mientras buscaba su llave.

—¡Tengo que hablar contigo! —le grité en un susurro. No quería despertar a todo el vecindario.

—Otro día, Kenzie. Estoy cansado.

Y una mierda.

Una vez me había lanzado no me iba a dar por vencida tan rápido. Mientras me colaba a toda prisa detrás de James dentro de su casa, por mi cabeza pasó momentáneamente una idea divertida sobre lo asustada que hubiese estado mi yo de hacía un mes de haberse encontrado en una situación parecida, antes de que todo el asunto de la lista pasara. Probablemente siquiera se hubiese atrevido a montar en un coche con James, mucho menos a acosarle como estaba haciendo en aquellos momentos.

James me miró horrorizado cuando la puerta se cerró detrás de mí en un silencioso *click*.

—¿Qué estás haciendo? —Me exigió sin apartar la mirada de mis ojos.

Repentinamente me sentí cohibida. Estábamos en la entrada de su casa, a oscuras, a las doce de la noche. Si su madre se levantara y nos descubriera... Ni siquiera podía pensar en eso. Armándome de valor di un paso más cerca de él.

—Hablar contigo, idiota —Escupí en un susurro lo suficientemente alto para que él escuchara—. Yo no besé a Mason, él me besó a mí.

Ya lo había dicho antes pero sentí la necesidad de recalcarlo. La clave de todo estaba en esa frase, o al menos ese era mi punto de vista. El enfado de James por vernos besándonos podía perderse porque no fue como sus ojos lo vieron.

Sin embargo él no parecía pensar lo mismo.

—Lo que sea, ¿acaso importa quién besó a quién primero?

Abrí los ojos estupefacta. ¡Claro que lo hacía!

—¡Importa!

Por un segundo me olvidé de bajar el tono de voz y tanto James como yo miramos con aprensión hacia las escaleras, guardando silencio durante el tiempo suficiente para cerciorarnos de que no habíamos despertado a su madre. Cuando pareció obvio que la mujer seguía dormida James se volvió hacia mí.

—Lo que importa es que le escogiste a él, ¿vale? Lo entiendo, es tu mejor amigo, tenéis historia. Asunto arreglado.

—Pero...

—No. Déjalo, ¿vale? Bastante horrible es ya que me estés rechazando. Mejor vete a casa.

—Eres idiota.

Me miró como si efectivamente lo fuera, sin comprender.

—¿Qué...?

No le dejé acabar la frase porque esta vez, por fin, fui yo quien le besé.

Atrapé a James por sorpresa, quebrando la distancia que se había interpuesto entre nosotros de un solo y genuino salto. Entrelacé mis brazos alrededor de su cuello con fuerza y brusquedad y tiré de nuestros labios juntos. No fue como con Mason. Yo entreabrí su boca con la mía y saboreé todo lo que James me ofrecía, aún sorprendido pero sin dudar ni un segundo en responderme el beso.

Hubiese sido realmente embarazoso de haberme rechazado.

Sintiendo como sus labios, su boca, su lengua y sus dientes se pegaban contra los míos en un movimiento furioso, apreté mi cuerpo contra el suyo tanto como la física me permitía. Mi respiración se agitó rápidamente y el ritmo de mi corazón subió revolucionándose. Toda la rabia y el enfado que me había costado contener estaban siendo sacados con aquel beso.

Cuando la pasión pareció ralentizarse me separé unos centímetros de él, lo suficiente para poder mirar dentro de sus ojos verdes pero dejando que nuestros labios se rozasen al moverlos.

—No le escogí a él, lo estaba rechazando —susurré dando un mini paso hacia delante, provocando que James se tambaleara—. Te quiero a ti, idiota.

De nuevo volví a besarle, esta vez más suave, más delicado, más tranquilo.

Poco a poco James empezó a reaccionar. Envolvió sus brazos alrededor de mi cintura a la par que me devolvía el beso, estrechándome contra él. Las comisuras de sus labios se elevaron contra las mías.

—¿Lo dices en serio? —preguntó contra mi boca, pero a juzgar por la forma en que me apretaba contra él estaba completamente seguro de ello.

O temía soltarme y que todo se desvaneciera.

Me alejé unos centímetros de sus labios para poder mirarle de nuevo a los ojos. Brillaban en aquella oscuridad.

—No mentiría sobre algo así.

Sonreí.

Él sonrió.

Nos besamos de nuevo.

Y de nuevo.

Y de nuevo.

Cuando quise darme cuenta habíamos estado dando vueltas por toda la entrada, golpeándonos contra las paredes ya que nuestros ojos estaban cerrados y tratando de reír en silencio para no despertar a su madre.

—¿Seguro? —pregunté con duda a James.

Estaba tirando de mi mano hacia arriba de las escaleras. No pensaba en acostarme con él en aquel momento, pero la idea de que su madre se levantara y nos descubriera no me hacía ni un poco de gracia.

—No hagas ruido —susurró en respuesta.

En medio de besos, risas ahogadas, tropiezos y golpes silenciosos, terminamos en el piso de arriba. Envolvió sus brazos a mi alrededor, pegando mi espalda a su pecho y juntando sus manos en mi regazo. Me estremecí al notar su aliento cálido sobre mi cuello.

—Me dices que es cierto pero no termino de creerlo —susurró suavemente, enviando ondas de escalofríos por todo mi cuerpo.

Reí y giré entre sus brazos para encararlo. Me puse de puntillas y mi nariz rozó la suya.

—Créetelo.

—No puedo.

—¿Qué puedo hacer para cambiar eso?

Sus ojos viajaron de los míos a mi boca, tomándose su tiempo degustando la forma de mis labios. Mis mejillas se encendieron, pero no tanto como después de escuchar sus siguientes palabras.

—Despertarme mañana a tu lado sería de gran ayuda.

Abrí mis ojos con susto, sin poder contenerme. Entonces su sonrisa pícaro se transformó delicadamente en una más suave. Destabó su agarre sobre mí para atrapar un mechón de mi cabello y pasarlo detrás de mi oreja. En el momento en el que lo soltó su frente estaba pegada a la mía.

—No es lo que piensas, chica tonta —me susurró en medio de una sonrisa dulce—. Necesito verte por la mañana para no despertar y creer que todo fue un sueño.

Le observé sin parpadear, con el corazón latiendo en mi garganta. Estaba segura de que él podía escucharlo.

—Solamente dormir, Mackenzie. Prometo no intentar nada más.

Solamente dormir. No podía ser malo.

Moví mi cabeza asintiendo casi imperceptiblemente, pero suficiente para que él lo notara. Tomó mi mano con la suya y continuó tirando de mí hasta su habitación. En medio de la oscuridad me guio a su cama y cayó sobre mí, besándome mientras todo se hundía a mi alrededor.

No hicimos nada que fuera más allá de los besos y las caricias. Me besaba, me preguntaba si era real una y otra vez, me abrazaba con fuerza...

Nunca pensé en James, mi idiota vecino de al lado, como algo más que un payaso. Ahora esa faceta era solo una más. Ahora que sus brazos me rodeaban y sus labios me besaban él era alguien más. Alguien más que un idiota.

Era mi idiota.

Me encontraba tan tranquila a su lado que en algún momento entre los besos y los abrazos acabé durmiéndome y él también lo hizo.

¿Cómo lo sé?

Fácil, porque cuando volví a abrir los ojos era de día y aún estábamos abrazados en su cama.

También porque su madre estaba en la puerta mirándonos como si fuésemos un monstruo de seis cabezas.

Ups.

CAPITULO 59

Ave María, ¿dónde me he metido?

Los ojos de la madre de James estaban en completo y total contacto con los míos. Su mirada no decía cosas bonitas, todo lo contrario. Para más horror ella era la clase de madre perfecta que espera la perfección de los demás, pero en aquellos momentos no sabía si tenía ganas de matarme a mí por violar a su hijo, o a su hijo por dormir conmigo. En realidad no había pasado nada, pero ella eso lo desconocía.

Fue cuestión de nano segundos lo que tardé en desperezarme completamente. Mi cuerpo entró en tensión, pero algo fallaba en la escena. James. Seguía dormido. Y abrazado a mí. Su madre carraspeó.

Mordí mi labio inferior con desesperación y empecé a codear a James para que se moviera. Me tenía atrapada de tal forma que no podía salir de sus brazos si él no se levantaba primero. Sin embargo, en lugar de despertarse como era lo esperado, James se quejó en sueños y me apretó más fuerte contra él, hundiendo su cabeza en el hueco de mi cuello.

Mis ojos se salieron de sus órbitas mientras miraba despavorida y, lo admito, un poco aterrada, a su madre. Se veía como si estuviese a punto de gritarme y llamarme fulana.

¿Cómo me había metido en aquella situación?

Porque escuché a James y decidí que dormir a su lado no sería mala idea.

Idiota. Más que idiota. Boba. Tonta. Estúpida. Inconsciente.

Bastaba ya de insultos, lo que necesitaba era hacer algo. Con mis cuerdas vocales negándose a funcionar hice lo único que vi factible: me revolví con todas mis fuerzas dentro de su agarre.

Al principio parecía una buena idea. En aquella situación límite pensé que sería lo mejor que podía hacer. No quedaría otra para James que despertarse.

Bien, lo hizo.

Mal, su madre carraspeó de nuevo al notarlo, llamando su atención.

Horror, se sorprendió y asustó tanto que me tiró al suelo.

—Eh... Hola mamá —Saludó James con voz entrecortada y ronca por el sueño.

Me senté en la alfombra frotándome el codo sobre el que caí y miré a su madre. Una vena le estaba palpitando en el cuello. Tragué saliva y comencé a contar.

Una...

Dos...

Tres...

Cuatro...

Cin...

—¡James Aaron Smith! ¿Qué significa esto? ¡Tienes tres segundos antes de que me presente en casa de su madre o llame a tu padre para volver a hablar sobre el reformatorio!

¿Reformatorio? ¿En casa de mi madre?

—No es lo que parece, solo dormimos.

Muy inteligente, Smith.

—Con ropa, sin hacer nada, mira —Añadió desesperado tirando de su camiseta y pantalones arrugados.

Si continuaba así todo iría encaminado a que probablemente volveríamos a ser vecinos... De reformatorios.

Entonces James hizo lo último que cualquier joven que acaba de ser encontrado por uno de sus padres en el cuarto con una chica debería hacer. Se dejó caer sobre la cama resoplando y diciendo:

—Mierda, si no me crees pregúntaselo a ella. ¿Por qué tienes que ser siempre tan dominante? Ave María, ¿dónde me había metido?

Mi boca se abrió sola al igual que la de su madre, con la diferencia de que en la mía brillaba la incredulidad y en la suya la ira. Si yo hubiera hablado así a mi madre ya estaría castigada para todo el año. Miento, lo hubiese estado solo por el hecho de ser encontrada con un chico durmiendo en mi habitación.

—No me hables así —le dijo con voz severa su madre.

Él volvió a resoplar, seguidamente suspiró y se incorporó en la cama. Me sentía como un espectador inocente observando una escena desde una pantalla de televisor. Ambos habían acabado por obviarme.

—Tengo dieciocho años, merezco un poco de privacidad.

—Vives bajo mi techo.

—Dame unos meses y eso se arreglará. O mejor, llama a mi padre y se arreglaría antes.

—Llámale tú sí tanto quieres hablar con él.

James achicó los ojos. Durante lo que se sintió como una eternidad madre e hijo se miraron intensamente, batallando en silencio entre ellos. Cuando el contacto visual se rompió la atención de ella recayó en mí. No sabía si alegrarme de volver a ser visible.

—Mackenzie, ¿te gustaría desayunar algo?

Eh... ¿Hola?

Recapitulemos. Acababan de pelear como si fuera el fin del mundo por verme en la habitación de su hijo. Ahora me ofrecía el desayuno.

No quería desayunar. Lo que quería hacer era salir de allí lo antes posible y que mi madre no se enterara de lo sucedido.

Todo debió de verse reflejado en mi cara porque James habló por mí.

—Gracias mama, pero creo que Kenzie está algo incómoda en estos momentos.

Le miré alzando las cejas como diciendo, ¿tú crees?.

—Está bien, está bien. Pero si cambias de idea... Estaré en la cocina.

Y susurrando entre dientes, seguramente cosas malas, la madre se fue dejando la puerta de la habitación estratégicamente abierta.

De un solo impulso James se bajó de su cama cayendo con más suavidad que yo a mi lado. Colocó un mechón de mi cabello revuelto detrás de mi oreja y sonrió.

—Bienvenida a mi familia de locos.

—Y yo que pensaba que la mía era extraña —susurré todavía con mis ojos abiertos como platos.

Quería preguntarle por su padre y por ese asunto del reformatorio, pero después del ajetreado despertar decidí que era mejor dejarlo para otro momento más calmado... Uno en el que su madre no nos estuviera escuchando detrás de la puerta. No soy tan idiota, no había escuchado los pasos bajando las escaleras.

—Pareces un corderito, con esa cara de susto —Señaló y luego se levantó de un salto tendiéndome la mano—. Vamos, te acompañaré a casa.

Acepté su mano a regañadientes. El golpe me había dejado las piernas tontas.

—Mejor a la puerta —dije en voz baja para que nadie más me escuchara—. Prefiero que mi madre no te vea... o me vea salir de aquí.

Efectivamente, tal como me supuse, la madre de James estaba apoyada contra la pared al lado de la puerta cuando salimos de la habitación. No podía culparla, la mía hubiese hecho lo mismo... después de tirar a James con la zapatilla y poner una reja a mi puerta y ventana.

Pasé con la cabeza gacha a su lado, mirando fijamente al suelo como si fuese la cosa más interesante del mundo. Casi me caigo por las escaleras gracias a eso, pero era mejor que tener que mirarla a la cara después del paseo de la vergüenza. No respiré tranquila hasta que salimos

fuera de su casa y James cerró la puerta detrás de él.

—Escribí un mensaje a Jack anoche. Melanie habló con Alia y ella llamó a tu madre para cubrirte. Tu coartada es que te quedaste dormida viendo una película en su casa después de una cita desastrosa, aunque probablemente tu madre piense que bebiste demasiado hasta lograr un coma etílico y ella te esté encubriendo.

—Coartada —Repetí lentamente—. Me siento como una criminal.

—¿Tan malo fue dormir conmigo? —Se burló golpeando mi hombro juguetonamente—. No soy el chico malo, ¿sabes?

Di un paso cerca de él, chocando las punteras de nuestros zapatos. Pestañé hacia sus ojos almendrados, más verdes que marrones gracias a la luz de la mañana.

—Los verdaderos chicos malos no saben que lo son.

Inclinó el rostro rozando su nariz con la mía.

—Tonterías. ¿Un chico malo te acariciaría de esta forma?

Su mano se posó sobre mi mejilla y sentí el tacto del dedo pulgar pasando a través de mi mejilla, muy lenta y suavemente. Me estremecí y tuve que morderme el labio para reprimirlo. Él pareció satisfecho.

—No, pero un chico bueno no me seduciría para quedarme en su casa a dormir y ser descubiertos por su madre a la mañana siguiente.

—¿Ahora traté de seducirte? —Estiró la sonrisa en sus labios más fuerte—. No ser el chico malo tampoco me convierte en el bueno, ¿sabes?

No realmente. Odiaba cuando se ponía en modo filosófico.

Tampoco tuve mucho tiempo para pensar sobre ello, porque antes de que me diera cuenta sus labios estaban presionando los míos con fuerza. Ambas manos volaron a mis mejillas apretándome contra él. Mis propias manos se deslizaron a su cintura.

Amaba besar a James. Era dulce, fresco, pasional y...

¡Alerta aliento mañanero!

Me aparté de él antes de que el beso pudiera ir a más y cualquiera de los dos acabase por sentirse incómodo después.

—Tengo que ir a casa —dije echándome unos pasos hacia atrás y mirando hacia el camino de entrada—. ¿Nos vemos...?

—En nuestra próxima cita —Terminó él mismo la frase—. Estate preparada porque podría ser en cualquier momento, nena.

No podía esperar porque sucediera.

—En nuestra próxima cita será —Asentí, y entonces recordé algo—, Aaron.

El rostro de James se arrugó como una pasa. Eso fue divertido.

—Oh, cállate.

Seguro.

—Lo que tú digas, Aaron.

—Kenzie... —me advirtió en tono serio.

Yo solo reí más.

—¿Sí, Aaron?

—En serio, eres odiosa.

Mostré todos mis dientes.

—Lo sé.

—Pero te quiero igual.

¡Boom! Una simple frase y ya me desarmaba. Sonriéndome victorioso se inclinó sobre mí para darme un último beso y se despidió entrando dentro de su casa. ¡Él sí que era odioso!

Estaba muy agradecida de que mis vecinos no tuviesen cámaras de vigilancia, porque de haber

sido así, mi hazaña de regreso a casa podría haber aparecido colgado en un video en internet. Necesitaba volver a casa, pero también necesitaba que mi madre no me viese, ¿y quién sabía si ya estaba despierta? Por eso mismo la táctica que usé para regresar sin ser vista fue la de la serpiente: tirarme al suelo y serpentear por él hasta llegar a las escaleras de mi propio hogar. Fue un milagro que solo mis botas se llenasen de barro.

—¡Hola Kenzie! —Me saludó mi madre cuando entré en la cocina lentamente, tanteando el terreno—. ¿Qué tal te fue con Alia?

No parecía sospechar nada. Plan perfecto, James.

—No recuerdo mucho, me dormí en seguida.

Mi madre dejó una taza de café en la piletta antes de mirarme con media sonrisa. James tenía razón, pensaba que había bebido. Intentando pasar desapercibida tomé un tazón y una cuchara y me senté al lado de mi hermana en la mesa para desayunar. Me estaba sirviendo cereales cuando ella se dirigió a mí, y no precisamente con *unbuenos días*.

—¿No te dieron de desayunar en casa de Alia, Kenzie? —preguntó suspicazmente Leslie.

La miré. Esos ojos burlones, esa sonrisa malvada, ese tono de superioridad... La maldita niña sabía algo. Esperé a que nuestra madre dejara la cocina para inclinarse sobre mí.

—Te vi salir de casa de James y arrastrarte hasta aquí como un cerdito —susurró cerca de mi oído—. ¿Debo felicitarte por algo?

Leslie tenía doce años. ¿Dónde había aprendido a hablar así? Mostrando toda la indiferencia que pude comencé a comer mi desayuno. Saqué mi teléfono móvil para distraerme y hacer algo en lugar de escucharla y entonces fue cuando lo vi.

Cuarenta y cinco llamadas perdidas.

Siete mensajes de texto.

Todos de Mason.

Cerré los ojos y los volví a abrir, pero las llamadas y los mensajes no desaparecieron. No lo hicieron hasta que moví mis dedos sobre la pantalla y los borré todos sin leerlos.

Cuando miré a mi derecha Leslie estaba observándome con curiosidad.

—No preguntes.

Y no lo hizo.

CAPITULO 60

Buenos gestos

Leslie y yo fuimos al supermercado después del desayuno. Me había saltado los últimos sábados de compra y eso se empezaba a notar en las reservas de comida, aunque mi madre últimamente pasaba más tiempo en casa.

Estábamos entrando en el pasillo de los congelados cuando la pelea comenzó.

—Quiero helado de chocolate.

—No está en la lista.

—Pero podemos hacer una excepción. En lugar del pescado compramos helado.

—No, y no insistas.

—¿Por qué no?

—El helado no es sano, el pescado sí.

—Me gusta el chocolate...

—Kenzie, ya basta. No.

Exactamente. Mi hermana pequeña no me dejaba comprar helado porque no era sano. ¿No se suponía que debía de ser, no sé, al revés?

Actuando como una niña pequeña le saqué la lengua y tomé un bote pequeño del delicioso manjar congelado.

—Lo siento Les, pero nada puede interponerse entre el helado y yo. Nacimos para ser uno.

—Eres increíble —Negó ella llevándose una mano a la cara.

Le sonreí de forma burlona, como James hacía muchas veces conmigo.

—Lo sé.

Leslie gruñó y tiró del carrito de la compra cargado de alimentos que estaba manejando. Continuamos nuestro recorrido por la tienda sin más altercados, exceptuando por la zona del café. Por lo visto mi hermana había empezado a tomarlo y le encantaba, lo cual me parecía muy mal. ¡Tenía doce años! Seriamente, algo pasaba con ella desde que entró en la adolescencia: tenía móvil, se empezaba a meter en problemas en el colegio, suspendió un control de matemáticas, besaba a chicos, y ahora... ¡Bebía café! Pero igual que nada nos separaba a mí y al helado de chocolate, nada separaba a Leslie de lo que quería.

—Oye Les...

—¿Sí?

—¿Piensas decirme con que *horrigemete* besaste?

—No.

Suspiré.

—Bueno, había que intentarlo.

—De todos modos es cosa del pasado.

—¿Del pasado? Si fue... la semana pasada.

—Hemos decidido que no es bueno para nosotros, desde que vivimos en sitios diferentes y... Bueno, somos algo así como hermanastros. Papá alucinaría si lo supiera.

—Creo que papá ya ha alucinado bastante contigo... —murmuré más para mí que para ella—. ¿Mamá sigue sin decirte nada sobre la custodia?

El tema de quién se quedaba con nosotras se había convertido en tabú en nuestra casa, pero a pesar de todo ambas sabíamos que continuaba avanzando. A mediados de semana había llegado una carta para nuestra madre de los juzgados, pero por más que la interrogamos no quiso decirnos nada. Pensamos en llamar a nuestro padre pero no sabíamos muy bien qué decirle, así que terminamos por vivir en la completa inopia de lo que sería nuestro futuro.

Cuando finalmente llegamos a la caja cargábamos con otros dos tipos de helado diferentes y cuatro botes de café de diferentes países.

Nuestra madre no iba a dejarnos volver a hacer la compra juntas.

—¡Kenzie! —Me saludó Eric nada más reconocirme mientras metía la compra de una señora mayor en su bolsa—. Hacía mucho que no te veía.

Le sonreí de vuelta sacando los productos del carrito con ayuda de mi hermana.

—Sí, estos últimos sábados se me ha olvidado hacer la compra.

Me sorprendió que él se hubiese dado cuenta de mi ausencia, aunque lo más sorprendente era que hubiésemos sido capaces de sobrevivir sin ir a por comida. Mi madre no solo pasaba más tiempo en casa, sino que tampoco salía mucho por las noches y cuando lo hacía volvía perfectamente sobria. De hecho regresaba feliz. Había comenzado a cocinar y trataba de levantarse antes que nosotras para hacer el desayuno. Era todo muy extraño, como el obligarme a hacer de niñera para una amiga suya.

—¿Y cómo va todo? ¿Se resolvió ya el asunto de la lista?

Mis mejillas se tiñeron de rosa. Agradecí que él despachara a la mujer y se pusiera a cobrar nuestros productos. Teniendo en cuenta que el nombre de Eric aparecía en ella era sumamente vergonzoso hablar de la lista.

—Algo así —Asentí finalmente rebuscando por el monedero en el bolso.

—¿Algo así? —Repitió Leslie de forma sarcástica—. Es lo más alucinante que te ha pasado nunca, Kenzie. Si no fuera por ella ahora mismo no tendrías novio.

Había conseguido encontrar el dichoso monedero justo cuando mi hermana dijo aquello y de los nervios resbaló de mis manos y cayó al suelo. Yo no le había dicho a Leslie exactamente que James fuese mi novio. La niña, además de rebelde, era lista. Qué pena que no usara su ingenio para las matemáticas.

Me agaché torpemente a recogerlo mientras Eric preguntaba sin poder ocultar el asombro en su voz:

—¿Tienes novio?

Maldije a mi hermana por lo bajo mientras volvía a ponerme de pies. La miré fugazmente y... La maldita niña se estaba riendo. ¡Se estaba riendo!

—Algo así —Asentí con mi rostro ardiendo—. Es decir, sí.

La boca de Eric se fue transformando a una gran y enorme sonrisa después de que dijese aquello. Una sonrisa de felicidad. No, de entusiasmo. Estaba feliz y entusiasmado por la noticia.

¿Soy la única en pensar que eso es extraño?

Y entonces habló.

—¡Sabía que Mason y tú acabarías juntos después de todo!

El móvil se cayó de las manos de Leslie.

¿Mason? Las dos nos quedamos en shock tras sus palabras. Yo apenas podía parpadear mientras le miraba fijamente, boquiabierta y procesando la información. ¿Por qué Mason? Eric debió de darse cuenta de que algo iba mal y su sonrisa se fue borrando poco a poco hasta finalmente desaparecer.

—No es Mason... ¿Verdad?

Negué.

No, no lo era.

—Es James —dije finalmente.

El silencio se volvió intenso y pesado después de eso, y Eric el agradable chico medio japonés con acento inglés de la tienda de comestibles comenzó a pasar los alimentos cada vez más rápido hasta acabar de cobrarnos. Leslie tomó el monedero de mis manos y pagó por mí.

¿Por qué pensaba que acabaría con Mason?

No podía salir de allí con la duda. ¿Quién sabría cuando volvería a ver a Eric de nuevo? La última

vez pasó tanto tiempo ausente que la gente pensó que había sido internado en Japón.

Por eso se le pregunté antes de salir de la tienda. Él se encogió de hombros.

—Todo el mundo podía ver que Mason estaba enamorado de ti, o eso parecía. Después de lo que me dijo cuando la lista salió pensé que acabaríais juntos.

James me había dicho más tarde aquella semana que había visto a Mason hablando con Eric, pero nunca le di mayor importancia. Hasta ahora.

Volvía a ser de nuevo mi momento de preguntar y el de Eric de volver a encogerse de hombros.

—Me pidió que no te atosigara. Estaba preocupado por ti.

Pensé en Mason y en las cuarenta y cinco llamadas perdidas y no pude evitar sentirme mal. Él había intercedido por mí sin pedirme nada a cambio, sin mencionármelo siquiera.

Incluso enfadada echaba de menos a mi mejor amigo.

CAPITULO 61

WTF?

Mi día del domingo fue tranquilo en comparación con el agitado viernes. Estuve toda la mañana viendo la televisión con Leslie. Por la tarde James llamó a la puerta uniéndose a la sesión de películas y, por su puesto, besos cada vez que conseguíamos perder a mi hermana de vista.

También tuve noticias de Mason, menos insistentes que el día anterior. Esa vez si leí los mensajes. Básicamente me pedía disculpas por haberme besado. Decía que fue un acto impulsivo porque estaba borracho y que quería hablar conmigo. No lo negaré, yo también quería hablar con él pero no me sentía preparada. Después de las últimas palabras que le grité necesitaba tiempo para encararle de nuevo y pedirle disculpas.

Fue por todo eso que la mañana del lunes me encontraba apoyada contra la puerta de mi casa mirando con nerviosismo la carretera. Me preguntaba si Mason vendría a por mí y, si lo hacía, si montaría en el coche con él.

Siempre habíamos ido juntos al instituto, pero no sabía que podría pasar el día de hoy. No solo habíamos tenido una gran pelea, sino que ahora tenía novio. Un novio con coche que vivía en la casa de enfrente. Un novio que casualmente apareció caminando en el jardín delantero de mi casa rumbo a mi puerta.

Tiré de mis labios hacia arriba cuando llegó a mi lado.

—Buenos días.

—Son buenos ahora que te he visto, nena —Se agachó para darme un casto beso en los labios—. ¿Lista para ir a clase?

Supongo que iría con él después de todo. Tampoco había ninguna señal de que Mason fuese a aparecer.

—¿Ni siquiera saliendo juntos vas a dejar de llamarme nena?

Sentí mis mejillas calentarse cuando él me sonrió descaradamente. Nos había nombrado en plural, como pareja. Nunca me acostumbraría a ello. Sonaba extraño, pero de una forma agradable.

James bajó su rostro hacia el mío de nuevo. Su nariz rozó la mía mientras arrastraba una mano a lo largo de mi brazo. Me estremecí por su toque, todo sin poder apartar mis ojos de los suyos. Con aquella mirada olvidaba donde me encontraba o lo que estaba haciendo. Sus labios rozaron los míos al susurrar.

—Nunca.

Me robó un nuevo beso, este un poco menos tímido que el anterior, y tomó la mochila de mi hombro antes de que me diese cuenta de lo que estaba haciendo.

—¡Oye! —le llamé empezando a caminar detrás de él hacia su coche—. ¡Devuélvemela!

Le escuché reírse y vi cómo se ajustaba la mochila al hombro.

—Generalmente soy del tipo que piensa que las chicas sois tan capaces como nosotros de cargar peso —redujo la velocidad mientras caminaba, tomándose un tiempo antes de seguir con la frase—, pero contigo no.

—¿Conmigo no? —Repetí curiosa.

James frenó y giró la cabeza hacia atrás para mirarme. Sonreía, pero no era burlona. No, esa era una sonrisa que pocas veces veía en James. Una que me encantaba.

—Contigo quiero llevarla.

Yo misma había dejado de caminar. Mi corazón palpitó rápido en el pecho. James podía ser dulce sin proponérselo. Con palabras llanas conseguía acelerar mi pulso.

Ensancho aquella bonita sonrisa y prosiguió su camino hacia el coche. Yo no lo hice. Necesité

mis segundos propios para recomponerme y dejar de suspirar como una niña idiota por su caballeroso y magnífico novio.

—¿Estás mirándome el trasero?

Y luego recordaba que no era tan caballeroso y magnífico como quería imaginar, sino un tonto vecino bromista del que nunca me libraría. Afortunadamente.

—Idiota —murmuré sin ocultar una sonrisa.

Me puse en marcha hacia su coche. Tenía razón, debíamos ir a clase. Aunque pensándolo bien, ya que me había acusado... Nada me prohibía echar un vistazo a su trasero.

Y menudo trasero.

La primera parte del trayecto al instituto estuvimos hablando de cosas banales como nuestra tarde de domingo o por qué no me gustaba ser llamada nena. James se empeñó en asegurar que en realidad me encantaba, al igual que hacerme la ofendida, y por eso siempre le discutía. Tampoco iba a negarlo del todo.

Fue un viaje tranquilo y en algún momento llegué a olvidar mis problemas. Hasta que él me los recordó, y de qué forma...

—Así que... —Comenzó con tacto, arrugando la nariz—. Mason me llamó.

Volví mis ojos y rostro ávidos y en shock hacia él. ¿Qué demonios? Puse con facilidad mi mejor cara de "WTF?". Podría haberme dicho que su madre, la señorita perfecta, quemó el desayuno, o que había recibido una expulsión, inclusive que quemó el instituto, pero... ¿Él hablando con Mason? ¿Mason llamándole a él?

El mundo se había vuelto loco y yo no me había enterado.

—Me dijo que te llevara hoy a clase —Continuó cuando yo fui incapaz de emitir ningún sonido—. Pensó que si seguías enfadada no querrías verle y... Bueno, en el fondo todos sabemos que él y yo hubiésemos empezado una disputa por ver quién se ocupaba de transportarte.

En shock. Seguía en completo y total shock, pero me las arreglé para decir:

—No soy un objeto pesado del que nadie tenga que hacerse cargo.

James apartó los ojos de la carretera el tiempo suficiente para mandarme una mirada seria. Odiaba cuando el chico payaso era el maduro de los dos.

—Kenzie...

Me hundí en mi asiento. Lo sabía, no era momento para bromear sobre yo siendo un objeto o no. Mi mejor amigo y yo estábamos enfadados y él estaba tan desesperado que acabó llamando a mi novio, al cual odiaba y cuyo sentimiento era mutuo, para asegurarse de alguna manera que yo estaba bien. Si alguna vez una chica desea verse en un triángulo amoroso, yo no lo recomiendo, porque absolutamente SIEMPRE acaban mal.

—Siento tener que decirte esto, pero sois amigos. Siempre lo habéis sido. No voy a mentir y decir que esté del todo bien con la idea de vosotros dos juntos después de que él te besara... Pero tampoco estoy bien contigo paseándote con cara de pena por todos lados y mirando la pantalla de tu teléfono como si alguien se hubiese muerto porque no te hablas con tu mejor amigo.

Le miré a través de mis pestañas con arrepentimiento. Él tomó aire y suspiró. Apartó una de las manos del volante y esta voló hacia la mía, apretándola entre sus dedos en acto de confianza.

—Habla con él, ¿vale?

Cerré los ojos y, finalmente, asentí. Un fin de semana sin mi mejor amigo había sido demasiado tiempo. Lo haría, llegaría a clase y hablaría con Mason, porque eso era lo que ambos teníamos que hacer.

Llegamos al instituto con un margen de cinco minutos antes de que empezara la primera clase. Cinco minutos que no dudamos en aprovechar para besarnos en la cabina del coche. Podríamos haberlo hecho fuera, pero dado que ninguno de nuestros compañeros, a excepción de los que

estuvieron en la cita, sabía que él y yo estábamos saliendo, preferimos mantener las miradas curiosas fuera por el momento. Después de todo lo sucedido con la lista quería tranquilidad en mi vida personal.

Sí, dije tranquilidad. Lo sé, eso en realidad no existe.

—No quiero ir a clase —Suspiré contra sus labios.

Estaba inclinada sobre la palanca de cambios, en una postura nada cómoda, pero no me importaba.

—En otro momento no dejaría escapar tal oportunidad y te secuestraría —respondió James apartando el cabello de mis mejillas y escondiéndolo tras mis orejas—, de nuevo. Pero hoy tienes que hablar con Mason.

Gruñí alejándome de él y dejándome caer en el asiento. ¿Por qué tenía que fastidiarme el momento? Quería hablar con Mase, sí, pero eso no quitaba que me pusiese altamente nerviosa.

—¿Te das cuenta que eres tú, precisamente tú, quien me pide que hable con él?

Su nariz se arrugó. Hacía ya tiempo que había deducido que hacía eso cada vez que algo le desconcertaba, confundía o enfadaba.

—No me malinterpretes. Nada me quita las ganas de partirle la cara por haber besado a mi chica.

Rodé los ojos y salí del coche. Tomé mi mochila de los asientos de atrás mientras él hacía lo mismo. A través del aparcamiento lleno de coches caminamos juntos hacia el edificio. James volvió a la carga.

—Pero es en serio. Búscalos, llámalo si hace falta y habla con él.

Suspiré y me giré para encararlo.

—¿Por qué?

No hicieron falta más palabras. James entendió mi pregunta.

—Te lo dije una vez. Creo en el perdón. Somos seres humanos, está en nuestra naturaleza cometer errores. También lo está perdonar.

Abrió la puerta de entrada para mí dejándome pasar, pero yo me quedé mirándolo. Mirándolo como si no fuera el idiota de mi vecino. Mirándolo como lo que era: mi novio, el chico que se preocupaba por mí.

Tomándolo por sorpresa dejé caer mi mochila al suelo y me abalancé sobre él, pasando los brazos alrededor de su cuello y poniéndome de puntillas para besarlo. Escuché un silbido y varios comentarios obscenos y divertidos detrás de mí, pero no me importó porque James Smith, mi novio, estaba abrazándome y devolviéndome el beso con el mismo ímpetu que yo usé.

No podía quererle más.

CAPITULO 62

Reto aceptado

A nadie le gusta ser interrumpida mientras se está besando con su pareja, es un hecho mundialmente conocido. No necesitas haber tenido novio o novia para saberlo, ¿cierto? Bien, entonces alguien debería hablar con la profesora Silvia y aclararle este punto de mi parte. Gracias.

James se separó de mí de un salto cuando una voz carraspeó detrás de nosotros, dejando que el aire frío fluyera a nuestro alrededor.

La profesora Silvia esperaba con los brazos cruzados y una sonrisa de prepotencia en su rostro.
—Hola chicos, ¿ocupados?

No, si te parece estábamos contando ovejas.

Me llevé el dorso de la mano a los labios mientras James se adecentaba la camisa y bajaba la cabeza en gesto de inclinación hacia ella.

—¿Necesita algo, profesora?

La sonrisa de Silvia se ensanchó.

—Así que tratándome de usted, señor Smith —murmuró con los dientes apretados, claramente conteniendo la risa—. ¿Qué le parecería despejar el pasillo para que los demás estudiantes puedan entrar por la puerta?

Mis mejillas se sonrojaron e hice mi mayor intento de seriedad, tratando con todas mis fuerzas de no usar mi pelo como escudo y ocultar el rostro con él. Los dos habíamos sido atrapados. Los ojos de Silvia avanzaron hacia mí, pero apenas duraron los segundos suficientes hasta que James habló.

—Este es un país libre, Silvia. ¡Tengo mi derecho a ocupar el pasillo! Las protestas de amor no deberían ser obstaculizadas por la autoridad.

Resistí un impulso de pegarle un tortazo a mi novio en la cabeza.

¿Oísteis? ¡Dije novio!

La profesora apretó los labios, no sabía si conteniendo una sonrisa o, al igual que yo, las ganas de pegarle. Miró a James con suficiencia.

—También podría mandaros a la oficina del director por dar muestras de afecto en público.

No contento con eso, James contraatacó.

—¿Acaso querer está prohibido?

Dios, iba a matarle. Qué vergüenza...

—No, pero si tenemos en cuenta que la sirena ya ha tocado y llegaréis tarde a vuestras clases...

Silvia tenía su punto. El problema era que James no era capaz de verlo y mientras que estar a su lado era divertido, ser enviada a detención no lo era tanto. Me aparté de la puerta y tiré de la manga de su chaqueta antes de que decidiera decir alguna sandez y la cosa se pusiera más turbia.

—Lo sentimos, ya íbamos a clase —Me disculpé mirando a la profesora con mi mejor cara de niña buena.

Silvia me evaluó detenidamente. Sus ojos permanecieron en mi cara por largos segundos. Seguramente fue menos tiempo, pero cuando alguien te mira fijamente todo parece ralentizarse. Finalmente asintió y dio un paso hacia atrás para dejarnos pasar.

Apreté mi agarre sobre el material de la chaqueta de James y nos obligué a los dos a caminar dentro del edificio, rumbo a nuestras clases. Pensaba que nos habíamos librado de Silvia hasta que la escuché gritar detrás de nosotros.

—¡Endereza a ese muchacho, Sullivan! —Y por si no fuera poco tuvo lo desfachatez de añadir

más—. Te felicito chica, ¡conseguiste a tu plan D!

Mi instituto estaba lleno de gente demente. ¿Qué desayunaban en sus casas? ¿Esencia de locura?

Continué tirando de James con las mejillas encendidas, sin mirar atrás, hasta que desaparecimos en uno de los solitarios pasillos del instituto. Estaba preparándome para despedirme y dirigirme a mi clase cuando James se deshizo de mi agarre, sustituyéndolo por uno en el que él sujetaba mi muñeca, y tiró de mi cuerpo contra la pared.

Mi mochila dio contra las taquillas produciendo un ruido ensordecedor, pero rápidamente pasó a segundo lugar cuando el rostro de James quedó peligrosamente cerca del mío.

—Tiene razón, ¿sabes? —susurró haciendo cosquillas en mis labios con los suyos—. Conseguiste a tu plan D... y yo conseguí ser tu plan A.

Miré la profundidad de sus ojos avellana, ese color que tanto me fascinaba porque no era ni verde ni marrón sino una mezcla de ambos. En aquellos momentos era oscuro y brillaba lleno de diversión. Esencia de James cien por cien.

—¿Conseguiste? Eso suena a ser propiedad de, y yo no soy propiedad de nadie.

La diversión aumentó más en su mirada.

—¿Es eso un reto, Sullivan? Entonces deberías saber... —Su rostro se acercó a mí y justo cuando pensé que iba a besarme cambió la dirección hacia el sur, dejando un pequeño y electrizante beso en mi clavícula—. Deberías saber que me encantan los retos.

Ahugué un jadeo cuando sus labios avanzaron por la línea de mi clavícula a mi cuello, subiendo despacio por él hasta llegar a mi oído.

—Reto aceptado, chica chicle.

Estaba luchando desesperadamente contra él. Mi cerebro estaba luchando desesperadamente contra él. Necesitaba reivindicar la importancia de no ser propiedad de nadie, porque yo no lo era. Entonces James apartó sus labios de mi oído y los dirigió a mi boca, besándome con la misma avidez que usó segundos antes en la puerta del edificio. Cuando se separó posó su frente contra la mía y su mano abandonó mi muñeca para acariciar mi mejilla.

Sonrió, esta vez sin prepotencia, y susurró:

—Seré tuyo, Mackenzie Sullivan.

CAPITULO 63

Tú lo dijiste

—¡Cuidado!

El aviso llegó demasiado tarde. Antes de que pudiera apartar los ojos de mi teléfono terminé chocando contra una fría y dura pared que me lanzó de rebote hacia el suelo. Cerré los ojos conteniendo un grito de dolor cuando mi espalda chocó contra las baldosas.

—¿Estás bien? —preguntó la pared.

Asentí. Estaba adolorida pero seguía viva.

Un momento. ¿Desde cuándo las paredes hablaban? ¿Y desde cuándo me ofrecían una mano para ayudar a levantar?

Tomé aquella mano como ayuda mientras mis ojos se paseaban a lo largo de nuestros brazos unidos hacia un cuerpo alto, atlético y masculino.

Oh, hola Derek. Gracias por la ayuda. Sí, eso fue lo que probablemente debería haber salido de mi boca. Más bien lo hizo el silencio.

—Se te cayó el teléfono —Señaló Derek cuando ya estuve de pies, agachándose para recuperarlo del suelo.

—Gracias —susurré cuando el objeto fue puesto de vuelta en mis manos.

Miré la pantalla aún encendida. El nombre de Mason brillaba en ella. Le había estado llamando desde que llegué al instituto, pero no me había contestado.

Mason había, literalmente, desaparecido del planeta. O por lo menos del instituto. Pasé toda la mañana buscándolo, esperándolo en la puerta de sus clases hasta llegar tarde a las mías y corriendo nada más sonaba la sirena para encontrarle, pero no hubo manera. Ni siquiera a la hora del almuerzo, cuando me reuní con Alia y Melanie. Al menos allí supe que ellas sí le habían visto, pero que él apenas las había saludado.

Una mano pasó haciendo círculos por delante de mi cara. Miré a Derek con la confusión reflejada en mi rostro. Por lo visto me había estado hablando.

—¿Estás segura que no tienes ninguna contusión o...? —Comenzó a preguntar, pero una voz nos interrumpió.

—Qué rápido aprendes, Sullivan. Hace nada escuché que salías con Smith, pero ahora veo que a tu plan A también te lo intentas ligar.

Apreté con fuerza el móvil en la mano, conteniéndome para no lanzarme sobre Jane la petulante. ¿Era solo yo, o en aquellos momentos su voz me resultaba extremadamente chillona?

Intenté obviarla y volverme hacia Derek, pero no había hecho más que abrir la boca para decirle que estaba bien cuando Jane se colocó a mi lado y posó su mano sobre mi hombro. Después tendría que quemar esa camiseta y lavar bien mi oreja, porque se inclinó sobre ella para susurrarme.

—Sin embargo este está un poco fuera de tu liga, ¿no crees?

Sentí mis mejillas ardiendo de vergüenza. ¿Cómo se atrevía? ¿No podía ser más descarada? ¡El chico se encontraba delante de nosotras! Y sí, estaba fuera de mi liga, pero por razones totalmente diferentes a las que insinuaba.

Giré el rostro con enfado hacia ella, dispuesta a encararla, pero de nuevo fui interrumpida antes de hablar.

—Si quieres molestar puedes irte a otro lado —Gruñó Derek en su dirección.

¡Bien hecho, Anderson! Eso te da un punto positivo.

La mano sobre mi hombro se apartó. Si no habían pasado más de diez segundos tal vez pudiese

salvar la camiseta.

Forcé una sonrisa falsa en mi rostro y, con mi mejor voz de niña buena, susurré en el oído de Jane:

—Adiós, perra.

Dicho eso agarré con fuerza el asa de la mochila sobre mi hombro y salí casi corriendo por el pasillo, lanzándole una mirada de disculpas y agradecimiento a Derek.

Mi corazón golpeaba a mil por hora cuando atravesé las puertas hacia fuera del edificio. Tenía ganas de vomitar de la emoción. ¡Había llamado perra a Jane Tyler a la cara! Oh, Dios mío. ¡Qué bien me sentía!

Estaba sonriendo de oreja a oreja, atravesando el aparcamiento, cuando lo vi.

Mason.

No fue exactamente que lo viese, sino que, continuando con mi tradición de llevarme personas por delante, me choqué contra él. Sus brazos rodearon rápidamente los míos, sosteniéndome antes de que cayese al suelo.

Los segundos parecieron detenerse mientras mi corazón bombeaba cada vez más rápido. Mi mejor amigo, por fin delante de mí, y me había quedado sin palabras. Sus ojos me miraban con una mezcla de emociones indescriptibles. Los segundos finalmente terminaron de pasar y su mirada abandonó la mía, culminando con sus manos liberando mis brazos una vez me estabilicé. Su cabeza giró en dirección opuesta a la mía y comenzó a alejarse de mí sin mediar palabra.

Instintivamente lo agarré de la chaqueta frenándolo y obligándolo a permanecer en el sitio. Toda emoción creada por haber insultado a Jane Tyler a la cara quedó reducida a cenizas. No entendía la reacción de Mason.

—Mase, lo siento —le dije después de comprobar que no se iba a mover—. No debí gritarte el otro día.

Esperé, pero sus ojos no se movieron a los míos. Tampoco intentó salir de mi agarre.

—Mason, por favor... —supliqué empezando a sentirme incómoda por el ambiente creado entre los dos.

Sentí los músculos de sus brazos tensarse bajo mi agarre.

—No hay nada que sentir, Mackenzie —habló finalmente, en un tono tan frío que un escalofrío me recorrió el cuerpo—. Estás con Smith, lo escogiste a él, ya no hay nada que hablar.

Parpadeé llena de confusión y angustia. Precisamente por eso nos quedaban muchas cosas por hablar.

No lo entendía. Él había llamado a James para asegurarse de que estaba bien, de que alguien me llevaba a clase. Incluso me había enviado montones de mensajes de disculpas. Entonces, ¿a qué se debía su repentina frialdad?

—Mase...

—Te vi hoy besándote con Smith en el pasillo.

Oh, a eso. Mis manos comenzaron a temblar y apreté el agarre con más fuerza para calmarme. Lo estaba perdiendo y no quería.

—Dijiste que no dejaríamos de ser amigos —susurré con voz débil.

Sus ojos se elevaron hasta encontrarse con los míos.

—No, Mackenzie. Tú lo dijiste, no yo.

No, no, no, no. Aquello no podía estar pasando. Mi mejor amigo no podía estar rompiendo nuestra amistad por un chico.

Dio un tirón de su brazo consiguiendo soltar mi mano de su chaqueta.

—Ya no tendré que molestarme en volver a pedirte ir al baile contigo, ¿no? —Sonrió de forma triste y petulante—. Que te vaya bien, Mackenzie.

Y después se fue, dejándome sola en la calle.

CAPITULO 64

Venganza

Los números se juntaban, separaban y transformaban en la libreta ante mis ojos. Malditas matemáticas y maldita mala concentración. Mareada, levanté la mirada para encontrarme con Alia concentrada en sus propios ejercicios. Estábamos sentadas en el suelo del salón con los libros esparcidos a nuestro alrededor. A su lado Melanie zarandeaba un lapicero de lado a lado con la vista perdida en el horizonte. Casi podía dibujar corazoncitos a su alrededor y nubes de pensamiento con el nombre de Jack escrito en ellas.

Era injusto, yo debería estar igual que ella, dibujando mis propios corazones con flechas atravesándolos y un montón de letras que formasen el nombre de James. Pero no era así. ¿Por qué no era así? ¡Por Mason! ¡Por Mason y por su estúpida reacción!

No le dije lo que sentía por él durante mucho tiempo para no perderlo, y al final nuestra amistad se iba a romper porque quise seguir manteniéndola y elegí a James en su lugar. ¿Cuán incongruente puede ser eso? ¡E injusto!

Pero no, el señor está cargado de todas las razones del mundo. Repentinamente resulta que él también me quería, ¡y me lo dice ahora! ¡Cuando tuvo un siglo de tiempo para aclararse! Incluso James lo supo antes que él.

Pues sí, había escogido a Smith después de todo. ¡Pero Mason no tenía derecho a echarme nada en cara! Puede que James fuese un payaso, un inmaduro (seriamente, a esta edad, ¿quién no lo es?), un sinvergüenza, un idiota... Pero desde que pasó lo de la lista estuvo ahí en todo momento. Fue franco desde un inicio, diciéndome que le gustaba. Me hizo sentir deseada de una forma que nadie nunca había conseguido.

No, no me hizo. Me hace. Porque cada vez que me besa, cada vez que me mira, siento lo mucho que me quiere, lo mucho que le gusto.

Pues felicidades, Mason, pero yo no iba a ser la que volviese arrastrándose para pedir perdón. Lo había intentado y, ¿sabes qué? Me hiciste sentir como si me hubiesen dado una bofetada en toda la cara. ¿Estabas celoso? Pincha el dedo y chupa la sangre, patán insensible que no se merece ni uno solo de mis pensamientos. Imbécil, tonto, asqueroso, cínico...

Diablos, ¿a quién quería engañar? Le echaba terriblemente de menos.

La madre de Alia apareció en el salón. Era una copia de su hija en versión más alta y adulta.

—Voy a salir a comprar comida para la cena, ¿queréis que os traiga algo?

—Estamos servidas aquí, no te preocupes —Negó Alia sin apartar la vista de sus apuntes.

—Aunque no diría que no a unas buenas galletas con chispas de chocolate —Añadió Mel dándole un codazo—. Ninguna lo diríamos.

Sonreí. Chocolate era algo que no me vendría nada mal en aquellos momentos. La madre de Alia rodó los ojos pero también sonrió. Tomó el bolso y el abrigo del perchero cercano a la puerta y se despidió de nosotras al salir de la casa.

No pasaron ni diez segundos antes de que Melanie se pusiese en pie.

—Bien, nos han dejado solas. Ya sabéis lo que toca, ¿no?

La miré desconcertada. ¿Estudiar? Alia suspiró y dejó caer el lapicero sobre el suelo. Estudiar no era. ¿Comer? ¿Cocinar? ¿Ver la televisión?

—No vamos a hacerlo —Negó la morena cruzando sus brazos—. Podemos meternos en un lío si nos atrapan.

¿Quemar los apuntes? ¿La casa? Estaba completamente perdida.

—Corrección, chica —Se burló Mel atrapando mi mano y obligándome a incorporarme a su lado—. Tú te meterás en un lío y yo me reiré.

Alia bufó pero terminó por ponerse también de pies. Tenía la sensación de que si no preguntaba no me iban a decir nada.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Vaciar el alcohol de la bodega?

Los ojos de Melanie centellearon con rebeldía hacia mí.

—No, algo mucho peor...

Ese algo era, en efecto, mucho peor que beber alcohol o quemar los apuntes: fuimos a registrar la habitación de Jane la perra.

Jane la perra. Me gusta como suena. Soy creativa cuando me lo propongo.

El cuarto se encontraba en la planta de arriba. A diferencia del de Alia, este no estaba ordenado. Un cúmulo de ropa se cernía sobre la colcha rosa, el suelo y el escritorio, a la par que diversos productos de maquillaje o artículos para el cabello. Melanie investigaba dentro de los cajones de una cómoda mientras Alia miraba con curiosidad el desastre de escritorio. Por mi parte yo permanecía parada en medio de la habitación. Me sentía en territorio comanche.

—La semana pasada me desapareció una camiseta del armario —comentó Alia tomando una prenda azul que había debajo de una libreta—. Estaba segura de que fue ella.

—¿Y por qué no entraste antes a averiguarlo? —inquirió Mel agachándose para curiosear dentro de una caja llena de papeles—. Seriamente Al, odio tener que ser yo la que te lleve siempre al lado oscuro.

—No me llames Al, sabes que lo odio.

—Paparruchas, Jack también odia que le llame J pero lo sigo haciendo igualmente. Deberías probar a llamar a James Jem, Kenzie. Seguro que le saca de quicio.

Preferí obviar el comentario. En su lugar observé a Alia moverse alrededor del cuarto y a Mel leer aquellos papeles con el entrecejo fruncido mientras me balanceaba de un lado a otro sobre mis pies con nerviosismo. ¿Y si Jane regresaba a la casa y nos encontraba en su cuarto? ¡Aquella mañana le había llamado perra a la cara! No quería ni pensar en las múltiples y diabólicas maneras que tendría para hacérmelas pagar.

—Tal vez deberíamos regresar al salón a estudiar —Propuse intentando ser la voz de la razón—. Esto no está bien.

—No vas a decir eso cuando veas esto —murmuró Melanie, pero lo hizo tan bajo que por un momento creí haberlo imaginado.

Alia, que estaba más cerca de ella, caminó curiosa a su lado. Ambas miraron la primera de las hojas que Melanie sostenía en sus manos. El color abandonó las mejillas previamente sonrosadas de Alia antes de que sus ojos volvieran a mí.

—No tenía ni idea de esto, Kenzie.

Rápidamente toda mi concentración se precipitó de forma abrupta hacia la hoja que Melanie sostenía en sus manos. Era grande, con cuadritos azules y un corazón de tinta negra garabateado por detrás.

Todo a mí alrededor se ralentizó mientras avanzaba a zancadas hacia ellas y aquel trozo de papel, o más bien, aquel folio, entraba en mi rango de visión.

—Si lo hubiera sabido antes... —hablaba Alia detrás de mí, pero apenas la escuchaba.

De un tirón arrebaté a Melanie el folio de sus manos y lo miré con incredulidad. Allí estaba, escrito con el mismo bolígrafo negro que utilicé aquel día. La lista.

Mi lista.

Y no era ninguna fotocopia.

Una mano se posó sobre mi hombro. Aparté los ojos de la hoja para encontrarme con los azules de Melanie mirándome profundamente. Me acordé de tomar aire cuando su mirada segura me acogió.

—Esto se merece una venganza. Una venganza estilo Melanie Stuart.

CAPITULO 65

Una palabra, cuatro letras

No pensaba llevar a cabo ninguna venganza contra Jane. Sí, en aquellos momentos la detestaba, pero no solo porque ella hubiese sido quien esparció mi lista por todo el instituto. No me gustaba lo que hizo. Consiguió hacerme daño y se comportó como lo que era: una auténtica perra. Sin embargo...

No estaría saliendo con James si no fuera por la lista.

Tampoco estaría enfada con Mason. Aunque eso significaría que aún no le habría dicho lo que sentía por él.

También seguiría babeando por Derek sin saber que a él le gustaban los mismos chicos que a mí.

Y Eric... No, con Eric todo seguiría igual.

Mirase por donde mirase, lo de la lista al final no había sido algo tan malo. Así intenté explicárselo a Mel, pero cuando finalmente salí de casa de Alia tuve la sensación de no haberla convencido del todo.

A la mañana siguiente, en el instituto, alguien había forzado sospechosamente la taquilla de Jane para verter zumo radiactivo por todos sus apuntes. Cuando pregunté a Melanie argumentó que mucha gente odiaba a Jane y que ella no tuvo nada que ver. Sin embargo el miércoles comprobé cómo Jane Tyler se dirigía a la enfermería por un chicle que alguien, accidentalmente, había pegado en su pelo. Melanie volvió a negar haber sido ella, igual que el jueves cuando la vimos paseándose con la ropa llena de barro, como si alguien le hubiese salpicado con el coche.

Sin embargo lo peor llegó el viernes. Deprimida por haber estado casi una semana sin hablarme con mi mejor amigo, esperaba a James al lado de la puerta de salida del instituto para que me llevase a casa. Estaba apoyada contra la pared cuando Jane Tyler pasó corriendo a mi lado, sin mirar apenas por donde caminaba, y con la cara anegada en lágrimas.

Eso me pareció sospechoso. Tendría que hablar con Melanie.

—Hola, preciosa —Me sonrió James recogiendo mi mochila y dándome un beso suave en los labios—. ¿Tardé mucho?

Negué con la cabeza.

—¿Preciosa? ¿Qué ha pasado con nena?

Una sonrisa burlona se ensanchó en sus labios mientras me habría la puerta para pasar.

—Sabía que te gustaba que te llamase nena, nena.

Rodé los ojos y pasé por delante de él, rumbo a su coche. El suelo estaba mojado por la reciente lluvia y todo olía a humedad. Apreté la chaqueta con fuerza por el frío. Seguía pensando en Jane Tyler y la forma en la que salió llorando. Nunca la había visto así, siempre pensé que era de la clase de chicas que ocultaban los sentimientos que las hacían parecer débiles.

Estábamos camino a casa cuando James bajó el sonido de la radio y me miró con seriedad.

—A ver, ¿qué ocurre?

Volví mi cabeza hacia él, repentinamente nerviosa porque pusiese más empeño en mi rostro que en la carretera. Después de una semana viajando en coche con él ya debería confiar en su buen manejo del volante, pero no era así. Especialmente cuando se empeñaba en evitar descaradamente los límites de velocidad.

—Nada.

Soltó una mano del volante para rascarse la barbilla. Mala señal.

—Esta es una de esas veces en las que las chicas decís que no pasa nada pero en realidad el mundo se está quemando en el infierno, ¿verdad?

Reí sin poder evitarlo. James era todo un adivino. Suspiré y apoyé la cabeza contra el asiento. No me apetecía contarle los detalles de Jane y la lista, eso era algo que prefería dejar atrás. La lista, quiero decir. Ocurrió, no podría borrarlo nunca y, sinceramente, tampoco quería. Era mejor dejar las cosas como estaban, por eso solo le conté lo que vi mientras le esperaba.

—¿Por qué te preocupa tanto haberla visto llorando? —inquirió medio sorprendido, girando una curva a demasiada velocidad—. No sois amigas.

Apreté mis pies contra el suelo como si estuviese pisando un freno invisible. Los viajes en coche con James eran demasiado para mis nervios.

—Dios no lo quiera —murmuré pensando en la idea de Jane Tyler y yo como BFF—. Pero nunca la vi así y... No sé, me sorprendió.

Noté como una pequeña sonrisa se extendía en sus labios, muy diminuta. Luego murmuró algo como “demasiado buena”, lo cual no tenía sentido. Mis verdaderos intereses eran puramente egoístas: no quería sentirme culpable porque Melanie le hubiese hecho algo por mí.

—Creo que sé por qué estaba llorando —dijo James en voz alta, justo cuando estábamos entrando en nuestro barrio—. Estaba en clase hablando con Eric Abbot y bueno, ya sabes que ese chico se entera de todos los cotilleos antes que cualquier persona en este planeta.

—¿Y...? —Le apresuré impaciente.

La sonrisa duró poco tiempo más en el rostro de James, sustituida por un gesto agrio.

—Por lo visto se ha extendido el rumor de que se acostó con el profesor de gimnasia, aquel guaperas que llegó sustituyendo a la embarazada, y ahora el director quiere hablar con ella y sus padres.

Madres, pensé sin decirlo en voz alta. Jane tiene madres. Pero aquel era un dato sin importancia después de lo que acababa de escuchar.

—Pero... ¿Es mentira, no?

James aparcó el coche delante de su casa y se quitó el cinturón de seguridad. Me miró de una forma que consiguió hundir mi estómago.

—Por lo visto no. El profesor ya ha sido expulsado.

Oh, mierda. Ahora sí que tenía que hablar con Melanie, y muy seriamente.

Salimos del coche y James continuó acompañándome todo el camino a mi casa. Desde aquella mañana en que su madre me había encontrado en su cuarto no había vuelto a atreverme a entrar. Era zona vetada. Seguía sin superar la vergüenza al recordarlo.

—Cuando la realidad supera a la ficción —Suspiró James una vez llegamos a mi casa.

No contesté. Por una vez en mi vida, sentía pena de Jane Tyler.

James dejó mi mochila en el suelo y se acercó a mí, atrapando mi cuerpo entre la pared cerca de la puerta y el suyo propio.

Fui rápidamente consciente de la forma en la que sus brazos envolvían mi cintura atrayéndome hacia él.

—He pensado mucho en una cosa —susurró con sus labios muy cerca de mi oreja, mandándome escalofríos—. Tiene cuatro letras y nos incluye a ti y a mí.

¿Cuatro letras? ¿Él y yo? Mi mente empezó a trabajar a toda velocidad llegando a una sola conclusión.

Sus labios trazaron un camino desde el lóbulo de mi oreja al nacimiento del cuello y de nuevo de vuelta a ella para susurrar otra palabra más.

—Solos.

Tragué saliva. Era inocente, pero no tanto: cuatro letras, un chico y una chica, solos.

Sexo.

Su rostro se volvió contra el mío dejando un profundo y paralizante beso en mis labios. Mis

piernas temblaron haciendo que sostenerme en pie fuese complicado, no sabía si por el beso o por lo que James acababa de decirme.

La puerta de casa se abrió de golpe logrando que nos separásemos. La cabeza de mi hermana se asomó curiosa por ella.

—Tengo hambre, ¿y mi cena?

Parpadeé metida dentro de mi propia nube de atontamiento. ¿Cena?

James tomó el relevo por mí.

—¿No tienes edad suficiente para cocinar tu propia comida?

Leslie hizo algo que empezaba a ser muy común en ella. Bajó sus ojos azules lentamente hacia sus pies y luego de vuelta a su rostro, examinándolo por completo. Finalmente ladeó la cabeza y habló.

—¿Y tú no eres el que pegó un preservativo a mi hermana en la espalda hace años?

Mataría a esa niña. Sacando uno de los momentos más humillantes de mi vida a relucir, ¿en qué pensaba?

James soltó una fuerte carcajada.

—*Touché.*

Leslie nos volvió a mirar, suspiró y entró dentro de casa. Comencé a apartarme de James para seguirla cuando él sostuvo mi muñeca, acercándose de nuevo a su lado y llenando mi boca con un rápido y feroz beso. Cuando se separó sus ojos se trabaron en los míos mirándome fijamente.

—No te olvides, Kenzie. Cuatro letras, tú y yo solos. Cita. Ya es hora de que tengamos una. ¿Qué te parece mañana?

Oh, vaya...

Quiero decir... ¡Mi primera cita con James!

CAPITULO 66

Primera cita

—¿Qué estás buscando en mi armario?

Me giré sobresaltada hacia mi madre con un vestido rojo en la mano. Había sido atrapada infraganti mientras saqueaba su ropero.

—¿Kenzie? ¿Ese es mi vestido de fiesta?

Me mordí el labio con nerviosismo e instintivamente me regañé a mí misma. ¿Cómo podría besar a James si no hacía más que masacrarme los labios? Miré el vestido en mi mano y suspiré. Hubiese preferido tener que ahorrarme aquella charla, pero ya no había vuelta atrás.

—Hoy tengo una cita —Confesé.

No sé por qué esperaba aplausos, gritos de alegría y cohetes por parte de mi madre, ya que en lugar de eso se acercó a mí y me arrebató el vestido de las manos.

—Bien, pero este vestido lo necesito yo —Bajó su rostro al mío y me sonrió con suficiencia—. También tengo una cita.

Salió de la habitación dejándome estupefacta delante de las puertas de su armario. ¿Desde cuándo mi madre tenía citas? No había salido seriamente con ningún hombre desde que se fue nuestro padre. ¿Por qué de repente lo hacía?

Frustrada, volví a meter la cabeza dentro del ropero para buscar otro vestido. Si me paraba a pensarlo, en realidad tenía sentido. Estos últimos días mi madre había estado muy feliz. Había cocinado, limpiado, hecho la compra, preguntado por la escuela, vuelto a casa pronto... Me pegué un tortazo en la cabeza causándome dolor. ¿Cómo no me había dado cuenta antes?

Estaba colocándome la chaqueta cuando llamaron a al timbre. Miré el reloj, pero aún faltaban diez minutos para mi cita con James. Sin embargo no me quedó más remedio que precipitarme escaleras abajo cuando escuché a mi hermana decir:

—Hola pelirrojo, ¿no llegas un poco pronto?

Iba a matar a esa niña.

Cuando llegué al último escalón mi cabello se había desprendido de las horquillas, pegándose a mi brillo labial y estropeando el esfuerzo que había empleado en verme guapa. Sin embargo, dada la mirada con la que James me escaneó el cuerpo completo, él no pensó lo mismo.

—Hola —Le saludé esforzándome por dejar atrás mi timidez, terminando de hacer mi camino hacia él.

James tomó mi mano terminándome de acercar a él y la elevó haciéndome girar para ver mi conjunto. Ni siquiera había conseguido encontrar un vestido adecuado, me había puesto una blusa blanca con unos vaqueros oscuros pegados a la pierna, pero a él no pareció importarle.

—Preciosa —Susurró una vez nuestros ojos volvieron a conectarse.

Sentí mis mejillas calentándose.

Alguien hizo ruidos de arcadas a nuestro lado.

—Adolescentes —Gruñó Leslie antes de que volvieran a llamar a la puerta y tuviese que volver a abrir.

James aprovechó el momento para posar su dedo índice en mis labios y borrar el brillo. Sonrió y me acercó más a él.

—Así mejor —susurró antes de besarme.

—¿No podéis esperar a estar fuera para hacer eso? —Nos interrumpió Leslie, separando nuestros cuerpos con sus brazos y pasando por medio de ambos—. ¡Mamá, es para ti!

Me volví hacia la puerta mientras escuchaba a mi madre taconear bajando las escaleras. En ella había un hombre mayor, de unos cincuenta años. Era alto, vestido de traje y con un ramo de

flores en las manos. Apostaba a que era guapo para su edad, pero personalmente yo le hubiera quitado el bigote.

—Tom, llegas pronto —Saludó mi madre pasando por delante de sus hijas como si estas no existieran, recogiendo su bolso y abrigo del perchero cerca de la puerta.

El tal Tom miró un momento hacia nosotros para luego volverse hacia ella.

—¿Hice mal?

Mamá negó y sonrió. Se abotonó el abrigo y tomó las flores en las manos.

—Para nada, tenía ganas de ir ya a ese restaurante.

Se dispuso a salir por la puerta, y como si de pronto recordara que tenía hijas, se giró hacia nosotras y nos habló.

—Portaros bien, volveré tarde.

Después la puerta se cerró detrás de ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó James después de que ninguna de las dos dijésemos nada.

Leslie y yo nos miramos, miramos a James, y luego otra vez entre nosotras.

—Bigotudo Tom se ha llevado a mamá —dijo finalmente mi hermana.

James se echó a reír ganándose una mirada reprobadora de mi parte.

—Muy buena, Les —La felicitó alzando la mano para que chocara.

—Lo sé —Admitió ella. Acto seguido colocó su mano en nuestras espaldas y tiró de nosotros fuera de la casa—. Ahora iros fuera, he de hacer unas llamadas.

Alcé las cejas no muy segura de cómo sonaba eso.

—¿Llamadas a quién? —Entonces se me ocurrió—. ¿Hunter? ¿Blake?

De un empujón más Leslie consiguió echarme fuera de mi propia casa. Me miró como si me hubiesen salido repentinamente dos cabezas.

—No, idiota. Te dije que lo mío con él se había acabado.

—¿Con cuál de ellos?

La puerta se cerró en mis narices sin de obtener contestación. ¡Maldita niña! ¡Al final me quedaría sin saberlo!

—¡Y no quemes la casa! —Le grité antes de seguir a James dentro de su coche.

James no me quiso decir a dónde me llevaba en todo el camino. Dijo que iba a ser una sorpresa y eso me ponía de los nervios. Las sorpresas me gustaban, pero cuando se trata de James Smith no sabías que podría ocurrir. Por esa razón cuando aparcamos en frente de una concurrida cafetería no pude hacer más que sorprenderme.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté curiosa siguiéndole hacia el establecimiento.

James me frenó antes de entrar y, al igual que había hecho primero quitando mi labial, esta vez retiró las horquillas de mi pelo dejando que cayera suelto sobre mis hombros.

—Me gusta cómo estás al natural, sin maquillaje —Me sonrió acariciando mi mejilla de la que apartaba la última de las horquillas.

Bonito, pero eso no respondía mi pregunta. Como si lo notara, agregó:

—Este es el Odisea, el bar donde Jack trabajaba antes de hacerse empresario. Los sábados tienen noche de micrófono abierto y algunos universitarios de la zona vienen a leer historias y poemas. He pensado que... Bueno, como te gusta escribir y todo eso, tal vez esto también te gustaría.

Miré al interior del local a través de los cristales. Era amplio, con iluminación tenue y un escenario vacío al fondo.

—¿Cómo sabes que me gusta escribir? —pregunté volviéndome hacia él.

James se encogió de hombros, pero debajo de aquella actitud fresca pude apreciar cierto nerviosismo. Mi corazón se agitó. ¡No podía creérmelo! ¡Él intentaba impresionarme!

—Trabajas en el periódico escolar, simplemente lo supuse.

Me tomé un momento para volver a observar el interior del local. El nerviosismo de James

aumentaba por segundos, hasta que finalmente explotó.

—Di algo, Kenzie.

Podría haberle hecho sufrir más, pero lo cierto era que tenía razón. Me lancé hacia él abrazándolo y plantándole un gran beso en los labios.

—Me encanta.

La tensión desapareció de los hombros de James y me devolvió el abrazo con fuerza. Continuábamos besándonos cuando alguien tosió detrás de nosotros interrumpiendo.

—¿Vais a entrar? —preguntó una voz irritada—. Estáis en medio de la puerta.

Con la cara ardiendo nos apartamos para dejar pasar a la pareja. Sin poder contener la risa entramos detrás de ellos. ¿Por qué James siempre conseguía meterme en problemas? Me guió hacia la parte más cercana del escenario, donde había una mesa con el cartel de reservado. Eso también me sorprendió. Se había tomado la molestia de preparar la cita con antelación.

Una camarera se acercó a nosotros. Era guapa, con el pelo rubio claro y las puntas teñidas de rosa. Llevaba una camiseta negra con las mangas rotas y unos vaqueros llenos de agujeros. Se veía espectacular. Mi estómago se comprimió cuando sonrió al ver a James.

—¡Mini Jack! —le dijo revolviendo su cabello—. ¿Cuánto hace que no venías por aquí?

¿Mini Jack? Tal vez no tuviese nada por lo que preocuparme. Por otro lado, fue el turno de James de volverse color rojo, y gracias a su tonalidad de cabello no era algo fácil de ocultar.

—Hola, Jess —Saludó él de forma educada, buscando mi mirada con la suya—. Ella es Kenzie.

Jess se volvió hacia mí sin perder la enorme sonrisa. Sus ojos brillaron cuando me vieron. Ahora que la veía de cerca, podía decir que la chica tenía cuatro o cinco años más que nosotros.

—Encantada de conocerte, Kenzie —Se agachó a mi lado tendiéndome una mano y susurró—. ¿Eres su chica?

Empecé a abrir la boca para decir que no era la chica de nadie, pero luego me acordé de las palabras de James el otro día en el instituto y no pude evitar contestar:

—Sí, lo soy.

Lancé una mirada fugaz a James. Había alzado las cejas y estaba sonriendo.

—¡Fantástico! —chilló ella demasiado alto, sobresaltando a las personas que ocupaban la mesa de al lado—. Espero que seas capaz de encarrilarle, la última vez que supe de él era porque Jack tenía que ir a sacarle de...

—¿Qué te parece si nos traes dos cafés? —Le interrumpió James antes de que continuara con lo que parecía una divertida y embarazosa historia.

Jess le miró y achicó los ojos lentamente.

—Lo entiendo... ¡Dos cafés marchando!

Reí cuando James se desplomó en la silla con aspecto abatido. Era divertido verle así, lejos de su prepotencia natural. Le hacía parecer más un chico normal y menos el payaso bromista de mi vecino.

—Vaya, Jess es... Intensa —comenté iniciando un tema de conversación.

—No tienes ni idea —renegó arrugando la nariz.

Me gustaba que arrugase la nariz.

—¿De dónde tenía que sacarte tu hermano? —pregunté antes de poder detenerme—. Quiero decir, no tienes que decírmelo...

—No, no pasa nada —Negó tomando la carta de bebidas y jugando con ella—. Me habían castigado en el instituto y ninguno de mis padres podía ir.

Inmediatamente después me arrepentí de preguntar. Los padres de James, hasta donde yo sabía, se habían separado al igual que los míos. Sin embargo ocurrió mucho tiempo antes y no tenía ni idea de qué pasó.

—Lo siento —susurré.

James apartó los ojos del papel hacia mí sin comprender.

—¿Por qué?

Señor, ¿no podía simplemente permanecer callada y punto? Parecía que cada cosa que decía se convertía en algo que no debería haber dicho. Me revolví inquieta en el sitio.

—Por... Por lo de tus padres —Titubeé mirando con incomodidad mis manos—. Sé lo que es que estén separados y eso.

Repentinamente su mano atrapó la mía por encima de la mesa. Cuando levanté los ojos él me estaba sonriendo.

—No tienes que disculparte por eso, Mackenzie. No es culpa tuya.

Asentí.

—Sí, ni tuya.

Su mano abandonó la mía. ¿Había vuelto a decir de nuevo algo inapropiado?

Nerviosa por estar estropeando mi primera cita, me giré en la silla para tomar el móvil de mi chaqueta cuando mi mano chocó contra algo duro, o más bien alguien. Jess y los cafés.

Tiré la bandeja al suelo creando un gran estruendo que llamó la atención de todos los presentes. Mi rostro comenzó a arder y mordí involuntariamente mi labio con fuerza causándome una pequeña herida.

Genial, empezaba bien la cita. Sí, señor.

CAPITULO 67

Eres un desastre

—Lo siento mucho.

Me disculpé saliendo de mi asiento para ayudar a Jess a recoger. Sentía las miradas de varias personas a nuestro alrededor. ¿Era solo yo o la temperatura del local había aumentado? Mientras recogíamos la luz del escenario se iluminó y alguien comenzó a hablar, iniciando la noche de micrófono abierto.

—No pasa nada, traeré otro par de cafés en seguida —Me tranquilizó Jess con una sonrisa.

Me senté de nuevo en la silla y hundí mi cabeza en mis manos. Cuando moví los dedos para mirar a través de las rendijas que dejaban descubrí a James con sus ojos clavados en mí. No parecía enfadado.

—¿La gente ha dejado ya de mirar? —le pregunté en un susurro.

Paseó su mirada vacilante a nuestro alrededor. Después se inclinó sobre la mesa y habló en mi oído.

—Sí, pero francamente, me extrañaría que alguien quisiera dejar de mirarte.

Yo metiendo la pata todo el tiempo durante la cita y él diciéndome cosas bonitas. Miremos lo positivo: ya no podía ir peor, ¿verdad? Hasta que elevé el rostro para mirarle mejor y mi cabeza chocó con fuerza contra la suya.

Ya, Mackenzie, para la próxima no hables.

—¡Ay! —Me quejé frotándome la frente y ganándome unas cuantas miradas recriminatorias—. Lo siento...

James también tenía una mano en la frente. ¿Era posible que siguiese metiendo la pata? No, espera. No dije nada. No quise decir nada. Seguro que era posible. ¿Escuchaste, Murphy? Claro que meteré más la pata. Soy Kenzie, eso no se pone en duda.

Dos nuevos cafés se colocaron en nuestra mesa. Esta vez Jess se encargó acercarse por el lado de James. Cuando se fue observé por el rabillo del ojo como él comenzó a mover su silla para situarse a mi lado en lugar de frente a mí. Su mano tomó la mía y la apartó de mi cara. La había puesto allí sin haberme dado cuenta.

—Oye, no pasa nada —me susurró cerca del oído, erizando el vello de mi piel.

James había notado mi incomodidad. Era todo un completo desastre. Cuando empecé a hablar no era capaz de encontrar las palabras.

—Es que... Yo no... Y tú...

—Kenzie, no pasa nada —Repitió tomando con fuerza mi mano y obligándome a mirarle.

Vi sus ojos verdosos cerca de los míos, observándome fijamente, tranquilos. Suspiré.

—No hago más que fastidiarlo todo. Tú me traes aquí y yo meto la pata una vez tras otra, sin dar marcha atrás. Y cuando parece que no puede ir peor... ¡Boom! Ahí estoy yo para demostrar que no es así.

Una pequeña sonrisa tiró de las comisuras de sus labios. Eché mi cabeza hacia atrás achicando mis ojos sobre él. ¿Mi torpeza le hacía gracia?

—Lo sé —Admitió tirando de mi mano para volver a acercarme a él—. Sabía a qué me enfrentaba saliendo contigo. Eres un desastre, pero eso forma parte de tu encanto, nena.

Lo miré, realmente lo miré. Mi vecino, el chico payaso de la clase, el bromista que colocó aquel preservativo en mi espalda años atrás... Ya no estaba allí. Delante de mí, mirándome como si fuese la chica más bonita que hubiese visto, con su atención plena en mí, sin importarle las tazas de café que tirara al suelo o los cabezazos que le diese, estaba mi novio. Hiciese lo que hiciese, James seguía allí para mí.

Tomándole por sorpresa agarré el cuello de su camisa con mis manos y tiré de ella hacia mí, dándole un profundo y lento beso en los labios. Abrí los ojos segundos antes de separarnos, deleitándome en la cercanía de nuestros rostros juntos.

—Disfrutemos ahora de la función, ¿te parece? —pregunté.

Y él asintió.

El espectáculo fue mucho mejor que el inicio de la cita. Aquellos universitarios eran bastante buenos, aunque no lograba entender del todo a los que leían poseía. Me gustaban los poemas, pero no estaba segura de captar su trasfondo. Prefería los textos narrativos, donde la mayoría venía ya explicado. Todo el local olía a café, cálido y energizante

James pidió unos pasteles de chocolate que prácticamente me comí yo sola. Debería guardar la compostura y comer poquito y despacio en una primera cita, pero... ¿Quién demonios es capaz de hacer eso? ¡Porque yo no lamí el plato de milagro!

Jess nos guiñó un ojo cuando la noche acabó y nos fuimos. James esperó a hablar hasta que estuvimos dentro del coche.

—Así que... ¿Eres mi chica? Eso le dijiste a Jess antes, ¿no?

Lo fulminé con la mirada.

—Oh, cállate.

Se volvió en el asiento del conductor para mirarme más de cerca. La sonrisa burlona colgaba de sus labios.

—Vamos, nena. No me hagas rogarte.

Habíamos llegado a un punto donde ya no me molestaba porque me llamase nena.

—¿Rogarte?

Su mirada se profundizó en mí.

—Te quiero, Mackenzie. Estoy tonta, idiota y locamente enamorado de ti.

Así de sencillo, tan rápido y con tan pocas palabras, James consiguió que mi corazón comenzase a latir desbocado. Los segundos parecieron congelarse entre nosotros hasta que él rompió la distancia que nos separaba juntando sus labios a los míos y atrayéndome en un beso suave y delicado mientras su mano acunaba mi mejilla.

Lentamente el beso fue cambiando de ritmo. Mis labios, concretamente, fueron cambiando de ritmo. Empecé a ir más rápido, a atrapar la carne con mis dientes, a respirar agitadamente y a necesitar menos aire entre nosotros.

Maniobrando como pude salí de mi asiento, agradeciendo estar llevando pantalones cuando me senté sobre el regazo de James con sus manos en mi cintura y mis brazos rodeando su cuello.

La sangre bombeaba a toda velocidad por mi cuerpo. Hundí mis dedos en su pelo, notando las finas hebras a través de mi piel. Sus manos sobrepasaron la barrera de la tela, metiéndose dentro de mi camisa. Jadeé por el frío contacto.

James fue el primero en romper el beso, separándose unos centímetros de mí. Mi boca se fue con él y tuvo que poner una mano sobre mis hombros para echarme hacia atrás. Nuestras respiraciones se unían juntas y agitadas. Fuera los espejos del coche se habían empañado.

—Deberíamos... deberíamos parar —susurró en un tono apenas audible, trabado por la necesidad de aire.

Asentí, pero mi cuerpo finalmente venció a su mano y me incliné hacia adelante volviendo a besarle.

—Deberíamos —susurré contra sus labios.

—Deberíamos —Repitió él sin apartarse. Sus dos manos volviendo de nuevo a clavarse en la piel de mi cintura—. Maldición, Kenzie...

Estábamos volviendo a un beso acalorado cuando alguien golpeó el cristal del coche. Me separé

de James alarmada. Al volver a mi asiento me encontré con la cara de Jess pegada al cristal. La ventanilla se bajó y ella nos habló.

—¿Haciendo cochinas dentro de un auto? —Se burló alzando las cejas—. Muy mal, chicos.

—Jess... —Comenzó a advertirla James en voz baja.

—A saber qué habría pasado si en lugar de aparecer yo aparece un policía.

—Jess...

—¿Cómo de bien te suenan los cargos por alteración del orden público?

—Mierda, Jess. Te juro que como no te calles la boca...

—Fue un placer conocerte hoy, Kenzie —Le interrumpió la chica guiñándome un ojo—. Intenta peinarte antes de llegar a casa, y tu subirte la bragueta, mini Jack.

Oh, Dios mío.

Comencé a atusarme el cabello nada más se alejó, mirando de reojo a James para comprobar el asunto de la bragueta... Que, por supuesto, ya estaba cerrada.

—¿Disfrutando de las vistas, nena?

Alcé los ojos de la entrepierna de James a su rostro. Diablos, debería aprender a ser más disimulada.

—Quizás deberíamos volver a casa —comenté cambiando de tema y abrochándome el cinturón de seguridad.

—¿Obtendré mi beso de buenas noches?

Lo miré y sonreí.

—¿Solamente uno? Mejor todos los que quieras.

El camino a casa fue tranquilo. James escogió la música ya que, según él, mi gusto pop era demasiado pop. ¿Qué sentido tenía eso? El viaje duró demasiado poco. Tenía ganas de seguir pasando tiempo con James, y realmente lo habría hecho de no ser por la sorpresa que me esperaba a la puerta de casa.

—¿Qué demonios...? —Comencé a preguntar soltándome el cinturón y bajándome rápidamente del coche.

James apareció a mi lado mirando con la misma incredulidad.

Todo estaba intacto y como siempre, a excepción del camión de bomberos, el coche de policía y los dos agentes municipales que se encontraban frente a mi casa. ¿Alguien duda acaso que pasó? Porque tiene doce años y yo la llamo Leslie.

CAPITULO 68

Revelaciones

El lunes siguiente caminaba por los pasillos con mi mente todavía en mi hermana pequeña. ¿Cómo un ser de apenas doce años podía meterse en tantos problemas? Cuando James y yo llegamos a casa lo primero que hice fue asustarme de que algo malo hubiese pasado. Entonces hablé con los policías y el miedo cambió a enfado.

Resulta que Leslie y sus amigos habían intentado destilar alcohol en casa. Un tal Jordan llevó un mechero y mientras los demás miraban mi hermana acercó un vaso lleno de vodka. Al final el juego se les fue de las manos: el alcohol comenzó a arder, como era de esperar, y Leslie se asustó lanzando el vaso ardiendo, que fue a caer al lado de las cortinas y estas se prendieron.

El fuego no pasó a mayores porque al estar en el baño entre todos consiguieron dirigir el agua del lavamanos a la ventana y apagarlo, pero para entonces los bomberos ya habían sido avisados por la madre de James y los policías se habían acercado al ver el espectáculo.

El resultado final fue una baja de cortinas y Leslie castigada de por vida. Al menos las autoridades fueron indulgentes con nosotras, aunque algo tenía que ver con que el tal Jordan fuese justamente el hijo del alcalde. ¿Con qué clase de gente empezaba a juntarse mi hermana? Porque ese Jordan no me gustaba nada de nada, si iba por la vida cargando mecheros y haciendo que pobres niñas sujetasen vasos de alcohol llameantes.

¿A quién quería engañar? Seguramente la idea fue de mi hermana.

—¡A ti te estaba buscando! —grité cuando divisé a Melanie y a Alia en la puerta de la clase.

Melanie me sonrió recostándose contra la pared y apartando un mechón de cabello rubio de sus ojos.

—Hola, Kenzie. ¿No hace un día maravilloso? Los pájaros cantan, las nubes se levantan, que sí, que no, ¿se prendieron las cortinas de tu habitación? Lo siento, pero con baño no rimaba.

Bufé cruzando los brazos sobre mi pecho. Gracias, Les. Ahora tendría bromita hasta final de curso.

—Mi hermana pequeña y su nuevo novio son unos malditos pirómanos —Me quejé negando con la cabeza—. Pero eso no era de lo que quería hablar.

—¿Tal vez del examen de trigonometría? —inquirió Alia levantando la cabeza de uno de sus libros—. Cada vez está más cerca, y aún no me ha respondido ninguna universidad.

Genial, a mí tampoco, pero no era de eso de lo que quería hablar. Intentando poner mi actitud y tono más serios, encaré a Melanie.

—Te lo voy a preguntar una vez, así que dime la verdad. ¿Hiciste tú esas cosas o no a Jane?

Alia cerró finalmente el libro para observarnos, expectante. Melanie por su parte suspiró y me miró con sinceridad a los ojos.

—Por mucho que me hubiese gustado fastidiarla, no fui yo. Jamás caería con algo tan bajo como eso. Mi venganza sería más sofisticada, como poner laxante en su bebida sin que se dé cuenta.

Por extraño que parezca, le creí. Melanie podía ser muchas cosas, pero nunca me pareció una mentirosa.

Alia carraspeó.

—En realidad todo ha sido una serie de casualidades. Ella y el entrenador nunca fueron muy cuidadosos. Algún estudiante los vio juntos y lo fue contando por ahí. Tampoco se dieron cuenta de que la sala de profesores tiene cámaras de seguridad.

—¿La sala de profesores tiene cámaras? —preguntó Melanie, pero ambas la ignoramos—. ¿Lo hicieron en la sala de profesores?

—¿Cómo sabes eso? —inquirí con curiosidad.

Alia apretó los labios compungida. Abrazó los libros contra ella con fuerza.

—Es mi hermana al fin y al cabo. Estaba destrozada. Este fin de semana estuvo encerrada llorando en su habitación, así que hice de tripas corazón y me convertí en su paño de lágrimas. Ella quería de verdad al señor Jones.

Pobre Jane. No deseaba un mal así ni a mis peores enemigos, que básicamente se reducían a ella.

—¿Y qué hay del día que llegó salpicada de barro? —Preguntó Melanie.

—Llovía y el coche la dejó tirada a mitad de camino.

Eso tenía sentido. Melanie siguió interrogando.

—¿Y el chicle en el pelo?

—Estaba en la calle cuando alguien lo escupió por una ventana. Muy asqueroso.

—¿Y lo del zumo radiactivo en su taquilla? ¡Eso tuvo que ser a posta!

El rostro de Alia se iluminó en una sonrisa divertida.

—En realidad sí lo fue, pero no para ella.

—¿No para ella? —Repetí.

—Erin, una estudiante de un curso inferior, estaba intentando llenar de zumo la taquilla de Jaden Foster, ese que juega en el equipo de fútbol, pero calculó mal y en lugar de la del chico ensució la de Jane. No te imaginas cómo le gritó mi hermana cuando la chica fue a disculparse.

—¿No es la misma que le quitó la ropa de la taquilla y la colgó del palo de la bandera durante el primer partido? —Intervino Mel sin poder ocultar la risa.

—Sí, y también la que hace poco escribió su número de teléfono por todas las paredes del baño de las chicas —rio Alia con ojos soñadores—. Seguro que esos dos algún día acaban juntos.

Ambas comenzaron a hablar de aquellos chicos que no conocía y a comentar las bromas que se habían hecho el uno al otro, pero rápidamente desconecté cuando recaí en la persona que estaba caminando hacia nosotras, mirando la pantalla de su teléfono móvil como si fuese lo único con vida en todo el lugar.

Me giré hacia Alia para señalarla.

—¿Qué hace tu hermana aquí?

Melanie también miró hacia ella.

—Sí que tiene mala cara... —comentó—. ¿Por qué ha venido al instituto?

—Nuestras madres la obligaron. Dijeron que si era lo suficientemente mayor para andar durmiendo con profesores, también lo era para enfrentar las consecuencias de ello.

Me gustaría no sentir pena por Jane, pero se veía tan sola y triste caminando por el pasillo que era imposible no hacerlo.

—¿Os importa si la invito a comer hoy con nosotras? —preguntó en un susurro Alia—. Creo que sus amigas la han dado de lado después de lo del señor Jones.

Mel y yo asentimos. Ante todo ellas dos eran hermanas, por mucho que se odiasen tenían que apoyarse mutuamente. Como yo con Leslie, que gracias a mi intervención nuestra madre la permitió conservar el teléfono móvil... los fines de semana.

Alia espero a que Jane llegase a nuestro lado para llamarla.

—¿Qué quieres? —preguntó descortésmente cuando se paró frente a nosotras.

Sentías pena por Jane Tyler hasta que abría la boca y cambiabas las penas por las ganas de pegarle un buen golpe.

Notando la tensión, Alia no se anduvo con rodeos y fue directa al grano.

—¿Quieres comer con nosotras hoy?

Sus ojos pasaron despacio de su hermana a Melanie y a mí. El desprecio aumentó en ellos, como si fuésemos dos horribles animales en lugar de personas.

—¿Con la jirafa y la insulta personas? —Dijo finalmente sin esconder el desprecio en su voz—.

Gracias, pero ya tengo bastante con soportarte a ti en casa.

Dejando que se alejase Alia se volvió hacia nosotras formando una sonrisa de disculpa.

—Bueno, lo intenté, ¿vamos a clase?

—¿Y dejarlo así? —Negó Melanie—. ¡Oye, Jane!

Jane dejó de alejarse y regresó hacia nosotras. Había guardado el teléfono en el bolsillo delantero y nos miraba con falsa expectación, casi aburrimiento.

—¿Y ahora qué, jirafa?

Eso solo sirvió para envalentonar a Melanie, y teniendo en cuenta que era bastante más alta que nosotras, yo hubiese tenido miedo. Sus puños se apretaron y se volvió furiosa hacia Jane.

—Mira, entiendo que lo que te pasó sea una mierda, pero no tienes que pagarlo ni con tu hermana ni con nosotras. Solo intentamos ayudar.

Jane bufó.

—¿Ayudar? Seguro. Lo que queréis es reiros de mí como todos los demás. No necesito que...

Melanie la interrumpió, abriendo los ojos totalmente ofendida.

—¿Perdona? ¿Reírnos de ti? Lo siento, bonita, ¿pero no fuiste tú quien empapeló las paredes del instituto con la lista de Kenzie? ¿Quién pretendía reírse de quién en ese momento?

La boca de Jane se abrió en shock. Varios estudiantes curiosos comenzaron a reunirse a nuestro alrededor. La campana sonó pero nadie se movió, expectantes por ver qué pasaba. La expresión de petulancia desapareció del rostro de la hermana de Alia.

—Yo no...

—Tú sí —Le recriminó Mel—. Encontramos la lista en tu habitación, no intentes negarte, pero Kenzie a diferencia de ti sabe de decencia y no ha dicho nada.

Eso pareció molestar a Jane, quien frunció el ceño y me observó fugazmente antes de volverse hacia Melanie.

—¿Yo no tengo decencia y ella sí? ¿No está acaso saliendo con James Smith?

Me sentí como un espectador más viendo una pelea en la que estaban a punto de criticarme. ¿Era ese el momento en el que sacaba el tema de Mason y me echaba en cara haber escogido a James en vez de a él?

Pero no fue lo que dijo.

—¿Acaso eso importa?

Una sonrisa malvada se dibujó en el rostro de Jane.

—Oh, importa. O sino preguntarle a él, que fue quien me dio la lista.

CAPITULO 69

Siempre

No lo había dicho. Ella no había dicho eso. No podía. James no. Simplemente me negaba a creerlo.

Melanie se volvió hacia mí con los ojos muy abiertos mientras Jane comenzaba a sonreír con más maldad y prepotencia. Mis piernas se movieron solas hacia ella, sintiéndome en una neblina que me aislaba de la acción a mi alrededor.

—¿Qué dijiste? —La enfrenté. Mi voz temblaba.

La expresión de Jane cambió a un falso puchero de tristeza y sorpresa.

—Oh, ¿nunca te lo dijo?

Las sílabas se escurrieron de mi boca como veneno.

—Mientes.

—¿Por qué tendría que hacerlo? Pregúntale a él sino me crees.

Apenas fui consciente de ella alejándose, o de Alia y Melanie tomándome de la mano y guiándome lejos de la multitud. Todo a mí alrededor parecía encontrarse a años luz de distancia, con solo las palabras de Jane rebotando dentro de mi cabeza.

Preguntarle a él, que fue quien me dio la lista.

Me tragué un sonoro sollozo, comenzando a hipar sin poder contener las lágrimas. Para el momento en el que llegamos al baño de chicas lloraba a borbotones, con la cara mojada y mis ojos rojos. Alia y Melanie me dejaron sentada en el suelo, apoyándome contra la pared.

Entre lágrimas y sollozos comencé a balbucear.

—No puede ser cierto. Tiene que estar mintiendo. James no... Él no... No puede... No dijo nada nunca...

Alia y Melanie me miraban sin saber qué decir, porque Jane había dado en el clavo. ¿Por qué iba a mentirme sobre eso? Mel tomó un trozo de papel y lo pasó por agua antes de acercarlo a mi cara y limpiar las lágrimas. Dio igual, otras nuevas cayeron sustituyéndolas.

—En un rato saldrá de clase, pregúntale a él entonces —Me tranquilizó a Alia con voz suave, agachándose a mi lado y frotando mi hombro.

Continué llorando durante toda la hora. A veces las lágrimas se secaban y las tres permanecíamos en silencio, pero entonces regresaban de nuevo y quemaban calientes la piel. Mi visión era nubosa cuando la sirena que señalaba el final de las clases sonó.

Balanceándome conseguí levantarme. Alia y Melanie me seguían de cerca mientras me habría paso a través de los estudiantes en busca de James. Algunos conseguían tomar un vistazo de mi cara y se quedaban mirándome hasta que desaparecía de su camino, pero no me importaba. En aquellos momentos podía prenderme fuego al pelo para llamar la atención de todo el instituto y me daría igual. Mi prioridad era encontrar a James y hablar con él.

Estaba esperándome en el sitio que se había convertido en habitual para nosotros, al lado de las puertas de salida. Con el corazón palpitando fuertemente dejé mi mochila en las manos de Alia y avancé hacia él. No se percató en mí hasta que estuve a su lado.

—Hola, nena. ¿Lista para...?

Su voz se fue perdiendo hasta desaparecer cuando me miró y fue consciente de mi estado. Si me mostraba físicamente la mitad de dolida de cómo me sentía, debía parecer un monstruo.

James se apartó de la pared avanzando hacia mí.

—Kenzie, ¿estás bien? ¿Qué ha pasado?

Alcé los ojos hacia él intentando contener las lágrimas.

—¿Lo hiciste? ¿Tú le diste mi lista a Jane?

Desde lo más profundo de mi corazón deseaba que me dijera que no. Rogaba porque me dijese que no y disipara las dudas tontas de mi cabeza, pero cuando su rostro se ensombreció y no contestó, rompió mi corazón en pequeños añicos irre recuperables.

Di un paso hacia atrás tambaleante, separándome de él mientras negaba con la cabeza.

—Kenzie, espera...

Hizo el amago de intentar sostenerme, pero me eché hacia atrás más rápido. La rabia empezó a crecer dentro de mí, alimentada por el profundo dolor que apretaba mi pecho y me impedía respirar. Las lágrimas consiguieron explotar dentro de mis ojos, rodando por mis mejillas y perdiéndose en el cuello de mi chaqueta. Apreté los puños con tanta fuerza que las uñas se clavaron en mi piel.

—Kenzie, déjame explicarte... —Volvió a repetir James, pero su voz solo conseguía irritarme.

—¡No! —le chillé tan fuerte que mi voz rebotó por todas las paredes del instituto—. ¡No quiero escucharte, James! ¡Nunca!

Dio paso adelante y yo retrocedí otro más.

—Kenzie, por favor...

Cometí el error de mirar a sus ojos, brillando arrepentidos hacia mí, buscándome. Pero en ellos también vi el reflejo de los míos. Tristes y rotos, como mi interior. Y comencé a gritarle de nuevo.

—¡Me mentiste, James! Fuiste tú, desde el principio... ¡Siempre fuiste tú! ¡Tú tenías mi lista! ¡Por tu culpa apareció en las paredes del instituto!

—No sabía que iba a pasar eso. Lo siento, Kenzie, lo siento de verdad. Nunca quise...

—¡Claro! ¿Por eso te acercaste a mí, verdad? Por puro egoísmo, para sentirte mejor después de haberme arruinado la vida.

Quizás estaba siendo exagerada, pero en aquellos momentos pensar con coherencia no era mi fuerte.

—Kenzie...

James parecía desesperado, dolido consigo mismo, arrepentido... Más dolida me sentía yo por dentro.

—¿Te has estado burlando todo este tiempo de mí, James? ¿Es eso?

—No, claro que no. Yo...

No esperé a que acabara. No quería escucharle más. Antes de que continuase moví mi mano y le pegué un tortazo. El eco de mi palma estrellándose contra su mejilla resonó rebotando en las paredes.

—No quiero volver a verte.

Aparté mi mirada de él antes de que sus ojos consiguieran hacerme sentir peor. Con paso decidido y furioso me alejé de su lado hacia Alia para recuperar mi mochila. Fui consciente del corrillo de adolescentes que se había agrupado a nuestro alrededor presenciando la escena.

Paseé los ojos desconcertada por todas las caras que me miraban con una mezcla de pena y compasión, pasando por la de mis amigas hasta llegar a una conocida. Una cuya tristeza prácticamente emulaba mía. Una a la que el verme llorar a mí, también partía su interior.

Alejé los ojos de Mason y sin pensármelo dos veces salí corriendo hacia la salida, pasando de nuevo a James, quien ya no intentó pararme.

En la calle hacía frío, yo vivía lejos y no tenía transporte, pero no me importó. Necesitaba eso. Necesitaba estar sola. Necesitaba sentir algo, lo que fuese menos tanto dolor. Por eso continué corriendo fuera del aparcamiento, a la carretera, siguiendo el camino de vuelta a casa con el aire golpeándome la cara.

A mitad de trayecto me costaba respirar, mis pulmones quemaban y cada nueva bocanada de aire raspaba mi garganta. Aceleré y continué corriendo. Atajé por un parque y una calle peatonal, cada vez más cerca de casa. De la mía. De la suya.

Cuando llegué frente a mi casa estaba jadeando, las piernas me temblaban y todo se llenaba de puntitos oscuros a mí alrededor. Unos pasos más y podría refugiarme dentro de mi colcha.

Me quedé parada frente al porche sin terminar de avanzar. Una figura masculina estaba allí, sentada en las escaleras, esperándome. Se puso de pies en cuanto me vio, sin decir nada, dándome el tiempo que yo necesitara.

Sentí las lágrimas regresar a mis ojos. El escozor de mi pecho se quebró y rompí a llorar en lamentos audibles, dando un último paso que me lanzó hacia él. Me atrapó en sus brazos y me llevó dentro de casa. Me subió en silencio a mi habitación, sentándose en mi cama y posándose a mí encima de él como si fuese un bebé.

Me tapó con la colcha y sus brazos me rodearon. Escondí mi cara en su cuello, llorando, sintiéndome débil y sin fuerzas.

Su mano acarició mi cabello, peinándolo detrás de las orejas.

—Ya está, llora todo lo que necesites —susurró Mason apretándome con fuerza—. Estoy aquí contigo, Kenzie. Siempre.

CAPITULO 70

POV JAMES

Semanas atrás...

Salí de la oficina de Silvia con un nuevo castigo para el fin de semana. Fue un error por mi parte adelantar unos minutos la sirena para poder salir antes, lo único que conseguí fue ser el último. Caminaba por el pasillo de las taquillas cuando la vi: Mackenzie Sullivan, la chica tímida que vivía en la casa de al lado.

Mackenzie siempre fue un enigma para mí. Era callada, tranquila, caminando por los pasillos con la vista en el suelo. Hasta que se juntaba con ese chico, Mason Carter, y perdía todo recodo de timidez. Al ser mi vecina había tenido múltiples ocasiones de observarla. No soy un acosador, pero la ventana de mi habitación da directamente a su casa.

La había visto bailar mientras limpiaba, usando el mango de la escoba como micrófono. También pelear con su hermana pequeña y lanzarse al suelo como si tuviera cinco años, o encargarse de su madre cuando volvía a tarde casa. Estuve allí el día que su padre se fue y vi su rostro entristecido, aquella expresión de derrota, de no saber qué hacer, de impotencia.

Esa debió de ser la primera vez que simpaticé con ella y, de alguna forma, la primera vez que me empecé a fijar en mi curiosa vecina de al lado.

Ahora Mackenzie se encontraba agachada en el suelo frente a su taquilla, recogiendo desesperada unos papeles y cuadernos que se habían caído. Jane Tyler la miraba con burla mientras le decía algo a su amiga y ambas reían. No lo entendía, ¿era yo el único que podía ver lo encantadora e inocente que parecía allí agachada, intentando tapar el sonrojo de sus mejillas con su pelo?

Se levantó rápidamente y cerró su taquilla sin darse cuenta de que había dejado un papel en el suelo. Vi allí mi momento, el que tanto tiempo había estado esperando. Podía acercarme a Mackenzie, recoger el folio del suelo y entablar conversación.

Siendo su vecino cualquiera diría que podía haber hablado con ella antes, pero no era así. Yo siempre he sido el gracioso de la clase. Empecé con pequeñas bromas para llamar la atención de mis padres, quienes se pasaban todo el día discutiendo sin hacernos caso a mí o a Jack, pero terminé por interiorizar mi papel como alumno revoltoso. En una de esas bromas pegué un preservativo en la espalda de Mackenzie. Simplemente actué como cualquier mocosmo que quiere llamar la atención de la chica que le gusta. Ella se puso furiosa, se lo contó a mi madre y me devolvió la broma esparciendo el rumor de que yo tenía un herpes genital. Quedé asombrado, tenía una gran imaginación.

Aquella vez conseguí que se fijara en mí, sí, pero no de la manera que hubiese querido. Por eso ahora me resultaba difícil acercarme a hablar con ella. ¿Qué le decía? ¿Le contaba que leía todas y cada una de las columnas que escribía para el periódico escolar?

Estaba comenzando a caminar hacia delante cuando me quedé parado a mitad del avance. Derek Anderson había aparecido en combate. Mackenzie estaba delante de su taquilla, y le pedía si podía quitarse. Me di perfectamente cuenta de la forma en que ella le miraba, atontada, embobada, y totalmente enamorada. ¿Sentí celos? Un poco.

¡No me jodas! ¿El típico deportista guaperas? Eso era muy cliché, incluso para Mackenzie.

Entonces ella abrió la boca como si fuera hablar, pero nada salió de ella. Una pequeña sonrisa se filtró por mis labios sin que pudiera retenerla. Se había quedado sin palabras y eso resultaba jodidamente encantador.

Jane y su amiga volvieron a reír, pasando a su lado y caminando hacia donde yo estaba. De

pronto Mackenzie echó a correr, dejando a Derek Anderson plantado, mirándola con confusión. Suspiré y caminé hacia la taquilla de Mackenzie, donde el folio aún seguía en el suelo. Cuando me agaché a recogerlo fruncí el ceño. Aquello parecía... ¿Una lista? ¿Una lista de chicos?

Plan A, Derek Anderson. Lo sabía.

Plan B, Mason Carter. Debería haberlo supuesto.

Plan C, Eric Pullman.

Plan D, James Smith. ¿Su nunca en la vida?

Arrojé el folio de vuelta al suelo sintiendo una mezcla de rabia y enfado instalándose dentro de mí. ¿Su nunca en la vida? ¿Nunca en la vida saldría conmigo? ¿Antes muerta que estar conmigo? Bien, si tenía alguna duda sobre si Mackenzie Sullivan me odiaba, en aquel mismo momento quedaba resuelta. Como si ella llamándome Mr. Salido no me lo aclarase suficiente.

—¿Qué es esto?

Bajé mis ojos al suelo. Agachada, recogiendo el folio con la lista de nombres, estaba Jane Tyler. Una sonrisa malvada creció en sus labios mientras la leía.

—¿James Smith, su nunca en la vida? —Repitió, alzando la mirada burlona hacia mí—. Vaya James, una que se te resiste.

Gruñí moviendo mi mano a la lista para tomarla de vuelta, pero ella fue más rápida y la apartó antes de que pudiera atraparla. La sonrisa se ensanchó en su rostro.

—¿Te importa? —preguntó—. Me gustaría ser yo quien se la devuelva.

Entrecerré los ojos su dirección. Jane Tyler no era una buena persona y, que yo supiera, tampoco era amiga de Mackenzie. No me fiaba de ella.

Leyendo mi expresión facial su rostro cambió a una fingida sorpresa.

—Oh, Dios mío, James. ¿No me digas que te gusta Mackenzie Sullivan?

Apreté los labios con fuerza. Ella sabía cómo manejar a las personas.

—Un poco triste, ¿no? Teniendo en cuenta que eres su nunca en la vida y esas cosas...

Un pequeño monstruo se deslizó en mi estómago arañando mi interior y gritando cosas obscenas contra aquella chica. Sin embargo tenía razón, era muy triste. Una chica que me fascina, y consigo que me odie. Yo a eso lo llamo karma.

No sé por qué hice lo siguiente. Tal vez porque se trataba de Jane Tyler y luego iría con el cuento por el instituto, o porque ella ya había leído la lista y el daño ya estaba hecho, o porque me dolió que me restregaran que nunca podría estar con Mackenzie... No lo sé, pero tampoco importa. El caso es que me comporté como el gran capullo que me empeño en hacer ver a los demás que soy y me alejé un paso de Jane Tyler.

—No te inventes chorradas —Gruñí en su dirección dándome la vuelta para irme—. Haz lo que quieras con la maldita lista.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Cuando al lunes siguiente encontré las paredes del instituto empapeladas con fotocopias de la lista supe de quien era la culpa. Principalmente mía. Nunca pensé que Jane Tyler fuese a hacer algo así. Creí que se burlaría de ella con sus amigas, pero no delante de todos los alumnos. La busqué para hablar cuatro cosas con ella, pero en el fondo sabía que si decía algo, Jane contaría a todo el mundo que yo tuve algo que ver y eso definitivamente reduciría mis posibilidades con Mackenzie a cero y aunque consiguiera hacerla confesar, eso no arreglaría el daño ya hecho.

Tampoco iba a quedarme de brazos cruzados sin hacer nada. ¿No había estado buscando por años mi momento para acercarme a Mackenzie? Se me acababa de presentar. Ella estaba triste y yo la iba a ayudar a superarlo. Era mi culpa, así que me encargaría de protegerla tanto como pudiera. No para que se fijase en mí, al menos no solo por eso, sino porque era lo que tenía que hacer.

Me prometí a mí mismo que en algún momento le diría que fui yo. Lo que no sabía era que cuando ese momento llegase, ya sería demasiado tarde.

CAPITULO 71

POV MASON

Kenzie estuvo llorando toda la tarde y toda la noche. La razón por la que lo sé es porque su madre me permitió quedarme con ella. Tampoco es que hubiese otra salida, teniendo en cuenta que yo era la única persona a la que parecía querer ver en aquellos momentos.

Se aferraba a mí y a mi abrazo, desesperada, mientras las lágrimas caían una y otra vez por sus mejillas, como si nunca se fuesen a acabar. No quiso hablar con su hermana, ni con Melanie ni Alia cuando se acercaron. Incluso Eric me llamó después de haberme visto seguirla a su casa para ver cómo estaba.

Pero no hubo rastro de James.

Mi primer pensamiento cuando conduje a casa de Kenzie sin encontrarla por la carretera, rogando porque llegase a su casa sana y salva, fue que James también iría tras ella. Cuando no apareció mientras la esperaba en el porche, o mientras lloraba en mis brazos en su habitación, o por la noche cuando finalmente se quedó dormida agotada por los sollozos, me di cuenta de que estaba dándole espacio, porque eso era lo que ella necesitaba.

Maldita sea, no entendía a James. Vale, era un idiota al que le gustaba fastidiar a los demás, y tal vez por eso le diese la lista a Jane aquel día, ¿pero después? ¿Por qué no le dijo nada a Kenzie cuando empezaron a salir juntos? Ella lo hubiese entendido.

Lo que más le dolió fue enterarse de esa manera y no por él.

Cuando las primeras luces del amanecer comenzaron a iluminar la habitación de Kenzie ella aún seguía dormida, respirando acompasadamente. Estábamos metidos bajo las sábanas de su cama. Su cabeza descansaba en mi regazo, esparciendo el cabello por mi camiseta.

Tomé un mechón de su rostro y lo aparté, tardando más de lo necesario mientras la observaba detenidamente.

Nunca pensé que volvería a sentirme así por ella, como cuando éramos niños. Pero esto no era igual, esto no se trataba de un simple enamoramiento infantil. Supongo que no sientes igual a los diez que los dieciocho años.

Estaba pensando en todo ello cuando Kenzie se movió sacando la cabeza fuera de mi regazo. El mechón, que aún sostenía entre mis dedos, se deslizó fuera de ellos mientras ella se incorporaba en la cama para mirarme con ojos somnolientos.

—Buenos días —Le saludé intentando conciliar un tono alegre.

Apretó los labios. Podía ver los engranajes de su cabeza trabajando, recordando lo que había pasado.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó recostando la espalda contra el cabecero.

—No demasiado, tal vez la mitad de la noche.

Sus ojos se volvieron sagaces hacia mí, inspeccionándome con curiosidad

—Tú no has dormido, tienes mala cara.

Aparté la mirada de ella para evitar contestar directamente a su acusación.

—Mira quién fue hablar. ¿Qué tal te encuentras?

No esperaba escuchar un bien. Tampoco esperaba escuchar respuesta, de hecho. En lugar de eso se tomó unos segundos para pensar y entonces preguntó:

—¿Por qué estás aquí conmigo, después de todo?

Me volví hacia ella. Entendía lo que quería saber. La última vez que habíamos hablado me había alejado de ella, enfadado y celoso, pretendiendo echarla de mi vida, encerrándome en mi propia coraza. La gente hace cosas estúpidas cuando no quiere sentir dolor.

—Porque fui un idiota, en primer lugar.

Sonrió débilmente, pero incluso eso parecía costarla.

—¿Y en segundo lugar?

—Porque eres mi mejor amiga.

Asintió. No era mucho, pero significaba que me estaba perdonando.

—Gracias —susurró clavando la mirada en el frente—. Por quedarte conmigo. Por estar conmigo. Siempre.

No había maldad en aquellas palabras. Eran las mismas que yo le había dicho la tarde anterior. Sin embargo no pude evitar sentir un tirón nervioso en mi estómago y la imagen de la carta abierta sobre mi escritorio parpadeó en mi cabeza. Debería decírselo, debería... Pero no era el momento. Ya habría tiempo, más tarde.

Se oyeron unos pasos en el pasillo y ambos nos giramos hacia la puerta abierta de su habitación. Leslie nos saludó con la mano mientras se escabullía al salón para devolver el teléfono móvil que, a pesar de su castigo, había tomado durante la noche sin que su madre se diese cuenta.

Kenzie resopló a mi lado después de que su hermana desapareciera de nuestra vista.

—Puedo tener el corazón roto, no solo de forma metafórica, y esa puerta seguiría igual de abierta.

No pude ocultar la sonrisa. Su madre dejó que me quedase con ella, pero siempre que la puerta estuviese abierta.

Me alegraba ver que conservaba el sentido del humor. La tarde anterior ni siquiera quiso comer un poco de chocolate. Al final mi padre iba a tener razón cuando decía que los sueños son reparadores.

—¿Te apetece bajar a desayunar algo? —pregunté esperanzado.

Quince minutos después estábamos solos en su cocina, comiendo galletas de chocolate y bebiendo cacao. Me hubiese sentido mejor de no ser por sus ojos desviándose continuamente a la ventana, aquella que daba directamente a la casa de James.

Después de que se terminase la última de las galletas me armé de valor para decirle lo que estaba pensando.

—Deberías ir a hablar con él.

Su mirada se volvió cautelosa y molesta hacia mí.

—No quiero volver a verlo, Mase.

Suspiré. Consolar con una Kenzie triste era difícil. Hacer entrar en razón a una Mackenzie enfadada era imposible.

—Tiene que haber una explicación para lo que hizo —Le animé observando como sus ojos volvían meditabundos a la ventana—. Es mejor que la escuches de él en lugar de otra persona.

Gruñó, pero sabía que le estaba haciendo pensar.

—¿Otra persona como quién? ¿Jane Tyler de nuevo?

—No, otra como yo —Su mirada abandonó la ventana para centrarse en mí con sorpresa—. Si tú no vas a hablar con él lo haré yo, y no será bonito porque tal vez le parta la cara.

Abrió la boca como si fuese a contestar pero no dijo nada. Sonreí descaradamente.

—Tú elijas, Kenz.

En lugar de contestar achicó los ojos estudiándome.

—No lo entiendo —Me acusó, cruzando los brazos sobre su pecho a la defensiva—. James no te cae bien.

—¿Te perdiste la parte en la que yo le partía la cara?

Kenzie siguió hablando sin hacer el mínimo caso a mi interrupción.

—Y luego está el asunto ese de tú enamorado de mí y yo saliendo con él. ¿No deberías estar intentando reconquistarme?

La franqueza con la que me soltó aquello me dejó momentáneamente congelado. Diablos,

sabía que se sentía mal, pero le hacían falta unas clases de tacto y sensibilidad con urgencia. Alzó las cejas esperando mi respuesta.

¿Qué se suponía que iba a decirle? ¿La verdad?

Sí, Kenzie. Te amo, probablemente más de lo que crees. Pero, ¿sabes qué ocurre? Ya es un poco tarde porque tú quieres a James, y aunque el imbécil te haya hecho llorar va a ser el único que consiga que dejes de hacerlo. Así que saca el culo de esa silla y vete a hablar con él, porque aunque me duela es la única manera de que seas feliz. Y quiero que seas feliz.

Mierda, me estaba convirtiendo en un maldito románticón.

En su lugar dije:

—Ante todo soy tu mejor amigo, Kenzie. No lo olvides.

CAPITULO 72

Te echo de menos

—Vuestro padre y yo hemos llegado a un acuerdo.

Leslie y yo intercambiamos miradas por encima de la mesa de la cocina. Nuestra madre nos había reunido allí para cenar las tres juntas, algo que no ocurría a menos que hubiese un televisor de por medio. Y no lo había. Ya habíamos deducido que ocurría algo, pero nunca pensamos que fuese a ser por nuestro padre. Imaginábamos que querría hablarnos de Bigotudo Tom.

Sí, su novio se quedó con el mote que Leslie le puso.

—En realidad ya hace tiempo que hablamos —Continuó precavida—, pero decidí que era mejor... esperar.

Observé a mi madre frotar sus manos y luego apartar lejos el plato de pizza. Sabía el final de sus palabras: esperar por mí. Hacía más de una semana que James y yo no salíamos más juntos. Una semana sin vernos.

Los primeros días fueron horribles. Los pasé prácticamente llorando, con Mason a mi lado en todo momento. No fui a clase, no quería hablar con nadie y menos saber de él. Me comporté de forma arisca con todos y dije cosas estúpidas. Vivía en un estado de enfado con el mundo hasta que una tarde, harta y cansada de mis malas contestaciones, Leslie se plantó delante de mí y, de la nada, me dio un tortazo en la cara.

—¡Esto es para que espabiles! —Había gritado antes de que yo pudiese protestar—. Tu novio la ha cagado, ¿y qué? No es el fin del mundo.

Eso fue lo que finalmente me hizo reaccionar. Ella tenía razón. James era mi novio, pero no era lo único importante en mi vida. Tenía familia, una vida, amigas. Llamé a Alia y a Melanie tan pronto como ella se fue y las tres juntas hicimos una terapia conjunta de cine y chocolate.

—Dime que no vamos a tener que irnos con él.

Volví mi mirada hacia Leslie. Sentada frente a un plato vacío, con expresión afligida y los ojos vidriosos, parecía más una niña de doce años de lo que nunca lo había sido. En algún momento pensé que de nosotras dos, ella sería la única que se alegraría de tener que ir con nuestro padre. Al fin y al cabo allí estaría Blake. O Hunter.

Demonios, uno de ellos.

Sin embargo algo en el tono de voz que usó para decir aquello me dijo que no era así.

Nuestra madre tomó aire profundamente antes de seguir.

—No exactamente.

—No me gusta cómo suena eso —Replicó mi hermana, adoptando de nuevo su actitud impulsiva.

—Déjame hablar, Leslie —Le regañó mamá antes de seguir hablando—. Hemos llegado a un acuerdo, y si vosotras estáis conformes, seguiréis aquí conmigo.

Les y yo volvimos a intercambiar una mirada. ¿Dónde estaba el truco?

—Sin embargo —Aquí venía—, tenéis que acceder a pasar unos días en verano con vuestro padre.

—¿En su casa? —preguntó con sorpresa Leslie.

—Y algún fin de semana suelto —Añadió mamá.

Por tercera vez durante la conversación mi hermana y yo volvimos a mirarnos. Una conversación silenciosa de acuerdo fluyó entre nosotras.

Si no aceptamos podría ser peor.

Y...

Ellos ya lo han aceptado, da igual lo que digamos nosotras.

—Nos parece bien —dije finalmente por las dos, levantándome y llevando mi plato vacío al fogón—. ¿No habrá juicios ni mierdas así?

—¡Mackenzie Audrey Sullivan! —Me regañó mi madre abriendo los ojos con horror—. ¿Qué vocabulario es ese?

Aunque mi humor hubiese mejorado se veía que mi rabia seguía tan suelta el primer día. Rodé los ojos y esperé a que dijera algo más.

—No, no habrá juicios —respondió finalmente, también levantándose de la mesa—. No sé cómo pasó pero él simplemente me llamó un día y decidió que prefería hacer las cosas de otra manera. Más suaves, por vosotras.

Sonreí distraídamente. Yo fui lo que sucedió. Yo y nuestra conversación en el coche.

Mi teléfono móvil vibró en el bolsillo. Era Alia. Habíamos quedado por la noche para dar un último repaso apurado al examen de historia.

—Alia dice que salga ya para su casa —Informé caminando fuera de la cocina.

—Pasarlo bien —Sonrió mi madre.

Ella no había dicho mucho sobre James y yo. Al igual que Leslie, ambas eran personas a las que les gustaba ocultar sus sentimientos, pero sabía que estaba feliz de que yo empezase a estarlo de nuevo.

—¿Cómo va pasarlo bien? —Escuché que decía mi hermana antes de que saliese de casa—. ¡Pero si va a estudiar!

Estaba riéndome de lo que Leslie había dicho cuando la puerta de casa se cerró tras de mí y mi sonrisa quedó cortada. Una figura descansaba en mi porche, esperando en la oscuridad de la noche.

Sentí el corazón comenzar a acelerarse dentro de mi pecho cuando él me vio. Podríamos estar a oscuras, pero siempre lo reconocería. Sus ojos centellearon hacia mí, tan verdes y brillantes como siempre.

—Hola —Saludó James a media voz.

Intenté abrir la boca para contestar. Bien, Kenzie, lo siguiente es que además de mover los labios te animes a emitir sonidos.

Ya, eso no pasó.

Me quedé quieta frente a la puerta de casa, observando fascinada a mi vecino de al lado, al chico que había sido mi novio, al chico que me había hecho daño. Por una pequeña fracción de segundo me dejé llevar y olvidé lo que había pasado entre nosotros, todo el asunto de la lista. Nos vi a él y a mí solos, parados en la oscuridad de mi porche, y era como si nada hubiese cambiado.

Me mordí el labio con nerviosismo. Había pensado mucho en James a lo largo de la semana. Demasiado, porque por mucho que quisiera no hacerlo me era imposible. También pensé en cómo sería la siguiente vez que nos viésemos. Creí que le gritaría, que le pegaría, o como mínimo que le haría el vacío.

En su lugar nada de eso sucedió. Simplemente me quedé paralizada mirándolo, queriendo decirle tantas cosas que no podía poner en palabras. Lo dolida que me sentía, lo mucho que le odiaba, lo mucho que le quería, lo mucho que le echaba de menos...

Entonces James tropezó con sus propios pies y cayó al suelo golpeándose la cabeza con un fuerte ruido. ¿Qué demonios...?

Me acerqué corriendo a su lado mientras la puerta de casa se abría. Atraídas por el ruido mi madre y Leslie salieron a ver qué ocurría.

—¿Es ese James? —preguntó mi hermana, resaltando lo obvio.

El aludido comenzó a incorporarse, pero a mitad de acción perdió el equilibrio y volvió a caer de nuevo. Empezaba a sospechar lo que estaba pasando.

—¿Está bien? —preguntó mi madre con ese tono de preocupación típico de ellas.
Leslie se alejó de la puerta acercándose a mí. Se agachó a mi lado para observar cómo James volvía a incorporarse. Ella también supo en seguida lo que pasaba.
—Está borracho —Sentenció con burla—. Oh, esto va a ser bueno.
Intentando no hacer caso a su comentario brindé una mano a James como ayuda para ayudarlo a levantarse. Finalmente consiguió mantenerse en pie, pero no hacía más que tambalearse hacia los lados.
—¿Qué, pelirrojo, vaciaste la licorería? —Continuó metiendo cizaña Leslie.
Le lancé una mirada enfadada.
—Solamente fue una botella —habló James a nuestro lado, con esa entonación discorde que tiene la gente que se ha pasado bebiendo.
Se quedó un rato serio mientras lo mirábamos, como si estuviese pensando, y añadió:
—De vodka.
Oh, Dios mío.
—¡Vodka! —Exclamó Les con demasiada alegría, logrando que nuestra madre le recriminase. Elevó los brazos al cielo con expresión molesta—. ¡Una destila alcohol una sola vez y ya la tachan de alcohólica!
James dio un paso tambaleante, recuperando toda mi atención.
—Kenzie, tengo que hablar contigo.
Me perdí momentáneamente en su mirada. Podía estar borracho, pero sus ojos seguían siendo igual de atrapantes.
—Venga, Leslie, dejémosles solos —Escuché a mi madre decir desde la puerta de casa.
—¿Qué? ¿Y perderme la diversión?
—Leslie... —presionó nuestra madre.
Esperé a que ellas dos entrasen dentro de casa antes de dirigirme de nuevo a James.
—¿Una botella de vodka? —Le reprendí mientras sacaba el teléfono móvil de mi bolsillo—. ¿En qué demonios estabas pensando?
—En realidad solo fue media —Se defendió trabándose con cada sílaba que decía. Se quedó un rato pensativo antes de añadir más—. Te echaba de menos.
Aparté la mirada del teléfono. Algo en la forma en la que lo dijo fue demasiado doloroso.
—James... —susurré, pero él continuó hablando.
—Fui un idiota, Mackenzie. Lo siento, lo siento mucho. Estos días sin ti... Si verte, sin poder hablar contigo, sin tocarte...
—James...
Repentinamente sus brazos estaban rodeando mi cintura y atrayéndome hacia él con fuerza. Para estar tan ebrio podía controlar demasiado bien el sentido del equilibrio cuando quería.
—Te echo de menos —Volvió a repetir.
Me quedé momentáneamente en silencio, con su rostro angustiada demasiado cerca del mío. Sentía sus brazos apretándome con fuerza, su corazón palpitando veloz dentro de su pecho. Podía apreciar las pecas sobre su piel, la suave forma en la que sus ojos se curvaban hacia arriba, la calidez de su respiración enredándose con la mía...
—Yo también te echo de menos —Admití finalmente, en un susurro más flojo de lo que pretendí.
James vaciló, como si no esperase escucharme decir eso. Su rostro se acercó más al mío, rozando nuestras narices, nuestras frentes, nuestros labios...
Me aparté desenredándome de sus brazos antes de que fuese demasiado lejos.
—Voy a llamar a Jack, ¿de acuerdo? No quiero saber qué hará tu madre si te ve en este estado. Él no dijo nada. Se quedó mirándome como un niño al que le acaban de arrancar un caramelo de las manos.

No podía culparle, mi propio pulso se había acelerado y mis labios picaban por el rechazo de un beso que en realidad nunca llegó. Incluso molesta con él era incapaz de terminar de controlarme a su lado.

No era mi culpa. Malditas hormonas.

Jack me contestó al cuarto toque. Le expliqué rápidamente la situación sin apartar la mirada de James, quien se había sentado en el suelo hundiendo las manos en la cabeza. Mi estómago se encogió.

Cuando terminé la llamada me acerqué a James y me senté a su lado en el césped. Nuestras rodillas chocaron y sentí escalofríos.

Hormonas. Son las malditas hormonas.

—Tu hermano vendrá a recogerte en seguida —Le informé clavando la mirada en la oscura hierba bajo nosotros—. Esperemos que a tu madre no le dé por asomarse por la ventana y te vea. Va intentar decirla que te quedaste dormido viendo una película.

James asintió, pensativo y triste. Quise alzar la mano hacia él y tocarle el cabello rojo y revuelto, con rizos desperdigados por todos lados.

—Tenía que haberle quitado a Jane la lista cuando la cogió del suelo —dijo él de pronto, reclamando mi atención—. Si lo hubiera hecho esto no hubiese pasado... Nada de esto hubiese pasado.

Tiré del pelo detrás de mis orejas. Eso no fue exactamente lo que Jane había dicho...

—Espera —Le interrumpí repentinamente interesada—. ¿Ella la tomó del suelo?

Por unos segundos James pareció confuso.

—Eh... Sí.

—¿Y tú no se la diste?

—Claro que no.

Tiene que haber una explicación para lo que hizo, había dicho Mason.

Había una historia que necesitaba escuchar.

CAPITULO 73

Yo también le quiero

Jane Tyler era una completa hija de...

Macarrones. Corrígete ese vocabulario, Mackenzie Sullivan. Una hija de macarrones.

¡La muy perra!

No solo fue ella quien empapeló las paredes del instituto con mi lista, sino que además de eso me había hecho creer que James se la había dado a conciencia.

¡Maldita hija de...!

Sandía. Maldita hija de sandía...

—La voy a matar —Escupí entre dientes arrancando con mis puños la hierba del suelo—. Voy a meterle la cabeza dentro de un retrete y luego voy a... Voy a... ¡A hacer algo más malo aún!

James me observaba medio fascinado, medio ebrio.

Estaba lanzando toda la culpa contra Jane, aunque sabía que en parte también era mía, por no haber ido a hablar antes con James y preguntarle qué pasó. Me hubiera ahorrado una larga semana de sufrimiento... O no.

Seguía molesta con James. Él lo supo desde el principio y no me dijo nada. Eso no estuvo bien, pero no era lo mismo que él hubiese ayudado a Jane a empapelar el instituto, a que no hubiese tenido... magdalenas, de quitarle mi lista.

Unas luces de coche nos iluminaron directamente los rostros. El motor se apagó y Jack salió corriendo del lado del conductor. En menos de cinco segundos estuvo a nuestro lado.

—Gracias por venir Ja... —Comencé a decir, pero me quedé callada a mitad de frase.

Agarrándole por la pechera de la camiseta, Jack levantó a su hermano del suelo con furia y, sin esperar a que dejara de tambalearse, lo empezó a sacudir como si llevara un demonio dentro.

—¿Eres imbécil o solo te lo haces? —le preguntó, conteniéndose para no gritar—. ¿Qué mierdas piensas que consigues emborrachándote? ¡Creí que tenías algo más de cabeza, James! Parpadeé incorporándome también. Eso no me lo esperaba.

Jack respiraba entrecortadamente cuando soltó a James, quien dio dos pasos hacia atrás antes de mantenerse quieto en el sitio. Había vergüenza en su mirada.

—Caray, de haberlo sabido se lo hubiese entregado a vuestra madre —Farfullé anonadada por la reacción de hermano mayor furioso que había tenido.

Si un día yo tratara así a Leslie, lo más probable era que apareciese a la mañana siguiente con media cabeza rapada.

Pareciendo darse cuenta de mi presencia, Jack se volvió hacia mí. Sus ojos se relajaron.

—Lo siento Kenzie, yo no... Me lo llevaré a mi apartamento, no te molestará más.

Cierto, Jack venía para llevarse a James.

No podía, aún tenía cosas que hablar con él. Después de una semana, ambos habíamos esperado demasiado para hacer las paces. Tanto que uno de los dos había acabado ahogándose en vodka.

—Tal vez pueda encargarme yo de él —musité con los dientes apretados.

Jack me miró sin comprender.

—¿Perdona?

—Que... Tengo que hablar con James. Yo me haré cargo, no te preocupes.

El chico parpadeó y el asombro inundó su rostro.

—¿Me has hecho conducir durante media hora en medio de la noche para que me vuelva y deje a mi hermano borracho aquí?

Visto así mi petición no tenía mucho sentido...

—No estoy tan borracho —Farfulló James, haciendo claros esfuerzos por no tambalearse más. Su hermano alzó las cejas, turnando su mirada de él a mí. Sabía que Jack estaba al tanto de la situación. Era imposible que Melanie no le hubiese dicho nada. Tal vez por eso acabó suspirando y dándose por vencido.

—Está bien, no me lo llevaré a casa. Pero tampoco os dejaré solos. Subir al coche, iremos a comer algo.

Mientras él llevaba a James al asiento del copiloto yo corrí dentro de casa. Le dije a mi madre que Jack me acercaría a casa de Alia y escribí a esta un mensaje rápido avisándola que no iría. Cuando entré en el asiento trasero del coche me sobresalté al ver quién estaba a mi lado.

—¿Qué haces tú aquí? —Espeté a Mel con total confusión.

—¡Hola amiga! ¡Yo también me alegro de verte! ¿Dices que Jack, tu sexy y genial novio, te llamó en cuanto se enteró de la situación? ¿Oh, y que tú, como gran y asombrosa amiga que eres, te ofreciste voluntaria para servir de apoyo moral? Eres genial, Mel. No sabría qué hacer sin ti.

Sentí mis mejillas enrojecer mientras al mismo tiempo comenzaba a sonreírla. Ella me acercó en un abrazo fuerte y reconfortante antes de que Jack nos gruñese para que nos pusiéramos los cinturones de seguridad.

—Así que el pelirrojo se emborrachó y luego apareció en tu casa —Me guiñó un ojo Mel, inclinándose hacia delante y bordeando con sus brazos el asiento de Jack—. ¿No es romántico? Alcé las cejas cuando los dedos de Melanie se enredaron juguetonamente en las puntas del cabello de Jack. No sabía que ellos dos habían avanzado tanto en la relación y tan rápido. Sin embargo aquel gesto íntimo pareció relajar a nuestro conductor, que había mantenido el rostro serio y enfadado desde que lo vi bajarse del coche. Sonrió y volvió la cabeza hacia atrás, dejando un pequeño beso en los nudillos de su novia.

¡Ojos en la carretera, por Dios!

Llevábamos cinco minutos de trayecto cuando James comenzó a removerse en el asiento del copiloto.

—Creo que estoy empezando a marearme —murmuró bajando la ventanilla.

Jack se volvió hacia él con los ojos muy abiertos.

—¡Si vomitas en mi coche nuevo juro por lo que más quieras que te lanzo a la carretera en marcha!

Melanie y yo resoplamos. Chicos y coches.

—¿Tú también tienes un nombre para tu coche? —pregunté curiosa.

—Sí, lo llama Tornado —contestó Melanie riéndose—. El otro día se me cayó sin querer un poco de café en la tapicería y no veas cómo se puso.

Jack gruñó, pero no dijo nada más a James. Continuó conduciendo en silencio, con los dedos de Melanie entrelazados en su cabello, hasta que llegamos a un bar de carretera. Ayudó a bajar a su hermano y todos juntos entramos.

El lugar olía a tocino y café, una mezcla que, de alguna manera, me pareció reconfortante. Nos sentamos en una mesa cerca de la ventana, James y yo frente a Mel y Jack. Pedimos tres cafés, un batido de chocolate y una hamburguesa para James.

Mientras esperábamos a la comida James se levantó para ir al baño, insistiendo en que podía ir solo. Francamente, si iba a vomitar ninguno de los tres queríamos presenciarlo. Jack aprovechó el momento para hablar conmigo.

—¿Te ha contado James alguna vez por qué se separaron nuestros padres?

La pregunta me pilló desprevenida. Lo observé dubitativa, negando con la cabeza. Melanie carraspeó y se excusó diciendo que tenía que hacer una llamada, dejándonos a Jack y a mí solos. Él espero hasta que ella saliera del local para continuar la conversación.

—Supongo que habrás notado que James siempre ha sido un poco... Hiperactivo. De pequeño

no podía parar quieto, o centrarse en hacer algo sin aburrirse al poco rato. Volvía locos a nuestros padres.

Recordaba haber visto a James riendo con su madre, pero no de la forma en la que Jack lo contaba.

—Cuando tenía ocho años James estaba jugando en el salón a los videojuegos. Perdió y le sentó muy mal, así que tiró el mando del juego para desahogarse, con la mala suerte de que dio a la televisión y se cayó al suelo.

Asentí dándole a entender que estaba siguiendo la conversación, pero lo cierto era que estaba totalmente perdida. ¿Qué tenía que ver un berrinche infantil y demasiado costoso con el divorcio de sus padres? Como si me leyera la mente, Jack continuó.

—Hubo una gran discusión esa noche sobre el castigo de James. Nuestro padre decía que había que mandarlo a una escuela militar y nuestra madre, obviamente, se negaba en banda —Jack arrugó la nariz exactamente como lo hacía su hermano y luego me sonrió—. James no lo admite, pero siempre ha sido su ojito derecho.

Le devolví la sonrisa. Una camarera se acercó a nosotros dejando las bebidas y el plato con comida. Tomé mi batido de chocolate para probar su dulce sabor antes de escuchar a Jack continuar hablando.

—De alguna forma la discusión acabó con nuestros padres gritándose cosas el uno al otro. Esa noche nuestro padre salió de casa y no volvió. James siempre se ha echado la culpa del divorcio. No lo dice con esas palabras, pero sé que piensa que si nunca hubiese roto el televisor ellos seguirían juntos.

Dejé la bebida en la mesa, sabiéndome amarga.

—Eso no tiene sentido, él era un crío —Razoné mirando hacia los servicios, esperando porque saliese de allí en cualquier momento—. Apuesto a que había más problemas antes de esa pelea.

Jack asintió dando un sorbo a su café. Arrugó la nariz de nuevo, esta vez porque la bebida quemaba.

—Los había, claro. Pero él no se acuerda.

Balanceé la cabeza, observándole con curiosidad. Había algo que no terminaba de comprender.

—Esto que me estás contando parece muy personal. ¿Por qué me lo estás diciendo?

Él volvió a sonreír.

—Me gustaría que entendieras un poco mejor a mi hermano pequeño. Las bromas que hace —Que siempre ha hecho—, es porque quiere llamar la atención de los demás. No es tan idiota como lo hace parecer.

—Por supuesto que no lo es —Admití, sorprendiéndome por mi seguridad.

Jack guardó silencio durante un largo rato, mirándome intensamente. Me revolví nerviosa en el asiento. ¿Cuándo regresarían James y Melanie?

—Él te quiere —dijo después de unos largos y angustiosos segundos—. ¿Lo sabes, verdad?

El sonido de alguien tropezando y cayendo contra un cristal nos obligó a girarnos hacia los servicios, donde James salía tambaleándose y haciendo equilibrista. Cuando nos vio mirándole formó una ebria sonrisa en su rostro y elevó los pulgares hacia arriba.

Jack hundió la cara en sus manos con desesperación mientras yo devolvía la sonrisa a James.

—Yo también le quiero.

CAPITULO 74

Miedo

Cuando llegamos horas más tarde a la casa de Melanie, James ya estaba prácticamente sobrio. Mel me explicó que su padre trabajaba en el turno de noche y su madre no vivía con ellos, así que no habría ningún problema por llegar tarde a casa. Yo no podía volver a la mía porque se suponía que dormía en la de Alia, así que me quedaba con ella.

Melanie y Jack se estaban despidiendo en el coche (con una buena sesión de besos) cuando James se ofreció a caminar conmigo hasta la puerta de casa. Su paso ya era recto, sin tambaleos ni zigzags, y su voz se había vuelto firme.

Ninguno dijo nada hasta que llegamos al lado de la puerta de la casa. Estaba nerviosa por lo que pudiese pasar a partir de ese momento, mordisqueando mi labio como si fuese un trozo de chocolate. James lo notó y alzó el dedo pulgar, posándolo sobre mi boca y obligándome a apartar los dientes.

—Para, vas a hacerte daño.

Tragué saliva sintiendo mi piel hormigueando, pero no por los mordiscos. El frío de su tacto, contradictoriamente, calentaba mi piel. Mis ojos se alzaron buscando los suyos, perdiéndose en ellos y haciéndome olvidar todo a nuestro alrededor.

James apartó su mano demasiado pronto.

—Siento todo el alboroto que he causado —susurró, arrugando la nariz y rascándose la barbilla—. No pretendía plantarme en tu casa y acabar cayéndome contra el suelo.

Sonreí apoyándome en la pared, mis ojos sin abandonar los suyos.

—Bueno, eso fue divertido —Admití. Al menos lo fue después de comprobar que no se había hecho daño—. Pero no tendrías que haber bebido.

Volvió arrugar la nariz, esta vez incómodo.

—Quería darte tiempo. Sabía que necesitabas espacio antes de que fuera hablar contigo, que no querrías verme durante un tiempo, pero... No pude aguantarlo.

Mordí el interior de mi mejilla. James era una de las pocas personas que entendía cuándo alguien necesitaba espacio y que, a pesar de todo, sabía darlo.

—Una semana ya fue bastante tiempo —susurré apartando mi mirada hacia el suelo, clavándola en sus zapatillas de tela oscuras—. Y emborracharte fue algo un poco estúpido por tu parte, también.

James tomó una bocanada audible de aire.

—Te echaba de menos. Cada día sin poder estar a tu lado era... —Vaciló, su voz cayendo a un susurro—. Necesitaba disculparme pero tampoco sabía cómo enfrentarte. Quería contarte lo que pasó y por qué no te lo dije antes, pero de nuevo, no sabía cómo.

Jugueteé con mis zapatillas, rompiendo la tierra bajo mis pies y lanzándola encima de las de James.

—¿Sabes? Eso fue lo que más me dolió en realidad. Que no me dijeras nada, más ahora que sé que en realidad fue Jane quien tomó la lista sin permiso y no que tú se la dieras para fastidiarme.

—Iba a decírtelo, en algún momento, pero no me atrevía.

Las comisuras de mis labios se elevaron y dirigí mis ojos de vuelta a los suyos. Su mirada continuaba buscando la mía en todo momento, con intensidad.

—¿James Smith teniendo miedo? —Me burlé en un pequeño siseo.

Su rostro se mantuvo serio.

—Sí, Kenzie. Tenía miedo de perderte y por eso nunca dije nada.

Maldición. ¿Cómo lo hacía para conseguir acelerar tanto mi pulso? Entonces me di cuenta de algo.

—Por eso no hacías más que repetir que creías en el perdón, ¿verdad? Toda esa palabrería de que los humanos cometemos errores, que había que dar segundas oportunidades... ¿Era por eso?

—No era palabrería, de verdad lo creo.

Mi mirada se suavizó. Lo sentí en todos los músculos de mi rostro, relajándose y derritiéndose bajo a él.

—James... —Comencé a hablar, pero él me interrumpió.

—Sé que no me vas a perdonar tan fácilmente, Mackenzie —susurró dando un paso cerca de mí, de forma que las puntas de nuestras playeras se tacasen—, pero no puedo simplemente darme por vencido.

—James...

Tomó un mechón de mi cabello, parándose frente a mí y trabando su mirada con la mía. En aquellos momentos no era capaz de ver ningún rastro de alcohol en su sangre. Lo que veía era otra cosa muy diferente.

—Voy a hacer todo lo que pueda para que me perdones

—James...

—Lo sé, no hay disculpa para lo que hice, por no habértelo contado antes.

—James... —Intenté de nuevo sin éxito.

—Mierda, Kenzie. Te quiero tanto que temía perderte. Fui un egoísta, pero ya he sufrido demasiado. Yo...

—James —Le interrumpí yo esta vez, alzando la voz por encima de la suya.

Me miró parpadeando, como si no se hubiese dado cuenta del vómito de palabras que acababa de soltarme.

—¿Qué? —preguntó a media voz.

Sonreí.

—Nada.

Y entonces le besé.

Tomé el cuello de su camiseta, como había hecho Jack para levantarlo del suelo, y lo atraje hacia abajo para poder juntar nuestros labios en un rápido y desesperado beso. James tardó en reaccionar, tomado por sorpresa, pero cuando lo hizo sus brazos no tardaron en rodear mi cintura para acercarme con ímpetu hacia él.

Fue tanta la energía que usó que mis pies se despegaron del suelo, siendo levantada por él y atrapada contra la pared de la casa. Rodeé su cuello con mis brazos, clavando mis dedos en su nuca mientras el beso se profundizaba cada vez más.

Los mechones de mi cabello se mezclaron con el suyo. Mis piernas se elevaron sujetándose a su cintura, cada vez más cerca de él, pero cada vez necesitando más. Había extrañado estar con él demasiado.

Alguien carraspeó a nuestro lado. Nos separamos lo suficiente para poder ver a Melanie observándonos con fingida desaprobación. Volví a colocar los pies en el suelo con las mejillas ardiendo de vergüenza.

—Venga parejita, mañana podréis seguir intercambiando saliva todo lo que queráis.

Los brazos de James me apretaron más fuerte contra él y sus labios bajaron a mi mejilla con descaro, posándose suavemente sobre mi piel.

—Unos segundos más y es toda tuya. Ahora déjame tener una bonita reconciliación con mi novia, por favor.

El claxon del coche de Jack sonó y Melanie se giró hacia él alzando una mano en señal de espera. Volvió los ojos hacia nosotros y suspiró.

—Esto es porque me lo has pedido por favor, y será una ocasión única en la vida.

—No te acostumbres a ello —le gritó James mientras Mel regresaba de nuevo al coche con Jack, dispuesta a conseguir otra sesión de besos mientras nos esperaba.

Pero ella no era la única que buscaba eso. Los labios de James regresaron a los míos rápidamente, envolviéndome en el mundo de abstracta felicidad que parecía embaucarme cada vez que estábamos juntos. Sofiqué un jadeo cuando sus dientes tiraron de mi labio inferior.

—Esto no significa que te haya perdonado —susurré mientras respiraba agitadamente, con mis labios pegados a los suyos—. Primero quiero verte haciéndome la pelota todos los días.

—¿Todos y cada uno de ellos? —preguntó con espanto, pero su sonrisa lo delató—. ¿Incluidos los fines de semana?

—¿Te molesta?

James sonrió y atrapó mis labios en otro largo beso.

—En absoluto.

CAPITULO 75

El baile

—Decid... ¡Hamburguesa de queso!

—¿Hamburguesa de queso? —Repitió Alia, pero justo entonces el flash saltó disparándonos la vigesimotercera foto de la noche.

Jack sonrió observando el resultado en su cámara digital, apartando la imagen antes de que ninguno de nosotros pudiese verla. Había dicho que era mejor no perder el tiempo quejándonos de nuestras caras de besugos, pero todos sabíamos que lo hacía para poder burlarse de nosotros cuando fuese a revelar todas las fotos.

—¿Podemos ir a bailar ya? —Se quejó Melanie, acercándose a su novio y tirando de la manga de su chaqueta oscura—. No todos los días una puede presumir de salir con un famoso empresario, ¿sabes?

Jack descolgó la cámara de su cuello y miró a la chica con una sonrisilla de suficiencia.

—Por fin admites que solo me quieres por el dinero, nena.

Me llevé una mano a la boca para callar mi risa cuando Mel le dio un fuerte golpe en el brazo. Su vaporoso vestido azul flotó en el aire en suaves ondas. Durante las últimas semanas Jack había tomado la iniciativa de su hermano menor y había comenzado a llamar a Melanienena, sabiendo que eso le molestaría tanto como a mí. Ver cómo mi amiga se enfadaba era bastante divertido.

Comenzamos a caminar hacia el gimnasio del instituto. Habíamos estado haciendo la sesión de fotos en el aparcamiento, cerca del coche de Jack, siendo martirizados mientras nuestro fotógrafo y conductor asignado nos obligaba a posar una y otra vez.

Alia se acercó a mí apretando una chaqueta oscura de hombre contra sus hombros. Desde el primer momento le dijimos que ese vestido corto y sin tirantes, por muy rosa que fuese, no iba a ser una buena elección para la noche, pero no nos hizo ningún caso.

—¿Sabes si Mason vendrá al final?

James apretó mi mano derecha, escuchando igual que yo la inocente pregunta de Alia. La verdad era que no tenía mucha idea. Después de volver con James él pareció alegrarse, pero de alguna forma lo notaba distante. Continuaba llevándome en coche al instituto, bromeando conmigo y quedándose a cenar pizza fría o hamburguesas en casa, pero nunca volvimos a hablar del baile.

Además, estaba enfadada con él. Cuando el director dijo el nombre de su universidad en la ceremonia de la tarde, fue algo que no me esperaba y algo que él no me había dicho. Únicamente James fue consciente de la ansiedad en mi mirada cuando eso ocurrió.

—Imagino que se deje caer —Asentí alcanzando las puertas del gimnasio y dejando que el enorme gentío de personas y música nos envolviera.

—¿Puedo obtener de vuelta mi chaqueta, por favor? —Pidió amablemente Eric a Alia, extendiendo la mano como si fuese un mayordomo y haciéndola reír.

Los escuché seguir hablando sobre acercarse a por algo de beber, pero James rápidamente tiró de mi mano guiándome al centro de la pista de baile. Jane Tyler nos miró sentada en las gradas con sus amigas, embutida en un vestido del mismo color que el de su hermana pero mucho más apretado. También encontramos a Derek, hablando con su novio cerca de la pista pero sin animarse a entrar a bailar.

El gimnasio había sido decorado para la ocasión, lleno de guirnaldas y espumillón por las paredes, con globos de colores que se despegaben del techo y acababan siendo pisoteados por los estudiantes.

Un grupo de música formado por otros compañeros del instituto había sido situado al fondo sobre una improvisada tarima, tocando canciones lentas entremezcladas con los últimos éxitos pop del momento. Eso fastidiaría bastante a James, pero no dijo nada al respecto. Se limitó a rodearme con sus brazos y moverse al son de la música conmigo, adaptándose al ritmo de la canción.

—Esta vez no estamos bailando descalzos, ¿te das cuenta? —comentó después de un largo rato, al inicio de una balada.

Me reí recordando aquella vez en la fiesta de Jack, cuando quería bailar pero los zapatos de tacón no me dejaban. Parecía haber sido hacía tanto tiempo... Esta vez había sido más previsora, escondiendo cualquier zapato alto que hubiese por casa para que ni mi madre ni mi hermana me obligaran a usarlo, y comprando unas bailarinas negras que hacían juego con mi vestido. De aquella forma resultaba rematadamente más baja que el resto de mis compañeras, pero al menos estaba cómoda.

—Nunca terminé de explicarte por qué decía que eras una chica chicle, ¿verdad?

El recuerdo de la primera vez que me llamó eso golpeó mi mente. Me había dejado confusa, pero nunca terminó de explicarme la definición. Negué esperando por una respuesta.

Sus labios se movieron hacia mi oído para hablar cerca de él.

—Eres como un chicle de fresa: dulce, deseable, y una vez que te adhieres, eres incapaz de desprender. Quiero decir, una vez que te conocí no pude apartarte de mi cabeza, en ningún momento.

Lo miré sin saber muy bien si sentirme alagada o no. En su lugar preferí decir:

—En ese caso tú eres un chico caramelo.

—¿Dulce y delicioso? —Aventuró a preguntar con chulería.

Reí golpeándolo en el hombro al tiempo que contorsionaba mi rostro en una mueca de asco, pero dejando que volviese a atraerme hacia él.

—No, más bien resbaladizo y pegajoso como cuando chupas uno.

James comenzó a reír diciendo que eso no tenía sentido, cuando de pronto dejó de moverse y sus brazos se deslizaron fuera de mi cintura. Lo observé preocupada, pero él tenía los ojos clavados en algo detrás de mí.

O más bien alguien.

—Mason —hablé por encima de la música—. Has venido.

Mi mejor amigo me sonrió tímidamente a un metro de distancia. Estaba en medio de la pista de baile, importunando a algunas parejas que no dudaban en darle codazos para obligarle a moverse, pero él seguía allí. Llevaba la misma ropa que en la graduación, a excepción de la túnica. Unos pantalones vaqueros claros y una camisa blanca abotonada, sin corbata. Él nunca fue de vestir con traje.

James carraspeó detrás de mí.

—Yo... Iré a buscar algo de beber.

Como siempre, mi novio tenía un gran radar para saber cuándo necesitaba dejar espacio a alguien. Se alejó de nosotros desapareciendo entre los bailarines, justo al tiempo que Mason ocupaba su lugar y tomaba mi mano, acercándose a él.

Comenzamos a bailar en silencio, ambos sin saber cómo empezar la conversación.

En un estribillo me hizo girar, logrando que mis elaborados rizos volasen por encima de mis hombros. Cuando volví a quedar frente a él estaba sonriendo, mirando mi vestido oscuro con curiosidad. Sus ojos volvieron a los míos de nuevo.

—Hermosa, como siempre —susurró, tomando mi cintura con su mano y acercándose a él en la lentitud del baile.

Posé mi barbilla en su cuello, dejándome llevar por la música, apoyando mi pecho contra el suyo, con mi otra mano en su brazo.

—¿Por qué no me dijiste nada? —pregunté débilmente.

—Nunca vi el momento indicado —respondió con voz endeble.

Apreté los dedos en su brazo con fuerza, tratando de frenar el escozor de las lágrimas en mis ojos. No iba a llorar.

—Te vas a estudiar a España, Mason. Y no me dijiste nada.

Mi voz se rompió a mitad de frase y la humedad escapó en pequeñas gotas de mis ojos. No estaba haciendo un gran trabajo en cuanto al asunto de no llorar.

No sabía por qué estaba sentándome tan mal. Ambos sabíamos que no acabaríamos en la misma universidad, con él queriendo estudiar enfermería y conmigo sin saber exactamente qué dirección tomar. Incluso James iba a ir a otra universidad, pero una cosa era estar en Estados diferentes y otra en continentes separados por kilómetros de océano.

Mi pecho empezó a convulsionarse en silenciosos sollozos que no pude controlar. Notándolo, Mason me alejó de él, buscando mi mirada con la suya. Todas las fracciones de su rostro expresaban preocupación.

—Kenzie... —susurró, soltando mi mano y dirigiéndola debajo de mis ojos para borrar el maquillaje corrido.

Hipé torpemente ante su contacto. Mason se iría. Una vez que acabase el verano tomaría un avión y se iría fuera a estudiar. Era imposible que no sintiera dolor.

—Me dijiste que siempre estarías conmigo —musité con voz ahogada.

La mano de Mason trazó un camino a lo largo de mi mejilla. En sus ojos también había tristeza.

—Y lo estaré, Kenz —Intentó en vano animarme, o tal vez también se estuviese consolando a sí mismo—. Son solo cuatro años.

El temor que había guardado dentro de mí desde que supe que ocurriría con él después del verano empezaba a aparecer, derramándose crudamente desde mi interior.

—Además, existe internet, el teléfono, las videocámaras...

Negué con la cabeza apartando los ojos de él, incapaz de mirarle sin seguir llorando.

—Las relaciones a distancia nunca funcionan.

—No somos pareja, Kenzie.

El silencio nos envolvió después de aquella frase. A pesar de sus esfuerzos por ocultarlo, pude escuchar claramente el dolor tiñendo su voz. Me acerqué de nuevo a él, esta vez rodeando su cuello con mis brazos y dejando descansar mi cabeza de nuevo sobre su hombro. Sus manos se enredaron en mi espalda, jugando con las puntas de mis bucles.

—Venga, deja de llorar o terminarás por hacerme llorar a mí.

Una pequeña mezcla de risa y sollozo salió de mi boca. Le abracé con más fuerza, porque eso era lo que estábamos haciendo. Abrazarnos.

—Es solo... —Comencé a decir sin saber muy bien qué palabras emplear—. Me cuesta mucho imaginarme una vida sin ti.

Su mano subió por mi espalda, entrelazándose con los rizos.

—Lo sé, a mí también me cuesta, pero es lo mejor. Al menos, creo que es lo mejor.

Más silencio nos siguió después de eso. Entendía lo que quería decir. Ambos lo entendíamos. Mason seguía enamorado de mí después de todo y necesitaba algo de distancia. De hecho, tal vez yo también lo estuviera un poco de él.

No me juzguéis, amaba a James y él lo sabía. Los dos lo sabían. Pero Mason siempre fue mi mejor amigo, siempre estuvo allí desde el primer momento. También fue mi primer amor. Nunca dejaría de ser alguien importante en mi vida, pasara el tiempo que pasara, nos separara la distancia que nos separara.

Las lágrimas dejaron de brotar al tiempo que la canción se acababa y otra más moderna y menos pop comenzaba a sonar. La reconocí instantáneamente, y sabía que en cualquier momento James regresaría para volver a bailar conmigo.

Me aparté de Mason para limpiarme las lágrimas de los ojos y él me dejó ir. Una constante sonrisa brillaba en su rostro, pero era más forzada que real.

—Son solo unos cuantos kilómetros de distancia, Kenz —dijo por encima de la música—. Eso no es nada para SuperKenzie y BatMason.

Hice lo mejor que pude para devolverle la sonrisa.

—Unos cuantos miles de kilómetros, más bien.

Alguien tocó mi hombro haciéndome girar. Allí estaba James, esperando para bailar conmigo tal como había predicho.

—Es nuestra canción, ¿lo recuerdas?

The Killers estaban siendo grotescamente destrozados por aquel grupo de adolescentes, pero al fin y al cabo James tenía razón, seguía siendo nuestra canción.

Mason pasó a nuestro lado, dándome un beso en la mejilla y diciendo algo sobre probar el ponche antes de que lo inundaran de alcohol. A su paso le dio una palmada a James en el hombro.

—Ya sabes Smith, hazla llorar alguna vez y volveré desde Europa solo para aplastar tu flamante vehículo. Contigo dentro.

James alzó las cejas con escepticismo.

—¿Tú y cuántos más?

Le lancé una mirada, pero sabía que únicamente estaban bromando.

Cuando Mason abandonó la pista James me atrajo hacia él con vehemencia, tomando mi rostro entre sus manos con preocupación.

—Oye, ¿estás bien?

Asentí, aunque no fuese así.

No, no lo estaba. Mi mejor amigo se iba a ir a estudiar lejos y probablemente me pasaría años sin verlo. No lo estaba en aquel momento, pero sabía que acabaría estándolo.

Todas esas cosas, alejarse de los amigos, de la familia, aventurarse en el mundo... Todo formaba parte de la vida, de crecer. Probablemente cuanto más mayores nos hiciésemos más gente conoceríamos y más gente perderíamos. ¿Seguiría con James cuando empezásemos la universidad, cada uno en una ciudad distinta? No lo sabía, pero eso no significaba que no fuese a poner todo mi empeño en lograrlo.

—Estoy haciendo una nueva lista, ¿sabes? —Le comenté una vez sus manos abandonaron mi rostro para colocarse en mi cadera.

James apretó los labios conteniéndose, como si aquello le hiciese gracia.

—Sorpréndeme.

—Mis planes para estas vacaciones: Plan A, divertirme con mis amigos; Plan B, aprender a conducir; Plan C, averiguar a qué *horrigeme* besó mi hermana; Plan D, disfrutar mucho de mi genial, sexy e idiota novio.

Las cejas rojizas de James se alzaron hacia arriba con fingido recelo.

—¿Siempre tu plan D, nena? Pensaba haberte dicho que me convertiría en tu Plan A.

Me incliné sobre mis zapatos para poder besarlo. La canción estaba en medio de su estribillo.

—Y aun así, sigues siendo mi mejor Plan.

Descubrir que nos depararía el futuro, a todos nosotros, sería una gran aventura.

CAPITULO ESPECIAL

POV JAMES

—... y así fue como casi me como a la chica que salía del baño justo cuando yo entraba.

No pude evitar soltar una carcajada al imaginarme a Kenzie chocando contra una pobre e indefensa estudiante de su universidad. Tampoco visualizar en mi cabeza su rostro enfadado y arrugado al escuchar mi risa, de esa forma tan tierna que te dan ganas de acariciarla la cabeza como si fuera un gatito. Un gatito con uñas afiladas y dientes.

—¡No te rías! —Se quejó desde el otro lado de la línea de teléfono—. ¡No te lo conté para que te burlaras de mí!

Solamente que si lo hizo. En el fondo sabía que le gusta que yo me riera de su torpeza.

—Vale, perdón, lo siento —contesté al cabo de un rato, todo sin poder borrar la sonrisa cómplice de mi rostro—. Así que... ¿Ningún altercado peligroso más del que deba enterarme?

—Ja. Ja. Muy gracioso.

—Sí, pero no has contestado a mi pregunta —Le molesté.

Realmente amaba molestarla, aunque fuese a través de una conversación telefónica.

—Eres un idiota —refunfuñó en un gruñido.

No pude desaprovechar la oportunidad.

—Y tú eres preciosa.

Instantáneamente la imaginé frente a mí, con las mejillas sonrosadas e intentando cubrirse el rostro con su cabello suelto. En su lugar me conformé con escuchar un suspiro telefónico.

—Ojalá pudiese estar ahora contigo. Sobre todo porque... Bueno, es San Valentín.

Las comisuras de mis labios decayeron a una sonrisa tristonza, pero ella no pudo verlo.

—Eres unaromanticono—Me burlé.

—¿Esta es la parte en la que yo te llamo precioso? —Comentó, haciendo alusión al último minuto de nuestra conversación—. Porque tengo otros adjetivos mejores, como payaso, Mr. Salido, potente...

—¿Potente? —La interrumpí divertido.

Su risa fuerte y cantarina hinchó mi interior. Daría lo que fuera por escucharla de primera mano y no a través de un aparato electrónico.

—Porque estás potente —Admitió finalmente—. Potente, guapo, caliente...

Arrugué la nariz, cerrando los ojos y sonriendo.

—Oh, calla. Acabarás por sacarme los colores.

Fue su turno de burlarse.

—Lo dudo —Un ruido se escuchó de fondo y una voz femenina gritó su nombre frenéticamente—. Lo siento, tengo que colgar o llegaré tarde a clase.

Abrí los ojos clavando mi mirada en la ventanilla, observando mi propio reflejo.

—Está bien. Pero no estudies demasiado o te convertirás en una pequeña nerd.

—Yo también te quiero, James —contestó socarrona, pero con cierta ternura final que me decía lo real que era afirmación.

—Te llamaré más tarde —Asentí, resignándome a la despedida—. Yo también te quiero, Kenzie.

Después la llamada se terminó. Apreté los dientes con cierta furia. Odiaba que estuviésemos tan lejos, separados por estúpidos kilómetros y estúpidas universidades. Sabía que era ley de vida, pero me molestaba notar que cada vez estábamos más alejados el uno del otro.

—¿Era tu novia, nene?

Me volví hacia la señora mayor que estaba sentada a mi lado en el autobús. Me miraba con ojos

soñadores, claramente habiendo escuchado toda la conversación.

Asentí.

—¿Me equivoco o estás aquí para darle una sorpresa?

Mordí la punta de mi lengua, pero asentí de nuevo mientras ella sonreía complacida. El autobús comenzó a disminuir la velocidad a medida que abandonaba la autopista para dirigirse a la ciudad donde la universidad de Kenzie se encontraba.

—Espero que le guste verme —susurré para nadie en especial.

La mano de la señora se posó sobre mi muñeca. Las profundas arrugas alrededor de sus ojos demostraban su edad, en contraposición con la intensidad de su mirada enérgica.

—Oh, con un muchacho tan guapo como tú, no dudes que se alegrará.

No podía contar los segundos para ver a Kenzie de nuevo.

POV KENZIE

—Es sábado por la noche, es San Valentín, tienes dieciocho años... ¿Y prefieres quedarte en casa en lugar de ir a divertirte con tus amigas solteras?

Observé a Poppy fijamente y luego asentí, logrando que su labio inferior se soltara en un puchero de cachorrillo.

—He quedado con James para hablar —Le recordé, girando en la silla del escritorio y levantando la tapa del portátil.

Poppy suspiró, apartándose su larga melena rubia del hombro y dirigiéndose a su parte de la habitación para tomar el bolso. Finalmente parecía haberse dado por vencida.

—Te odio cuando te pones en modo romántica —sentenció, ajustándose la correa—. Al menos quedándote aquí no tendrás que soportar a Henry. Sara me dijo que le preguntó a Jean si sabía si tú irías a la fiesta.

Arrugué la nariz por la información. Henry era un chico simpático. Nos habíamos conocido en la biblioteca, cuando por accidente tiré una balda de libros entera y él la sujetó antes de que la madera me golpease. Por alguna extraña razón, no se había apartado de mi lado desde entonces.

—No seas mala con él si le ves —Le previne, leyendo sus intenciones en su mirada.

Poppy me guiñó un ojo antes de salir por la puerta.

—Ven a rescatarme a la cárcel si ocurre algún imprevisto.

Gemí procesando sus palabras. No se trataba de una broma. La última vez tuve que llamar a sus padres para que fueran a buscarla porque intentó sobornar de forma inadecuada a un policía para que no le hiciera el test de alcoholemia.

Mi teléfono móvil vibró con un mensaje de texto.

JAMES: Estoy esperando...

Sonreí como una idiota y contesté antes de encender el ordenador. Pasaron los segundos hasta que pude iniciar una video llamada con James. Me gustó ver su rostro pecoso saludándome desde la pantalla, aunque no pude evitar sentir la opresión en mi corazón deseando que estuviera conmigo. La distancia se estaba convirtiendo en un enorme problema que me costaba admitir.

—¿Eso que llevas es un nido de pájaros?

Mi novio era tan elocuente con sus primeras palabras...

—Buenas noches, James. Tú también te ves bien. ¿Dices que el color de mi camiseta favorece a mis ojos? Vaya, que agradable eres.

Estalló en carcajadas a mitad de frase. Con el tiempo había aprendido a tratar con su forma de

ser, un payaso sin remedio, y había acabado por pegárseme.

—Yo jamás diría eso —murmuró finalmente, recostándose contra la pared detrás de él—.

Suena tan gay...

Resoplé burlándome y entonces me di cuenta de una cosa.

—Oye, ¿estás usando la aplicación del teléfono? Pensé que estarías con el ordenador.

James se encogió de hombros y las puntas de su cabello rozaron la camiseta. Se lo había dejado crecer a lo largo del verano y por mucho que yo le hubiese estado suplicando que lo cortara no me hizo caso. Dentro de poco podría hacerse trencitas o atárselo con una goma.

—Te dije, estoy esperando.

Fruncí el ceño sin comprender.

—¿Esperando a qué? ¿Se rompió tu ordenador?

Una sonrisa con sus dientes torcidos brilló en mi pantalla.

—No, esperándote a ti.

—Bueno, pues aquí estoy —Bromeé, recostándome en la silla—. Al otro lado de la pantalla.

Su sonrisa se ensanchó, burlona.

—Sigo esperando.

Había llegado un momento en el que estaba totalmente confundida. ¿Había bebido? ¿Había fumado algo con sus compañeros?

—James, ya encendí el ordenador... Obviamente.

Él negó con la cabeza, sin abandonar su sonrisa.

—No me estás entendiendo...

Entonces se movió, girando la cámara junto con él y enfocando un desierto pasillo. Un pasillo demasiado familiar.

Mi corazón dio un vuelco dentro de su caja torácica. Sentí mis ojos ampliándose, sin ser capaz de creer lo que estaba viendo. Claramente mis ojos estaban estropeándose.

—Te estoy esperando, Kenzie...

Y entonces tres golpes se oyeron en mi puerta, justo al tiempo en el que el brazo de James se movía fuera de la imagen de la pantalla del ordenador.

Antes de que pudiese procesar lo que pasaba, me estaba moviendo hacia la puerta a velocidad cósmica, tropezando en el camino y sujetándome al pomo para no terminar cayendo. Tiré de él, abrí y...

—James.

Su nombre sonó más como un jadeo suave que el grito intenso que llenó mi cabeza, embotando mi cerebro mientras mi interior saltaba de felicidad. Estaba allí, delante de mí, con su rostro pecoso y su cabello rojo revuelto, con su sonrisa de dientes torcidos, con sus ojos verdes clavados en los míos.

Rompiendo el espacio que nos separaba James dio un paso, arrojando sus brazos a mí alrededor y envolviéndome en un abrazo apretado. Su olor invadió todo el aire que me rodeaba y escondí mi rostro en su pecho al tiempo que mis brazos tomaban vida y contestaban a su abrazo de mama osa.

—Dios, te he echado tanto de menos...

Sus labios rozaron el lóbulo de mi oreja al hablar. El cosquilleo comenzó en la boca de mi estómago, extendiéndose al resto de mi cuerpo a medida que era consciente de lo real de la situación, de que él verdaderamente estaba allí, conmigo, a mi lado.

Cuando me di cuenta de que estaba llorando era demasiado tarde.

—No me puedo creer que estés aquí —Sollocé, apartándome los centímetros suficientes para ver su cara—. Yo...

Me silenció acercando sus labios a los míos, besándome como solamente él sabía hacerlo. Gemí involuntariamente por la suavidad de su boca sobre la mía, incapaz de recordar la última vez

que eso había pasado.

Me tambaleé hacia atrás separándome de él y James pasó el dorso de su mano por mis mejillas, secándome las lágrimas. Me sentía estúpida por llorar, pero la emoción y felicidad que me embargaban eran demasiado grandes de contener.

—Te amo, Mackenzie Sullivan —susurró contra mis labios, juntando su frente con la mía—. Jodidamente te amo.

Medio hipé, medio reí. Junté nuestras bocas de nuevo en un beso y tiré de él finalmente dentro de la habitación.

—Yo también te amo, James Smith.

HEY, IT'S LES

Las chicas Sullivan 02

Cuando te mandan ir a pasar un verano entero a casa de tu padre, lejos de tus amigos, con su mujer y tus horribles hermanastros, sabes que tu vida no podría ir peor.

Detesto a los *horrigemes*, pero eso no quita que uno de ellos fuese quien me dio mi primer beso, y ahora el otro vaya a ser mi profesor particular de matemáticas.

Pienso sobrevivir a este verano como sea, y para lograrlo he realizado una lista de reglas, reglas que debo cumplir para evitar el desastre monumental.

Hasta que contra todo pronóstico rompo la más importante de ellas: no enamorarme.

Así que en efecto, mi vida sí podía ir peor.

Yo soy Les, y estas son mis reglas.

SOBRE LA AUTORA

Andrea Smith es el seudónimo que usa una chica de 21 años para escribir historias en internet. Estudia un grado en Educación Primaria y le encanta leer y escribir. Puedes encontrarla en la redes sociales en la conocida página de wattpad. Ella estará encantada de responderte a cualquier pregunta o sugerencia que quieras hacerle.

Nombre de usuario de wattpad: andreasmithh

Nombre de usuario en twitter: andrealetitbe

Copyright © 2014 Andrea Smith

All rights reserved.

ISBN-10: 1515237486

ISBN-13: 978-1515234788